



HARRIET SMART

UNA
PROPUESTA
TENTADORA

UNA PROPUESTA TENTADORA

Harriet Smart

Contenido

[Página del título](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Capítulo Veintiocho](#)

[Capítulo Veintinueve](#)

[Capítulo Treinta](#)

[Capítulo Treinta y Uno](#)

[Capítulo Treinta y Dos](#)

[Capítulo Treinta y tres](#)

[Capítulo Treinta y Cuatro](#)

[Capítulo Treinta y Cinco](#)

[Capítulo Treinta y Seis](#)

[Capítulo Treinta y Siete](#)

[Capítulo Treinta y Ocho](#)

[Capítulo Treinta y Nueve](#)

[Capítulo Cuarenta](#)

[Capítulo Cuarenta y Uno](#)

[Capítulo Cuarenta y Dos](#)

[Capítulo Cuarenta y Tres](#)

[Acerca de la Autora](#)

[Copright](#)

Capítulo Uno

Es un trabajo, Susurró Adela para sus adentros, mientras desenganchaba su corpiño en el rincón del sucio camerino. *Es una libra a la semana y es más de lo que cobra la mayoría, así que no te quejes. Ponte manos a la obra.*

El traje que colgaba del gancho era de satén rosa, adornado con pieles y cintas blancas en un intento de parecer lujoso. Pero no lo era. La piel era muy fina y estaba desgastada; el satén estaba grasiento y tenía el color de la carne cruda, y las cintas rojas colgaban como entrañas. Pareceré un conejo desollado, pensó.

Pero eso poco importaba. En la mugrienta luz de aceite amarilla del Salón de la Cena y la intrigante Canción de Macreadie, la espesa neblina de las pipas y los humeantes puros impedía apreciar gran cosa. El público con los ojos empañados por la bebida no se fijaba en los detalles del vestido de la artista. Lo único en lo que se fijaban era en la falda indecentemente corta y el corpiño demasiado bajo. Pero de eso se trataba.

Unas medias de seda en tono carne, llamativamente adornadas con cintas rojas, y un par de zapatos rojos completaban el conjunto. Adela se sintió semidesnuda, con los hombros y el pecho demasiado expuestos.

Se abrió la puerta.

«¿Estás ya preparada?» gritó la voz de Macreadie. Una voz áspera, como un vaso de whisky barato. Se estremeció al escucharla.

«Sí, casi», respondió ella, atando la última cinta.

No se anduvo con ceremonias y descorrió la cortina.

«Lo conseguirás», dijo, mirándola de arriba a abajo, «si lo sacas a la luz, como te dije. Si no lo haces, no puedo prometerte nada, ¿verdad?».

«Lo haré. Puedes estar seguro». Su voz le sonaba extraña. Cortada y seca.

Él la miró como si no creyera ni una palabra.

«Dales lo que quieren, y eso es una marica bonita a la que no le importe un poco de atención caballerosa. No una zorra de culo estrecho a la que le gusta más su Biblia que...»

«¡Lo haré!» dijo ella. «Te lo prometo.»

«Ya veremos», dijo él, «ya veremos». Aún no estoy totalmente convencido. Y recuerda que hay muchas otras chicas en el pueblo que podrían reemplazarte. Sólo te estoy haciendo un favor, recuérdalo».

«Sí, lo hago.»

«Muy bien, adelante. Y presta especial atención al grupo de delante, en la mesa de la izquierda. Son jóvenes con más dinero que sentido común. Si uno de ellos se encapricha, llegaremos a un acuerdo con él. Pero no te atrevas a pensar que puedes dejarme al margen».

«¿Qué?»

«Yo recibo mi parte. Esa es la regla con todas las chicas».

«¿Por qué?», dijo ella, y entonces supo que había sido una tontería preguntarlo. Ella sabía la respuesta tan bien como él.

«Tonta», dijo él, sacudiendo la cabeza. «¡Sube ahora mismo! Después de ese maldito prestidigitador, les apetecerá cantar un poco. Viene de camino esta noche, te lo aseguro».

Adela se deslizó junto a él y bajó por el oscuro y húmedo pasillo, donde una solitaria vela chisporroteaba en un candelabro. El frío se apoderó de ella con sus manos húmedas, y deseó tener su vieja y reconfortante tela escocesa cubriéndola, para poder sentir una pizca de

normalidad. Pero aquí nada era normal.

Y si hubiera tenido su tartán, sabía que habría sido endemoniadamente fácil perder los nervios y salir corriendo. Mientras ascendía por las desvencijadas escaleras de madera y era alcanzada por el ruido de la bulliciosa multitud, notó la puerta que daba al pabellón. Era una noche asquerosamente húmeda, típica de Edimburgo en mayo, pero no le importaría empaparse hasta los huesos o correr por la sucia calle en zapatillas de seda. Sería más fácil que ir a donde debía ir, aunque había prometido que lo haría.

No me retracto de mis promesas, se dijo a sí misma, mientras se volvía hacia la salita donde los artistas de Macreadie esperaban su turno. El prestidigitador estaba allí, recogiendo su maletín con aire desdichado.

«¡Les deseo alegría!», dijo. «¡Estudiantes de medicina - gritando mis secretos! Malditos mocosos».

Adela se armó de valor y miró por el resquicio de la cortina roja que colgaba de la puerta del comedor. El hermano de Macreadie, con sus puños rizados y sus rizos engominados, se pavoneaba en el escenario.

«Ahora, caballeros, una extraña criatura, un ruiñeñor de Edimburgo, una dulce ave del paraíso: ¡nuestra deliciosa, exquisita, divina Señorita Adela Rose!»

Rose, no Ross. No iba a usar su verdadero nombre aquí, era un diminuto soplo para preservar su sentido de respetabilidad. O más bien la ilusión de respetabilidad. Ya había ido demasiado lejos. Había cruzado la línea.

Cerró los ojos, respiró hondo y descorrió la cortina. Podía hacerlo. No, debía hacerlo, para poner comida en la mesa y carbón en el hogar.

El piano hizo sonar algunos acordes y Adela salió a la pequeña tarima que hacía las veces de escenario en el local de Macreadie. Delante de ella se extendían largas mesas atestadas de figuras vestidas de blanco y negro, rojo y dorado: estudiantes, oficiales, abogados, médicos y comerciantes, la flor y nata de los hombres de Edimburgo que acudían a ese local a divertirse y, en ocasiones, a alborotar. Si no quedaban satisfechos con su actuación, a veces acribillaban a los cantantes a panecillos.

Fue recibida con silbidos y chillidos. Una gran marea sonora que parecía abofetearla. ¿Podrían ver cómo temblaba? Esperaba que no. Estaba segura de que su miedo les haría desternillarse de risa.

«La señorita Adela empezará con ese viejo favorito: *Vive l'amour!*»

La canción con su larga introducción. La salvó, le dio tiempo para armarse de valor y encontrar su voz. Se dijo a sí misma que sólo estaba allí para parecer atrevida y dirigir la canción. Cantar era su segunda naturaleza, le resultaba más fácil que hablar. Si estaba a tiempo y afinada, nada más importaba.

Y en cuanto comenzó a cantar, a pesar de la multitud inquieta y hostil de desconocidos, reconoció el poder de su voz para calmarlos y amansarlos. Sintió que se unían a ella y al coro. De repente no eran más que una multitud de muchachos tontos, obedientes a su voluntad. Pronto los tuvo a todos en la palma de la mano y, cuando empezó a cantar «The Braes of Bal-quhadder», su miedo ya había desaparecido. Les tendió la mano, con los dedos extendidos y sus ojos cerrados.

«Ahora el verano está en su apogeo,
con las flores floreciendo ricamente,
Y el tomillo silvestre de montaña
A' los páramos perfumando;

A nuestras queridas escenas nativas
Viajemos juntos,
Donde reina la alegre inocencia
Mang el braes o' Balquhiddel».

Cinco baladas más tarde, comenzó a sentir cuánto había dado.

Estaba mareada y agotada, y el hedor a sudor de la sala no le permitía ni aspirar ni refrescarse. Deseaba salir corriendo del escenario y beber un litro de agua helada para relajarse. Pero Macreadie, al ver que gustaba al público, no la dejó tranquila.

«¡Hogar, dulce hogar!», proclamó, y su corazón se hundió, aunque la sala vitoreó. Le dolía la voz y, de repente, no le resultaba fácil entonar las notas altas. No quería quebrarse ni desfallecer, pero se preguntaba cómo iba a terminar la canción.

Hogar, dulce hogar. Siempre la había odiado, pero el público estaba borracho y sensible, y el pianista, siguiendo su ejemplo, empezó a tocar a un ritmo glacial. No podría terminarla tranquilamente.

*«Entre placeres y palacios, por donde quiera que vague,
No hay lugar como el hogar...»*

Capítulo Dos

La chica vestida de satén rosa parecía haber perdido su toque, pensó Will Urquhart, mientras descansaba al fondo de la sala. A lo mejor no le gustaba la canción. A él, desde luego, no. Ella había demostrado verdadera convicción y una singular belleza de voz con las otras canciones - sorprendente para una chica en el Macreadie. Normalmente, la chica que interpretaba la canción parecía haber sido elegida por su descarada expresión y su generoso pecho, no por su voz. Sin embargo, aquélla era delgada y había olvidado ponerse colorete en la cara y llenarse el pelo de plumas llamativas. Tal vez Macreadie se había peleado con su talento habitual, y esta noche, en esta húmeda noche de mayo, sólo había criadas medio hambrientas disponibles por el dinero que se ofrecía.

Institutrices, se corrigió Will. Eso era lo que parecía. Tenía una dicción demasiado buena para ser una criada y una voz muy potente y técnica. Estaba claro que había estudiado. ¿Qué diablos estaba haciendo en el local de Macreadie?

Podría haberse formulado la misma pregunta y ser incapaz de responderla. Había bebido demasiado clarete y después demasiado brandy. Ahora estaba casi a la deriva, pero ésa había sido su intención. Iba a beber hasta que no supiera por qué bebía.

Pero esta chica, esta enigmática chica, le había hecho dejar su vaso. Incluso cantando una canción que él detestaba, con una voz cansada, le llamó la atención. Le resultaba familiar, pero no podía imaginar dónde la había visto anteriormente.

Cuando las últimas notas de Home Sweet Home se apagaron, comprendió que era como una de las extrañas figuras de los últimos cuadernos de Robert. Era un hombre demasiado frágil para pintar de verdad o dibujar del natural, pero podía tumbarse en la cama con un cuaderno y dibujar lo que le venía a la cabeza. A veces había dibujado caballeros con armadura y animales exóticos, pero la mayoría de las veces dibujaba mujeres y niñas imaginarias. Las dibujaba con expresiones de tristeza, como si compartieran su dolor ante el final de su vida.

Esta chica, congelada por un momento al final de su canción, podría haber ocupado su lugar con esos rostros melancólicos. Era como si hubiera bajado de las páginas de los cuadernos de bocetos que Will no soportaba mirar.

Y ahora no podía soportar mirarla. Se levantó, dio la espalda al escenario y a los aplausos y se dirigió a la puerta. Se habría ido, pero un hombre con forma de oso le cerró el paso y lo saludo con gran entusiasmo.

«¡Urquhart, Will Urquhart, como yo vivo y respiro!» El gigante agarró la mano de Will y la bombeó. «¡No tenía ni idea de que habías vuelto a Edimburgo! ¡Y en nuestros viejos rincones! Han pasado... ¿nueve, diez años?»

Will asintió, intentando extraer de su memoria un nombre para el hombre que tenía delante. No lo consiguió.

«No has cambiado», continuó el hombre, observándolo. «Aunque he oído que todo ha cambiado para ti, y para mejor. Sir William, ¿ahora no?»

«Aparentemente», dijo Will con un gesto desdeñoso de la mano. No quería hablar de ello con ese sujeto brutal cuyo nombre no recordaba.

«El viejo murió, ¿qué, hace tres meses? Una propiedad estupenda, según he oído. Felicidades».

Le dio a Will una palmada en el hombro. Will intentó sonreír, pero no lo consiguió. En su opinión, no estaba para felicitaciones.

« No te estabas yendo, ¿verdad?»

«Yo -»

«Venga, venga, tiene que beber una cerveza con nosotros. Redfurn está aquí, enseñando la ciudad a sus sobrinos ingleses, y Brownlee y Fred Hamilton... ¿te acuerdas de ellos, me atrevo a suponer? Te habíamos dado por muerto, Urquhart, se alegrarán mucho de verte. Por supuesto que nos preguntamos, cuando oímos que Sir Archibald había renunciado finalmente al fantasma, si volverías para arreglar tus asuntos... ¡y aquí estás!»

Le dio otra palmada en el hombro y le hizo volver a la habitación.

Héctor Macdonald, pensó Will, el nombre del hombre cayó en su lugar. Habían sido estudiantes de derecho juntos. Y ahora recordaba las noticias de una de las cartas de su madre: Macdonald ahora era un abogado próspero, con un bufete tan sólido como su corpulencia. La madre de Will lo había puesto como ejemplo de laboriosidad y respetabilidad. «Un hombre que hace honor y crédito a su nombre y sus conexiones.»

«Este es el último lugar donde pensé encontrarte, en estos días», dijo Will. «¿No estás casado?»

«Oh sí,» dijo Macdonald, «¡tres chicos y una chica!»

«¡Santo Dios!» Will no pudo evitar exclamar.

«Es una buena criatura», dijo Macdonald. «Y no trata de dominarme. Estarás buscando una, ahora, debo pensar, dada tu nueva posición.»

«¿Por qué lo preguntas?» dijo Will, sospechando al instante. ¿Había oído Macdonald hablar de las curiosas, por no decir ridículas, estipulaciones del testamento de sir Archibald?

«Por nada», dijo Macdonald. «Es sólo que ahora tienes uno y treinta, hombre, y ¿quién no quiere un poco de comodidad doméstica a nuestra edad?».

Will estaba a punto de hacer una sardónica réplica, recordando perfectamente ahora por qué se había olvidado de Macdonald y sus tediosos convencionalismos. Robert no habría tardado en encontrar una forma adecuada de expresarse. Su ingenio como una espada siempre había estado listo para cualquier ocasión.

Sin embargo, no tuvo oportunidad, ya que se estaba produciendo un alboroto en el otro extremo de la sala. La mitad de la compañía se había puesto en pie y se apiñaba en el escenario. Parecía un partido de fútbol callejero. ¿Dónde estaba la chica de satén rosa?

Impulsado por un instinto de implicación que no alcanzaba a comprender, Will corrió entre las largas mesas y se abrió paso entre la multitud para ver qué ocurría.

La chica vestida de satén rosa yacía tendida en el borde de la tarima, con la cara pálida y aspecto cadavérico. Se había desmayado, y mientras un salvador demasiado entusiasta le rasgaba el corpiño, otro le llevaba a la fuerza un vaso de licor a los labios. Un tercero le abofeteaba las mejillas. Era una medicina brutal.

Volvió en sí en un momento, pero empezó a toser violentamente y a temblar, mirando a su alrededor, con sus grandes ojos grises desorbitados por el pánico y la angustia.

Entonces su mirada se fijó en él y él supo perfectamente lo que quería. Empujó a los demás.

«Suéltala, ¿quieres?», exclamó, agarrando por el hombro al que había soltado el cuerpo, empujándolo hacia un lado. «¡ Déjenla en paz! Déjenla respirar».

Extendió los brazos para retenerla y la dejó sentarse un momento a sus pies para que recuperara el aliento, con los pechos desnudos subiendo y bajando violentamente. En un instante pasó del blanco al carmesí.

Detrás de ella, los hermanos Macreadie se asomaban con cara de pocos amigos. Robert y él habían bromeado a menudo sobre los Macreadie, esos inseparables hermanos monstruosos.

«Será mejor que tengamos cuidado, Will», había dicho Robert. «¡Ese es el destino de los que aman demasiado bien!».

Will se quitó el abrigo, se agachó y la envolvió con él. Ella logró esbozar una pequeña sonrisa mientras desaparecía entre sus copiosos pliegues.

«Vamos a sacarte de aquí», dijo. «¿Puedes caminar, verdad?»

«Sí, sí, por supuesto», dijo ella, y se levantó. Él se alegró de tenerla abrazada, porque parecía aún frágil, a punto de romperse y caerse de nuevo.

Cruzaron cojeando el pequeño escenario y atravesaron la abertura con cortinas que daba a la sala.

«Confía en Urquhart», oyó decir a alguien.

La condujo a un banco junto a la pared, donde se sentó, tirando de su abrigo alrededor de ella, agitada.

«Bebe esto y contrólate», dijo Joseph Macreadie, que les había seguido. Le tendió un frasco de licor. «Tienes reservado hasta medianoche, ¿recuerdas?»

«No regresará ahí fuera», dijo Will. «La llevaré a casa».

«Entonces eso te costará», dijo Macreadie. «Señor Urquhart - no, perdón, es Sir William, ahora, ¿no? » Se rió. «Hubo un tiempo en que no me habría fiado de su dinero, pero ahora sé que me complacerá con el listo». Tomó el brazo de Will y murmuró: «Ella es, digamos, una inocente, señor, así que hay una prima, naturalmente».

«Disculpe», dijo la chica. «Volveré a subir. Puedo cantar perfectamente. Volveré a ser yo misma en un momento, Señor Macreadie, no hay necesidad de que este caballero se vea involucrado».

«No luces lo suficientemente bien como para continuar», dijo Will.

«Creo que soy la que mejor puede juzgar eso», dijo ella. Se levantó y le retiró el abrigo de los hombros. «Gracias por su ayuda», añadió, y se lo tendió. «Le estoy muy agradecida».

«Entonces será mejor que le hagas el favor, muchacha», dijo Macreadie. «Tal vez, Sir William, le gustaría esperar aquí hasta que la señorita Rose haya terminado, y entonces podrá acompañarla sana y salva a casa, por así decirlo», añadió con un guiño.

«Creo, señor Macreadie, que me ha malinterpretado...», empezó ella, pero Macreadie sacudió la cabeza.

«No, no, no me ha entendido», dijo. «Términos y condiciones. Te contrato como animadora, muchacha, y eso significa que si un caballero quiere llevarte a casa, puede hacerlo, por el dinero adecuado. Tendrás tu parte, querida, no temas por eso».

«No es eso lo que temo», dijo ella.

«Oh, ya, ya, no temas por eso», dijo Macreadie tomándole la mano y acariciándosela. Ella retiró la mano, pero Macreadie la tenía bien agarrada. Luego, en un instante, tomó la mano de Will y las juntó, sujetándolas con un doloroso apretón. «Considere esto como una beneficiosa presentación mutua. Señorita Ross, Sir William Urquhart. Sir William, la señorita Adela Ross». Will intentó soltar su mano, pero Macreadie no lo consiguió.

«Tus circunstancias no son las mejores», continuó. «Lo sé. Pero eres una chica afortunada, la verdad es que lo eres. No vas a venderte por centavos en Cowgate».

«Macreadie, por el amor de Dios», dijo Will liberándose finalmente.

«¡No voy a venderme!», exclamó ella casi al mismo tiempo.

«¡Entonces puedes largarte, ingrato equipaje!», dijo Macreadie. «Y no creas que volverás a encontrar trabajo aquí, ni en ningún otro sitio tan acogedor. Yo me ocupo de eso, ¿sabes? No hay trabajo agradable para muchachas tontas que no complacen a sus amos. Si quieres morirte de

hambre, es asunto tuyo».

«Eres un bruto malvado, Macreadie», dijo Will, agarrándole por los hombros. «¡Y ella no se irá hasta que le des lo que le debes por el trabajo de esta noche!»

«¡No le daré ni un penique!», dijo Macreadie, zafándose del agarre de Will. «¡Y más vale que tengas cuidado, hombre! Puede que ahora seas muy bueno, Sir William, pero tú mismo fuiste un canalla malvado, no hace mucho, tú y ese loco hermano tuyo. Conozco suficientes historias como para poner a toda la ciudad en su contra... no, ¡a toda Escocia!».

Will lanzó un puñetazo, pero Macreadie le agarró la muñeca y le tiró del brazo hacia atrás en una dolorosa llave de la que Will no pudo escapar.

«Ah, sí, que tú y tu precioso hermano encontrasteis a una simplona y la llevasteis a un cementerio, y los dos os ensañasteis con ella de tal manera que se murió».

Esbozó una sonrisa diabólica y golpeó con el puño el estómago de Will, que se dobló. Cuando levantó la vista con los ojos llorosos, vio la expresión de horror que cruzaba el rostro de la señorita Ross.

En un momento ella salió por la puerta, dejando caer su abrigo al suelo sin ceremonias, como si fuera una sábana ardiendo.

Se enderezó, intentando pensar cómo responder a Macreadie. En realidad, no valía la pena hacerse un moratón por aquel hombre, pero Will sentía que todos sus nervios clamaban venganza.

«¿No irá a defenderse, Sir William?», dijo Macreadie. «¿A la dama, quiero decir?» Volvió a reírse. «Veo que se ha encaprichado de ella. Me atrevería a decir que sería una hermosa amante, una vez que se la haya domado».

Aunque su mano temblaba por romper la nariz morada de Macreadie, Will tuvo la desagradable sensación de que Macreadie decía la verdad. Quería darle explicaciones. Para él era importante que aquella terrible calumnia no fuera la última vez que oyera hablar de él.

Se dirigió hacia la puerta, recogiendo su abrigo.

«Por las escaleras, por el pasadizo», dijo Macreadie. «No piense que voy a quedar fuera de cualquier transacción futura, Sir William. Si se ha encaprichado con ella, entonces debe pagar lo que se debe por ella».

Capítulo Tres

Adela deseó que la puerta tuviera cerradura, pero Macreadie no creía en cerraduras. Se ocultó tras la cortina y empezó a cambiarse de vestido lo más rápido posible.

Pero sus dedos eran torpes. Fue una lucha. Tuvo que aflojar sus tirantes para reajustar su vestido; había tenido que bajárselo por los hombros y ahora quería estar lo más cubierta posible. Pero estar allí, sin ataduras y con las piernas desnudas, la hacía sentirse vulnerable, aunque sólo fuera por un instante. Deseaba desesperadamente la defensa de sus enaguas.

Acababa de atarse de nuevo los cordones, bastante apretados, y estaba agarrando sus medias de lana cuando se abrió la puerta.

Permaneció inmóvil un momento y luego, de espaldas a la pared, comenzó a ponerse las medias. No fue fácil, ya que con las prisas se las había atado demasiado apretadas y las varillas, que no le quedaban bien, ahora le costaba doblarlas.

«¿Señorita Ross?»

Era Sir William Urquhart.

Ella no pudo responder. Se concentró en jugar con su ligero.

«¿Señorita Ross? ¿Está ahí?»

Se llevó la mano a la bota y la sostuvo un momento, preguntándose si debía ponérsela o usarla como arma.

«Por favor, váyase».

«Como desee», dijo él.

Oyó la puerta cerrarse tras él. Gracias a Dios, pensó, y se puso las botas.

Qué noche, qué noche tan terrible y agotadora, pensó mientras se ponía su viejo y soso vestido y su miserable gorro. Y ni un penique para demostrarlo.

Macreadie le había prometido un sueldo de una guinea a la semana. Bien podría haberle ofrecido el oro de los tontos.

Abrió la puerta.

Para su consternación, vio a Urquhart de pie en el pasillo, junto al candelabro con la vela humeante. Alto y delgado hasta la demacración, en la penumbra lucía sobrenatural. Guapo, sí, pero con la apariencia de un ángel caído.

«Creí haberle dicho que se marchara», se las arregló para decir.

«Sí, debe disculparme, pero creo que aún tenemos un pequeño asunto pendiente».

«¿Asunto?», dijo ella. «Oh, no lo creo.» Se le vino a la cabeza la imagen de un oscuro cementerio. Intentó pasar, pero él le cerró el paso.

«No es ese tipo de negocio», dijo metiéndose la mano en el bolsillo y sacando un monedero de cuero que sonaba cargado de monedas.

«No quiero su dinero, gracias».

«Es lo que Macreadie le habría dado por su trabajo. Yo hice que lo perdiera».

«Lo perdí yo misma. No tiene nada que ver con usted».

Él esquivó delante de ella, bloqueando su camino de nuevo.

«No puedo creer que no lo necesite».

«Aunque así fuera, no es asunto suyo».

«Claro que no, pero ¿no me deja que la ayude?». Le tendió el bolso. «Señorita Ross, no me gusta dejar deudas sin pagar.»

«No hay ninguna deuda.»

«Por todo lo que se ha dicho, no creo que esté en posición de sentirse orgullosa, señorita Ross.»

«Orgullo es todo lo que me queda. Permítame conservarlo.»

«¡Vamos, no sea tan tonta!», exclamó.

«¡Cómo se atreve!»

«Si estaba dispuesta a aceptar el dinero de Macreadie, puede aceptar el mío. Le costará mucho menos.»

«¿Eso cree?», replicó ella. «No puedo estar segura de ello, después de lo que se dijo. Me pregunto cuánto dinero le dio a esa pobre chica...»

«Eso fue una burda calumnia», dijo él. «Eso no es cierto. Seguramente no creerá en la palabra de Macreadie en contra de mí.»

«¡Sé más de Macreadie que de usted!», dijo ella. «Sé lo que es... y el hecho de que pareciera saberlo todo sobre usted me sugiere que debería desconfiar.»

Tiró la bolsa al suelo.

«Está allí si lo quiere», dijo. «Piense en lo que podría hacer con él. Debe de haber veinte guineas ahí dentro. Un vestido nuevo. Una comida decente para poner un poco de carne en tus huesos y calmar tus nervios. Podría ir e intentar conseguir un empleo respetable, señorita Ross. De gobernanta, tal vez... ¡seguro que es mejor para usted que esta porquería!»

Ella no pudo contestarle. El monedero yacía allí como un trozo de carbón sobre las sucias banderas de piedra. Dinero sucio. Aun así, tenía tantas ganas de tomarlo. Significaría que podría volver con la cabeza bien alta.

«Tómelo o déjelo, señora», continuó Sir William. «Si yo fuera usted, lo tomaría.»

«Yo no soy usted», se las arregló para decir.

«Por supuesto que no. Pero yo también he sido orgulloso y he pasado hambre. No es una combinación agradable, y al final el hambre se adueñó de mí. Será mejor que lo tome, o Macreadie lo tomará en sus garras, y eso sería un lamentable desperdicio.»

«¿Lo dejaría allí para él?» dijo ella, asombrada.

«Sí», respondió él.

Se dio cuenta de que la había pillado: había leído su corazón tembloroso y desesperado. La idea de que Macreadie recibiera una inesperada e inmerecida bendición era demasiado para ella, y Sir William lo sabía muy bien.

Se agachó y lo tomó con dedos temblorosos.

«Así está mejor», dijo él.

Ella se enderezó y lo miró. Él sonreía, y al hacerlo, ella tuvo que admitir que se suavizaba la expresión demacrada; pero la astucia de sus ojos, que hacían que su alma se sintiera desnuda en su presencia, era desconcertante.

«Le devolveré cada penique a su debido tiempo.»

«Hablas como una novela espantosa», dijo él. «¿Con qué, señorita Ross? ¿Cuándo tendrá veinte guineas de sobra? No, no es necesario. No me complacería pensar que mis intentos de caridad le causan aún más dolor del que claramente ya le causan.»

«Disminuiré mi dolor si se lo devuelvo», dijo ella. «Si puedo.»

«Un hermoso cuento infantil para los dos, entonces», dijo él, extendiendo la mano. «¿Nos damos la mano, señorita Ross?»

Ella tomó su mano y la estrechó.

«Ahora, será mejor que se vaya, y rápido, antes de que Macreadie nos vea juntos y exija su

tajada».

Capítulo Cuatro

«¿Adela, qué has hecho? Dios mío, ¿qué has hecho?».

Era típico de Jacobina montar un episodio de histeria cuando le traían una cesta de huevos, medio kilo de mantequilla, un buen cuarto de pan fresco, una botella de jerez y un pollo para la olla.

El horror con el que recibió estas bienvenidas alternativas a su habitual avena y col rizada era de esperarse.

«Nada de lo que debas preocuparte», dijo Adela. «Te lo prometo».

Adela sabía que era imposible contar a su hermana toda la verdad sobre lo ocurrido la noche anterior. Aunque le remordía la conciencia, se conformó con una verdad parcial.

«Tuve la suerte de conseguir un pequeño trabajo: cantar».

«¿Cantar?», dijo Jacobina. «¿Cantar en público?»

«Sí», dijo Adela.

«¿Dónde?» La pregunta fue inevitable y directa. En realidad, Adela no podía responder nada que disipara los temores de Jacobina. En su opinión, apenas había algún trabajo realmente respetable para cantar y, dada su experiencia de la noche anterior, Adela se inclinaba a estar de acuerdo con ella. Después de todo, no le habían pedido que se uniera a la compañía italiana que actuaba en el Teatro Real o que cantara para alguna fiesta elegante en un salón de la Nueva Ciudad. Había ido a los lugares más baratos y había pedido los trabajos más baratos. Bien podría haberse vendido en Cowgate, y la expresión horrorizada de Jacobina decía exactamente eso.

«¿Dónde? volvió a decir Jacobina, inclinándose sobre la mesa cargada, con un brazo levantado como si pretendiera barrer los huevos en un gesto de furia. «No, no me lo digas, no quiero saberlo. Puedes guardarte los detalles para ti, ¡muchacha estúpida!».

«No me parece estúpido no morirse de hambre», dijo Adela, pensando en lo divertido que le haría a William Urquhart oírla decir eso. Suavizaría aquel rostro demacrado con una sonrisa y le haría muy interesante a la vista. «Y te aliviará saber que no volveré a trabajar allí».

«¡Eso me alivia mucho!», dijo ella, dándole la espalda a la mesa y yendo a sentarse cansadamente en un rincón. «¿Cómo pudiste?»

«¡No dejaré que nos muramos de hambre!», exclamó Adela. «Puede que tú no pases hambre, pero como bien sabes, Carrie y Sophie necesitan esto.»

Tras un largo silencio, Jacobina dejó escapar un largo y miserable suspiro.

«Si no hubieras echado al señor Jamieson», dijo en voz baja, «entonces todo habría estado bien, ¡pero no pudiste -no, no quisiste- comportarte como debías!».

Adela cerró los ojos un momento y se esforzó por guardar su ira en una imaginaria prensa cerrada.

«Entonces no tendríamos que pasar por este apuro», prosiguió Jacobina. «Se habría casado contigo y todos habríamos tenido una vida decente.

«¡Y yo estaría en la cárcel esperando la horca por su asesinato, sin duda!» dijo Adela.

«¡Qué grosera eres!», dijo Jacobina, levantándose. «¡Grosera y malvada! No, no es de extrañar que se decidiera en tu contra. Ningún hombre sensato se casaría contigo, Adela, y ésa es la verdad».

Adela había aprendido a no escuchar con demasiada atención la frecuente retahíla de quejas de su hermana contra ella. Si la hubiera escuchado con atención, como la joven virtuosa y obediente de los libros de conducta, se habría roto en mil pedazos y no podía permitir que la

desgracia la azotara más de lo que ya lo había hecho.

Pero seguía siendo extremadamente doloroso recordar a George Jamieson y su crueldad. La sola mención de su nombre la enfermaba un poco. Lo que lo hacía mucho peor era que Jacobina sólo podía culparla a ella de todo el asunto. A sus ojos, Jamieson era inocente. Si Adela hubiera sido más dulce, más ganadora, más complaciente, todo habría salido según lo planeado. El hecho de que no tuviera dinero no tenía nada que ver.

Había roto con ella una semana antes de su boda. Le había expuesto los hechos con franca brutalidad: después de todo, no estaba en condiciones de casarse con ella. Su padre no le daría ni un céntimo si se casaba con ella. Le amenazaba con echarle del negocio familiar del té si se atrevía a desobedecer. Era un duro golpe, por supuesto, pero no podía desobedecer a su padre, ¿verdad?

Recordaba la conversación como si hubiera tenido lugar hacía apenas uno o dos días, aunque desde entonces habían transcurrido doce miserables meses.

«¿Qué puedo hacer?», había dicho. «Es mejor que termine ahora. Eres una chica sensata, Adela. Sabes cómo funciona el mundo».

Y eso era todo. Pero no fue así. Dos semanas después se casó con la rica viuda de un comerciante de té rival, una suntuosa criatura que tenía su propio carruaje. Era una perspectiva mucho mejor que la irritable hija de un maestro de baile fracasado con tres hermanas que mantener. Así funcionaba el mundo.

Ahora, Jacobina miraba la comida sobre la mesa.

«Fuiste muy derrochadora», dijo. «Deberías haberme dado el dinero a mí. ¿Por qué has malgastado el dinero en un pollo y una botella de jerez?».

«El pollo es para celebrar el cumpleaños a Carrie», dijo Adela, «y el jerez es para tu reumatismo».

«No me hará ninguna gracia», dijo ella, tomando la botella y examinándola. «Sólo podré pensar en tu locura».

Adela sabía que no podía confiar mucho más en su temperamento. Tomó su sombrero.

«Voy a buscar a los demás», dijo, y se dirigió a la puerta.

Había descendido cuatro tramos de escaleras y se encontraba en el patio exterior del edificio Riddell.

Aunque sólo era mayo y había llovido mucho, el calor primaveral había empezado a ejercer el efecto indeseable de aumentar el hedor de las calles llenas de fango. En uno o dos meses sería extremadamente desagradable.

Se dirigió a la pequeña modistería de la señorita Nell La Touche. Nell era su salvadora, pues a menudo les ofrecía trabajo a destajo. Como ninguna de ellas era modista, era una gran amabilidad, y Carrie y Sophie trabajaron allí aquella mañana.

La tienda quedaba en un callejón oscuro de Lawnmarket, pero por dentro era luminosa e inmaculada, con un gran ventanal en la parte de atrás que daba al Hospital Heriot y a las colinas y el campo de más allá. En el taller del fondo pudo ver a Sophie distraída, olvidada de su trabajo, mientras Carrie se inclinaba sobre una costura, descosiendo con eficacia.

Nell estaba preparando té e insistió en que Adela se sentara y tomara una taza con ella.

«He estado muy ocupada esta mañana. La ciudad se está llenando, eso es seguro. Necesito a Carrie esta tarde, y a ti misma, si te animas».

«Por supuesto. Y podemos sacar a Sophie de su miseria», dijo Adela con una sonrisa.

«No es la trabajadora más rápida, no», dijo Nell. «Pero lo que hace lo hace bien. Terminó muy bien ese corpiño... al final».

«Acerca de Carrie - ¿te seguiría gustando como aprendiz?»

«Me encantaría, pero no podría hacerlo por menos de veinte guineas», dijo Nell, «aunque tiene los dedos más ágiles que he visto en mucho tiempo».

Adela asintió. Sabía que veinte guineas estaba muy por debajo de la tarifa habitual.

«Puedo darte la mitad, con la condición de que cuando tenga las otras diez, Carrie vendrá a verte. Aunque no estoy segura de cuándo será».

Sacó el monedero del bolsillo y empezó a contar las monedas.

«¿Cómo lo has conseguido?», dijo Nell, sorprendida. «Adela, no has hecho nada... bueno, ya sabes lo que quiero decir... ¿verdad?».

«Hablas como Jacobina».

«Estoy obligada a preguntármelo. Es mucho dinero, de repente».

«Es bastante difícil de explicar, pero puedes estar segura de que no he tirado por la borda mi virtud».

Nell la Touche se puso una mano en el pecho para indicar su alivio.

«Es un bonito monedero», dijo, tomándolo y examinándolo. «Yo diría que es de cuero italiano. Tu benefactor tiene buen gusto».

«Un benefactor, eso es exactamente», dijo Adela, sonriendo. «Gracias. Sabía que lo entenderías».

«No sé si lo entiendo, la verdad. Como he dicho, es mucho dinero».

«Lo sé. Por eso lo pongo aquí, por Carrie. Sé que lo mantendrás a salvo».

«Por supuesto. Y si necesitas que te lo devuelva, sólo tienes que pedirlo».

«No, no, no lo haré. Pero hay algo que sí necesito. Un vestido nuevo. Me sobran una o dos guineas para eso».

Además de coser, Nell compraba y vendía vestidos de segunda mano de calidad superior. Nell obtenía sus existencias de las doncellas que trabajaban para la alta burguesía en la Nueva Ciudad. Acudían a ella para cambiar la ropa usada que les regalaba su empleador por vestidos que les gustaban más o por dinero contante y sonante.

«Puedo hacerte dos vestidos por una guinea», decía Nell.

«Tengo dos que serían absolutamente lo último en ti. Me preguntaba qué debería hacer con ellos porque son tan... bueno, grandes y están hechos para un cuerpo alto, como el tuyo. Estaba pensando en descoserlos y reutilizarlos, pero es mucho trabajo y no encontraba el momento. Así que te los probarás».

«No quiero nada demasiado grandioso».

«No, estos son discretos. Muy de señora. Muy Adela, pensé cuando los vi».

Adela no pudo evitar reírse. «Yo no soy tan señora. No, necesito parecer una institutriz, creo».

«Oh, estos te irán muy bien. Ven a ver».

Capítulo Cinco

«¿Qué hora es?»

«Las once y media, Sir William. Disculpe la intromisión, señor, pero el señor Coxe pensó que era mejor despertarlo, ya que el señor Rookwood se encuentra aquí. La señora Urquhart también preguntaba por usted, por la cena de esta noche. Oh, y su sastre, señor.»

Merritt había sido el ayuda de cámara de su tío. Era un hombre corpulento, de pelo de hierro, de sesenta años, que se movía lenta y pausadamente en sus asuntos, como el sacerdote de un antiguo culto. Una criada había entrado con él para encender el fuego, mientras Merrit descorría las cortinas con majestuosidad. Poco después llegó un lacayo con una bandeja de café y tostadas, adornada con un periódico, no elegido por Will, sino el del difunto y llorado amo.

Will se apoyó en los codos y observó el espectáculo. Llevaba varias horas despierto, pero no había pedido que lo llamaran. Había olvidado que ser mimado suavemente para que se despertara era el destino habitual de los caballeros, en particular de los barones ricos. Estaba acostumbrado a levantarse y buscarse la vida.

Se levantó de la cama y, sólo vestido con su camisa, fue a buscar una taza de café. Se lo habría servido él mismo, pero Thomas, el lacayo, era demasiado correcto y estaba demasiado bien entrenado para permitirlo.

Merrit fue con una prisa desacostumbrada a buscar la bata de Will. La vista de un Urquhart de Balnagowan descalzo, con la camisa sucia de la noche anterior y engullendo tostadas, era evidentemente deplorable.

La propia bata de cachemira estaba raída y descolorida, y tal vez no tan limpia como podría haber estado. Había sido de Robert, la había adquirido cuando se marchó a Oxford (su primera separación) y Will la conservaba ahora, por sentimentalismo. Al principio no tenía intención de llevarlo, pero al volver de la tumba el impulso había sido irresistible. Parecía ser el único consuelo que le quedaba.

Al ver ahora que Merrit se la tendía para ayudarle a ponérsela, Will se preguntó si no habría que ponerle fin. Era un tonto por ponerse sentimental por un trozo de tela desgastada. ¿Qué habría dicho Robert? Sin duda se habría burlado salvajemente de él.

Había compartido siempre esta habitación con Robert en sus incómodas visitas a su tío. La decoración y el mobiliario no habían cambiado en veinticinco años, cuando todo lo demás sí. Tenía un vívido recuerdo de la magnífica impresión que le causó a Robert la singular manera que tenía Sir Archibald de tomar la sopa. Había estado de pie junto a la chimenea, donde ahora se encontraba Thomas, el lacayo, en su librea.

Había sido infantil, pero entonces eran poco más que niños. Había hecho que ambos se rieran sin poder evitarlo y que sentarse a cenar con el gran benefactor resultara extremadamente complicado.

Con una tostada en la boca, Will le arrebató la bata a Merrit y la arrojó sobre la cama, esperando que Robert la aprobara. De todos modos, hacía demasiado calor para ponérsela.

«Dijiste que había un sastre aquí», dijo William.

«Eh, sí, la señora Urquhart pensó que deberíamos mandar a buscar uno - y yo también, si no le importa la ligereza, señor.»

«No, no. Pero si tengo que ver al Sr. Rookwood, estará esperando un rato. Tal vez sea mejor que le diga que se vaya por ahora.»

«Como desee, señor,» dijo Merrit. «¿Esta tarde, quizás?»

«¡Cuando quiera!» dijo Will con un gesto de la mano. «Veré a Rookwood en cuanto esté preparado. Espero que tenga buenas noticias para mí».

Merrit no permitió que Will bajara hasta que se hubo rasurado y vestido adecuadamente. Su levita azul tinta con cuello de terciopelo, que había comprado hacía algunos años en París, había sido cuidadosamente cepillado. Había caído en buenas manos tras su aventura de la noche anterior en Macreadies y había obtenido una justa recompensa por rescatar a una damisela en apuros.

Esperaba que estuviera disfrutando de su dinero. Se preguntaba si habría conseguido comprarle un aplazamiento de su miserable existencia.

El señor Rookwood, su abogado, lo esperaba en la biblioteca de sir Archibald, en la planta baja de la casa, detrás del comedor. Era una habitación que a Will le resultaba particularmente desagradable. La asociaba con largas lecturas y escenas incómodas.

«Vayamos al jardín, señor Rookwood», dijo, entrando y levantando la hoja. Estaba colocada en la parte baja de la pared, y había que dar un pequeño paso para salir a la terraza que daba acceso al largo y estrecho jardín. Sir Archibald nunca se había aventurado a salir. No le gustaba mucho el aire fresco. Un paseo en su carruaje era suficiente ejercicio para él.

«Como guste, Sir William», dijo Rookwood, un poco sorprendido.

«No hay nada como Edimburgo en primavera», dijo Will, volviendo la cara hacia el sol. «Cuando es hermoso, es incomparable, pero como todas las cosas realmente bellas, es raro ».

«Me alegra saber que estás tan alegre. Me temo que voy a opacar tu buen humor».

«¿Oh?»

«Iré directamente al grano. Lo he intentado e intentado, tal y como me pediste. No he dejado precedente sin consultar. He hablado con algunos de nuestros hombres más doctos, pero lamento mucho que no haya salida.»

Will suspiró. «Ah, ya veo», dijo. «Bueno, estoy seguro de que has hecho todo lo que has podido. No podrías hacer menos. Gracias».

«Sir William, espero que no le importe que se lo diga, pero no creo que deba sentirse tan abatido».

«Es bastante difícil no estarlo. ¡Que un hombre muerto me diga lo que debo hacer! ¡Que me tenga así bajo su esclavitud! Es... ¡intolerable!»

«Sir Archibald estaba preocupado por el futuro de su apellido. Ustedes son una familia antigua, con bienes considerables para añadir brillo a eso. Él mismo no había logrado casarse, lo que lamentaba mucho».

«¿Porque todos lo rechazaron, supongo?» Will añadió. «No puedo imaginármelo como amante».

«No, no, eso es cierto. Era difícil verlo bajo esa luz», dijo Rookwood. «Y era una gran tristeza para él - no creo que usted lo aprecie, Sir William. Era un alma solitaria, a pesar de todo».

«Sí, puedo compadecerlo de corazón, y espero que esté en paz. Ya no soy un chico ingrato, señor Rookwood, ¡pero aún no puedo entender por qué no pudo confiar en mí!»

«Cuando su hermano murió, le causó una gran ansiedad», comenzó Rookwood.

«¿Ansiedad? ¿Eso es lo que era?» Will interrumpió. «¿Es eso lo que le impidió coger la pluma y escribirme? Ni una sola línea».

«Le escribió a tu madre, como era correcto».

«Sabía lo que yo sentía por él. Sabía que...» Will se interrumpió y se alejó unos pasos del viejo abogado, pasándose las manos por el pelo, intentando serenarse. Delante de él, un peral en

espaldera empezaba a mostrar sus flores blancas, tiernas y frescas contra las piedras grises oscuras del muro. Extendió la mano y tocó una de las flores, haciéndola temblar. Algunos pétalos cayeron al suelo y al instante se arrepintió de lo que había hecho.

«Sir William, ¿puedo continuar?» dijo Rookwood.

Se volvió hacia el hombre.

«Sí, discúlpeme. Pase y tome una copa de vino, señor».

No volvieron a la biblioteca, sino al comedor de enfrente, donde los antepasados de Will miraban impasibles desde las paredes.

Rookwood, animado por su copa de Madeira, dijo: «Sé que parece una gran libertad por parte de su tío, un intento de meterle en vereda retrospectivamente, pero tal vez haya más sentido en la estipulación de lo que usted puede ver en este momento. En este caso debe concentrar su mente en la tarea, porque sólo dispone de un mes».

«Sólo un mes», dijo Will con un gemido. Se sirvió otro vaso. «Treinta y un días».

«Treinta», dijo Rookwood, «para ser precisos».

«Treinta días para casarme. Para tomar una de las decisiones más importantes que un hombre puede tomar, ¡para poder heredar lo que es mío por derecho! Es increíble que se le haya ocurrido hacerme algo así».

«Le aconsejo que deje a un lado los aciertos y errores del asunto, Sir William. Concéntrese en el asunto que nos ocupa. Estamos en mayo y, como usted ha dicho, es una época muy hermosa. En esta temporada, Edimburgo está lleno de jóvenes elegantes. He conocido noviazgos que se desarrollan en menos de un mes, y con mucho éxito. Tu madre ya está trabajando duro para resolver este interesante problema. Tiene una lista de candidatas adecuadas.

«Que debería ser destrozada», dijo Will. «¡Pobres criaturas! Puede que ellas sean adecuadas, pero yo no. No soy casadera, Rookwood. No tengo corazón para ello, ¡y mucho menos estómago!»

«Y por eso creo que tu tío actuó como lo hizo», dijo Rookwood. «Sabía que necesitarías estímulo. Considera esto como una mano que te guía desde el más allá».

«¡Entonces debería levantarme y gritar de terror!» dijo Will. «Es monstruoso».

«Debería estarle agradecido, Sir William. Es usted más afortunado de lo que cree. Si no le hubiera persuadido de lo contrario, podría haber especificado una dama en particular.»

Will estaba a punto de llevarse el vaso a los labios, pero lo dejó con cuidado sobre la mesa, sorprendido por lo que había escuchado.

«¿Pensó en hacer eso?»

«Sí, hubo algunos nombres. Le dije que era demasiado cruel, que tú debías poder elegir libremente. En interés de la justicia».

«Ya veo. Entonces estoy en deuda con usted, señor Rookwood.»

«No pienses más en ello», dijo Rookwood. «¡Piense en la tarea que tiene entre manos, ese es mi consejo! Será mejor que vuelva a mi despacho», continuó, tras consultar su reloj. «Y será mejor que hables con tu madre».

Capítulo Seis

“¿Es otro vestido nuevo, madre?”

Will encontró a la Sra. Urquhart arriba, en el salón, de pie sobre la mesa redonda que había cubierto con hojas de papel. Estaba muy elegante, con un vestido de seda violeta pálido con cuello y puños de encaje.

«Qué amable de tu parte», dijo. «Me siento halagada.

«Está muy bien».

«Creo que medio luto no es una falta de respeto en esta coyuntura», dijo ella. «Espero visitas en breve. Espero que usted también esté aquí. Puede que le interesen». Movi6 un papel de un lado a otro de la mesa. «¿Ha visto a Rookwood?»

«Sí.

«¿Y?»

Will se encogió de hombros y cogió uno de los papeles.

Decía: «Señorita Grant de Drummond. 21. Ojos azules. Pelo castaño. Tres idiomas. No le gusta mucho la vida en el campo. Familia bien relacionada. Conservador».

Incapaz por un momento de saber qué decir, volvió a colocar el papel en el lugar que ocupaba.

«¿Y qué dijo Rookwood?», le preguntó ella.

«Fue decepcionante. Aunque ha hecho todo lo que ha podido por nosotros».

«No deberías haberte hecho ilusiones tan tontas. Lo hecho, hecho está».

«Eso parece», dijo Will, cogiendo otro trozo de papel y leyendo en voz alta. «Srta. Charlotte Murray-Matheson. Hija del reverendo profesor Murray-Matheson. 22. Modales tranquilos. Doméstica. Piadosa. No mencionas el pelo y los ojos en esta, madre».

«No, no la he visto. A la izquierda están las que he visto, a la derecha, el resto. Intento clasificarlas por orden de -»

«¿Por qué? Me fascinaría saber cuáles son sus criterios. ¿Apariencia, temperamento, ingresos?» Frunció el ceño y movió otro trozo de papel. «¿O es algún sistema arcano que yo, un simple hombre y potencial marido, nunca podría apreciar?»

«Harías mejor en guardarte esos pensamientos para ti, William, y simplemente agradecer que alguien esté dispuesto a tomarse la molestia de ver tus mejores intereses».

«Encuentro la gratitud bastante difícil dadas las circunstancias».

«Eso es obvio. Me estás complicando mucho la vida, William, con esa beligerancia infantil tuya. Siempre fuiste testarudo y obstinado, y la edad no te ha mejorado. No sé cómo voy a cantar tus alabanzas a estos jóvenes».

«¡Entonces no lo hagas!» dijo él, tomando su mano cuando ella estaba a punto de mover a otra jovencita a otro lugar. «Déjala estar. Déjala ir, si es necesario».

«¡No, nunca!», exclamó ella, liberando su mano. Le clavó un dedo en el pecho. «No lo haré, y no permitiré que me desobligues en esto. No tengo intención de morir en un miserable cuchitril porque no soportas que nadie te diga lo que tienes que hacer. Te someterás de una vez por todas, William».

Hizo una pausa, levantó las manos para hacer un gesto tranquilizador y volvió al estudio de sus papeles.

«Tal vez», dijo, «podrías decirme qué tipo de apariencia encuentras más atractiva en una mujer».

«Pareces pensar que una buena esposa se puede pedir como una buena cena, madre».

«Muchos matrimonios exitosos han sido el resultado de tales cálculos racionales. Una introducción entre dos partes muy adecuadas, donde el temperamento y el rango han sido correctamente considerados...»

«Tal vez deberías dedicarte a los negocios», dijo William, «cuando reanudemos nuestro estilo de vida habitual. Ya sabes que hay mujeres así en París y en Roma. Y se ganan la vida decentemente».

«Eres muy cruel», dijo ella. «¿Cuándo reanudaremos nuestro estilo de vida habitual? ¿podrías hablar en serio? ¿Realmente pretendes desafiarme, desafiar a tu tío? ¿Tan poco te importa todo esto?».

Señaló a su alrededor, la gran sala que tan bien le sentaba.

Will no pudo responder. El señor Coxe, el mayordomo, había entrado en la habitación.

«Lady Frances Kerr-Stuart y las señoritas Kerr-Stuart están fuera, señora. ¿Está usted en casa?»

«Oh, sí, Coxe. Hazlas pasar al salón.»

Cuando se hubo ido, se volvió hacia Will y pasó unos momentos arreglándole el pelo a su gusto, antes de pasar su brazo por el de él.

«Fanny y yo fuimos juntas a la escuela en Bath,» dijo. «Ella es un tesoro y sus dos hijas son un encanto. Me encantaría que nuestras familias estuvieran relacionadas».

«Entonces será mejor que no dejes que vean eso», dijo Will, señalando la mesa.

«No, no lo harán», dijo ella. «Vamos, entremos... e intenta sonreír, por favor. Si no, les darás un susto de muerte».

Capítulo Siete

«¿Y su carácter? Supongo que tiene uno», dijo la señorita Mackie.

«Yo... bueno, en realidad no. No he solicitado este tipo de trabajo antes, ya ve», dijo Adela.

«No puedo situarla por su valor nominal», dijo la señorita Mackie. «Debo tener cartas de personas de prestigio que puedan dar fe de tu carácter antes de considerar tu inclusión en el registro. Tiene que conocer a alguien. ¿Tal vez a su pastor o a algún amigo de la familia? ¿Sí?»

Adela asintió, pero no sabía a quién pedirle algo así. Se miró los dedos recién enguantados y los suaves pliegues verde oscuro de su nuevo y respetable vestido. No bastaba con aparentar.

«Hasta que no consiga algo de esa naturaleza para mí, no puedo hacer nada por usted. Espero que no se desanime, señorita Ross; presiento que le iría bien en una buena familia, pero debe comprender que no podrían aceptarla sin carácter.»

«Hablaré con nuestro ministro», dijo Adela. Sólo conocía vagamente al caballero en cuestión. Era una persona bastante elevada, a la que no era fácil acercarse, y tener que pedirle que respondiera por ella sería humillante. Se consoló pensando que era más fácil hacer esas cosas con un vestido nuevo.

«Excelente. Tal vez podría hacerlo sin demora. El hecho es que tengo una familia muy ansiosa por tener a alguien antes de que pase mucho tiempo. Buscan a alguien joven y enérgico. Es una familia numerosa con seis hijos que está a punto de instalarse en las Altiplanicies. Es una situación excelente».

Joven y enérgica y quizá no muy cara, pensó Adela mientras bajaba las escaleras del primer piso cerca de la Universidad donde la señorita Mackie dirigía su agencia doméstica. Aun así, era un indicio de algo concreto, y eso era más de lo que había tenido en mucho tiempo. La generosidad de Sir William Urquhart estaba haciendo su magia. Con sus ropas anteriores, no se habría atrevido a pedir a la Srta. Mackie una situación superior a la de criada, y ni siquiera ella estaba preparada para eso.

Seis niños en las Altiplanicies, pensó mientras caminaba por la calle Chambers en dirección a Greyfriars.

Por supuesto, eso podría ser agradable, si se tratara de niños agradables; pero también podrían ser una manada de demonios cuyo principal deleite sería atormentar a su desafortunada institutriz. Aunque le ofrecieran el trabajo, sería una apuesta arriesgada. Era una lástima que los empleadores no tuvieran que proporcionar un personaje a sus empleados. ¡Qué diferente sería el mundo entonces!

Como el tiempo seguía siendo bueno y cálido, decidió dar una vuelta por Greyfriars Kirkyard y disfrutar de la vista de los viejos árboles en flor.

Paseó durante unos minutos, disfrutando de su soledad, hasta que vio a un hombre apoyado en una de las tumbas de las mesas, con el sombrero de ala ancha a su lado. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y la cara vuelta hacia el sol.

Se detuvo en seco. Era Sir William Urquhart.

A la luz del sol, con los ojos cerrados y las facciones en reposo, su aspecto era mucho menos cadavérico. Sus rasgos eran angulosos, era cierto, y sus mejillas hundidas, pero el sol captaba el tono castaño de su cabello ondulado y suavizaba su aspecto, mientras que sus pestañas largas y suavemente curvadas daban a su severo rostro una vulnerabilidad infantil. En su quietud, parecía la efigie de un caballero, descansando un momento antes de volver a la batalla. Y había ido a la batalla por ella: había apartado a sus torturadores, arrojando su abrigo sobre ella y luego

levantándola con fuerza enérgica, con los brazos apretados alrededor de ella.

Ahora se mantenía a unos dos metros de aquella figura imponente, incapaz de apartar los ojos de él. Volvió a pensar en lo ocurrido la noche anterior. Evidentemente era un caballero, todo en él lo proclamaba: su voz, sus modales y sus acciones. Le había prestado un gran servicio, y sin embargo...

Se dio la vuelta rápidamente. La horrible calumnia de Macreadie había surgido en su mente, acompañada de una imagen espeluznante que no habría deshonrado a la coautora de una hoja de baladas.

No podía ser verdad. Nunca se habría atrevido a volver a Edimburgo si fuera cierto, ¿no? Sin embargo, ella había oído decir que tales historias a menudo tenían su fundamento en la verdad. Tal vez Sir William y su hermano habían hecho alguna vez algo salvaje y perverso, algo que había sido alterado aún más por las habladurías para formar una terrible acusación.

Se dio la vuelta y empezó a alejarse, esperando que no la hubieran visto. Se sentía mareada, avergonzada de pensar mal de él, pero incapaz de descartar lo que había escuchado.

«¿Señorita Ross? Es la señorita Ross, ¿verdad?»

Demasiado tarde. La había visto.

Se detuvo, respiró hondo y se volvió hacia él. Hizo una pequeña reverencia, porque sentía que debía hacerlo -después de todo, él era su superior- y así pudo mantener los ojos recatadamente bajos. No estaba preparada para mirarle directamente. Su mente seguía llena de horribles posibilidades. ¿Y si Macreadie tenía razón y ella había aceptado dinero de un monstruo? Un monstruo que parecía un caballero medieval y la flor de la caballería.

«Apenas la reconocí», dijo acercándose a ella. Ahora tuvo que levantarle la vista y vio que sonreía al saludarla. Ella le devolvió una sonrisa torcida. «¿Esto es cosa mía?», añadió señalando sus faldas verdes.

«Sí, señor. He seguido su consejo y me he presentado en Mackie's para ser institutriz. Si consigo un puesto, podré pagárselo».

«Espero por tu bien, entonces, que consigas uno bueno. No uno con mocosos rencorosos y una madre ociosa que los malcría atrocemente».

«¡No, espero que no!» dijo ella.

«Ni uno donde el padre sea un... bueno, quizás no debería decirlo, pero es algo contra lo que debes protegerte. Pero estoy segura de que lo sabes».

«Sí, ya lo creo. Seré cuidadosa».

«Tener cuidado a veces no es suficiente. Si tiene algún problema, escíbame y vendré a sacarle de cualquier apuro», dijo.

«Oh, no creo que pueda hacer eso», dijo ella.

«Insisto», dijo él. «A la primera señal de problemas. Le daré mi tarjeta. Bueno, no será mi tarjeta, ya que todavía no tengo ninguna tarjeta propia para darle. Son un lujo que hasta hace poco no podía permitirme. Sin embargo, tengo una que pertenece a mi tío difunto». Sacó una tarjeta del bolsillo y se la tendió, añadiendo: «Una carta a esta dirección me llegará, al menos durante el próximo mes».

Ella estaba dudando si aceptarla o no, cuando de pronto él retiró la mano, poniendo la tarjeta fuera de su alcance.

«O quizá no», dijo.

«¿Señor?»

Torció la cara y frunció el ceño.

«El caso es, señorita Ross, que estoy en un aprieto. Yo...» Se interrumpió. «No debo

agobiarla con mis tonterías, cuando ya la he atado con nudos de obligación. He intentado ayudarla y probablemente no la he ayudado en lo más mínimo».

Le tendió de nuevo la tarjeta y durante un momento se quedaron allí, ambos con la tarjeta entre las puntas de los dedos, el rectángulo de cartulina haciendo un extraño puente entre ellos. Luego, por fin, él se aflojó su lado.

«Haré que envíen mis cartas, en el peor de los casos», dijo.

«No me siento tan atada», dijo ella, guardando la tarjeta en su retícula. «Y puedo empezar a pagar mi deuda, al menos en parte. Tome, no puedo quedarme con esto».

Sacó su monedero de cuero y se lo puso en la mano.

«¡Ya está vacío! Estoy impresionado, señorita Ross», dijo con una sonrisa.

«No, no, lo he puesto en un lugar seguro. La mitad para el aprendizaje de mi hermana, el resto guardado en mi caja».

«Se ha dejado algo», dijo abriéndola. «¿Qué es? Un boleto».

«Oh...», dijo, recordando ahora que lo había puesto allí y lamentando de inmediato haberlo olvidado... diez. Qué tonta había sido. Primero por permitirse semejante extravagancia y ahora por ser sorprendida así. Los casos de caridad no eran para comprar entradas de ópera, eso estaba claro.

Lo sacó y lo examinó.

«¿Una entrada de ópera?», dijo. «¡Oh, señorita Ross, un boleto de ópera.» Sacudió la cabeza.

«Es para una amiga», dijo ella. Se dio cuenta de que se sonrojaba. «Un regalo».

«¿Un regalo?», dijo él. «Qué decepción».

«Lo siento», dijo ella. «Sé que no debería comprar regalos caros con su gran amabilidad, pero esto era para un... un... un -> Se interrumpió, sintiendo que estaba a punto de derretirse de vergüenza.

«Me decepciona que no fuera para ti», dijo él. «Eso es todo.»

«¿Para mí?», dijo ella, con la voz seca.

«Sí, pensé: qué bien, se ha comprado un boleto para la ópera. Pensé: eso sí que es ser enérgica. Nobleza ante la adversidad, y tener que aceptar dinero de mí es adversidad, estoy seguro de ello».

«Es... el boleto, quiero decir... bueno, es para mí», dijo ella. «Pero pensé que usted se enfadaría. No se gasta el dinero de la caridad en lujos, ¿verdad?»

«Pero lo ha hecho».

«Sí. No pude resistirme. Una compañía de ópera italiana en Edimburgo, bueno -> Se encogió de hombros.

«Irresistible», dijo, y sonrió. «Sí, estoy totalmente de acuerdo. Yo también voy esta noche. Nos veremos allí. Es una buena compañía. Fui anteanoche, cuando dieron las Nozze di Figaro, pero esta noche es Donizetti, ¿no?».

«Sí, L'Elisere d'Amore.»

«¡Claro, claro! ¡El Elixir de Amor! ¿Conoce la pieza?»

«No, en absoluto.»

«Es una historia ridícula, pero hay una música maravillosa. Se sentirá transportada. Espero que también te hayas permitido un vestido de noche adecuado. No creo que esa magnífica confección de satén rosa con piel blanca y lazos rojos sirva para el Teatro Real».

No pudo contenerse y soltó una carcajada.

«No», admitió. «Y sí, me he comprado un vestido de noche. Pero es uno sensato, de seda

marrón oscuro, para llevar a los niños al salón después de cenar».

«Sensible», coincidió él. «¿Pero algo deprimente, quizás?»

«Si me alimentan y me alojan, no tendré nada de qué quejarme», dijo ella. «Tenías razón: el orgullo y el hambre no se llevan bien. Tengo que pensar en el futuro de mi familia, así que lo que tenga que ser, será. Así debe ser».

Asintió y se rascó la sien.

«Me pregunto, señorita Ross, si me podría pagar mucho antes de lo que piensa. Como dije antes, tengo un problema entre manos y se me acaba de ocurrir que usted podría ayudarme a resolverlo. Y le ayudaría tanto como a mí. Su familia... tiene hermanas, ¿verdad?».

«Tres hermanas».

«¿Y dijo que quería ser aprendiz de una de ellas?»

«Sí, de sombrerera. Pero es costoso».

«En un mundo ideal no querría que aprendiera un oficio, imagino. Usted tiene el sello de la gentileza, señorita Ross. La sombrerería huele a desespero».

«No vivimos en un mundo ideal. Un oficio es la mejor esperanza para mi hermana. Ojalá mis padres se hubieran asegurado de que yo tuviera uno».

«Recibiste clases de canto - lo suficiente para hacer que tu profesión sea la de músico, según he escuchado.»

«Anoche no tenía buena voz», se las arregló para decir. «Y es, como has visto, una profesión peligrosa. Me hubiera gustado un oficio más sólido, a decir verdad».

«Tenías buena voz antes de empezar con Home Sweet Home - pero es una canción execrable, y no espero que nadie con un átomo de gusto la cante bien. Debe atascarse en la garganta de cualquier persona sensible».

Ella lo miró fijamente.

«Tengo que admitir que no me gusta mucho», dijo.

«¡Lo sabía!», exclamó él riendo. «¿Y quién te enseñó a cantar?»

«Mi padre. Era un maestro de baile, como su padre antes que él, pero tenía una buena voz y una técnica maravillosa. A veces complementaba sus ingresos impartiendo clases de canto, y creo que, en verdad, pudo haber ganado más dinero con eso, pero luego enfermó y murió, y ya no hubo dinero.»

«Lo siento.»

«Como he dicho, no es un mundo ideal», dijo ella, apartando la mirada de él.

Hubo un largo silencio entre ellos y, de repente, él alargó la mano y se la tomó. Ella le miró, perpleja, preguntándose si debía retirarla. Parecía una libertad y, sin embargo, había algo en la firmeza de su apretón que resultaba convincente.

«Lo que voy a decirle le parecerá extraño, señorita Ross, pero le pido que tenga paciencia y me escuche. Como le he dicho, estoy en apuros y creo que usted puede ayudarme».

Ella asintió. Sus ojos grises se clavaron en ella y ya no pudo apartar la mirada.

«Recientemente he recibido una gran herencia», dijo. «Mi tío ha fallecido y todo recae sobre mí. He sido su único heredero desde que mi hermano falleciera hace un año, y no es que haya vivido de expectativas. Sé que algunos hombres lo hacen, ¡y me parece deplorable! He prescindido de todo y me he ganado el pan, no mucho, pero suficiente para satisfacer mis necesidades. Así que entiendo un poco su vida, señorita Ross».

En aquel momento, el sol, que había estado brillando con tanta placidez, quedó oculto por una gran masa de nubes grises como el acero, que vinieron acompañadas de un repentino estallido de enérgica y fría lluvia primaveral.

«Será mejor que entremos», dijo, y juntos corrieron hacia la iglesia.

La condujo hasta uno de los bancos altos y se sentaron juntos.

«¿Por dónde iba?», dijo él. «Oh sí, mi querido tío Archibald. Este es realmente el lugar más apropiado para esta conversación, señorita Ross. Las circunstancias me animan». Y luego se rió nerviosamente. «Al menos eso creo. Seguramente va a intentar que me lleven al manicomio dentro de un momento».

Adela se miró las manos. ¿Adónde iba a parar todo esto?

«Quizá debería ir al grano», intentó decir.

«Sí, sí, en efecto. El tío Archibald, por razones que sólo él conoce, puso una condición en su testamento, una condición que me lleva a esta situación desesperada. Estipuló que debía casarme antes de un mes».

A ella se le formó una «O» de sorpresa en la boca y se la tapó rápidamente con la mano.

«Sí, ¿no es ridículo?» Sir William continuó. «Que piense que puede imponerme cosas desde el más allá».

«Ciertamente es una gran condición.»

«Hasta hace un cuarto de hora estaba dispuesto a ponerme una pistola en la cabeza. Pero estoy empezando a ver una manera de superarlo, y aquí es donde entra usted, señorita Ross».

Respiró hondo.

«¿En serio?»

«Sí. El testamento no especifica con quién debo casarme, sólo que debo hacerlo. Por lo tanto, se me ocurre que si quiere pagar su deuda conmigo más temprano que tarde, podría considerar hacerme el honor de convertirse en mi esposa».

Se quedó en silencio, mirando sus manos.

«¿Me entiende, señorita Ross?»

«Sí, claro que sí».

«No es una broma tonta ni nada por el estilo. Hablo totalmente en serio».

«Sí, ya veo», dijo ella. «Pero como usted ha dicho, es un poco... inusual.»

«Yo lo veo como cortar el nudo gordiano. Mejorará enormemente la situación de ambos.»

«¿Lo hará?», preguntó ella.

«Propongo, una vez que el hecho esté consumado, que le proporcione un establecimiento adecuado aquí en Edimburgo: una casa, sirvientes, dinero, todo lo que necesite para que usted y sus hermanas estén cómodas. Todas las entradas de ópera que desee. ¿Un carruaje? Eso es lo que suelen querer las mujeres casadas, me parece».

«¿Y usted qué hará?»

«Volveré a Roma.»

«¿Roma?»

«Roma», asintió.

«¿Entonces no sería un matrimonio en el sentido ordinario?»

«No, claro que no. ¿Cómo podría serlo? Somos prácticamente extraños. Es un acuerdo en beneficio mutuo. Para salvarte de la ingobernabilidad, y para que yo no tenga que meter a mi madre en un chutril».

«¿Qué?»

«Ella no tiene nada propio, y si no hago esto por ella, será un hijo lamentable, ¿no crees?».

«Pero un marido extraño.»

«Sí, pero, señorita Ross, uno distante. No esperaré que tolere mis hábitos desagradables. ¡Serás una mujer independiente! Creo que te sentará bastante bien. Tienes el carácter para ello».

Ella lo miró. No sabía si aquello era un cumplido o un insulto.

«Es la proposición más extraña que me hayan hecho jamás».

«Oh, ¿has tenido otras?», dijo él. «Aunque quizá no debería sorprenderme».

«Sólo una, pero quedó en nada. Más bien se decidió en contra, si sabe a lo que me refiero».

«¡Qué tonto!», dijo Sir William.

Adela miró las bóvedas encaladas de la antigua iglesia, tratando de tranquilizarse con sus reconfortantes y elegantes curvas.

«Si acepto», dijo ella un instante después, «querré algo por escrito, algún tipo de contrato. Supongo que es un agravio para un hombre como usted, cuando su palabra lo es todo, pero debo protegerme».

«Por supuesto. No había pensado que pudiera ser de otro modo. Después de todo, no me conoces de nada. Y no espero que digas que sí en este mismo momento. Esperaré tu respuesta. ¿Quizás esta noche, después de la ópera? ¿Es demasiado pronto?»

Adela se levantó y apoyó las manos en la barandilla del banco frente a ellos. Contempló la iglesia vacía, llena de la fría luz gris de la repentina tormenta. Se dio cuenta de que él la miraba. ¡Qué propuesta más fantástica! Pero al mismo tiempo tenía todo el sentido del mundo. ¿O es que ella quería que tuviera sentido porque apelaba a sus instintos mercenarios?

Sacudió la cabeza, intentando despejar la mente. Pero persistía la idea de que lo que él estaba sugiriendo era, a pesar de toda noción convencional, tentador, y que sería una tonta si no accedía a ello.

«No», dijo Adela. Su voz sonó fuerte, como si quisiera que resonara en la iglesia. «Quiero decir, sí».

«¿Mañana entonces? ¿Me lo dirás entonces?»

Respiró hondo.

«No, quería decir que esta noche no es demasiado pronto. Ahora no es demasiado pronto. Acepto. Acepto. Gracias, sí».

Miró la ventana del este frente a ella. Lo había hecho y ya no había vuelta atrás.

Le oyó ponerse en pie, la madera del viejo banco crujiendo ruidosamente al hacerlo.

«Gracias», dijo. «No habrá motivo de arrepentimiento, se lo prometo».

Pero podrías, pensó ella.

Capítulo Ocho

«¿Significa esto que podremos tener un piano de nuevo?», preguntó Sophie.

Sophie estaba sentada en el alféizar de una ventana situada en lo alto de la pared de su destartada sala común. Era su lugar favorito, y ningún regaño de Jacobina la disuadía de sentarse allí. Ahora, se deslizó hacia abajo por su propia voluntad, y se acercó a la otra ventana y se apoyó contra la pared, donde había una buena vista de la calle.

« ¡Oh, eso estaría bien», dijo Carrie. «Pero aún no se ha decidido nada, ¿verdad?».

«Ella dijo que sí», dijo Sophie. «Así que...»

«Eso no significa que esté decidido», cortó Jacobina bruscamente.

«Y podríamos conseguir un loro», dijo Sophie, despreocupada.

«Podríamos, supongo», dijo Adela.

«¿Por qué hablamos de loros y pianos?», dijo Jacobina. «Cuando... cuando... Oh Adela, cómo puedes ser tan estúpida como para decir... ¡un reluciente monedero de plata y ya estás perdida! ¡Perdida!»

Adela no pudo contenerse más.

«¡No estoy perdida!», exclamó. «Es el matrimonio lo que me está ofreciendo, no...»

«¡No serás mejor que una ama!», dijo Jacobina. «¡Qué arreglo tan desagradable y mercenario! Se aprovecha de las circunstancias desafortunadas de tu vida para su propio beneficio. Nadie en su círculo te respetará. Tú -no, nosotros- seremos el hazmerreír, si sigues adelante con esto».

«¡Entonces seremos un hazmerreír bien alimentado!», dijo Adela, observando cómo Carrie, con su habitual cuidado, empezaba a untarse otra rebanada de pan. «De eso se trata, ¿no? Los mendigos no pueden elegir».

«¡Aún no somos mendigos!», exclamó Jacobina.

«¿Pero de qué vamos a vivir?», dijo Adela levantándose de la mesa. «No podemos vivir de los favores de Nell. Necesitamos dinero. Hoy he ido a pedir una plaza de institutriz, pero parece que sólo puedo conseguirla si tengo carácter, y no hay nadie que me lo dé.»

«¡No, porque no te lo mereces, marimacho!», espetó Jacobina.

Carrie dio un pequeño grito ahogado.

«Jacobina, por favor», dijo. «Es muy injusto. Adela está tratando de ayudarnos a todos, haciendo este gran sacrificio por nosotros. Deberíamos estarle agradecidas. Está siendo valiente».

«¡Tonta!», dijo Jacobina.

«No fue imprudente cuando el Sr. Jamieson lo propuso», dijo Adela. «Era exactamente lo que quería: seguridad y respetabilidad. ¿En qué se diferencia esto? Yo no lo amaba, si a eso se refiere. Puede que pensara que sí un poco, pero creo que fingí para facilitar las cosas».

«¿Así que no amas a este caballero?», dijo Carrie.

«¡Claro que no! Le conocí anoche. Y el amor no tiene nada que ver. Se va a vivir a Roma. No nos molestará».

«¿Por qué se va a Roma?» preguntó Sophie.

«No lo sé. Quizá tenga amigos allí. Creo que prefiere Roma a Edimburgo».

«Probablemente tiene una mujer allí», dijo Jacobina.

«¿Y por qué no se casa con ella?», dijo Sophie. «Tal vez no pueda. Quizá sea una mujer casada», añadió con una sonrisa malvada.

«¡Sophie, de verdad!», dijo Jacobina, y luego se volvió hacia Adela. «¡Mira lo que estás haciendo! Estás confundiendo a tu propia hermana con tu escandalosa conducta. Esto será la ruina de todas nosotras si sigues adelante, ¡recuerda mis palabras!».

~

«No es necesario, Addie», dijo Carrie, cuando se quedaron solas en el pequeño armario que usaban como dormitorio. «No es necesario, sólo ayudarnos, y estoy segura de que por eso lo haces. Nos las arreglaremos, de una forma u otra».

«De una forma u otra», dijo Adela, soltándose el pelo. «¿Me lo peinas? Y luego necesito que me lo recojas en un elegante moño».

«Haré lo que pueda», dijo Carrie, arrodillándose en la cama detrás de Adela para así poder abordar la tarea prolijamente. «Sabes, aún podría ir y ser la doncella de una dama. Entonces podrías ser aprendiz de Sophie en algún sitio».

«¿Y dónde podría ser? Sophie sería toda una propuesta para cualquiera, ¿no crees?», dijo Adela con una sonrisa. «Tal vez podríamos enviarla al mar. Eso le vendría bien».

Carrie se rió y apartó con cuidado el pelo de Adela.

«Pero si no lo amas, Addie», dijo al cabo de un momento. «Si le quisieras, entonces...».

«¿Crees que amaba a George Jamieson?».

«No lo sé. Supongo que lo esperaba. Pensaba que sí. Parece terrible casarse con alguien sin sentir nada por él. No creo que pudiera, me temo. No soy tan valiente como tú. Tendría que estar enamorada. Eso es estúpido por mi parte, y nunca conseguiré un marido esperando eso, ¿verdad?»

«Oh, no lo sé. Afortunadamente, encontrarás a un joven bien plantado que te amará sólo por tu hermoso carácter y tu encantadora sonrisa, y como te daré algo de dinero para casarte y serás la cuñada de un hombre rico, su rico papá no pondrá la menor objeción. De hecho, te querrá como a la hija que nunca tuvo, ¡y será una felicidad perfecta para todos!»

«Eso es bonito», dijo Carrie, «pero me preocuparé por mi hermana, que tendrá un esposo que no es un esposo».

«Pero yo tendré un piano y un loro», dijo Adela. «Estaré muy contenta».

«Pero nadie que la quiera por su hermoso carácter y su encantadora sonrisa», dijo Carrie. «Tampoco hijos, al parecer, a menos que... Los maridos tienen derechos, creo, y tal vez él podría...» Dejó el peine y abrazó a Adela. «Por favor, piensa en eso, Addie, por favor, antes de lanzarte por nosotros. ¿Realmente sabes lo suficiente sobre este hombre como para arriesgarte tanto?»

Capítulo Nueve

Más tarde, cuando tomó asiento en el foso del Teatro Real, la pregunta de Carrie la persiguió.

Y luego estaba Sophie, tan típicamente directa, exigiendo saber por qué se iba a Roma.

Un enredo con una mujer extranjera ciertamente explicaría muchas cosas. Sólo había que mirarlo, con sus ropas un poco extrañas pero interesantes, su pelo suave y rizado y su sonrisa perversa, para imaginar a una noble hermosa pero infeliz, miserablemente enamorada de él. Una mujer que tal vez se había casado por conveniencia y sin ninguna esperanza de verdadero afecto, pero que al conocer a William Urquhart había descubierto lo que era amar. Todo era tan plausible. Podía imaginarse a esa mujer sentada esperando recibir una carta de Escocia, una carta por la cual lloraría, sin duda, y que luego ocultaría a su marido. Si ése era el caso, ¡qué desdicha!

Adela esperaba que Jacobina se opusiera a ella; a menudo estaban enfrentadas. Sin embargo, habían tenido que ser Sophie y Carrie, cada una a su manera, las que señalaran los evidentes defectos del plan.

Pensaban que no serviría de nada, y eso era lo esencial. Sus queridas hermanas, a las que sólo intentaba ayudar. ¡Era imposible!

Su asiento estaba situado al final de una fila, a mitad de camino hacia el fondo. Lo había elegido para poder escabullirse fácil y rápidamente al final. El teatro estaba casi lleno, pero los dos asientos de al lado no lo estaban. Esperaba que no lo estuvieran, ya era bastante incómodo estar sola en el teatro. Para empezar, había sido una tonta al pensar en hacer algo así, pensó, hundiéndose un poco en su asiento, con la esperanza de que su seda marrón la hiciera invisible. Llevaba un chal y se lo había colocado cuidadosamente sobre los hombros. El vestido mostraba mucha menos carne que el que había lucido la noche anterior, pero aquí se sentía el doble de expuesta.

Se preguntó dónde estaría sentado y si podría verla. Había echado un vistazo a las cajas, pero no le había visto. Ya no estaba segura de querer verle, y mucho menos de querer hablar con él.

«Disculpe, creo que es mi asiento...»

Levantó la vista. Al final de la fila había una mujer de aspecto amable, muy embarazada, pero vestida a la última moda. Envuelta en un satén amarillo pálido, con muchos encajes, era un hermoso vestido, y Adela no pudo evitar sonreírle con franqueza, mientras se levantaba para dejarla pasar.

«¿Estás sola, querida?», dijo la mujer, acomodándose con cuidado en su asiento.

«Sí, lo estoy -respondió Adela-.

«Entonces nos haremos compañía», dijo. «Se suponía que iba a venir mi marido, pero creo que se ha olvidado... ¡intencionadamente! Ya sabes cómo son los hombres, no siempre aprecian el teatro, ellos se lo pierden. Pero te digo que nada me apartará de la ópera. Nada». Y se pasó una mano enguantada por su enorme barriga. «Y este pequeño, niño o niña, también lo apreciará. Les encanta la música, ¿sabe? Se mueven cuando hay música».

«Oh, qué interesante», dijo Adela, preguntándose cómo sería estar tan enormemente embarazada. «¿Tiene muchos hijos?»

«Tuve dos con mi difunto marido, y éste será el primero con el actual, ¡si Dios quiere! ¿Y usted?»

«Oh, no estoy casada», dijo Adela.

«Y has venido al teatro completamente sola. Eso es bastante atrevido, si no le importa reconocerlo», dijo, abriendo su abanico y refrescándose vigorosamente.

«Sí, pero no pude resistirme. Ya sabe, la ópera».

«Lo sé, lo sé. Acabo de recibir un terrible sermón de mi madre sobre ese mismo tema. '¿Qué pasa si llega tu hora, Mary, qué harás entonces? Casi no salgo por la puerta. Y se enfadará porque el señor Jamieson no ha venido también, pero le sermonea a él y no a mí, porque simplemente me hago la dormida. Uno puede hacer eso cuando está embarazada. Es de lo más útil', terminó con una risita un tanto malvada.

Jamieson, pensó Adela... Dios mío, espero que no sea esa señora Jamieson. Después de todo, era un nombre bastante común.

«Lo recordaré», consiguió decir Adela. «Para cuando me case».

«¿Y está previsto el matrimonio?», dijo ella. «¡Perdóname! Pero estoy segura de que debe haber un caballero tras bastidores. ¿Sí?» Antes de que Adela pudiera responder, añadió. «Me encantan los cotilleos románticos, y tú pareces muy romántica».

«¿Sí?», dijo Adela.

«¡Tu vestido, tu pelo y ese precioso chal! Es todo tan sencillo y, sin embargo, tan verdaderamente elegante. Yo no puedo hacerlo, por mucho que lo intente. Lamento decir que no me resulta fácil contenerme».

«Tu vestido es precioso», dijo Adela. «Y tu encaje. Estás muy guapa».

«Sí, pero no luzco romántica. Nunca lo seré. Pero esa es mi desgracia, no la suya. ¡Oh, aquí llega nuestro maestro! ¿Dónde está mi libreto? Esta pieza es tan divertida. El héroe es un campesino que compra una botella de vino y cree que es una poción de amor. Pero al final consigue una dama rica, así que todo va bien».

Comenzó la obertura y Adela trató de perderse en la música. Pero la idea de que la nueva esposa de George Jamieson pudiera estar sentada a su lado la distraía demasiado. Si el señor Jamieson llegaba en persona, cosa que aún podía ocurrir, la agonía de la velada sería completa.

Me lo merezco por buscar mi propio placer, pensó Adela. Así es como me castigan por ello.

Entonces se dio cuenta de que uno de los mejores palcos, que había estado vacío, estaba ahora ocupado por un pequeño grupo de elegantes mujeres con vestidos pálidos y costosos, y acompañadas por varios caballeros, uno de los cuales era inconfundiblemente Sir William Urquhart. Ocupaba un lugar en el borde del palco, más alejado del escenario, apoyado en la columna que lo enmarcaba, con los brazos cruzados sobre el pecho, en la misma pose característica que ella le había visto aquella mañana en el Greyfriars Kirkyard.

La llegada de este interesante grupo no pasó desapercibida para su compañera. Tomó un vaso de ópera y lo examinó con detenimiento.

«¿Quién es ése?», murmuró a Adela cuando terminó la obertura. «¿Lo conoces? Parece que te está mirando».

Capítulo Diez

Will se quedó sorprendido cuando su madre aceptó su sugerencia de llevar después a la ópera a algunos de los invitados a la cena. Sabía que había estado planeando que las jóvenes invitadas actuaran en el salón para él. Ella sabía que a él le gustaba la música, y el talento para ella era uno de los criterios de su lista de candidatas.

Las jóvenes en cuestión estaban igualmente sorprendidas y, probablemente, muy satisfechas de verse liberadas de esa onerosa tarea. Un viaje inesperado a la ópera era una delicia.

«Menos mal que habéis cogido un palco», dijo la señora Urquhart mientras las jóvenes prácticamente se desplomaban de emoción, colocando sus sillas para tener la mejor vista y arreglándose los vestidos para que se les viera mejor.

Era una comedia en sí misma, pensó Will mientras permanecía de pie al lado del palco. Desde allí tenía una vista perfecta del foso, donde sabía que encontraría a la señorita Ross.

Y allí estaba ella, en el otro extremo, con su vestido de seda oscura, no precisamente marrón, como ella ya había dicho, sino del color de una buena copa de jerez, pensó. A su lado había una mujer vestida de amarillo chillón que miraba el palco con desinhibición a través de sus gafas de ópera. Se preguntó si debería hacerle una leve reverencia, ya que su franca curiosidad era divertida, pero no quería avergonzar a la señorita Ross.

El tenor hizo un excelente trabajo en su primer aria, una encantadora canción sobre un amor no correspondido, y los aplausos se extendieron por todo el público. A Robert siempre le había gustado esa canción y a veces, cuando estaba cansado y desanimado, le pedía a Will que se la cantara. Ya no podía cantar, pero lo intentaba, y sus labios blanqueados pronunciaban las palabras familiares mientras Will cantaba.

«Ojalá hubiera pociones mágicas», había dicho Robert una vez. «Que todo en el mundo pudiera arreglarse, como en una *ópera bufa*». Y cuando había dicho «*ópera bufa*» a la manera italiana, había subrayado las palabras, a pesar de todo el cansancio que le producía el dolor, con una floritura de las puntas de los dedos. Luego se había hundido exhausto en las almohadas.

Will se volvió hacia el escenario, sin querer dejar que su mente se detuviera en la imagen, pero le resultaba muy difícil borrarla. Fijó su atención en la mayor de las chicas Kerr-Stuart, que estaba sentada justo delante de él, aparentemente encantada con la acción que se desarrollaba ante ella. Vivían casi siempre en el campo, por lo que el teatro era una gran novedad para ella. Durante la cena había oído hablar demasiado de su vida rural, sencilla e intachable. Había sido muy difícil sacarla del tema. Era, sin duda, una muchacha amable y de buen corazón, con bonitos modales y una sonrisa atractiva. Su madre no estaba siendo cruel con él al sugerirle una mujer tan joven. La mayoría de los hombres encontrarían más que agradable casarse con una muchacha así. Conocería su deber y nunca faltaría a él. Pero ella se casaría esperando que él cumpliera con su deber, y eso era lo que él no podía hacer. No estaba de humor para enamorarse, y amor era lo que una muchacha como la señorita Kerr-Stuart estaría buscando, o al menos, el primo hermano del amor: afecto conyugal.

Él era plenamente consciente de que ella tenía un gran encanto físico. Su vestido bajo revelaba unos hermosos hombros y un esbelto cuello blanco que invitaba a ser besado. Antes, si las circunstancias se lo hubieran permitido, no habría dudado en tomarse esa libertad. Los palcos de las óperas estaban diseñados para esas cosas. No eran para llenarlos de madres casamenteras y jóvenes virtuosas. Una vez, en Roma, en el fondo de un palco, con el acompañamiento de un sublime Cherubini, había seducido delicadamente a una joven noble con un marido tedioso. Tal

vez, si lo hubieran dejado a solas con la señorita Kerr-Stuart, habría podido remover las cenizas de sus pasiones y encontrar la chispa necesaria. Sin embargo, eso le parecía improbable, aunque por algún milagro se hubiera quedado a solas con ella. Una cosa era la seducción y otra muy distinta el matrimonio.

Volvió la vista al foso. La mujer de amarillo le impedía ver a la señorita Ross, y sintió una punzada de decepción. Quería saber qué opinaba ella de la ópera. Pensó que sus opiniones serían estimulantes. Probablemente tendría algunas palabras que decir sobre las notas altas de la soprano principal, que no estaban tan bien colocadas o no eran tan bellas como podrían haber sido. Se preguntó si le gustaría el personaje de la heroína de biblioteca que tenía tierras y expectativas.

La acción se desarrollaba con el enamorado y simplón héroe comprando una botella de vino corriente a un curandero, pensando que era la poción mágica que necesitaba para conseguir novia.

Tonto estúpido, pensó Will, no dejes ir tu corazón tan fácilmente, hombre, porque sólo se romperá una y otra vez. Esa era una lección que había aprendido por las malas. El amor sólo conducía a la desesperación. El amor sólo llevaba a la tumba.

~

Adela se había involucrado un poco en la historia, por ridícula que fuera y aunque algunas de las canciones carecían de delicadeza. Se le partía el corazón por la pobre Adina y su pretendiente, y por todos sus estúpidos malentendidos.

Miró a un lado y se dio cuenta de que Sir William ya no estaba de pie, apoyado en su columna. Quizá se había sentado al fondo del palco, pensó, y volvió a concentrarse en la historia que se desarrollaba en el escenario.

Al terminar el primer acto, sintió la necesidad de tomar el aire, así que se disculpó con su acompañante y salió del auditorio.

Había mucha gente en el vestíbulo y hacía bastante calor, así que se dirigió como pudo a las puertas de entrada y salió al pórtico abierto. Allí refrescaba, pues estaba lloviendo. Las calles empedradas brillaban con la curiosa luz gris azulada de una tarde de mayo. Y allí encontró a William Urquhart.

Estaba de espaldas al teatro, apoyado, con los brazos extendidos, en la barandilla que daba a la calle. El farol que colgaba cerca iluminaba el humo de su puro y la llovizna que caía.

Se cubrió la cabeza con el chal y se acercó a la barandilla. Él no la vio al principio, pues su mirada estaba fija en la calle de tinta que tenía delante, quizá incluso en el mar de Leith. Tal vez soñaba con su escapada a Italia.

«Buenas noches», dijo ella, y se atrevió a darle un golpecito en la manga.

«Señorita Ross», dijo él, volviéndose y viéndola. Tiró el puro y la miró inquisitivamente. «¿Esa soprano fue demasiado para usted?»

«¿Se encuentra bien?», dijo ella.

«Perfectamente. ¿Por qué lo preguntas?»

«No lo sé», dijo ella. «Te perderás el segundo acto».

«Me parece que no estoy de humor para la ópera buffa», dijo, con cierto énfasis en su italiano. «Pero no dejes que te estropee el placer. Debes volver».

«Quizá yo tampoco tenga ganas», dijo ella. Los espumosos placeres del escenario iluminado le parecieron de pronto ridículos mientras permanecían allí, en el aire fresco. Se ciñó más el chal.

«Realmente no me sorprende», dijo con un suspiro. «Y menos mal que estás aquí. Necesitaba hablar contigo».

Ella asintió. Detrás de ellos, la multitud volvía a fundirse en el teatro.

Había bancos de piedra a ambos lados de la puerta principal y, cuando se quedaron solos en el pórtico, él se sentó en uno de ellos, como si estuviera agotado.

«Sobre lo que hablamos esta tarde», dijo.

«Sí», dijo ella, sentándose a su lado.

«Eres una persona inteligente, con sentido común -dijo él-, y ya has tenido tiempo de considerar lo que te sugerí y sus ventajas, o más bien la falta de ellas. ¿Quizá lo has comentado con tu familia?».

«Sí, lo he hecho».

«¿Y?»

Adela respiró hondo.

«Una pensaba que no debía casarme sin amor y la otra se preguntaba si usted tendría una amante en Roma. Una dama casada, tal vez».

«¡Dios santo! ¿Lo sabía?»

«Me temo que sí.

«Tenía razón en preguntárselo», dijo él. «Debe ser una chica brillante.»

«Es sorprendentemente brillante. Es preocupante. Pero una vez que lo dijo, me pregunté si no habría alguna criatura desafortunada que...»

«No, no la hay», cortó. «Al menos no en la actualidad. Las ha habido en el pasado, naturalmente. Pero yo no diría que fueran desafortunadas. Al menos no lo creo. No se morían de pena por mí. Normalmente yo era la desafortunada».

«¿Qué quieres decir?»

«Hay una costumbre entre las damas de la aristocracia italiana, a cierta edad, de tomar como compañero a un caballero más joven. Sus maridos toleran estos arreglos, si se llevan a cabo de acuerdo con las reglas, ya que tienen sus propias amantes. Un escocés con una buena voz para cantar... Yo era una novedad y me encontré con que me aceptaban, y por supuesto estaba ansioso por ello, siendo un joven tonto. Pero lo que no había previsto era que me volvieran a rechazar. Las señoras se cansaron pronto de mí y luego me hice demasiado viejo para ellas. Un chico de veintiún años no es lo mismo que un hombre de veinticinco. Y fui lo bastante estúpido como para permitirme sentir mucho por esas mujeres que no sentían nada por mí... bueno, al menos nada importante. Así que no puedo llamarlas desafortunadas».

«Creo que todavía podría decirse», dijo ella, «que las costumbres de su clase se burlan tanto del matrimonio».

«¡Y ahí, señora, ha dado usted en el clavo!», dijo él. «Creo que ha estado pensando exactamente lo mismo que yo. Que si seguimos como lo hemos hablado, estaremos actuando mal. Tus propias hermanas te lo han dicho».

«Pero, ¿y tu madre?» preguntó Adela.

«Reconciliaré a mi madre con ello. Intentaré encontrar alguna fuente de ingresos para que ella pueda estar cómoda. Soy licenciada en Derecho por la Universidad; quizá no sea demasiado tarde para aprovechar eso. No puedo dejar que te esclavices de esta manera. Lo que le pedí fue indignante y deshonesto, señorita Ross. No está obligada a mantener su promesa. Si desea que termine, así será».

Adela se puso en pie y se acercó a la barandilla, respirando con dificultad. Sus pensamientos daban vueltas en su cabeza. Había algo en su forma de hablar que la dejaba sin aliento: su franqueza era extraordinaria. Nadie le había hablado así en su vida.

Miró hacia atrás. Él seguía sentado en el banco, con la barbilla apoyada en las manos,

mirándola, y esperando su respuesta.

¿Por qué tenía que ser tan atractivo, tan irresistible? Podría haberle escuchado hablar toda la noche. Quería saber todo acerca de aquellas mujeres italianas y escuchar cada una de sus espantosas y sórdidas historias. Quería ir a Roma y verlas por sí misma y, sin embargo, él le decía que el deber la obligaba a cerrar la puerta a tales placeres. Todo estaba muy bien para él: había visto mundo. Podía instalarse en la pobreza gentil si quería, pero ella no creía que pudiera.

«Creo», dijo, dando media vuelta y caminando hacia él, «que es demasiado tarde para que tengamos un ataque de conciencia».

Él se levantó, con aire perplejo.

«Creo que deberíamos seguir adelante», continuó ella. «Mantengo lo que dije esta tarde. Por supuesto, sería deshonesto por mi parte decir que no tengo dudas. Hay muchos riesgos y desventajas graves en su propuesta. La sociedad no nos mirará con buenos ojos por ello, pero creo que debemos considerarlo como una cuestión de negocios.»

«¿Estás segura?»

«Si estuviese a las puertas de tomar un pasaje de inmigrante a Canadá con la esperanza de una vida mejor para mí y mi familia - y he pensado en hacerlo, de vez en cuando - entonces estaría corriendo un gran riesgo y todo el mundo me consideraría una heroína. Esto no es diferente. Tú y yo haremos un sacrificio por el bien de los demás. Y si nosotros -tú y yo- no somos felices, ¿importa tanto si los demás lo son? ¿No nos hará felices hacerles felices a ellos? ¿No bastaría eso para tranquilizar nuestras conciencias?».

«Creo que debería ser abogada, señorita Ross», dijo. «¡Qué retórica!»

«Lo siento.»

«¡No lo sienta!», dijo. «¿Por qué debería sentirlo si habla tan bien? Es un gran placer escucharte».

«¿Pero te he convencido?», consiguió decir ella.

Él se rascó la sien y la miró fijamente.

«Me temo que sí, señorita Ross. Y si he de ser condenado, ¡todo será culpa suya!».

«Recuerde que yo también estoy condenada», dijo ella.

«Tal vez la condenación no sea tan mala, entonces», dijo él. «Tal vez haya ópera en el infierno. Mal cantada y con argumentos ridículos, sin duda».

Entonces, de repente, le puso las manos en las mejillas, con cierta rudeza, y le dio un beso breve pero abrasador en los labios. Ella se tambaleó sorprendida y él la soltó.

«Para cerrar el trato», dijo. «¡Tendrás noticias de mi abogado de inmediato!»

Capítulo Once

De hecho eran dos abogados. Sir William era escrupuloso.

Adela recibió una cortés nota de James Christie, WS, pidiéndole el favor de que le atendiera. Le explicaba que el señor Charles Rookwood, WS, que actuaba en nombre de Sir William Urquhart de Balnagowan, le había pedido que la representara en el asunto de su acuerdo matrimonial.

Así que, ataviada con su vestido verde de institutriz, Adela se dirigió al despacho del señor Christie en la plaza del Parlamento, donde fue recibida amablemente. Adela supuso que, una vez casada, el encantador señor Christie le pasaría una factura enorme, pero pronto quedó claro, a medida que le iban presentando los documentos, que podría permitirse pagar sus honorarios. Era difícil no sorprenderse ante la cantidad de dinero que se estaba discutiendo. Era mucho más de lo que Adela había imaginado jamás.

«¿Está seguro de que es correcto, señor Christie?», dijo Adela.

«Oh, sí, es la suma que el propio Sir William propone para su manutención. ¿Tiene algún problema con eso? Tenemos un margen de negociación», añadió con una sonrisa.

«No. Sólo espero que el patrimonio sea capaz de soportarlo».

«Con facilidad. Los recursos de Sir William son considerables. Además de la manutención, está la casa de la ciudad y un lugar en el campo, naturalmente.»

«Naturalmente», dijo Adela, sintiéndose un poco mareada. «Necesitaré un lugar donde guardar mi bandada de loros».

«¿Señorita Ross?»

«Disculpe, estaba pensando en una tontería que dijo mi hermana. No voy a gastar mi dinero en loros. Bueno, tal vez un loro».

«Mi hermana tiene uno», dijo el señor Christie. «Es un ave divertida. Mis hijos lo adoran». Volvió a mirar sus papeles, sonriendo. «Ahora, ¿dónde estábamos?»

«¿Conoce a Sir William?», no pudo evitar preguntar. Parecía de la misma edad.

«Le conozco muy poco. Estuvimos juntos en la Universidad, pero nunca fuimos amigos, precisamente».

«Supongo que no erais tan salvajes», aventuró ella. «He oído algunas historias... espeluznantes».

«Oh, esas historias», dijo Christie. Parecía ligeramente desconcertado. «Me sorprende que las haya oído, señorita Ross; no son realmente un tema apropiado para oídos femeninos. Puede que Sir William no desee que hable de ellas con usted».

«Creo que ha adivinado que no se trata de un acuerdo matrimonial convencional, señor Christie. Y le estoy reteniendo, ¿no es así? Será mi dinero el que pague por esto, cuando todo esté dicho y hecho.»

«¡No, nada convencional!» dijo Christie, carraspeando de vergüenza. «Muy bien, señorita Ross, acerca de esas historias - Yo, por mi parte, no estoy inclinado a creerlas. Desde luego, no debería. Sí, se ganó enemigos, o más bien se los ganó su hermano, pero eso es lo que pasa en una ciudad pequeña como Edimburgo, lamento decirlo. Esa fue la causa, en su mayor parte, creo. Robert Urquhart era un hombre difícil de entender para nosotros. Un espíritu libre, y con un ingenio mordaz. Nunca se lo perdonó a nadie. Mucha gente se sintió bastante aliviada cuando los hermanos Urquhart decidieron establecerse en el continente, a decir verdad.»

«¿No fueron expulsados, entonces?» preguntó Adela.

«Edimburgo no parecía convenirles; ¿quizás debería decirse así? Y tengo entendido que Sir William regresará a Roma, directamente».

«Sí, eso creo».

«¿Y usted no?»

«No.»

Exhaló larga y sonoramente, como si quisiera expresar su total incompreensión de la situación, pero afortunadamente no la presionó para que se explicara. Sólo por eso ella le habría doblado los honorarios.

«Entonces, debemos encontrarle a la futura Lady Urquhart una residencia adecuada en la ciudad», continuó. «El señor Rookwood ha enviado una lista de propiedades pertenecientes a los Urquhart. Algunas de ellas están alquiladas, por supuesto, pero podemos llegar a un acuerdo si alguna de ellas le atrae. De lo contrario, podemos ver la posibilidad de adquirir algo que le convenga. Al norte de la ciudad se están construyendo algunas villas agradables. La zona es muy saludable. He estado mirando parcelas para mi propia residencia familiar».

«No creo que sea necesario», dijo Adela cogiéndole la lista. «Esta de arriba, Warriston Crescent, ¿está libre?».

«Sí, pero es bastante pequeño».

«Está bien. Lo cogeremos. No quiero estar abrumada por las tareas domésticas».

«Muy sensato.» Se levantó de su escritorio. «Es usted muy sensata, señorita Ross, lo que probablemente sea bueno dada esta situación tan extraordinaria. No podría imaginar a una mujer normal sometiéndose a todo esto...» Agitó la mano sobre los papeles del escritorio. «Creo que Sir William ha encontrado un buen partido. Usted es como él: ¡muy inusual!»

Capítulo Doce

Dos días después se casaron en una ceremonia sencilla y breve en Canongate Kirk, con sus abogados como testigos. No hubo nadie más que el ministro que ofició la ceremonia y el secretario de la sesión, que leyó las amonestaciones en voz alta tres veces antes de que pudiera comenzar la ceremonia. Firmaron en el registro y se dirigieron al carruaje que les esperaba fuera.

Adela había salido de la Corte de Riddle aquella mañana con su vestido verde, como si fuera a realizar un mandado, pero dejando cartas para todos ellos. Habían sido cartas imposibles de escribir, y se sintió avergonzada, pero no se le ocurrió otra manera de hacerlo. No había querido ser desterrada por sus cariñosas objeciones. Ni siquiera les había dicho el nombre del hombre con el que pretendía casarse, ni les había dado una dirección. La grandeza de todo aquello le parecía demasiado abrumadora. Le había pedido al señor Christie que, cuando los llevara a su nueva casa, se refiriera a ella sólo como la señora Frazer. Con el tiempo se lo contaría todo, pero en aquel momento sólo deseaba actuar y no tener que dar explicaciones. Sin embargo, no sabía si la perdonarían o no por aquellas falsedades.

Nell la Touche, a quien había confiado sus planes, había preparado un ajuar esquelético, suficiente para llenar sólo una pequeña caja que había sido entregada en la iglesia y cargada en el carruaje que la esperaba. Un carruaje blasonado con un impresionante escudo de armas, notó Adela, al pasar junto a él hacia el Kirkyard. Se preguntó qué significaría el lema. ¿Sería algún sentimiento elevado que todos ellos no lograrían cumplir?

Todo se hizo en menos de media hora, pero al sentarse en el carruaje, Adela se sintió de repente completamente extenuada, como si hubiera estado caminando durante horas a través de un clima desolador. Se echó hacia atrás, cerró los ojos y se dio cuenta de que estaba temblando. El lacayo le había puesto una manta sobre las rodillas y ella se alegró de ello.

«Espero que Christie haya sido cortés contigo.» Dijo Sir William. Arrojó su sombrero sobre el asiento de enfrente.

«Oh, sí. Desconcertado pero cortés».

«Es un buen tipo. Podría confiarle mis asuntos. Rookwood no puede resistir el impulso de sermonear».

Se encaminaron hacia Canongate y, aunque había mantenido la compostura durante toda la ceremonia, de repente, en el vagón cerrado, se descontroló y se echó a llorar. Se cubrió la cara y se dio la vuelta, mortificada por haber perdido el control, pero no pudo evitarlo. Fue como si la hubieran golpeado físicamente. Se iba en coche con un hombre que ahora era legalmente su marido, al que apenas conocía y con el que se había casado simplemente por su dinero. Ni siquiera se había despedido de sus hermanas, sino que se había escapado como una ladrona.

«Disculpe», consiguió decir, odiándose aún más por sollozar como una niña delante de él. «Por favor...»

«Toma», dijo él, y le dejó caer su pañuelo en el regazo. «Y esto quizá te ayude».

Ella consiguió girarse hacia él y vio que le tendía una petaca de plata.

«Grappa», dijo. «Aguardiente italiano. No lo habría superado sin ella. Pero es muy fuerte, te lo advierto».

Ella la tomó con dedos temblorosos, abrió la tapa y bebió un bocado tentativo. A veces había observado a los devoradores de fuego y se había preguntado cómo sería saborear las llamas. Ahora lo sabía. Tosió violentamente durante unos instantes.

«Y supongo que no has dormido mucho», dijo él. Le quitó la petaca y se la llevó a los

labios.

«No», alcanzó a decir ella.

«No tuve más de una hora, creo», dijo él. «¿Tú?»

«Más o menos, sí». Ella se llevó el pañuelo a la cara. «¿Realmente... acabamos de hacerlo?».

«Sí, lo hicimos», dijo él. Ella le vio beber otro trago de la petaca. «Ya está hecho. Gracias, Lady Urquhart».

«No, gracias a ti», consiguió decir ella.

Él sonrió y dijo: «Nos detendremos en North Queensferry, en la posada de allí, y nos repondremos antes de continuar. Y si no llegamos a Balnagowan esta noche, que así sea. No hay mucha prisa. Por lo que dijo Rookwood, habrá mucho trabajo que hacer en Balnagowan hasta que pueda dejaros en paz. Espero que no te importe. Puedo irme temprano, si lo prefieres».

«No, debes hacer lo que hay que hacer».

«Tu casa aquí debería estar lista en poco tiempo. ¡Puede que te vayas de Balnagowan antes que yo! A menos que quieras quedarte, por supuesto. No es la casa más cómoda del mundo, por eso mi tío nunca iba mucho allí. Pero mi padre siempre hablaba con cariño de ella, o al menos de la salvaje campiña que la rodea. Era un gran cazador de ciervos. Era una gran tristeza para él que no se nos permitiera ser mucho más chicos allí. Será interesante ver cómo está hoy en día. Sólo fui una o dos veces».

«Y ahora es toda tuya», dijo Adela, mirando por la ventanilla las calles de Edimburgo a su paso. Qué diferente se veía la ciudad desde la perspectiva de un carruaje. Estaba acostumbrada a ir a pie, con el clima en la cara. Ahora miraba desde detrás de una cortina de tela, oculta y protegida de todo.

«Sí. Me pregunto si el tío Archibald realmente quería que la tuviera. Tal vez pensó que me conocía lo suficiente como para saber que no me sometería a sus condiciones».

«¿Quién habría heredado la finca de otro modo?»

«Esa es una buena pregunta», dijo William. « En Londres hay unos primos lejanos. Se enfadarán conmigo. He puesto algo para ellos en mi nuevo testamento, pero no será el premio que querían.»

«¿Tu nuevo testamento?»

«Rookwood insistió. No pongas esa cara de preocupación: te llevarás la mayor parte y podrás dársela a tus propios descendientes. Obviamente, eso te convertirá en una viuda casable, sobre todo si estás en edad de tener hijos, pero estoy seguro de que sabrás separar el grano de la paja. Confío en ti. La fortuna de los Urquhart está en buenas manos». Brindó por ella con su petaca y volvió a beber.

Trató de hablar, pero no pudo. Su forma de hablar, tranquila y casi alegre, la venció. Contempló el nuevo y brillante anillo de oro que llevaba en el dedo. Ya era difícil acostumbrarse a la idea de ser novia y esposa, pero ¿viuda? Y además en edad fértil... ¡qué alegremente lo había descartado!

Si hubiera sido un matrimonio normal, por supuesto, ahora tendría que considerar el asunto de lo que Carrie había llamado «los derechos del marido», tal vez incluso preocuparse, mientras se alejaban en su viaje de bodas. Adela no había llevado una vida tan protegida como para ignorar por completo lo que eso significaba, pero sabía que la información que tenía era poco precisa. Y al parecer seguiría siendo así.

No soy lo bastante buena ni sensata para ser madre, se dijo a sí misma; menos mal que no lo seremos...

Sin embargo, era difícil no recordar su beso, el breve pero intenso roce de sus labios contra los de ella, la forma en que sus manos presionaban sus mejillas con tanta fiereza, como si quisiera marcarla con su sello. La había dejado tan frágil y tan viva al mismo tiempo.

También fue suficiente, aunque momentáneo, para hacerle comprender la naturaleza del sacrificio que estaba haciendo.

¿Y por qué lo había hecho? Ese seguía siendo otro misterio.

Capítulo Trece

A solas en su habitación del Royal Arms de Dunkeld, Adela no podía conciliar el sueño, a pesar de sentir calor y somnolencia.

Se levantó, se acercó a la ventana y abrió un poco más la hoja. Al descorrer las cortinas, la pálida noche de verano inundó e iluminó la habitación. Evidentemente, era una de las mejores habitaciones, con una gran cama canotíe, colgaduras de cretona brillante y papel pintado con ramitas a juego. El escudo de armas de su carruaje y los sirvientes vestidos de gala garantizaban toda la atención del propietario del hotel. Les dieron lo mejor de lo mejor.

Habían cenado juntos en un salón privado elegantemente amoblado. Él se había sentado en mangas de camisa -lo que ella estaba segura no era correcto-, pero estaba claro que no era de los que se paraban en ceremonias. También estaba la intrigante y reconfortante idea de que aquella vida de sirvientes atentos y tartas de fresa era casi tan novedosa para él como para ella.

La pena era que esas novedades debían disfrutarse, y ninguno de los dos parecía estar disfrutando demasiado.

Después de cenar, él se había excusado cortésmente y se había ido a dar un paseo. Le hubiera gustado acompañarle, la idea de respirar un poco de aire fresco tras el cierre del caserío le resultaba atractiva, pero no deseaba abusar de su compañía. Probablemente estaba harto de su compañía.

Habría ido sola, pero no creía que debiera pasear sola de noche por una ciudad desconocida. No era que el lugar le pareciera inseguro, sino que ya no era una agente libre. Su nombre, que ahora era el suyo, se encargaba de ello. Presumiblemente era muy valioso en esta parte del mundo, mucho más que en Edimburgo. No estaría bien que la nueva Lady Urquhart quebrantara los códigos de la cortesía en su noche de bodas siendo vista deambulando como alma en pena. Aunque no creía que a Sir William le importara mucho causar escándalo, sentía que debía cuidar un poco el gran nombre que le iba a dar su prosperidad y protección.

Así que pasó el resto de la velada en el salón privado. No llevaba consigo ninguna labor. Por lo general, una cesta de costura sencilla compartida con sus hermanas había pasado una tarde hasta que estaba demasiado oscuro para coser más. Acostumbraban a cantar o a contar historias para pasar el rato, pero ella nunca había echado tanto de menos ese común tedio.

Había algunos álbumes de versos románticos y grabados, pero no la distrajerón por mucho tiempo. Se imaginaba a Sophie leyendo con sarcasmo aquellos versos más bien insípidos, así que recurrió a una guía de la zona.

Los Birks de Balnagowan forman uno de los tramos más distinguidos del paisaje salvaje de las Altiplanicies. Una caminata hacia el norte (por terreno irregular) hasta la cima del Ben Gowan ofrece una excelente perspectiva del paisaje circundante, incluida la mansión de Balnagowan, propiedad de los barones de Urquhart de Balnagowan.

La mansión puede visitarse previa solicitud al ama de llaves. Reconstruida en 1670 e inspirada en la reconstrucción de la Casa Holyrood de Carlos II, se trata de una de las estructuras clásicas más notables de Escocia, centrada en torno a un patio de columnas de unos sesenta pies cuadrados. El interior de la casa es espléndido y suntuoso en sus arreglos, incluyendo un magnífico Gran Salón y una notable escalera, colgada con un conjunto de tapices únicos.

Bajó el libro. No había imaginado una casa de campo en una cañada, desde luego, pero no esperaba algo tan grandioso. No era de extrañar que el propietario se sintiera tan honrado de recibir su visita.

¿Y qué rumores correrían ya por el distrito acerca de la llegada de Sir William a Dunkeld con su esposa de aspecto desaliñado, con una pequeña caja y sin criada? No era agradable pensar

en ello.

Fue a su dormitorio y empezó a rebuscar entre su ropa, tal como era, sintiéndose bastante desesperada. Aunque Nell la Touche había hecho todo lo posible, le iba a resultar difícil tener un aspecto lo bastante grandioso para un ama de llaves condescendiente. El vestido verde que había llevado a la boda olía a servidumbre, no a autoridad.

Sólo cabía una posibilidad: una muselina india pálida y con figuras que era un amasijo de volantes y adornos, que Nell había conseguido en alguna parte y que suponía que era originaria de París.

«Esto sí que es de calidad», había declarado. «Mira el acabado de los adornos: un trabajo precioso». A los ojos de Adela era muy poco práctico, pero ahora veía que Nell había hablado con sensatez cuando insistió en que se lo llevara. Se aplastaría y probablemente se ensuciaría en el carruaje, pero era exactamente el tipo de vestido que llevaría una mujer que no tuviera que pensar mucho en estas cosas. Nell había encontrado una buena cofia de paja blanca para combinarlo, y con un pañuelo de gasa vaporosa enrollado alrededor, el efecto era adecuadamente nupcial. Era un conjunto para silenciar a cualquier ama de llaves, pensó Adela, mientras lo extendía con cuidado sobre las dos sillas y el toallero para que no se arrugara.

Para cuando terminó, la luz estaba apagándose. Adela decidió que era mejor irse a la cama. No había oído a Sir William regresar de su paseo.

Se preparó para acostarse, terriblemente consciente de la ausencia de sus hermanas. Les habría hecho gracia la enorme y lujosa cama. Habría habido muchas risas y tonterías. Todo a su tiempo, se dijo; pronto compartiría todo esto con ellas. Sólo esperaba que pudieran perdonarle esta breve pero necesaria deserción.

Se metió en la cama e intentó ponerse cómoda. ¡Qué raro que una cama tan cómoda no lo fuera en absoluto! Se levantó, subió la faja y trató de ordenar sus dispersos pensamientos.

Algunos instantes después, oyó que alguien empezaba a afinar una guitarra en la habitación contigua. Al parecer, Sir William había regresado de su paseo. Salió al salón privado donde habían cenado y vio que la puerta de su dormitorio estaba abierta.

Estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, vestido sólo con su camisón. Tenía una pierna desnuda extendida sobre la alfombra y la otra recogida bajo la barbilla, en una postura que habría sido bastante indecente de no ser por la guitarra y los pliegues del camisón. Ella se dio la vuelta instintivamente y se percató de que él había tirado toda su ropa al suelo.

«¿Te he molestado?», dijo él al verla en la puerta abierta. Siguió eligiendo un compás. La guitarra aún no estaba bien afinada y eso la hizo estremecerse.

«No... bueno, sí», dijo ella. «Esa cuerda Mi todavía está casi un tono fuera».

«Sí, siempre se desliza en esa. No le gusta viajar». Interrumpió la melodía y empezó a afinar de nuevo. Mientras lo hacía, la vista de la ropa en el suelo fue demasiado para ella y empezó a recogerla. «¿Qué demonios estás haciendo?»

«Ordenando.

«No es necesario.»

«Ya está todo listo», dijo, dejando caer la pila de ropa sobre una silla. Pero ella sentía que no era así. Le urgía doblarla y alisarla, no sólo para satisfacer su instinto de orden, sino para tener algo que hacer. Verlo medio desnudo era demasiado perturbador. Había algo en sus pies descalzos: nunca había esperado encontrar tan fascinantes los pies de un hombre.

«Qué doméstico», dijo él, bastante bruscamente.

«Lo siento», dijo ella.

«No, no te disculpes, por favor», dijo él. «Gracias. Pero, por favor, ¡otra vez no! No es cosa

tuya».

«Muy bien».

«Bien». Volvió a su afinación. «Ya está, ¿lo tengo ahora?»

«Más o menos.»

«¿Tocas?»

«Un poco. Pero ha pasado mucho tiempo».

Palmeó el suelo a su lado.

«¿Me enseñas?»

Ella no tenía intención de sentarse a su lado, pero le tomó la guitarra. Tocó unas notas de tanteo y luego, incapaz de soportar el ligero agudo de la cuerda mí, alargó la mano y le dio una ligera vuelta a la clavija.

«Ya está», dijo, oyendo cómo sonaba la nota. «Puede que no se quede».

«Creo que la dominas perfectamente», dijo él, sonriendo.

«¿Cómo estás tan seguro de que es una ella?».

«No lo sé. Toca algo, entonces».

«He olvidado todo lo que sé», dijo ella. «Mi padre había empezado a enseñarme y luego tuvimos que vender el instrumento». Se lo entregó de nuevo.

De repente se dio cuenta de lo escaso que era su camisón. Le llegaba por las rodillas y apenas le cubría los hombros.

«No es lo que esperabas para una noche de bodas, supongo», dijo.

«No estoy segura de haber esperado algo», dijo ella, envolviéndose con los brazos, deseando tener algo con lo que cubrirse.

«Vamos, ¿no se supone que todas las mujeres sueñan con las bodas?»

«Sí, pero un sueño es un sueño. Las mujeres sueñan con muchas cosas, pero saben que no suelen hacerse realidad. Las chicas de mi posición ciertamente lo saben».

«¿Tu posición en la vida?», dijo él divertido.

«Mi posición anterior», dijo ella.

«¿Pero soñabas?»

«Sí, de una manera tonta, sólo para pasar el tiempo. Siempre es reconfortante tener una fantasía en la que envolverse. Además, no cuesta nada».

«Entonces, ¿con qué soñabas? ¿Con un marido guapo y un carruaje? ¿Vestidos de seda?» Había un tono agudo en su voz que a ella no le gustaba. O tal vez era su conciencia la que le hacía sonar cruel, porque ella había soñado con esas cosas y ahora las había conseguido, y de una manera de la que realmente no había nada de lo que enorgullecerse.

«Y tú jamás soñaste con nada, supongo», dijo ella.

«Sí, por supuesto. Soy tan tonto como el que más», dijo él. «Soñaba con la gloria, con que el mundo se fijara en nosotros, con que nuestra brillantez no pasara desapercibida, con que los cuadros de mi hermano y mis palabras hicieran que el mundo se sentara y suplicara más. Que seríamos fuente de iluminación, de asombro, y que nuestros nombres resonarían a través de los tiempos, como Shakespeare y Rafael, y Byron y Reynolds». Soltó una amarga carcajada.

«No creo que puedas ser cruel con las chicas que sueñan con vestidos», no pudo evitar decir ella.

Él volvió a reír, y dijo: «Muy cierto. Era ridículo, ¡mucho más ridículo! Y sabes, hubiera ayudado tener un nombre que el mundo pudiera deletrear. Urquhart es un trabalenguas para cualquiera que no haya nacido en Escocia. Es feo, ¿no crees?»

«Realmente no había pensado en ello.»

«Eres extraordinariamente imparcial», dijo. «Creo que eso es lo interesante de ti. No caes en las trampas habituales. Pero puede llegar a odiarlo, Lady Urquhart».

«Intentaré no hacerlo».

«¿Qué pasará cuando te enamores de alguien, y yo esté persistentemente vivo, y no muestre signos de convertirte en viuda? Entonces odiarás el nombre».

«Es la apuesta que hemos hecho », dijo ella, tratando por todos los medios de reprimir el enfado que sentía. «Te afecta tanto como a mí, pero lo decidimos, ¿no? No creo que ayude seguir dándole vueltas a lo que podría ser y cosas así. Nos tomamos el día a día, ¿no?»

«Muy bien, milady», respondió él con un gesto de rendición. Volvió a inclinar la cabeza sobre la guitarra y entonó una frase melancólica. «Nuestras camas están hechas y deberíamos acostarnos en ellas».

«¿Saldremos muy temprano hacia Balnagowan?»

«Tan temprano como quieras, o tan tarde», dijo. «Tú eres la dueña de mi destino, al menos durante los próximos días. Quizá quieras hacer algunas compras en Dunkeld».

Ella observó las cuidadas reparaciones y el desgastado lino de su camisón, y decidió que él tenía razón. Compraría algo de tela y se pondría a confeccionar ropa nueva para el cuerpo: ropa interior decente y voluminosa que no le hiciera sentir que no llevaba nada. Y la costura la mantendría ocupada y tranquila. Para empezar, la haría dejar de pensar en los hermosos pies de Sir William.

«Sí, me gustaría», alcanzó a decir.

Él asintió. Estaba absorto tocando su pequeña y alegre melodía.

«¿De quién es?», preguntó ella.

«De mí mismo, pero nunca he podido terminarla. Tengo media melodía y nada más».

«Es muy bonita».

«Es un fragmento inútil», dijo, dejando la guitarra. «Como todo lo que hago». Se levantó del suelo, se estiró y bostezó, de un modo sensual y a la vez alarmante. Adela le observó sin querer, sintiéndose excitada a pesar suyo.

«Será mejor que me vaya», dijo. «Debes de estar cansado. Buenas noches».

Y se fue, con la musiquita rondándole por la cabeza.

~

La puerta se cerró tras ella, Will se sentó en la cama y deseó haberla invitado a quedarse. A pesar de sí mismo, se sintió tentado.

La visión de su elegante mano blanca girando la clavija de la guitarra, su cabello pálido cayendo sobre sus hombros y la insinuación de toda la belleza oculta por su camisón raído: ¡qué combinación tan deliciosa y embrujadora! Y era tan inconsciente. No había nada coqueto en ella. Era recta como una flecha y estaba decidida a no aprovecharse de la situación. ¿Cuántos otros hombres se habrían comportado tan correctamente, tan honestamente? Adela Ross era realmente extraordinaria.

Podría haber decidido jugar a la seductora e intentar casarse y acostarse a la vez, sabiendo entonces que su posición ya no sería ambigua.

Sin embargo, sentía que podría haberlo resistido fácilmente. Hacía tiempo que había aprendido a resistirse a ese tipo de artimañas. Le habría dejado frío.

O podría haber fingido tener un repentino ataque de amor por él. Eso habría sido más difícil de tratar. El autoengaño era un vicio que él mismo había practicado a menudo. Si ella le hubiera confesado que sentía algo por él, se habría compadecido de él y tal vez habría actuado. Habría sido fácil seguirle el juego y fingir que sentía algo parecido por ella, sólo por el placer de

hacerlo. Podría haber pasado una noche así.

Una noche un poco incómoda, se recordó a sí mismo, mientras se metía en la cama, porque ella era inocente.

A menudo había escuchado a los hombres hablar sobre la excitación particular que implicaba seducir a una virgen, pero él nunca lo había hecho. Nunca le había atraído. Siempre le había parecido que se trataba menos de placer sensual que de poder. Había sido uno de los pocos desacuerdos graves que había tenido con Robert, que parecía disfrutar de la idea de una manera que Will había encontrado perturbadora. Robert, en su mejor momento, se había vuelto contra él por sus críticas y había dejado a Will magullado y con el corazón dolorido por sus escrúpulos aparentemente irracionales. Al final, había sido una cuestión discutible, ya que el rápido deterioro de la salud de Robert significaba que sus días como amante habían terminado.

Someter a la señorita Ross (Lady Urquhart, se corrigió a sí mismo) a las pruebas del lecho conyugal para su propia diversión pasajera no era algo que el estuviera dispuesto a hacer. Aunque fuese la mujer más fascinante que había conocido en años.

Y ése era el problema.

Por intentar ser racional, no lo había sido en absoluto. Había elegido a la persona equivocada para el trabajo que tenía en mente para ella. Desde el instante en que la vio, vestida de satén rosa y piel de conejo, se sintió intrigado por ella. Luego, al descubrir su enfoque racional y valiente del asunto, le había resultado imposible pensar en otra persona.

Tendría que haberse esforzado más.

Al principio, cuando escuchó los términos del testamento, su plan era encontrar a una viuda gentil pero en apuros, tal vez con un par de niños pequeños a su cargo. Entonces habría podido imaginarse simulando el juego del amor, tomando el recreo físico que necesitara con la nueva lady Urquhart. Probablemente ella también se habría alegrado de las atenciones.

Desafortunadamente, no había viudas en la lista de su madre. Había reunido suficientes vírgenes bien nacidas como para atender las lámparas de todos los templos de la antigua Roma. No había querido enredarse con ninguna de ellas, a sabiendas de que esperarían amor o, al menos, la pretensión de ello, y estar gestando un heredero para él al año del matrimonio. Por eso Adela Ross, que estaba dispuesta a aceptarlo según sus condiciones, era tan útil, tan irresistible y tan maravillosamente conveniente.

¿Conveniente? ¿acaso sabía lo que significaba esa palabra?, pensó, hundiéndose de nuevo en las almohadas. ¿Qué había de conveniente en esta desagradable sensación?

Había capturado una hermosa ave y la había enjaulado para sus propios fines egoístas. Se había apoderado de su fortuna, pero ¿a qué precio?

Adela era una mujer encantadora y deseable que merecía un hombre que la amara y le diera hijos y un hogar. Se merecía un marido que creyera honestamente en esas cosas, no un idiota superficial que ya no podía sentir nada correctamente.

Dudaba que ella durmiera mucho aquella noche. Desde luego, él tampoco.

Capítulo Catorce

Adela regresó de realizar sus compras y se encontró a Sir William en la puerta del hotel. Le explicó que había alquilado un coche para ir a Balnagowan.

«No podía aguantar permanecer encerrado en el coche fúnebre del tío Archibald en un día como éste», dijo. «Lo he enviado a Balnagowan con nuestro equipaje».

Aquella mañana no parecía un baronet de las Altiplanicies. Vestía una levita de lino blanco y pantalones blancos, y llevaba el cuello de la camisa vuelto hacia abajo, sujeto con un pañuelo rojo que no llevaba corbata. Para completar aquel aire despreocupado, llevaba un sombrero de paja, suave y de ala ancha, que parecía haberle proporcionado muchos años de servicio. Su aspecto era exactamente el de un hombre que prefería vivir en Italia y dedicarse a la vida artística.

«¿Eso es todo lo que has comprado?», le dijo, cogiéndole los paquetes: cinco metros de lino y algunas cintas que pensaba enviar a sus hermanas. «Debería haber repartido su patrocinio, Lady Urquhart, y darles a todas algo de qué hablar durante los próximos días».

«No estoy muy acostumbrada a gastar dinero», dijo ella.

Le tendió la mano y la ayudó a subir al asiento alto del coche.

«Está usted muy guapa esta mañana», le dijo, mientras se aseguraba de que llevaba las faldas por dentro. «Ese atuendo le vendría muy bien para un paseo matutino por la campiña, madama.»

«Yo pensaba lo mismo de usted», no pudo evitar decir.

«Entonces parecemos encantadoramente extranjeros. Aún más para que todos hablen de nosotros. Pensarán que te encontré en Italia. Una historia tan buena como cualquier otra».

«Mejor que en Macreadie», dijo ella, alisándose las faldas.

Él subió a su lado, riendo.

«Sí, mucho mejor», dijo, cogiendo las riendas.

«Espero que conozcas el camino», dijo ella mientras avanzaban a paso ligero a través de la calle principal de Dunkeld.

«Yo también lo espero», dijo él. «Creo que lo recuerdo, aunque tenía trece años la última vez que vi el lugar. Hubo una gran pelea familiar. Partimos con gran ignominia y prisa. Mi pobre madre. Fue una gran humillación para ella. No creo que quisiera volver aquí».

«Oh querido. ¿De qué se trató?»

«Dinero. No teníamos suficiente y él se negaba a darnos más. Mi madre había perdido los estribos con él, ése era el problema. Si se hubiera comportado como una viuda suplicante, llorosa y penitente, él habría aumentado la asignación, pero ella, naturalmente, era mucho más orgullosa que eso. No resultó bien. Es una criatura feroz cuando se despierta, y una leona debe proteger a sus cachorros».

«Parece extraño que quisiera hacer tan poco por ti, cuando había tanto».

«Probablemente habrías pensado que hizo bastante», dijo, «dado que has vivido del aire. En realidad nunca fuimos incómodamente pobres, pero ella sentía que habiéndole dado un heredero y un excedente, su posición debía ser recompensada. Ella quería obtener las consecuencias de ello. Creo que por eso se casó con mi pobre papá. Ella no lo amaba mucho, pero sabía que él tenía expectativas: un hermano mayor, sin hijos, extremadamente rico. Ella imaginó que sería Lady Urquhart tarde o temprano. Pero finalmente no fue así».

«No creo que ella esté complacida conmigo.»

«No te preocupes por complacerla. Es imposible complacerla en los mejores momentos.»

«Y estos no son los mejores momentos», dijo Adela.

«Me conformé con ella», dijo William. «He cumplido con mi deber. Eso es todo. Y tú no debes pensar en ella. Creo que tu conciencia ya te está hiriendo bastante, sin tenerla a ella para aumentar el dolor, con sus dardos bien dirigidos. Deja que yo sufra en ese aspecto».

«Muy bien», dijo ella.

«Bien. Por ahora, tenemos a este poni sabelotodo y un hermoso paseo para distraernos. Este paisaje - no creo que lo haya visto antes bajo el sol. Realmente tiene mucho mérito. Dan ganas de pintarlo».

«¿Pinta usted?», preguntó.

«No, ése era el talento de mi hermano», dijo él al cabo de un momento. «Pronto me di cuenta de que, aunque me gustaba, nunca iba a poder igualarle. Así que...» Ella percibió una nota de pesar en su voz. «Me dediqué a escribir, y tuve un poco de éxito. Muchos metros de versos pobres, me avergüenza admitirlo. Pálidos ecos del gran Sir Walter. Publicados anónimamente, por suerte».

Detuvo el coche y se sentó un momento a contemplar la perspectiva.

«Nada te impediría retomarlos», dijo ella.

«Estaba débil», dijo él, cogiendo las riendas y arrancando. «Robert solía decir, con cierta razón, que mis garabatos eran fantasmas. Solía dibujar lo que tenía en la cabeza, como un niño tonto, en lugar de dibujar de la vida. No había solidez allí. Podía dibujar una manzana en la mesa delante de él y hacerla interesante. Ah, ahora, esa parte sí la recuerdo: esta avenida repleta de árboles, aunque son más grandes de lo que recuerdo, mucho más grandes. No hicieron un túnel antes. Ya casi llegamos a la Logia Sur».

Adela contempló el susurro de las hojas verdes mientras avanzaban.

«Bienvenida a Balnagowan, Lady Urquhart», dijo Sir William, girando el coche. No había puertas, pero un par de grandes pilares de piedra, rematados con feroces águilas, delimitaban la entrada, al igual que una pequeña y pulcra casa de campo.

Sir William subió al coche y se quitó el sombrero en señal de saludo. El portero y su esposa estaban en la puerta haciendo una reverencia e inclinándose. Entonces un niño pequeño se acercó corriendo con un ramillete grande y exuberante de flores de campo que lanzó en dirección a Adela.

«¡Oh, muchas gracias!» dijo Adela, asomándose para tomar las flores. Al hacerlo, una cascada de pétalos le cubrió la cabeza y los hombros. Corrió triunfante hacia sus padres, y hubo más reverencias y cortesías, y exclamaciones de «Dios bendiga al señor y a la señora».

Entonces, de repente, la esposa del portero corrió de nuevo hacia delante y, aparentemente embargada por la emoción, tomó la mano de William, la besó y dijo: «¡Que Dios les bendiga a usted y a su señora con una larga vida y una buena familia, Balnagowan! Es grandioso tener al Señor en casa, donde debe estar».

«Señora, mi esposa y yo nos sentimos honrados por su bienvenida,» dijo Sir William después de un momento. «Y por sus amables deseos».

Su voz se oía más bien seca, como si tratara de reprimir su propia emoción. Por su parte, ver a aquella gente de campo, honrada y sincera, con su inmaculada casita, la hizo sonrojarse de vergüenza. No tenían ni idea de que todo aquello era una falsedad. Se alegraban por ellos porque estaban recién casados y todo lo que eso implicaba normalmente.

«Sí, muchas gracias», se las arregló para decir, y se alegró cuando reemprendieron el camino.

Sir William también permaneció en silencio.
Y entonces la casa se hizo visible.

Capítulo Quince

La guía no exageraba.

Balnagowan era una impresionante mansión de austera piedra gris, enclavada en la cañada, con empinadas colinas que se elevaban a sus espaldas, como si hubieran sido puestas allí para realzar la grandeza de la casa. Era, sin duda, impresionante, pero también imponente. A Adela le recordó a un castillo construido para repeler al enemigo. No parecía sonreír, ni siquiera a la luz del sol. ¿Qué aspecto tendría en un negro día de invierno con una tormenta aullando en la cañada? Fue suficiente para hacerla estremecer.

«Bienvenue,» murmuró Sir William. «Puede ordenar al carruaje que parta cuando lo desee. Como ve, no es precisamente pintoresco».

«Es tan... tan grande», dijo ella.

«Sí,» dijo él. «Creo que ha crecido, como los árboles. Había olvidado su tamaño. Sin embargo, luce en buen estado. Mi tío habrá sido escrupuloso al respecto, aunque nunca haya venido aquí».

Se dirigieron hacia la puerta y, al hacerlo, salió corriendo un grupo de criados, encabezados por una mujer menuda vestida de negro y con un immaculado cuello blanco y una gorra igualmente bien almidonada.

«¡Señora Hay!», exclamó.

Sir William inmediatamente entregó las riendas a uno de los hombres, saltó del coche y se dirigió hacia ella. Ella hizo una reverencia profunda y respetuosa.

El la tomo de las manos, la puso de pie y la beso en la frente, causándole gran sorpresa.

«Le estábamos esperando, señor, sí, pero no a Lady Urquhart...» Dijo la señora Hay, mirando hacia Adela mientras Sir William la ayudaba a bajar del coche. «A decir verdad, me sorprendió oír que había habido una boda».

«Esta excelente mujer una vez me salvó la vida», dijo Sir William.

«No sé de qué está hablando, señor Will... quiero decir, Sir William».

«Me cuidó durante una fiebre», dijo, «arriesgándose mucho, e impidió que ese idiota del boticario me cubriera de sanguijuelas».

«No le habrían hecho ningún bien», dijo la Sra. Hay. «No me gusta sangrar a la gente. Les abate. Tuvimos una gran discusión sobre eso, su madre y yo. Pero no estoy segura de que pueda decir que le salvé la vida, señor - que no tendré.»

«Se sintió como si lo hubieras hecho», dijo Sir William. «Y nunca tuve la oportunidad de agradecerle adecuadamente, porque no fue mucho después que nos fuimos por última vez.»

«Sí, usted era un frágil bulto al subir al carruaje, eso sí lo recuerdo», dijo ella. «¡Y mírese ahora! ¡Qué alto! Y guapo", añadió sonriendo a Adela. «¡Y un marido! Bueno, bueno, como he dicho, no había oído ni un susurro de nada de esto, así que son noticias extrañas para mí, ¡pero no inoportunas! No, en absoluto. Esta familia necesita noticias agradables y esta casa necesita de nuevo un amo y una señora. He estado dando vueltas como un guisante seco todos estos años, sin que Sir Archibald se molestara en aparecer. Ahora, milady, debe dar sus órdenes y veremos qué podemos hacer para que esté cómoda. He abierto el dormitorio verde y la sala de desayunos, pensando que sólo estaría Sir William, pero eso no servirá, ¿verdad? De momento tengo dos chicas que me ayudan y a Agnes Royd en la cocina, pero nada más. ¿Debo enviar por más?»

«No creo que sea necesario abrir la casa», dijo Sir William. «Por ahora nos arreglaremos perfectamente».

«Por ahora, señor, sí, puede, pero tendrá a todo el vecindario llamando antes de que acabe la semana, y creo que al menos debería invitarles a cenar. Y tal vez a bailar después, al menos, ya que ha traído a su esposa de vuelta a casa. Cualquier cosa menos que eso... bueno, no estaría bien. ¿Verdad, milady?»

Adela miró a William. Se veía ligeramente incómodo. Sin duda se había imaginado que podrían entrar y salir de un lugar así sin que nadie les prestara la menor atención. Pero estaba claro que no iba a ser así.

«Señora Hay», dijo Adela, «¿podríamos tomar un té? Estoy sedienta después del viaje desde Dunkeld. En la sala de desayunos, creo.» No estaba acostumbrada a dar órdenes, pero al mismo tiempo recordó algo que su padre había dicho en una de sus canciones de enseñanza: «Todo es cuestión de convicción. Si crees que eres la Reina de Cartago cantando esta aria, entonces tu público creerá que lo eres».

«Ah, ¿y si pudiera conseguir un poco de agua para esto?», añadió, tendiendo el ramo de flores de campo.

Al parecer, su aspecto y su voz eran los adecuados, porque la Sra. Hay inclinó la cabeza respetuosamente, tomó las flores y dijo: «Sí, sí, desde luego, milady», y se marchó trotando, como un perro obediente.

Sir William la miró, con la cabeza ladeada y una leve expresión de diversión en los labios.

«Lady Urquhart,» dijo. «Estoy impresionado».

«Va a estar algo decepcionada», dijo Adela. «Todos lo estarán».

«Vivirán», dijo Sir William, dirigiéndose a la puerta. «El salón de desayunos está por aquí, milady».

Atravesaron el vestíbulo de entrada y giraron hacia el hall de la escalera, donde un gran número de Urquharts malhumorados miraban hacia abajo con sus terciopelos y gorros. Subieron al primer piso y entraron en una habitación que Adela habría confundido con un comedor, si no le hubieran dicho que sólo era el salón de desayunos. Había montones de vajilla azul y blanca en pequeñas repisas y estantes, frente a paredes con paneles de color gris azulado. Había una hermosa mesa redonda en el centro de la habitación y suficientes sillas para acomodar a una docena de comensales. Dos ventanas, con cortinas de seda, se abrían al parque y llenaban la habitación de un sol alegre.

Se acercó a la ventana y miró hacia fuera. Desde aquel punto de vista, la cañada se extendía en toda su belleza y Adela pensó inmediatamente: «¿Cómo podría uno desear abandonar una casa así? Se imaginó llevando una silla a la ventana abierta y sentándose a coser, mirando de vez en cuando hacia arriba para disfrutar de la hermosa vista.

«¿Puedo abrir la ventana?», dijo.

«Sí, abrámosla», dijo Sir William, acercándose a ella y empujando la hoja. «Abrámoslas todas». Se apoyó en el alféizar, respirando con dificultad por un momento. «Y luego pensaremos en una forma de escondernos de los condenados vecinos».

«Eso puede ser más difícil de lo que crees», dijo Adela, señalando. Un caballo y un jinete se acercaban. «Creo que tienes a tu primera visita».

Sir William emitió un gemido y se apartó de la ventana.

«Esto no era lo que yo quería», dijo. «No quería que pasara esto. No quería exponerte a todas estas tonterías. Como he dicho, puede pedir al carruaje que la lleve de vuelta a Edimburgo si lo desea. No hay necesidad de que conozcas todo el distrito».

Adela se desató el bonete, considerando lo que podrían hacer.

«Eso parecería extraño, creo», dijo. «Incluso más extraño de lo que ya están las cosas, tal

vez».

«¿Qué quieres decir?

«Según tengo entendido, tu plan era dejar que el polvo se asentara y luego tomar caminos separados. Que yo pudiera volver a Edimburgo y tú a Roma. En Roma y Edimburgo podemos pasar desapercibidos. Son lugares grandes y cualquier cosa extraña, como nuestro acuerdo, puede disimularse, pero éste no es un lugar grande. No hay esperanza de que pases desapercibido. Todo lo que hagas se notará y se hablará de ello. Tú mismo lo dijiste».

«Lo sé, pero no pensaba con claridad. No me importa que unos cuantos tenderos parloteen, ¿pero un baile?».

«Debes dar a tus vecinos lo que esperan. Creo que la señora Hay tiene razón. Si no lo haces, hablarán y hablarán, especialmente si te dejas aquí sola. Abre la casa. Ofrece una cena y un baile, y haz tus negocios inmobiliarios como habías planeado y luego vuelve a Italia. Y yo interpretaré el papel de Lady Urquhart como es debido mientras estemos aquí. Haré que piensen que estás perfectamente instalado. ¿No es eso lo que quieres?»

«Pero... ¿acaso quieres hacerlo?», le preguntó él.

«Es lo menos que puedo hacer por el dinero», dijo ella. «Si nos vamos juntos después de, digamos, una semana o así, entonces el escándalo será mucho menor. Y creo que sí te importa el escándalo, por mucho que digas que no. No puedo pensar que alguien que tiene todo esto sobre sus hombros no pueda pensar en su reputación, y creo que es mi deber ayudarte con eso.»

«¿Y no considera que sería groseramente deshonesto y engañoso?»

«No groseramente deshonesto», dijo ella. «Me gustas lo suficiente como para considerar que podrías ser mi marido en otras circunstancias, tal vez...»

Se dio cuenta de que se sonrojaba furiosamente ante esta torpe frase que se había empeñado en soltar de sus labios. Había querido expresarse de forma más oblicua. Lo intentó de nuevo. «Ahora somos amigos, ¿no es así, creo?», dijo algo confusa, y se alegró mucho de que se abriera la puerta y entrara la señora Hay con el té.

~

Will se preguntó qué habría querido decir con todo eso. Había notado que se ruborizaba, y era imposible que un hombre no se sintiera un poco conmovido por un efecto tan encantador y natural.

Recuperó la compostura muy pronto, cuando la señora Hay tendió el mantel y preparó el té. Se sentó a la mesa para servirlo, como si lo hiciera todas las mañanas, vestida con su elegante pero no demasiado moderna muselina blanca, como si no hubiera nacido para otra cosa. La señora Hay se sentía su esclava instantánea, como si fuera la señora que había estado esperando durante años.

«Necesitaremos vino, señora Hay», dijo. «Me parece que un caballero viene a visitarnos. »

«Me ocuparé de ello enseguida, milady», dijo la señora Hay, y los dejó.

Will se sentó a la mesa y tomó la taza de té que ella le había servido.

«No puedo entender por qué estás dispuesta a actuar», dijo.

«Porque tengo hermanas solteras. Tendré que tener cuidado. Y todo esto va a parecer bastante raro. Por eso sugiero que ahora actuemos para nuestro público. Convencerlos de que todo está bien. Entonces, cuando vayas a Roma, podré fingir que estoy deseando que vuelvas. Seré una viuda de campo. Y respetable, te lo aseguro».

« ¡Qué halagador!»

«A veces es necesario adornar un poco el decorado, ¿no crees?»

«Sí. Es que estoy bastante asombrado por la agudeza de tu visión. Asustado, para ser

sincero».

«Sí, pero...» No pudo evitar sonreír y apoyó los codos en la mesa. La miró a ella, allí sentada, con la copa en los labios. «Pero sabes qué, me parece que vas a disfrutarlo. No es sólo que sientas que debes hacerlo. Pienso que quieres hacerlo».

Dejó la taza.

«Tal vez. Como he dicho, he llevado una vida tranquila».

«¡Esto es como la entrada de la ópera!» dijo él. «¡Esto es hablar de lucha! Puedes disfrazarlo como quieras, pero quieres interpretar el papel, ¿no?».

Ella se encogió de hombros, lo que le hizo sonreír aún más.

«Sabía que no eras una puritana», dijo. «Sabía que eras más que eso. ¡Ja!»

«Puede que haya sido la hija de un maestro de baile», dijo ella al cabo de un momento, «pero nunca he ido a un baile. ¿Es tan malo que yo lo desee...?»

«¿Malo?», dijo él. « De ninguna manera.» Se sintió un poco mareado ante esta tranquila confesión. «Sí, tendremos baile, y abriremos la casa a todo el distrito. ¡Que así sea!»

Capítulo Dieciséis

Era un poco desconcertante, pensó Adela mientras se peinaba aquella noche, lo fácil que él la había descubierto.

Se encontraba sola en la gran alcoba verde, cuyas paredes estaban decoradas con antiguos tapices que mostraban escenas de caza. En el centro había una gran cama con dosel, cubierta de terciopelo verde y con sábanas de lino grueso y antiguo. Se estaba preguntando si conseguiría dormir en aquella extraña cama mejor de lo que lo había hecho en Dunkeld la noche anterior, cuando entró Sir William, en bata.

«Oh», empezó ella, «¿usted cree...?»

«Si no convencemos a la señora Hay, no convenceremos a nadie», dijo él, quitándose la bata. Echó las sábanas hacia atrás y se metió en la cama. «Y ésta es la manera de hacerlo».

«Pero...»

«Esta cama es tremendamente grande. Y no me gustaría dormir solo en esta habitación», continuó. «Tiene fama de estar llena de fantasmas.»

«¿Crees que creo en fantasmas?», dijo ella.

«Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio», dijo él.

«¿Alguna vez has visto un fantasma?»

«Posiblemente», dijo. «Sucedieron una o dos cosas cuando nos alojábamos aquí que no puedo descartar como algo sobrenatural. Por supuesto, no puedo afirmar haber visto nada de la llorona dama blanca que a veces acecha por aquí, pero escuché cosas que no podía explicar».

«El verano no es época para historias de fantasmas», dijo ella.

«Puede ser, pero creo que te vi temblar», dijo él.

«Es este tonto camisón», dijo ella, acercándose la tela escocesa.

«Ven y métete, y te contaré todos los horribles detalles», dijo él.

«Preferiría que no lo hicieras. ¿Realmente no hay otro lugar donde pueda dormir, ya que estás decidido a dormir aquí?»

«Ya deberías confiar en mí», dijo. «Hemos conducido juntos bastante tiempo en un carruaje cerrado. Es una oportunidad que muchos hombres no habrían desaprovechado. Y anoche».

Tenía razón. Era remilgado objetar. No había cruzado una sola línea desde aquella noche, después de la ópera, cuando la besó en los labios.

Ella no pudo evitar bostezar.

«Está cansada, Lady Urquhart», dijo él, apartando un poco más las mantas del lado vacío. «Debe dormir, al igual que yo. Esto es sólo una parte de la obra. Estás a salvo, tienes mi palabra».

Se metió en la cama.

Apagó la última vela de la mesa junto a la cama. La habitación no estaba en absoluto a oscuras: las cortinas no se habían corrido y el largo crepúsculo de verano seguía llenando la estancia de una luz violeta grisácea.

Era imposible no relajarse un poco, sintiendo el hermoso y grueso lino, ligeramente perfumado con lavanda, contra su piel. Aun así, procuró tumbarse en un espacio lo más reducido posible, muy consciente de que su compañero se había estirado perezosamente de espaldas a ella. Ella también se tumbó boca arriba.

«Tal vez tu dama blanca se lamenta porque no le gusta que la gente duerma en su cama», dijo. «Es muy cómoda».

«Puede que tengas razón», dijo él riendo. «A veces se ve un inexplicable hundimiento en las sábanas, como si alguien estuviera acostado allí».

«¡Oh, no, desde luego que no!», dijo ella. «Sólo bromeaba». Volvió a estremecerse, contenta por las suaves mantas y la bonita colcha de cretona que la cubría. «Qué historia tan ridícula. Probablemente una criada echándose una siestecita, o un gato».

«Sí, probablemente», dijo Sir William. «Pero nunca se puede saber con certeza».

Le echó una mirada. Estaba tumbado con las manos recogidas bajo la cabeza.

«No me asustaré, se lo aseguro», dijo ella.

«Bien», dijo él. «Porque yo sí me asustaré. El mundo está lleno de fantasmas, pero quizá los conjuramos nosotros mismos. Tal vez caminan porque la gente que los amó no puede dejarlos ir. Tal vez el pobre viejo terrateniente que se quedó atrás convocó a su dama blanca porque no podía soportar estar sin ella. Se tumbó en esta cama anhelando que ella volviera». Suspiró.

«Espero que la haya visto, entonces, y se haya reconciliado con su muerte».

«Esa es una expresión que nunca entendí», dijo. «¿Reconciliado con su muerte? ¿Cómo puede uno reconciliarse con ella? Es demasiado cruel, demasiado inexplicable. No deberías decir eso».

Se puso de lado, dándole la espalda. Su tono era suave, pero ella sintió el mordisco de su crítica. Se preguntó en qué muerte estaría pensando: ¿la de su hermano? ¿O tal vez la de alguna dama extranjera? Eso explicaría su disposición a contraer un matrimonio de conveniencia. ¿Iba a volver a Roma para llorar ante su tumba?

Esta imagen la hizo estremecerse de nuevo, y estiró la mano hacia su manta escocesa para intentar entrar un poco más en calor.

«¿Te encuentras bien?», le oyó decir. «¿Estás temblando?»

«Tengo un poco de frío, eso es todo», dijo él. «Hace mucho que no duermo en esta cama».

«Te he asustado», dijo él.

«No, en absoluto», dijo ella, y habría continuado, pero se dio cuenta de que le castañeteaban los dientes.

«Lo siento. No me escuches. Digo tonterías la mitad del tiempo». Ella sintió su mano sobre su brazo desnudo. «Te estás helando». De repente, él se inclinó sobre ella, poniéndole la bata por encima. Sintió su mano en el hombro, un peso reconfortante a pesar de todo.

«Perdóname. Estoy siendo tonta... otra vez», dijo ella. «Es este asunto. No me he adaptado del todo y...» No pudo continuar, pero enterró un poco más la cara en la almohada, sintiéndose completamente ahogada por la desdicha. Al hacerlo, el brazo de la bata se deslizó hacia abajo, acariciándole la mejilla con su seda. La envolvió un embriagador aroma a tabaco, attar de rosas y sándalo, un olor rico y masculino que parecía deletrear la palabra «marido».

No voy a llorar, se dijo a sí misma. No tengo motivos para llorar.

~

Querido Señor, ¿eran lágrimas las que ahogaba en la almohada? Se había convertido en un bulto acurrucado y tembloroso bajo la bata de Robert. Quiso estrecharla entre sus brazos y consolarla, pero temió que el gesto, aunque pudiera tener una intención sencilla, fuera malinterpretado.

Empezó a preocuparse de que, después de todo, hubiera comprometido sus sentimientos.

Su voluntad de interpretar a Lady Urquhart, ese extraño comentario sobre encontrarle un marido aceptable en otras circunstancias. ¿Significaría eso...?

El sonido de un carruaje interrumpió sus pensamientos. Se levanto y se acercó a la ventana, preguntándose si habría escuchado bien. Eran más de las diez.

«Dios mío», exclamó.

«¿Qué pasa? dijo Adela detrás de él.

«Seguro que no», dijo él. Estaba seguro de haber reconocido el carruaje, y al acercarse vio el color de la librea. «Seguro que no».

Adela estaba de pie a su lado, con la bata de Robert envolviéndola.

«Vuelve a la cama», le dijo. «Yo me ocuparé de esto».

«¿Quién es?»

El no respondió, sino que salió corriendo de la habitación y bajó por el pasillo hasta la gran escalera, mientras comenzaban los golpes en la puerta. Cuando llegó al vestíbulo, John, el anciano portero, se esforzaba por descerrar los cerrojos de la pequeña puerta de mano que estaba colocada en las grandes puertas dobles.

«¡Silencio, silencio!», exclamaba. «Despertaréis a los muertos».

Por fin se soltaron los cerrojos y la puerta se cerró dejando ver a Innes, el segundo lacayo del tío Archibald. Parecía acalorado y cansado en su polvorienta librea. Sin duda había tenido un largo e incómodo viaje en el asiento de la caja.

«Buenas noches, señor», jadeó al ver a Will. «Le traigo a la señora Urquhart. ¿Está en casa?»

«Me encantaría poder decir que no», dijo Will, mirando hacia la explanada, donde podía ver a su madre sentada en el carruaje, esperando a que la sacaran de allí. Era tentador enviarla directamente de vuelta a Edimburgo, pero Jock, el postillón que había saltado para sujetar los caballos, y Shaw, el cochero subido a su percha, parecían necesitados de cerveza, comida y una cama. Ellos, a diferencia de su madre, no podían vivir del aire y la ira.

Se adelantó, abrió la puerta del carruaje y bajó el escalón. Le ofreció la mano.

«¿No tienes bata?», dijo ella, mirándole de pie, descalzo en camión. «¿O un par de zapatillas?»

«¿Qué ha ocurrido?»

«¿Qué ha ocurrido?», repitió ella. «¿Qué ha ocurrido? Sí, por supuesto, no serás sincero. No esperaba menos de ti».

Ella le tomó la mano y salió del carruaje. Se quedó un momento sacudiéndose las faldas y mirando hacia la fachada de la casa.

«¿Dónde está?», dijo.

«¿Quién?»

«Tu esposa, miserable...» Se detuvo y se volvió hacia su criada, que la había seguido desde el carruaje. «Anne, la señora Hay te ayudará, si es que la encuentras.»

«Espero que todavía esté en su cama», dijo Will.

«Estas horas de campo que estás manteniendo - ¡cómo me sorprendes!» dijo la señora Urquhart. «Pero quizás los placeres del lecho nupcial...»

Dejó atrás el comentario al entrar en la casa. Innes, que seguía en la puerta, no pudo reprimir una risita y Will le frunció el ceño lo mejor que pudo, aunque sabía que su dignidad estaba por los suelos. En los próximos días, en la sala de la servidumbre se hablaría de cosas subidas de tono, y Will se estremeció al pensarlo. No le importaba lo que dijeran de él, pero esperaba que Adela se salvara.

«Madre», le dijo, tomándola del brazo y hablando en voz más bien baja, «comprendo que estés enfadada, pero te pediría que tuvieras cuidado con tus palabras delante de los criados».

«¡Dicho por un hombre en camión!» dijo ella, liberándose de él. «Ah, aquí está, señora Hay. Qué agradable verla después de tanto tiempo».

«Sí, señora, en efecto, señora», dijo la señora Hay, que, envuelta en su abrigo, gorro de dormir y varios chales, estaba parpadeando hasta recobrar la conciencia. «Le prepararé la habitación china enseguida. Si me disculpa».

«Si me disculpa», dijo la señora Urquhart, pasando junto a ella y entrando en el vestíbulo de la escalera. «¡Vaya, qué poco ha cambiado todo aquí!»

Ahora estaban solos, excepto por los ceñudos antepasados Urquhart en sus marcos dorados.

«¿Dónde está?», dijo la señora Urquhart.

«Esto puede esperar hasta mañana, ¿no?»

«No he conducido todo el día para que me retrases, William. Quiero hablar con esa carga».

«No hablarás así de ella».

«Hablaré de ella como yo quiera», dijo, «dado que aparentemente es una perfecta don nadie».

«¿Y quién te dijo eso?»

«Rookwood, por supuesto.

«¿Dijo que no era nadie?»

«Bueno, ella no es nadie que yo conozca, ¿verdad? Por lo tanto, no es nadie».

«Ella es Lady Urquhart.»

«¡Por lo que dijo Rookwood, ella es simplemente un artículo que has encontrado en la cuneta para fastidiarme!» Comenzó a subir las escaleras. «Supongo que estás en la habitación verde», dijo.

Will corrió tras ella y le cerró el paso.

«Cuando tu habitación este lista, iras allí a dormir y luego podrás volver directamente a Edimburgo mañana por la mañana», le dijo. «No permitiré que hables así de mi esposa».

«¡Oh, Dios mío!», dijo ella. «Parece que he tocado un nervio en carne viva. Qué defensivo. ¿No será que te sientes un poco avergonzado de tu comportamiento imprudente?»

«En lo absoluto.»

«Entonces, ¿no está presentable?», dijo ella, esquivándole hábilmente y continuando escaleras arriba. «Oh querido, ¿es así de malo? ¿No quieres que la conozca hasta que la hayas entrenado mejor? ¿Quizás estás pensando en conseguirle una institutriz que le enseñe a leer y escribir? Quizás no tenga modales en la mesa. No me extrañaría de ti. Siempre has tenido mal gusto».

«Eso no es asunto tuyo, ¿lo entiendes? Tienes tu dinero, ¡he hecho el trabajo! Deberías estar contenta».

«Dios mío, ella debe ser terrible. Chico estúpido. ¡Desperdiciar una oportunidad tan grande! ¡Después de todo lo que hemos soportado, después de todos mis sacrificios!»

«¿Cómo le sacaste esto a Rookwood?»

«Pude ver que tenía algo en su conciencia. Después de eso fue bastante fácil abrir la ostra».

Habían llegado al pasadizo que conducía a la cámara verde, con sus largas ventanas que daban al patio interior.

En el otro extremo, con una vela en la mano, estaba Adela. Se había puesto la bata de Robert.

«¿Es ella?», dijo su madre.

Will asintió. Por un momento no pudo hablar. Había algo en el aspecto de Adela que lo dejaba sin aliento. A pesar de sus pies descalzos, de la vieja bata raída y de su larga cabellera suelta, era dueña absoluta del momento. Era como una gran diva que, con sólo aparecer en escena, podía hacer callar a todo un teatro de ópera.

«¿Es la bata de Robert lo que lleva puesto?» dijo la Sra. Urquhart. «Cielos, ¿es ella también uno de sus despojos?»

«¡Cállate!», exclamó, y se acercó a Adela, le tomó la mano y se la apretó. Sintió que se ponía rígida. Había oído claramente lo que su madre había dicho, y sus ojos se encontraron con los de él con una alarma reprimida. Volvió a apretarle la mano, preguntándose cuál sería la mejor manera de comunicarse con ella. «Querida, perdóname», le dijo. «No quería molestarte».

«No importa», dijo ella, soltando suavemente la mano. Hizo una reverencia a su madre.

«Señora», dijo.

La señora Urquhart no acusó recibo.

«¿La has llamado querida?», dijo, volviéndose hacia Will. «¿Estás intentando convencerme de que estás enamorado de ella?»

«No me importa lo que pienses», dijo él, tomando de nuevo su mano. «Adela es mi esposa, y todo lo que eso implica».

La señora Urquhart soltó una breve carcajada amarga, se dio la vuelta y comenzó a alejarse.

«Me voy a la cama», dijo. «Continuaremos con esto mañana, recuerda mis palabras».

~

Uno de los despojos de Robert, pensó Adela mientras volvían a la cámara verde. ¿Qué significaba eso? ¿Su madre también había escuchado esas terribles historias? ¿Las habría creído?

La habitación quedó a oscuras, salvo por la vela que sostenía. El largo y amable crepúsculo de verano se había desvanecido repentinamente y las ventanas estaban negras como tinta.

Vio su sombrío reflejo en los cristales de la ventana, de pie detrás de ella. Se recordó a sí misma con severidad lo que el señor Christie había dicho: las historias eran todas invenciones calumniosas. Pero que habían sido salvajes, eso era bastante cierto. El propio Sir William había sido bastante franco al respecto. ¿Podrían haber amado a la misma mujer? ¿De ahí venía la horrible fábula de Macreadie?

Había tantas preguntas que ella deseaba hacerle, pero sabía que no tenía derecho a hacerlas. No formaba parte del acuerdo husmear en su pasado. Su pasado no era asunto suyo. Le habían dado una fortuna para que no hiciera preguntas, ¿no? Pero el deseo de obtener respuestas persistía, y una mezcla de ansiedad y curiosidad se apoderó de ella. Él era como una caja cerrada y ella quería saber qué había dentro.

Eso, por supuesto, era la perversa curiosidad de las mujeres estúpidas, se dijo a sí misma con severidad, dejando la vela. Eva y Pandora habían sido castigadas por ello. Las mujeres buenas no eran entrometidas. Simplemente aceptaban. Pero tampoco las buenas mujeres se casaban con extraños por dinero.

«Si yo fuera usted, Lady Urquhart,» dijo Sir William, rompiendo el silencio, «me llevaría a la cama mañana por una misteriosa enfermedad.»

«¿En lugar de encararla de frente?» dijo Adela. «¿Quizás le gustaría llevarse a su cama?»

Dio un gran suspiro y empezó a meterse en la cama.

«Tentador», dijo. «Pero cobarde. Y no hay nada que ella pueda hacer, ¿verdad? Excepto ser cáustica y difícil. Espero que no estés muy alterada».

Adela tuvo que vacilar antes de contestar.

«No», dijo. «Sólo un poco. Y como usted dice, ¿qué puede hacer ella?». Se quitó la bata y la dejó con cuidado sobre una silla. «¿Era realmente de tu hermano?»

«Sí. No podía soportar deshacerme de él. Pero quizá deberías quedártelo. Él lo habría aprobado».

«¿Lo habría hecho?»

«Sí, sin duda. Te habría hecho permanecer inmóvil durante una hora, con la vela en la mano, para dibujarte, sobre todo con el pelo así suelto».

«Le habría decepcionado», dijo ella, no muy segura de que esto le gustara como cumplido. «No podría quedarme quieta durante una hora, especialmente después de todo esto...» Hizo un gesto vago con la mano.

«Me gustaría haber visto eso», dijo él. «Tú diciéndole que no. Hubiera sido una buena escena».

Adela se preguntó qué quería decir exactamente con eso. Robert, por todo lo que había oído de él, parecía un verdadero demonio, capaz de arrancarle una tira a cualquiera que se le cruzara. Tal vez un poco como su madre, pensó.

«Será mejor que vengas ahora a la cama, o no tendrás necesidad de inventar una enfermedad», continuó Sir William. «Quizá logremos dormir esta noche».

«Tal vez», dijo ella, dándose cuenta de que estaba tan agotada que ya nada tenía sentido. «Espero que sí».

Se tumbó a su lado, asegurándose de que había un buen par de metros entre ellos y dándole la espalda.

«Acerca de tu madre», dijo. «Si montamos un buen espectáculo, quizá la convenzamos y la desarmemos».

Él se rió.

«Oh, Lady Urquhart,» dijo.

«Aun así jugaré el juego,» dijo ella. «Dije que lo haría. No tienes que preocuparte».

«No, no me preocuparé. Me doy cuenta de que he adquirido una esposa con talento».

Capítulo Diecisiete

Adela no estaba segura de cómo había dormido, pero se despertó en una habitación bañada por el cálido sol de la mañana.

Se apoyó sobre los codos y observó a su alrededor. Un juego de cortinas se había abierto, inundando de luz esa mitad de la habitación. Sir William, vestido con la bata de su hermano, estaba de pie junto a la ventana, contemplando las vistas. Había una pequeña mesa preparada para el desayuno. Estaba claro que había entrado un criado y ella ni siquiera se había dado cuenta.

Se recostó en la almohada.

«¿Qué hora es?», dijo.

«Las nueve», respondió Sir William. «Ven y desayuna algo, antes de que me lo coma todo. Aquí hay bollos, miel y mantequilla fresca. Todos los placeres del campo».

Ella se levantó de la cama, se envolvió en la tela escocesa y se acercó a la mesa, en el lado iluminado por el sol de la habitación, sintiendo el calor en sus pies y piernas descalzos. Era un poco como estar de pie en un charco de miel, tan dulce a su manera como el contenido del tarro que había sobre la mesa. Si hubiera sido un viaje de casados de verdad, habría sido muy agradable despertarse y encontrar bollos frescos, miel y la luz del sol.

Pero ése no era un viaje de bodas de verdad.

Sir William seguía de pie junto a la ventana, mirando hacia fuera, con una mano extendida y apoyada en el marco. Habría sido un sujeto adecuado para un cuadro: una figura enigmática en un entorno pintoresco.

Se volvió hacia la mesa del desayuno. Había ensuciado horriblemente su plato: había migas por todas partes y se le había caído la servilleta al suelo. Si hubiera estado enamorada, eso me habría angustiado, pensó, agachándose para recogerla.

Él eligió ese momento para darse la vuelta. La miró inquisitivamente.

«Estaba pensando en todos esos pequeños defectos que un hombre y una mujer deben descubrir del otro en el viaje de bodas», dijo ella. «Y en que eso no nos importa».

«Evidentemente, sí importa que tire las servilletas».

«No, no importa», dijo ella. «Pronto me curaré del mal hábito del orden».

Se sentó a la mesa y cogió la tetera de la lámpara.

«¿Otra taza de té?», preguntó.

«No, debo ir a vestirme», dijo, dirigiéndose a la puerta. «Tengo que ir a hacer negocios. Estoy seguro de que podrás entretenerme. Y recuerda que hay muchos lugares donde puedes esconderte de mi madre».

Consiguió sonreír, aunque la posibilidad de encontrarse con la Sra. Urquhart no le hacía ninguna gracia.

~

El agente, Elliot, y su esposa vivían en una bonita casa en Mains de Balnagowan, a un agradable paseo de la mansión. Elliot estaba encantado de ver a Will y mostrarle todos sus planes y mejoras. Era un joven enérgico y práctico, y bajo sus cuidadosas manos la finca parecía estar en excelente estado.

Cuando terminaron sus negocios, Elliot llevó a Will a la cocina de la casa para que conociera a su esposa.

«Tenemos cachorros esta mañana, Sir William, para confundirnos a todos», dijo el señor Elliot. «¿Quizás usted y su esposa quieran uno o dos de ellos? Es una hermosa camada, cinco en total. Pretendo adiestrarlos para el deporte, pero tal vez le agraden como compañía».

Will ni siquiera sabía si a Adela le gustaban los perros, y mucho menos si estaba dispuesta a tener uno. Una vez tuvo un perro en Italia, una perra callejera con una pata más corta que la otra, una criatura desafortunada que había acogido por compasión. No había prosperado.

«Creo que usted es probablemente mejor que yo con los perros», dijo, pensando en la pobre y demacrada Lucía, tendida a los pies de su cama, gimiendo de dolor. Sus últimos días habían sido miserables. Robert, cuya tos empezaba a traquetear peligrosamente, se había desentendido de su dolor, por lo general, pero en los meses que siguieron, parecía que la muerte de Lucía era una lección objetiva sobre la muerte y su perversa inevitabilidad. «Le preguntaré a Lady Urquhart, por supuesto».

«No creo que haya alguien que pueda resistirse a estas pequeñas criaturas», dijo la señora Elliot sacando un par de ellas de la cesta y mostrándoselas a William.

«Mi mujer tendría una colección si pudiera», dijo Elliot.

«Uno nunca puede ser infeliz si tiene un animal», dijo ella. «Esa es la pura verdad». Devolvió los cachorros a su madre. «No, Jenny, déjalos por ahora. Ya los hemos molestado bastante», le dijo a la niña, que estaba ansiosa por sacar su propio tesoro de la cesta. «Volvamos a cubrirlos con la manta».

«¿Vendrá a cenar con nosotros, señora Elliot?» Preguntó Will.

«Sería un gran honor, señor», dijo la señora Elliot, un poco nerviosa.

«El honor sería todo nuestro», dijo Will. «Vengan mañana, si no es molestia. Vendrán el señor y la señora Robertson, y el coronel Milson y su hija». Nunca había pensado que podría esperar con impaciencia una cena campestre, pero se dio cuenta de que así era.

«¿Es Jenny su única hija?» preguntó Will mientras cruzaban el patio para ir a buscar su caballo.

«Hasta ahora», dijo Elliot, "pero creo que puede haber otro en camino. Jean tiene esa mirada».

«¿Cuál es esa mirada?» Will no pudo evitar preguntar.

«Ella luce - no sabría decirlo - más bonita, ¿es eso? Supongo que hablo con la esperanza de que así sea». Soltó una risa nerviosa. «¡Y quizás conozcas las señales, muy pronto por ti mismo, si Dios quiere!»

«Tal vez», dijo Will.

«Un heredero de Balnagowan - eso sería tan-algo. Tus inquilinos se alegrarían. Se alegran de saber que te has casado. El futuro parece mucho más estable. Se habla menos de renunciar a las granjas».

«¿Se ha hablado de eso?», preguntó Will.

«Las cosas parecían precarias. Cuando nos enteramos de que tu hermano había muerto, sin un hijo a su nombre, y luego con Sir Archibald guardándose tanto las cartas sobre su testamento...» Elliot se encogió de hombros. «¡Pero ahora todo parece haberse arreglado!»

«Haré lo que pueda», dijo Will, sintiendo la mentira en la lengua como un sabor amargo. Resultaba desagradable despreciar a un hombre sensato y de buenos sentimientos como Elliot. «Y usted, señor Elliot, es muy bueno al preocuparse tanto por mi familia. Es un alivio saber que puedo dejar el lugar en manos tan competentes».

«¿Dejar, señor?» Elliot frunció el ceño. «Me habían dado a entender que su intención era más bien establecerse más ahora».

«No he terminado del todo mi viaje», dijo.

Elliot no dijo nada. Will lo miró. Parecía como si él también estuviera pensando cuidadosamente qué decir.

«Ya veo», dijo al fin. «¿Puedo hablarle claro, señor, de marido a marido? Espero que no tome esto como una impertinencia, pero siento que... bueno, espero que haya discutido estos planes con Lady Urquhart. Que ella entienda sus intenciones».

Will no encontraba respuesta, así que hizo un gesto con la mano para sugerir a Elliot que diera más explicaciones. Elliot captó la indirecta.

«A una esposa, ya ves, le encanta estar asentada. Eso forma parte de la vida de una mujer: cuando consigue un marido, consigue un hogar, un establecimiento, ya sea el más humilde but'n'ben o una gran mansión. Ella espera ser capaz de hacer un lugar sólido para ella y sus hijos».

«Tonterías sentimentales», dijo Will. «Y Lady Urquhart entiende perfectamente mis intenciones, Elliot, ¡muchas gracias!»

«Entiende, sí, ¿pero está de acuerdo con ello, en su corazón?» dijo Elliot. «Eso es siempre algo que vale la pena consultar, según mi experiencia.»

«¡El corazón de mi mujer no es asunto tuyo, Elliot!», dijo Will.

«No, por supuesto que no», dijo Elliot, «¡pero me preocupa que puedas arruinar algo bueno por un capricho! Eso es lo que quiero decir. Andar por ahí por capricho puede convenirle a usted, señor, pero a ella puede disgustarle la idea».

«Mi viaje no es un capricho», dijo Will, sintiéndose ahora molesto.

«Entonces, ¿de qué se trata, señor? Eso es lo que no entiendo. Usted tiene todo esto, un verdadero trabajo que hacer, y gente que depende de usted, ¡y no se molesta en hacerlo! Le aseguro, señor, que si yo tuviera una mínima parte de su superficie, me contentaría con esperar el resto de mi vida, y cavar las zanjás y guiar el arado yo mismo si fuera necesario».

«¡ Ya basta, ya basta!», exclamó Will. «Muchas gracias por la homilía, señor Elliot. Sin embargo, ¡no le corresponde a usted decirme cómo vivir mi vida! Aceptaré sus consejos sobre desagües y graneros, señor, pero no me dirá cómo manejar a mi esposa. Así que cálese la boca, por favor».

Se dirigió hacia el muchacho que sostenía su caballo, montó y se alejó a paso ligero.

Hace un año, mientras cabalgaba, había estado en un pueblecito italiano, encaramado a un acantilado, con las casas cayendo al mar. Había tenido unas vistas incomparables de la bahía y había pasado horas en su balcón tratando de dar sentido a su vida, sin conseguirlo.

Todos esos meses dedicados a Robert, y luego nada.

Cuando terminó, la gente le dijo que se sentiría aliviado y que habría en ello una pequeña recompensa por todo su deber. Pero no se había sentido aliviado, sólo perdido, como un barco naufragado que había perdido la brújula. Robert fue la razón de su existencia y, sin él, había ido a la deriva, de un lugar a otro, mirando desde la mesa de un café o la ventana de una posada, viendo mucho y sin sentir nada.

Ahora cabalgaba, descubrió, a través de un bosquecillo de árboles jóvenes cuidadosamente plantados. Elliot le había estado hablando de sus planes de plantaciones madereras: de cómo Balnagowan vería los beneficios dentro de setenta y cinco años. Era una devoción conmovedora por un futuro del que ninguno de ellos podía estar seguro, un intento de crear un futuro sólido frente a las depredaciones de la muerte.

No debería haber sido tan brusco con él, pensó, y juró disculparse tan pronto como pudiera..

Capítulo Dieciocho

Adela encontró un sitio donde ocultarse de su suegra.

Una de las viejas escaleras de caracol, que se habían conservado cuando la casa adquirió su aspecto clásico, conducía a un conjunto de habitaciones en el tercer piso, por encima de la cámara verde en la que habían estado durmiendo. En algún momento, las habitaciones habían sido acondicionadas como un bonito dormitorio con un vestidor a un lado y una sala de estar al otro, mirando hacia el sur por la cañada. Todo estaba decorado en un suave tono azul.

No podía adivinar de quién habían sido las habitaciones, pero había algo en ellas que sugería un gusto particular. Había un grupo de miniaturas colgadas sobre una mesa auxiliar, con retratos al estilo de hace al menos sesenta años, a juzgar por las pelucas empolvadas y los lunares. Un par de diminutos retratos de dos niños adorables ocupaban el primer lugar. Uno de ellos tenía el pelo de Sir William. Al mirarlo, se preguntó si ése sería su padre de niño.

La gran prensa empotrada en un rincón contenía todavía algunos vestidos antiguos, cuidadosamente guardados en bolsas de lino y colocados en estantes, como si su dueña esperara volver y sacarlos para la próxima temporada. La seda con la que estaban confeccionados era de una calidad exquisita. Uno, un precioso diseño tejido de lirios y rosas en colores frescos y reales, parecía hecho para llevar con las grandes alforjas que había visto en uno de los retratos de abajo. Entonces se dio cuenta de que era el mismo vestido, despojado de los adornos de encaje. Pronto descubrió que el encaje también había sido cuidadosamente guardado en una caja de bandas, y que era de una calidad que nunca antes había visto: opulentos y delicados volantes que parecían hilados del aire, hechos para adornar el cuello, el delantal y las enaguas. Incluso había un gorro que no pudo resistirse a probarse.

Ahora sí que parece una esposa, pensó, examinándose en el cristal.

Escuchó que alguien entraba en la habitación contigua. Había visto una puerta junto a la prensa, cubierta del mismo damasco azul que las paredes, y ahora la abrió y descubrió que daba a un pequeño pasadizo. No era tan sorprendente que una casa como Balnagowan pudiera contener tales secretos.

El pasadizo conducía a otra puerta, que ella abrió, y descubrió que la fuente del ruido no era otra sino Sir William.

A primera vista, la habitación en sí no le pareció más que un trastero, donde tal vez había dormido alguna vez una sirvienta, para tenerla al alcance de su señora en las habitaciones azules. Pero un segundo vistazo reveló que había sido un cuarto de niños - había espadas de madera y soldados de juguete, así como dos pequeñas camas.

«¿Qué demonios estás haciendo aquí?» Sir William dijo. Ella podría haberle hecho la misma pregunta.

«La verdad es que no lo sé. Tal vez ocultándome de tu madre».

«Una buena elección. Ella nunca vendría aquí. Los dominios de mi abuela, la última Lady Urquhart».

«¿No fueron amigas?»

«No creo que se conocieran. Ella murió antes de que mi padre cumpliera veintiún años. Él siempre hablaba bien de ella. ¿Qué llevas en la cabeza?»

Se sacó la gorra de la cabeza.

«De ella, creo», dijo. «Lo siento, no debí...»

«¿Qué me importa a mí? Nunca la conocí. Sólo me opuse porque es... bueno, un poco de

esposa. Pero supongo que es apropiado que te lo pongas", dijo él, devolviéndoselo. «Si quieres».

«¿Como parte de mi disfraz?», dijo ella con la mayor ligereza posible.

«Sí, exactamente», dijo él. Aún se lo estaba tendiendo. «Mi madre no esperaría menos».

Ella se lo devolvió y lo giró entre las manos.

«Puede que necesite una o dos puntadas para adaptarlo a la moda», dijo.

«Entonces haz lo que quieras con él. ¡Con lo que sea!» dijo él. «Dios mío, esta habitación. Me había olvidado de esta habitación. Fue Robert quien hizo ese agujero en el techo con una flecha».

Había notado que sobre la mesa había un álbum de acuarelas con la etiqueta «W J Urquhart». Comenzó a hojearlo y vio los paisajes de la cañada representados con esmero y encanto.

«¿Esto es obra tuya?», dijo dando golpecitos al álbum.

Él se acercó y se lo quitó. Lo miró y frunció el ceño.

«¿Por qué demonios sigue aquí esta basura?», dijo tirándolo al suelo. Ella fue a recogerlo, pero él la agarró del brazo.

«Pero si es encantador».

«No, no lo es», dijo él. «Esto ya sería bastante mortificante si estuviéramos... bueno, ya sabes...».

«No actuando.»

«Bastante», dijo. «¡Podemos ahorrarnos ese tipo de tonterías, creo! Debe haber una o dos ventajas en este acuerdo, después de todo. No hay necesidad de desnudar todas nuestras locuras pasadas. Podemos proteger nuestra reputación tan bien como dos desconocidos».

«Como quieras», dijo ella, sintiendo un poco como si él le cerrara una puerta en las narices. «¿Qué tal tu negocio?»

«¿Por qué lo preguntas?», dijo él.

«Por cortesía», dijo ella, sorprendida por la hostilidad de su tono.

Él suspiró.

«Perdóname. Tuve una pequeña discusión con el agente de tierras, Elliot. Para ser sincero, perdí los nervios con él. Fui un tonto. Tendré que ir a disculparme. Me dio un sermón sobre el matrimonio, de lo más amable, pero me lo tomé a mal».

Tomó una espada de madera y empezó a examinarla.

«Me gustaría que la gente se guardara sus opiniones», continuó. «Todo el mundo hace suposiciones».

«Era de esperarse», dijo ella.

Hizo un simulacro de parada y estocada con la espada.

«Supongo que sí», dijo. «Pero todos saben encontrar mi punto más débil».

«Entonces debes intentar defenderte mejor».

«Siempre fui un mal esgrimista», dijo, bajando la espada. «Y tienes razón. Pero recuerdo un principio útil - Robert juró por él, y creo que a ti también te gusta.»

«¿Cuál es?»

«¡Golpear primero! ¡Atacar para defender! Podrías bordarlo en un muestrario».

«Quizás», dijo Adela, algo desconcertada.

«De hecho», continuó él, «creo que deberíamos ir a cantarle un pequeño dúo a mi madre, antes de que alinee una brigada de cañones para demoler nuestras defensas. Y quiero conocer tu opinión sobre dónde celebraremos el baile. Vamos.

Así que salieron de la pequeña guardería y bajaron las escaleras.

«¿Has visto ya la pinacoteca? Le he dicho a la señora Hay que la abra, y también el gran salón. No estoy seguro de cuál es mejor para bailar».

Le siguió hasta una gran sala cuadrada, con cuatro ventanas que daban al patio.

«Creo que lucirá mejor a la luz de las velas. Nunca he visto estas habitaciones iluminadas», dijo.

«Con todos estos cristales, quedará muy bonito», dijo ella, mirando a su alrededor. « En sus viajes habrá visto habitaciones muy bonitas», dijo ella.

«Cierto», dijo él, «y bastantes sórdidas. ¿Qué habitación te gusta más?»

«No puedo imaginar nada mejor que ésta. Y aquí hay un piano. ¿Qué bailaremos?»

«Algunos reels y strathspeys, y luego sobre todo vales. Seguramente habrá vales. A todo el mundo le gusta el vals, incluso a mi madre. El coronel Milson se lo pedirá».

«Debe preguntarle. ¿Estás segura de que el ministro no pondrá límites al vals?»

«Espero que no. Si lo hace, no vendrá a cenar de nuevo. Si se opone, podemos decirle que la nueva reina es una apasionada devota del vals».

«¿Lo es?»

«Creo que leí alguna tontería en ese sentido en un periódico. En cualquier caso, es una chica de dieciocho años. Si no le gusta bailar el vals, entonces es una criatura antinatural. Imagino que a tus hermanas les gusta bailar el vals.»

«Sí, mucho. Pero no tenemos mucho espacio para practicar, así que somos menos expertas de lo que deberíamos. Carrie y yo pensamos dar lecciones alguna vez, pero mi hermana mayor no quiso ni oír hablar de ello.»

«¿Orgullosa, entonces?»

«Oh, sí», dijo Adela. «Poco práctica y orgullosa. Una combinación peligrosa. Pero todo eso se acabó, gracias a usted, señor», añadió haciendo una reverencia.

Él la tomó de la mano y la puso de pie.

«Basta de campesina agradecida, Lady Urquhart», dijo. «No le sienta bien. Creo que deberíamos practicar nuestro vals. ¿Me haría el honor?»

«Sí, ¿pero qué bailaremos?»

«Una orquesta invisible que está tocando - oh, veamos, ¿qué sé yo en tres tiempos? Si vuol ballere, ¿la conoces? De Fígaro. Muy apropiado, dada la situación».

«Recuérdemela».

Empezó a tararearla y luego a cantar.

«Se vuol ballere, signor contino...»

Ella reconoció enseguida la melodía, pero la forma en que la cantaba era asombrosa. Le sorprendió el encanto de su voz: era dulce y perfectamente afinada, pero también oscura y rica. Escucharla era como beber una copa de licor embriagador. Que la tomara de la mano y se dirigiera a ella con ella la mareaba de placer.

Se obligó a dar un paso atrás, con el corazón latiéndole fuertemente.

«¿Ocurre algo?», dijo, deteniéndose.

«No, continúa, por favor. Tu voz es... encantadora... ¡y tan fuerte!»

«Pareces sorprendida».

«Lo estoy. Eres muy bueno».

«Tomé algunas lecciones en Italia. Eso es todo. Me resultaron útiles».

«Recuerdo que dijiste que tu voz era la razón por la que agradabas a las damas romanas.»

«Nada de lo que digo tiene desperdicio para ti, ¿verdad?», dijo.

«Has recibido algo más que unas cuantas lecciones», dijo ella. «Has trabajado en ello.»

Mucho, diría yo».

«Como he dicho - que era útil y me divertía.»

«¿O quizás lo que te consiguió, te divirtió?» dijo ella, porque en ese momento, sintió que si él cantara de nuevo, ella podría caer a sus pies, sin sentido de placer.

«Cierto», dijo él, después de un momento, «aunque doloroso».

Ella se alejó un poco, avergonzada por haber sido tan directa. Sin embargo, su voz tenía una fuerza especial. Se dio cuenta de que deseaba volver a escucharla. Tuvo que esforzarse mucho para no insistir.

Se acercó a la ventana y miró hacia el gran patio empedrado que se extendía como un corazón de piedra en medio de la casa.

Eso es lo que debo conseguir, pensó: un adoquín por corazón. Se dio cuenta de que estaba temblando y de que él estaba de pie detrás de ella, observándola atentamente. Así que se escabulló un poco más detrás de la cortina de seda roja, con la esperanza de hacerse invisible.

Un momento después, él estaba de nuevo a su lado. Ella sintió su mano en el hombro y él la giró suavemente hacia él.

«Me prometiste un vals», le dijo, rodeando su cintura con la mano.

Ella asintió. Iba a ponerle la mano en el hombro, pero antes de que la moviera más de uno o dos centímetros, él se había inclinado y la besaba en los labios.

La tenía contra la pared, con la espalda pegada a los paneles, pero ella no quería escapar, por mucho que él se inclinara sobre ella. Era como su canto: un asalto deslumbrante a sus sentidos con sus labios, sus manos...

No había forma de resistirse. En lugar de eso, le puso la mano en la mejilla, sintiendo su piel cálida y áspera, absorbiendo el aroma de la colonia, los puros y el sudor.

Y todo el tiempo, una vocecita interior le decía: *Esto es lo que pasa. Él canta y las mujeres caen. No soy la primera ni seré la última. No debo darle cuartel, en absoluto. Esto es peligroso y una locura.*

Capítulo Diecinueve

Will se apartó al escuchar que se abría una puerta. Se alegró de la interrupción, o al menos una pequeña porción de él se alegró; el resto gritaba contrariado por tener que renunciar a aquel premio.

Adela seguía de pie, pegada al cristal. Respiraba con dificultad, tenía el color de la piel subido y lo miraba con los ojos muy abiertos. No estaba indignada ni enfadada, pero, al igual que él, se encontraba en el precipicio del deseo, a punto de caer. Ella le había besado. Había sentido sus dedos en el pelo, mientras ella tiraba de él para acercarlo. Ella lo deseaba, y eso lo excitaba de una manera que no había sentido con una mujer en años.

«Oh, perdóneme, ¿interrumpo algo?» dijo la señora Urquhart, entrando en la habitación con aire despreocupado. Will no se hubiera imaginado que ella hubiera estado esperando para saltar sobre ellos.

Le tomó la mano y salieron de su encierro.

«Adela y yo estábamos hablando del baile -dijo, sintiendo los ojos de su madre clavados en ellos.

Adela se había puesto un viejo vestido estampado y un delantal, y el pelo amenazaba con caérsele. A sus ojos, tenía un aspecto delicioso, pero su madre no lo vería así. Había abandonado su propio abrigo al volver a la casa, y estaba en mangas de camisa. Su madre tuvo suerte de que se hubiera dejado puesto el chaleco, pero sin duda tenían un aspecto deplorable. Lucían cómo un par de sirvientes... Fígaro y Susana, incluso, pensó.

«Dadas las circunstancias, creo que es de mal gusto», dijo.

«Madre, puedes sermonear todo lo que quieras, pero...»

«Que pretendas exponer a esta criatura al ridículo de tus vecinos. Es una barbaridad».

A la defensiva, rodeó la cintura de Adela con el brazo. Le hubiera gustado taparle también las orejas.

«Si has formado un verdadero apego -continuó la señora Urquhart-, cosa que no creo - pienso que es un capricho por tu parte-, entonces haz lo que cualquier hombre decente haría con una esposa que no es comme il faut. Llévatela a algún sitio donde los demás no nos sintamos ofendidos por su presencia. ¡No está presentable! No lo estará, y lo sabes. Ella lo sabe, me atrevo a decir».

«William, querido, no dejes que te provoque», dijo Adela, desenredándose suavemente y paseándose por la habitación. «Señora, ¿no ha dormido bien? Parece muy desanimada. Espero que haya estado cómoda. Si no, debe decírmelo y pondremos a la señora Hay a trabajar».

Atacar para defender, pensó Will. Se había tomado su lección muy a pecho.

«Ahora», prosiguió Adela, «¿tomamos un té? Quería hablarte un poco de los jardines. Tengo que decir que estoy bastante sorprendida por el estado en que se encuentran. ¿Qué es una casa sin un jardín adecuado, señora? Debemos hacer algo».

«Debe hacer lo que desee», dijo Will, muy divertido.

«Oh, lo haré, puedes estar segura», dijo Adela.

«Siempre que no gastes demasiado dinero», dijo él, con fingida severidad.

«¡Oh, me gusta ese movimiento marital del dedo!», dijo ella, dedicándole una sonrisa deslumbrante. «Por supuesto que no gastaré mucho. Al menos, intentaré no hacerlo. Pero arreglar los viñedos y el invernadero no será nada barato. Es una pena que estén tan descuidados. Y luego pensé que una pajarera podría ser divertida, especialmente para los niños».

«Y educativa», dijo Will.

Adela le dedicó una sonrisa angelical que le hizo soltar una carcajada.

«Hablando de niños», continuó, «deberíamos pensar un poco en cómo reorganizar las cosas para las guarderías».

«Dios mío, ¿no estará...? ¿No estará ya embarazada?» La señora Urquhart estaba realmente alarmada. «No es por eso por lo que te has casado con ella tan deprisa, ¿verdad? Dime que no es así.»

«¡Señora!», exclamó Adela, dándose una palmada en el pecho, como indignada. «¡Realmente debo objetar eso! Sugerir que mi virtud... bueno, no sé cómo...»

«¡Sin duda hace mucho que perdió cualquier derecho a ello!» dijo la señora Urquhart. «¡Nadie con derecho a la virtud se habría casado con mi hijo en tales circunstancias! No me quedaré a escuchar esta vil tontería».

Y los dejó solos.

«Debería besarte otra vez», dijo Will.

«No, no creo que debas», dijo ella, levantando las manos contra él.

Capítulo Veinte

Adela ordenó a la señora Hay y a la criada que prepararan las camas del dormitorio azul y del vestidor azul.

No se atrevía a arriesgarse a pasar otra noche en la misma cama que Sir William. Era demasiado íntimo, demasiado tentador, demasiado peligroso. Una puerta con cerradura resultaba una buena precaución.

Se había retirado de nuevo al dormitorio azul tras aquella escena con la señora Urquhart, pero sabía que estaba evitando a Sir William tanto como a su madre.

Se dirigió a la prensa y saco la caja con el encaje que había estado mirando antes. Se le ocurrió que podría añadir un poco al vestido de noche de seda que Nell había insistido en que se llevara, junto con la muselina blanca. Era de color dorado pálido y totalmente adecuado para que una novia se mostrara a sus vecinos, sobre todo si se le añadía un fino encaje antiguo. La tarea mantendría su mente y sus manos ocupadas.

Y cómo necesito distraerme, pensó, acercándose a la ventana y examinando los volantes de las mangas. Tendría que recogerlos con cuidado para ajustarlos a las mangas cortas y ajustadas que ahora estaban de moda. Necesitaría tener la vista despejada, los ánimos calmados y las manos frías para hacerlo bien.

Se sentó con el encaje en el regazo, sintiéndose incapaz de realizar la tarea. Miró por la ventana y se dio cuenta de lo bien que había sido colocada la silla, presumiblemente por la última lady Urquhart, para captar la luz para coser y ofrecer una excelente vista del parque y la cañada.

Pensó en lo agradable y fácil que había sido adoptar el papel de Lady Urquhart, arreglando jardines y viveros. Demasiado fácil.

Nunca había pensado que los sueños tontos fueran otra cosa que tontos, una forma de pasar el tiempo como mucho. Se lo había comentado a Sir William, pero aquí, en Balnagowan, los sentía correr a su alrededor, como niños que reclaman su atención. Se echó hacia atrás y se tapó los ojos, con el cálido sol de la mañana en la cara. Sería una dicha pertenecer a un lugar así, con un marido atento y divertido a su lado, y una sensación de futuro prometedor, tan amplio y lleno de sol como la cañada que se extendía ante ella.

Si aquellos besos significaran algo, pensó, sintiendo un cosquilleo en la piel al recordar aquel abrazo. Pero ¿cómo iban a significar algo? Él sólo se había dado un capricho.

Y yo hacía lo mismo, se dijo con severidad.

Llamaron a la puerta. Era la señora Hay con dos criadas que llevaban ropa de cama. Del vestidor llegaba el ruido sordo de las cajas que traían.

«Una excelente elección, si me permite decirlo, milady», dijo la señora Hay, abriendo la puerta del vestidor. «Cuidado con esas cajas, Robert. Pueden lucir destartaladas, ¡pero pertenecen al amo!» Se volvió hacia Adela. «Supongo que habrán viajado por todo el mundo y tendrán algunas historias que contar».

«Creo que sí», dijo ella, mirando las cajas a través de la puerta. Su propio baúl lucía mucho más desaliñado. Cerca estaba el pequeño estuche negro que contenía su guitarra.

«Probablemente no todo para nuestros oídos», dijo la señora Hay. «Oh, veo que ha encontrado el encaje, milady».

«Sí, estaba pensando que podría recortar un vestido con él. Y el gorro, aquí, necesita un pequeño arreglo».

«Margaret podría ayudarla con eso, milady, si lo desea. Es hábil con los dedos y tiene

experiencia como doncella. El verano pasado, cuando vino la hermana del coronel Milson, ella estaba con ellos, ¿verdad, Margaret? Tiene una excelente carta de presentación de la señora Anderston. ¿Le vendría muy bien, milady?»

Margaret, que estaba alisando la sábana bajera, levantó la vista y sonrió a Adela. Era una persona pulcra y de aspecto tranquilo, de unos veinte años.

«Puedo peinarla, milady», dijo. «Me gusta peinarme».

«¡Pues esta mañana lo necesito, como puede ver!», dijo Adela.

«Será un placer, señora», dijo Margaret.

«Entonces está decidido», dijo Adela.

Al pasar por el vestidor, donde Innes estaba desempaquetando las cajas de Sir William, pensó que había otra ventaja de tener una criada. Su presencia sería otro medio de mantenerlo a distancia.

«¿Todo bien, milady?», preguntó Innes, un poco desconcertada por el hecho de que ella supervisara su trabajo. Llevaba en la mano un gran abrigo de invierno, de tela oscura, que se distinguía por un destello de seda roja en el forro.

«Tenemos que evitar que se llene de polillas», dijo la señora Hay, entrando apresuradamente y quitándoselo a Innes. «Pero llévalo al cuarto de las botas y cepíllalo bien antes». Innes se marchó y la señora Hay centró su atención en el resto de la caja. «Libros y papeles, milady. ¿Qué le gustaría hacer con ellos?»

Adela dudó. No quería entrometerse en sus cosas, pero al mismo tiempo la invadía la curiosidad. Nada le gustaría más que investigar el contenido de la caja.

«No lo sé», dijo con cuidado. «Déjaselos a Sir William».

«Como usted desee, milady».

Adela miró la habitación, ahora llena de las posesiones de Sir William: la prensa abierta que contenía sus camisas dobladas, sus botas bien alineadas en la base y sus abrigos colgados de sus ganchos, como perros esperando a que su amo los sacara.

La habitación estaba amoblada más como una sala de estar, con la cama metida cuidadosamente en una alcoba. Estaría cómodo. De hecho, la habitación era perfecta para él en muchos sentidos, con su escritorio y su librería junto a la ventana y el sillón junto a la chimenea. Era fácil imaginárselo en bata, tumbado en la cama, con las manos recogidas bajo la cabeza, disertando despreocupadamente sobre algún tema fascinante. Luego se lo imaginó sentado en la cama, inclinado sobre su guitarra, tocando una melodía, con los pies descalzos colgando.

Lo peor de todo era que quería verle allí. Quería entrar y descubrirle accidentalmente en aquella postura, y ver cómo se dibujaba en su rostro aquella hermosa sonrisa de bienvenida.

No lo conseguirá, se dijo a sí misma, volviendo rápidamente a su dormitorio, donde sus humildes pertenencias estaban siendo desempacadas. Cuanto más lo veía, cuantas más conversaciones tentadoras mantenía con él, peor le resultaba, más difícil se le hacía resistirse a la magia que parecía desprender.

Sabía que se encontraba en una etapa peligrosa, demasiado cerca del encantamiento. Necesitaba distanciarse y razonar con frialdad.

Pero incluso cuando intentaba dedicarse a otra cosa, sacando su cesta de costura y solicitando a Margaret su opinión sobre la colocación de los volantes en el vestido, se dio cuenta de que estaba pensando en las mangas arrugadas de su camisa, en cómo se había sentido el lino bajo las yemas de sus dedos cuando le había agarrado el brazo en aquel ridículo, estúpido e innecesario beso.

«Podemos añadir fácilmente un cuello, milady», dijo Margaret, que había extendido el

corpiño de seda dorada sobre la mesa y estaba midiendo el encaje. «Quedaría muy bien. Mire».

Fue a mirar, y al hacerlo se abrió la puerta. Se miró en el espejo y vio entrar a Sir William, todavía despeinado y descuidado en mangas de camisa.

«Todo esto es encantadoramente hogareño», dijo. «Veo que nos hemos mudado».

«Sí, pensé que estaríamos más cómodos aquí», dijo ella.

«Yo mismo iba a sugerir exactamente lo mismo», dijo él.

«Innes ha estado desempacando para ti», dijo ella. «Espero que todo esté en orden. No sabíamos qué hacer con tus libros, así que los hemos dejado. No creí que quisieras meterte con ellos».

«Gracias», dijo él, dirigiéndose al vestidor. «Gracias, señora Hay, eso es todo por ahora.»

«Sí, por supuesto, Sir William. Ya hemos terminado aquí», oyó que decía la señora Hay, y el sonido de la puerta del fondo cerrándose, y la señora Hay y las criadas marchándose.

Sir William regresó al dormitorio y se quedó apoyado en la puerta, con los brazos cruzados. La estaba observando, y de un modo que la puso enferma de ansiedad. Cada línea de su cuerpo sugería sus intenciones hacia ella, y Adela se encontró luchando por ignorarlo.

«Llevaré esto al cuarto de la lencería, ¿le parece, milady?», preguntó Margaret, interpretando claramente la situación. El señor deseaba estar a solas con su nueva esposa. «Tengo algo de seda retorcida que combinará bien, y con la luz es mejor». No esperó respuesta, recogió su trabajo y se marchó.

Adela pensó al cerrarse la puerta que las sirvientas no servían de chaperonas. Se imaginó a Margarita reunida con las otras muchachas en el cuarto de la lencería, tal vez riéndose con ellas. Al fin y al cabo, lo apropiado después de un viaje de bodas era que al novio y a la novia se les permitiera un nivel inusual de reclusión.

Se acercó a la mesa de trabajo donde estaba ella. Tenía un trozo de encaje entre los dedos y lo estaba girando entre las manos.

«Estuviste magnífica con mi madre».

«Me pasé con el pudín. Y ahora la he disgustado».

«Se lo merecía», dijo, «después de lo que habló de ti».

«Tiene razón. No pertenezco a este mundo. Este no es mi mundo. Puedo fingir que lo es, pero ella tiene razón».

«¿Seguro que haces tuyo un lugar?», dijo.

«Sí, pero la cuestión no es ésa», dijo ella con cautela.

«Entonces cuidado, porque pareces muy cómoda».

Dejó el encaje sobre la mesa como si estuviera al rojo vivo.

«Tendré cuidado», dijo, respirando con dificultad. Se miró las manos. No quería levantarle la vista, porque se daba cuenta de que sus ojos la miraban, sometiéndola a un minucioso escrutinio. Sabía que era el tipo de escrutinio que no encontraba defectos, sino que sólo aumentaba las pasiones. Lo sabía porque ella misma se lo había permitido. Le había mirado largo tiempo, con dureza y con demasiada atención, y eso la había hecho sentirse peligrosamente viva y llena de anhelo.

Su mano se acercó a su mejilla. Tal vez pretendía acomodarle un mechón de pelo suelto. Ella no permitió que quedara claro. Le cogió la mano por la muñeca y la bajó suavemente.

Ahora se vio obligada a mirarle y vio la confusión en su rostro.

Sacudió la cabeza. Aún no podía hablar. Ahora él estaba tan cerca de ella que le dolía de deseo.

«Te deseo, Adela», dijo él, «como un marido desea a su esposa».

«No», dijo ella. Su voz era un susurro seco. Volvió a intentarlo. «¡No! No, me deseas como un hombre desea a una mujer que piensa que está disponible».

Hizo una mueca de dolor, pero luego le soltó la mano y la tomó entre las suyas. Sonriendo, apretó los labios contra la palma de su mano. Ella intentó apartarla, pero él la tenía sujeta y volvió a besarle la palma, tan suavemente que apenas sintió nada, pero que al mismo tiempo la hizo arder.

«¡No, no, esto no forma parte del trato!», dijo ella, y ahora consiguió darle un fuerte empujón que le hizo soltarle la mano. Pero en el momento en que lo hizo, quiso atraerlo de nuevo a sus brazos y dejarle hacer exactamente lo que quisiera con ella.

«No podemos. No lo haremos!», dijo, alejándose, envolviendo su mano alrededor de la que él había besado, queriendo calmarla, como si él la hubiera golpeado. «¡Me respetarás en esto!»

«¡Realmente te respeto!», exclamó él. «Si pensara que no lo deseas, no me atrevería. Pero puedo decir que eres tan...»

«¡Eso no tiene nada que ver!», exclamó ella. «Los caprichos y las fantasías no tienen nada que ver. Esto es un acuerdo de negocios. Por favor, no lo olvides».

«¡Caprichos y fantasías!», dijo él. «Puede llamarlos así. Pero creo que son grietas en la inexpugnable armadura de tu sentido común».

«¿Qué quieres decir?»

«Como digo, son resquicios, y un espadachín experto puede aprovecharlos con bastante facilidad».

«¡No lo harás!», dijo ella. «Si no mantenemos a raya nuestra estupidez, habremos perdido toda la ventaja. No seas tonto».

«No seas tan puritana, Adela», dijo. «No te sienta bien».

«Lo que tú quieras hacer, no forma parte del trato».

«¿Lo que yo quiera hacer? ¿Y usted qué quiere hacer, señorita? Sé lo suficiente sobre las mujeres, y me disculpo por mi conocimiento, pero sé cuándo una mujer se siente, bien, cómo decirlo elegantemente, bajo la influencia de Venus. Usted está tan dispuesta a caer como yo, Lady Urquhart, ¿y por qué no?»

«Porque, porque... ¿no es obvio?»

«No. No puedo ver cómo perderíamos ninguna ventaja. Hombres y mujeres no están hechos para vivir como monjes. Tus propios sentimientos lo confirman. Te estoy ofreciendo la oportunidad de una caída sin culpa - la diversión más dulce que puedes tener. No tengas miedo. No te haré daño».

«¿Un revolcón sin remordimientos?», dijo ella.

«Somos marido y mujer.»

«Somos perfectos extraños.»

«Ese es el caso de muchos hombres y mujeres que se casan, ¿no? Hacen lo que les propongo sin ningún reparo».

«Pero este no es un matrimonio ordinario.»

«Y esto no será una torpeza ignorante ordinaria. No le desearía eso, Lady Urquhart. Le estoy sugiriendo una recreación placentera. *C'est tout.*»

Se aproximó a la ventana y miró hacia fuera, tragando saliva. No podía negar que estaba tentada. Terriblemente tentada. Nunca antes había conocido a un hombre al que la idea de entregar su inocencia le pareciera posible, y mucho menos deseable, pero William...

«Siempre he pensado que una mujer no debe hacer algo así sin que su corazón esté comprometido. Y mi corazón no está comprometido», consiguió decir. «Por lo tanto, no creo que

deba...»

Le oyó suspirar y se volvió para ver que se había sentado en la cama, con la cabeza entre las manos.

Luego la miró.

«Olvida tu corazón», le dijo. «El corazón es la parte más estúpida del cuerpo. Todo ese falso sentimiento que se supone que uno siente, o finge sentir. El amor es un tonto engaño».

«¡Y la lujuria uno de los siete pecados capitales!», contraatacó ella.

«De vuelta al puritanismo», dijo él, con un gran gemido, arrojándose de nuevo sobre la cama. «Vas a torturarme, ¿verdad?».

Ella no pudo evitar reírse. Tenía un aspecto tan absurdo, tendido de espaldas, con las manos cubriéndole la cara. Absurdo, y sin embargo mostraba su larga y delgada figura con gran ventaja. Una caída irreprochable, pensó, ¿qué significaría eso exactamente?

Ahora él se puso de lado y se apoyó en un codo. La había sorprendido mirando y ahora ella tenía que apartar la vista.

«Ven y siéntate», le dijo.

«No creo que...»

«No te preocupes. No me aprovecharé. Te lo prometo».

Fue y se sentó en el borde de la cama.

«Te pido disculpas si te estoy incomodando», dijo. «Le pido disculpas por sugerirle cosas que son nuevas para usted. Me disculpo por ser tan franco».

Esto era peor que ser besada, pensó. Su voz parecía acariciarla. Este tono tranquilo y racional era mucho más desconcertante que su divina y cantarina voz.

«Es simplemente que no eres como las demás mujeres», dijo. «No hay otra mujer en el mundo a la que pudiera hablarle con tanta franqueza. Me haces huir de mí mismo».

«Ya entiendo». Se giró un poco más hacia él, era imposible no hacerlo.

«Nos vemos obligados a esta extraña intimidad», continuó. «Tú y yo hemos hecho un trato, sí, y no es un matrimonio convencional, es más complicado que eso. Hemos descubierto que nos atraemos, al principio intelectualmente, pues de lo contrario nunca habríamos hecho semejante trato, y ahora físicamente, como es natural. El hombre y la mujer fueron creados para atraerse. Así son las cosas. No debes resistirte a tus propios instintos».

Ella se quedó allí sentada, sin decir nada, incapaz de hablar, girada para mirarle, mientras él permanecía tan lánguido y silencioso a su lado. Respiraba con dificultad y la habitación le resultaba imposiblemente cálida. No sabía qué responder.

«Eres la persona que compró una entrada para la ópera », dijo después de un momento. «Es lo que pienso».

«¿Cómo puede ser ir a la ópera?», estalló ella. «Seguramente es más solemne que eso, y por eso...»

«Usted ha vivido demasiado tiempo en Escocia, milady», dijo él, con un suspiro. «No digo que no sea importante. Creo que es importante, sí, incluso sagrado. Ciertamente, los hombres y las mujeres no pueden vivir sin él. Pero no es un deber funesto, sino un serio placer. Ojalá pudiera hacértelo entender, pero me temo que no lo conseguiré».

Rodó sobre su espalda.

Ella permaneció sentada un largo rato, dejando que sus palabras calaran.

«Bueno», dijo después de un rato. «Quizás no tenga su refinamiento, Sir William. Puede que no haya viajado por el mundo, pero no creo que me falte comprensión. No puedo ser imprudente, pero tengo que admitir que tal vez soy...», respiró hondo, “curiosa”.

Se levantó. Su rostro era una mezcla encantadora de diversión, sorpresa y confusión. Ella tuvo que devolverle la sonrisa, sintiendo que se ruborizaba al mismo tiempo.

«¡Lo sabía!», dijo él. «Oh, Dios...»

«Un momento», dijo ella, levantando las manos, aunque él no se había movido hacia ella ni un centímetro. «Debes tener paciencia conmigo. Soy nueva en esto. No puedo simplemente... ¿Cómo se hace?» Se echó a reír. De repente le pareció absurdo. Él también se reía.

«Creo», dijo, al cabo de unos instantes, «creo que...». Se echó a reír de nuevo, y luego dijo: «No puedo creer que esté sugiriendo esto, pero creo que deberíamos ir a pasear por los jardines y considerar esos parterres y casas de vapor y cosas así. Por ahora, con eso será suficiente, ¿no?».

«¿ Puede conformarse con una conquista teórica?», preguntó ella.

Él se bajó de la cama, sacudiendo la cabeza.

«Yo soy el que ha sido conquistado, Lady Urquhart. Esa es la verdad. Ahora, ¿dónde lo ha puesto todo Innes? Quiero mi viejo abrigo de lino blanco».

Capítulo Veintiuno

¿Había sido manipulado por un maestro de la estrategia? Era imposible saberlo.

Por el momento, ella le había obligado a encadenar a los perros salvajes de su deseo en la perrera, y él caminaba del brazo con ella por los jardines, como si nada importante hubiera sucedido.

Y no era así. ¿Había sido su intención desde el principio?

Ella había cedido y, sin embargo, no le había dado la mano. Era todo un logro.

No le había quitado el dolor de quererla, sino todo lo contrario. Verla detenerse y enterrar su rostro en alguna opulenta rosa antigua era suficiente para ponerle nervioso y hacerle sentir hambre de posibles placeres.

«No sé nada de rosas», dijo ella, «excepto que me encantan. Y hay tantos tipos diferentes aquí. Creo que nunca había visto tantas. Mira esta belleza, con franjas rosas y blancas, qué maravillosa. Y abierta tan temprano en el año».

«Sólo hay una media docena más o menos aquí, por lo que puedo decir. Nada que ver con la colección de la emperatriz Josefina en Malmaison».

«¿La has visto?»

«Sí. Pero era la temporada equivocada, así que debería haberme ahorrado el viaje. La casa estaba bastante bien».

«Pobre criatura», dijo Adela suspirando. «El Emperador la apartó de esa manera. Pero tuvo el consuelo de sus rosas. Tal vez yo comience una colección. Sería una tarea absorbente».

«Oh, ciertamente. Pero necesitarás un terreno».

«Me han dicho que me van a conceder una casa de campo», dijo ella.

«Sí, por supuesto», dijo él, un poco molesto de que le recordaran su acuerdo. Ella tenía todo el derecho a hacerlo, pero de repente no le gustó lo que implicaba. Significaba que ella estaba pensando en lo que había más allá de ese encantador episodio, en su futuro y, por ende, en el de él.

Por su parte, el deseaba permanecer en aquel estado de anticipación ligeramente delirante. Se sentía en el teatro viendo una nueva obra, cuyo desenlace ignoraba.

«Entonces me dedicaré de lleno a coleccionar rosas», dijo ella.

«Todas las mejores personas tienen rosas con su nombre», dijo él. «Si te das a conocer como coleccionista, entonces algún criador enamorado podría ponerte el nombre de una».

«Es una buena idea», dijo ella. «Aquí, déjame cortarte un ojal.» Tenía un par de tijeras colgando de una cadenita sujeta a su cinturón.

«Deberías elegir algunos para ti».

«No combinan con este vestido», dijo. «Y este rojo tan fino es tan hermoso».

Asintió para que le hicieran un ojal. Ella lo fijó con un alfiler y se apartó, sonriendo ante su trabajo. «Ya está, todo un terrateniente de Balnagowan».

«¿Cuáles novelas has estado leyendo?» Se rió.

«Las que mi hermana Sophie hila para nosotros. Teníamos algunas novelas de verdad, pero las vendimos. No es que los cuentos de Sophie carezcan de mérito».

«Deberías hacer que las escribiera. Me gustaría leerlas».

«Se sentirá halagada, mucho más que halagada. Se le subiría completamente a la cabeza».

«Le haría una crítica justa. No sería agradable porque sí».

«No, supongo que no.»

«Entonces, ¿cuándo conoceré a esas encantadoras chicas tuyas?», dijo.

«No estoy segura de que lo hagas», dijo ella al cabo de un momento.

«Oh, ¿por qué?» preguntó él, un poco asombrado.

«Eso complicaría las cosas. No necesitan conocerte. Y tú no estarás aquí. Estarás sobre las colinas y muy lejos». Hizo un gesto con la mano hacia la distancia.

Había algo bastante frío en esto y le provocó.

«¿Estás segura de que es porque no quieres que conozcan al hombre que pretende privarte de tu honor?». Aquello fue bastante más crudo de lo que él había pretendido y su rostro mostró que estaba ofendida.

«No», dijo recuperándose. «Siempre pensé que era lo mejor. No quiero que se hagan ideas más allá de nuestra posición. Esto es sólo un juego, después de todo. Voy a volver a una oscura respetabilidad, como recordarás. Los maridos ordinarios no entenderán toda esta complicación».

«Si son como tú, Adela», dijo William, «los maridos corrientes no les servirán. Y me ofende que pienses que no puedo visitarte y preservar tu simulación de respetabilidad. Estarás en tu villa rodeada de rosas, y yo vendré a cenar y a conversar y...»

«Mis hermanas nunca se casarán, entonces», dijo ella. «Eso sería simplemente terrible».

«Entonces tráelas aquí y seguiremos actuando un poco más hasta que las lleves a todas al altar», dijo él. «Debe haber algunos hombres por aquí que lo hagan. El coronel Milson dijo algo de que su sobrino es un hombre con propiedades en Ayrshire... viene a cazar».

«Hay tres de ellos. ¿Tiene el Coronel Milson tres sobrinos?»

«Puede que sí. Le preguntaré. ¿Entonces?»

«Hoy me estás haciendo demasiadas propuestas. Me siento como un castillo sitiado», dijo ella. «Y en cuanto a la actuación, bueno, los sirvientes y tu madre pueden ser susceptibles, pero mis hermanas sabrán que esto nos es real.»

Sintió que debía discrepar.

«Es bastante real, Adela», dijo. «¡Sólo que no es conforme a las normas! No veo qué daño podría hacer traerlas aquí. ¿Y qué crees que les haré? ¿Comérmelas vivas?»

Ella lo miró, perpleja. Bastante real, sí, bastante real encontrarse atada a una criatura tan extraña y fascinante, que estaba tan cerca y, sin embargo, tan esquiva. Era como un salmón plateado, centelleando en el agua, totalmente deseable e imposible de atrapar.

Su expresión cambió al ver a alguien por encima de su hombro.

«Tenemos compañía», dijo.

Se volvió y vio al señor y la señora Elliot acercándose. Elliot tenía el aspecto de un hombre mandado a disculparse por su mujer.

Will pensó que lo mejor era sacarlo de su miseria de inmediato, se acercó y le estrechó la mano con toda la cordialidad que pudo.

«Elliot, ¡qué encantador! Y la señora Elliot. Estábamos a punto de almorzar en la casa de té, ¿nos acompaña? Si han venido andando, que creo que sí, necesitarán algo, ¿no?».

«Será un honor, señor», dijo Elliot.

Will hizo las presentaciones y entraron en la casa de té: un lugar un poco rústico, abierto por tres lados y probablemente utilizable sólo unos meses al año.

«Vamos, Elliot, ofrezcamos algo de beber a las señoras», dijo Will, dirigiéndose a la mesa donde se había servido el almuerzo. «He estado investigando el estado de la bodega y he hecho algunos hallazgos felices». Sacó una botella de champán de un cubo y empezó a abrirla. «Y he oído que también tenemos una buena reserva de hielo, después del invierno pasado, gracias a

usted», añadió.

«Sobre lo de esta mañana, Sir William...» Comenzó Elliot.

«Me ofendí cuando no debía», dijo Will, girando suavemente la botella y sintiendo que el corcho se aflojaba. «Pásame un vaso, ¿quieres?»

«Hablé fuera de lugar, y lo lamento...»

«Disculpa aceptada», dijo Will, descorchando la botella. «¿Si aceptas la mía?» Comenzó a llenar el vaso que sostenía Elliot.

«Por supuesto... pero...»

«Bien. Se acabó. Dios mío, es bastante animado. Espero que esté bien. Pruébalo, ¿quiere? Ha estado esperando a ser bebido durante veinte años. Comprado después de Waterloo, según el libro de la bodega».

Se sirvió una copa mientras Elliot daba un sorbo de diez.

«No creo ser muy buen juez», dijo. «Nunca había bebido champán».

Will lo saboreó con cuidado.

«Pues es una buena introducción. Mi tío hizo una buena compra, aunque creo que odiaría la idea de que yo lo disfrutara». Se encogió de hombros. «¿Dónde han ido las damas?»

Señaló Elliot. Adela y la señora Elliot no habían entrado en la casa de té, sino que se quedaron conversando junto a un arbusto de camelia plantado en la escalinata. Adela estaba de puntillas examinando una flor de una rama más alta.

«¡Qué hermoso espectáculo!», dijo Elliot con aprobación. Hizo un pequeño gesto con el vaso para dar a entender que la felicitaba. Will rellenó su vaso y sirvió dos más.

«Pero por desgracia nunca duran si las cortas», decía la señora Elliot mirando a su alrededor. «De hecho, aquí no hay mucho para cortar flores».

«Debes hacerme una lista», dijo Adela.

«El libro de la señora Loundon es muy bueno», dijo la señora Elliot. «Difícilmente podría hacerlo mejor».

«Tomen, señoras», dijo, interrumpiéndolas e insistiendo en que tomaran un vaso cada una. «¡Vengan y siéntense! Podría parecer una logia italiana, en un día como este».

«Hemos tenido suerte con el tiempo este año, desde luego», dijo la señora Elliot, un poco desconcertada por tener un vaso en la mano.

«No durará mucho», dijo Elliot, escudriñando el cielo con aire de meteorólogo experimentado.

«¡Carpe diem, entonces!», dijo Will, apurando su vino y volviendo a llenar su vaso. «A su salud, señores Elliot».

Observó cómo Adela sorbía su champán. Presumiblemente, al igual que Elliot y su esposa, ella tampoco lo había probado nunca, y le divirtió verla abordar la tarea con cierta reverencia.

«¿Y bien?», preguntó.

«Es bastante...», empezó ella y luego bebió otro sorbo. «Delicioso».

Tenía en la punta de la lengua lanzar una historia impropia sobre la primera vez que había probado el champán, pero decidió que tendría que esperar hasta que volviera a tenerla a solas.

«¿Nos sentamos?», dijo, acercando una de las rústicas sillas a la señora Elliot.

«La mesa es solo para dos», dijo ella, nerviosa. «Creo que estamos molestando».

«En absoluto», dijo él. «Hay suficiente para todos. Ahora, hay una buena ave fría sentada allí - ¿puedo trinchar algo de carne para ustedes señoras?»

Capítulo Veintidós

Adela no estaba completamente segura de cuánto champán habían bebido cuando apareció la señora Urquhart. Habían comido generosamente, pero el vino parecía haberles vencido. Estaban en un estado de alegre locura.

Sir William, nuevamente en mangas de camisa, acababa de abrir otra botella y estaba explicando cómo había visto una vez al Caballero de Montournon intentar decapitar una botella con una espada de caballería. Había fracasado estrepitosamente, se había cortado un dedo y había estado a punto de morir.

Elliot, que también se había quitado el abrigo y estaba sentado en un banco, negaba con la cabeza.

«No me crees, te lo puedo asegurar», dijo Sir William.

«Maldito francés tonto», dijo Elliot, y luego tapó la boca, las burbujas sacando lo mejor de él. «Disculpe.»

«Inso...» murmuró la Sra. Elliot.

«Disculpe». Parpadeó hacia Adela.

«Creo que Sir William es quien nos debe una disculpa», dijo Adela, levantándose de la mesa. Sus rodillas se sentían un poco inseguras. «¡Nos ha llevado a un estado escandaloso!»

«¡Deberíais estar brindando por mí!», dijo él, llenando su copa vacía, «¡por haberos presentado a la divina diosa del champán! Debería estar de rodillas, milady, agradeciéndome el placer».

«No tardaré en arrodillarme», dijo Adela, mirando la copa rebosante que tenía delante.

«¿Es eso...?» La señora Elliot comenzó, «Oh, Sir William, esa dama, ¿no es...? Oh, cielos.»

En efecto, era la señora Urquhart, llevando una sombrilla y vestida con su medio luto gris y blanco. De pie en el extremo opuesto del césped, tenía un aspecto elegante y austero. Debido a la luz del sol y a la profundidad del ala de su sombrero, era imposible leer su expresión.

Sir William lanzó un gemido y vació su copa.

«Las furias y el destino persiguen incluso a los hombres más felices», dijo, y bajó los escalones hacia ella.

«¿Qué pensará ella de todo esto?», dijo la señora Elliot. «Oh cielos.»

Elliot se mojaba la cara con agua helada y la secaba con una servilleta, antes de ponerse apresuradamente el abrigo. Mientras tanto, Sir William se había parado en medio del césped, a unos tres metros de su madre, y le hacía la más elaborada de las reverencias cuando se acercaba a él.

«Esas historias que tu padre solía contar sobre su temperamento», le dijo la señora Elliot a su marido y luego se sonrojó y se volvió hacia Adela. «Oh Señor, lo siento, no debí decir eso, ¿verdad? Este vino...»

«No se preocupe, por favor», dijo Adela, tomándole la mano y apretándosela.

La señora Urquhart pasó junto a Sir William, ignorándolo por completo.

«¿Tengo un aspecto presentable?», no pudo evitar murmurar a la señora Elliot. Sentía que debía estar terriblemente sonrojada y deseaba no llevar todavía el viejo vestido marrón estampado.

«Perfectamente», dijo la señora Elliot. «¿Y yo?»

«Perfectamente», dijo Adela.

Se levantó, se alisó las faldas y fue a saludarla.

«Ven a tomar un poco de vino, madre», decía Sir William, sin inmutarse por su desaire. «Un excelente descubrimiento. Sé que te agrada el champán».

«¿Qué es esto?» La Sra. Urquhart se detuvo y se volvió hacia Sir William. «¿Qué está pasando?»

«El almuerzo, » dijo Sir William. «Al aire libre.»

«El Sr. y la Sra. Elliot, supongo», dijo la Sra. Urquhart. «Recuerdo a su padre, señor. Se parece mucho a él».

«Encantado de conocerla, señora», dijo Elliot. «Y ésta es mi esposa, si es tan amable, señora».

Ella hizo un gesto cortante de reconocimiento, y luego se volvió de nuevo hacia Sir William.

«No puedo creer su comportamiento, señor, de verdad que no. Obligar a conocer a esta criatura a gente tan buena y respetable. No creo que sepan quién es, y mucho menos lo que es».

La señora Elliot dio un pequeño grito ahogado. Adela se preguntó cuáles serían las escabrosas nociones que ahora se conjuraban en su mente.

«Oh, señora, ¿qué es eso?» dijo Adela. El vino le facilitó hablar, y no con ira, sino en un tono suave e irónico. «¿Qué es eso, que se supone que soy yo?».

«¡ Bravo, Adela, bravo!» dijo Sir William, sonriendo ampliamente. «Una buena pregunta, desde luego».

«No pretendo parecer impertinente, señora», prosiguió Adela, consciente de que sonaba imposiblemente impertinente, pero en absoluto dispuesta a abandonar esta lucha. Podía sentir el desprecio de la mujer y eso la enfurecía. «Por supuesto que no. Pero ha planteado una pregunta, como un espíritu surgido de la tumba, y ahora tengo curiosidad por conocer la respuesta.»

La señora Urquhart no respondió, pero entró en la casa de té y se quedó mirando a la señora Elliot.

«¿Quizá le gustaría venir a tomar el té conmigo, en casa, señora Elliot?», dijo. «Creo que su marido preferiría eso a que usted permaneciera en tan dudosa compañía».

Hubo un silencio y luego William dijo en voz baja: «Madre, eso ya es demasiado. No lo toleraré».

«¿Qué vas a hacer?», dijo ella volviéndose hacia él. «¿Echarme? ¿Tu propia madre?»

«No sería la primera vez que te marchas de aquí en circunstancias desagradables. Creo que mi tío...»

«Él no me pidió que me fuera. Estás mal informada. De hecho, me rogó que me quedara».

«Eso lo dudo realmente. Según lo recuerdo...»

«Tienes una memoria débil. Me rogó que me quedara, pero no quise hacer frente a sus insoportables condiciones. Fue un gran sacrificio, por supuesto, pero totalmente necesario. Tuve que pensar en ti y en tu hermano, por eso tuvimos que marcharnos: fue en tu propio beneficio», dijo. «Y esta es toda la gratitud que obtengo a cambio. Te burlas de mí con esto». Señaló a Adela.

«¿Y cuáles eran esas condiciones insoportables?», dijo Sir William. «Míticas, me atrevería a asegurar. Es la primera vez que oigo hablar de ello».

«Deseaba separaros», dijo ella. «Tú y yo debíamos permanecer aquí, mientras él se llevaba a Robert a Edimburgo. Consideraba que no era saludable que dependierais el uno del otro. Por supuesto, yo no podía estar de acuerdo con eso. ¿Qué madre podría?» Añadió, dirigiéndose a la señora Elliot. «¿Cómo podría separar a dos hermanos tan devotos, por una simple ventaja material? Habría sido demasiado cruel».

«No me creo ni una palabra», dijo Sir William con un gesto de la mano. Se sirvió otra copa de champán. «Esto es una tontería». Se bebió el vino de un trago y fue a sentarse al banco. «Una total y absoluta tontería».

«Quizá tenía razón», dijo la Sra. Urquhart. «Tal vez debería haberlo aceptado. Las cosas podrían haber salido mejor si os hubierais separado. Robert aún podría estar vivo. Le animaste en su locura, eso es cierto, William. Podría haber tenido amigos más respetables que tú. Su ruina está a tus pies... y en tu conciencia».

La Sra. Urquhart lo dijo a la ligera, pero con una fría melancolía que era muy dolorosa de escuchar. Sir William estaba ahora sentado en el banco, con la cabeza inclinada sobre sus manos anudadas y el pie golpeando el suelo, tratando evidentemente de dominar su temperamento. Pero además de su cólera, Adela percibió su profunda desdicha y enseguida quiso evitarle parte de ella.

«Señora», le dijo con cuidado. «Tiene todo el derecho a criticarme. No buscábamos su consentimiento ni su aprobación, y sé que para una madre no puede ser nada fácil que le impongan la esposa de un hijo en tales circunstancias. Por lo que me disculpo profundamente».

La Sra. Urquhart la miró fríamente.

«No me parece...», empezó.

«Por favor, escúcheme, señora», continuó Adela. «Sí, nos hemos casado apresuradamente y podemos arrepentirnos cuando nos apetezca. Puede estar segura de que seremos debidamente castigados por nuestras locuras. Así es el mundo. Y usted puede encontrar faltas en mí cuando quiera, y yo las aceptaré con humildad, como es mi deber. Merezco tanto por mi presunción. Pero no puedo soportar oírle abusar así de mi marido, no puedo. No lo haré».

Escuchó a Sir William levantarse y colocarse detrás de ella. Sintió que su mano le frotaba suave y discretamente la espalda.

«Ya la has escuchado», le dijo a la señora Urquhart.

La Sra. Urquhart frunció los labios y pareció que iba a hablar, pero al final se lo pensó mejor. En lugar de eso, se dio la vuelta y comenzó a caminar por el jardín. La mano de Sir William bajó y rodeó la cintura de Adela, como si buscara un tronco flotante en un naufragio, y apoyó un momento la frente en su hombro, dejándole caer un beso, antes de enderezarse y volverse hacia el señor y la señora Elliot.

«Me disculpo», dijo. «Tormentas de verano. El tiempo nunca es tan bueno como pensamos».

Capítulo Veintitrés

Los Elliot se marcharon poco después que la señora Urquhart, dejándolos solos. Sir William se sentó en los escalones de la casa de té, con las manos apretadas contra la cara.

«Probablemente te gustaría huir ahora», dijo.

«No», dijo Adela. «A menos que quieras que me vaya».

Él la miró.

«No es necesario que te quedes», dijo. «Has ido más allá del deber de esposa».

«No lo hice por eso», dijo ella, sentándose a su lado.

«Tienes todo el derecho a estar de acuerdo con ella. Te has casado con alguien desagradable. Ya has escuchado a Macreadie».

«Pero eso no era cierto. El Sr. Christie dijo...»

«¿Le preguntaste a Christie sobre eso?»

Ella apartó la mirada, avergonzada.

«Sí. Lo siento, pero -»

«Por supuesto que lo harías. No eres tonta».

«Yo estaba totalmente satisfecho con su respuesta», dijo. «¿Hubiera seguido adelante de otro modo?»

No dijo nada, pero se levantó.

«Christie no sabe nada. Y fue enteramente en su propio interés para argumentar en mi favor. Piensa en los honorarios que obtendrá por llevar tus asuntos durante años. Le tiré un ciruelo. Por supuesto que no hablará en mi contra. Ahora no». Se rió. «Siempre se pueden poner excusas a los hombres ricos. No se les puede acusar, desde luego. Estaba siendo sensato».

«Creo que fue sincero», dijo Adela.

«Porque lo eres», dijo él, agachándose, cogiéndole las manos y levantándola. «Sincera, galante e ingenua, y...». La miró con el ceño fruncido. «¿Qué voy a hacer contigo? ¿Qué he hecho?»

Ella le soltó las manos y se alejó un poco de él. Cuando él estaba cerca, ella sentía que no podía pensar con claridad. Se alejó un poco más, dándole la espalda, retorciéndose la cinta del bonete con un dedo ansioso. Había querido protegerle de los insultos de su madre, sí, pero al mismo tiempo no tenía ni idea de si lo que su madre había insinuado estaba justificado.

Volvió a mirarle.

«Hace demasiado calor aquí. Vayamos a buscar algo de sombra. ¿Sí?», dijo.

Y se fue con él, incapaz de renunciar al placer de su compañía, aunque comenzaba a cuestionarse si debía hacerlo.

La sacó de los jardines y la condujo a un paseo arbolado, expertamente plantado y trazado, con el sendero serpenteando a lo largo de un arroyo de corriente rápida lleno de rocas. Al final, el arroyo se precipitó sobre una presa rústica con un puente que lo cruzaba, y se transformó en un atractivo estanque plateado que yacía en un claro bañado por el sol.

Sir William inmediatamente apresuró el paso, prácticamente corriendo a través del puente. Al llegar al otro lado, comenzó a quitarse la ropa.

Se detuvo a mitad de la pasarela, sorprendido.

«Necesito enfriar mi cabeza», dijo, arrojando su camisa al suelo.

En un momento se quedó en calzoncillos y corrió hacia el agua. Le sorprendió que llevara ropa. Estaba segura de que eso no era característico de él.

Se zambulló y empezó a nadar enérgicamente hacia el otro lado. Ella permaneció en el puente y le observó surcando las aguas.

«¿No vas a venir conmigo?», dijo él.

«No sé nadar», admitió ella, y cruzó el puente hacia el prado florido que había debajo. Se sentó en la hierba y observó cómo él seguía nadando por el estanque.

Al final regresó a la orilla y vadeó el agua, sin aliento por el esfuerzo. Se secó con la camisa y se tumbó de espaldas en la hierba, junto a ella.

«Y pensar que pude haberme quedado aquí», dijo, «y nadado tantas veces como hubiese querido. ¿Cómo sería si me hubiera quedado?».

«No puedo responder a eso», dijo Adela, tomando un tarro de mantequilla.

«Muerto, probablemente», dijo. «Este estanque casi me mata la última vez que estuve aquí. Insistí en bañarme en febrero. Así fue como me dio la fiebre».

«¿Tu hermano nadó contigo?»

«No, pero me retó a meterme. Había hielo, ¿sabes?».

«¿Y te metiste?», exclamó. «¿Por un reto?» Ella sacudió la cabeza, horrorizada.

«Sí, por supuesto», dijo él. «Quería demostrarle que no era un cobarde».

«¡Creo que seguro quería matarte!», dijo Adela.

«No, no, no fue así», dijo él. «De verdad».

«Supongo», aventuró ella al cabo de un momento, «que entonces te retaba a hacer cosas».

«Y las hice para probarme ante él, sí, ¿es eso lo que estás pensando?»

«Sí, eso parece».

«Si lo hubieras conocido, lo entenderías», dijo Sir William. «Él no era así. Era como si me pusiera retos, para mejorarme, para probarme. Yo quería nadar, pero me faltaba valor. Él era la energía que me faltaba para hacer cualquier cosa. Me convirtió en algo que nunca debería haber sido sin él. Si me hubiera quedado aquí, sería un alma apagada, me imagino. Y Robert estaría vivo. Robert habría sido Sir Robert, después de todo. Pero en lugar de eso... -se interrumpió con un suspiro-.

«Pero no eres responsable de su muerte», dijo Adela. «Las enfermedades son desgracias fortuitas, en general. Y él no murió de...» Se detuvo, dándose cuenta de que nunca había oído a nadie mencionar de qué había muerto Robert Urquhart. ¿Habría sido una de esas maldiciones innombrables asociadas con la disipación y el desenfreno, con la prostitución y cosas peores? Cerró los ojos, deseando no haber dicho nada. Si ése era el caso, no era de extrañar que la señora Urquhart hubiera dicho lo que dijo.

«Fue algo de tuberculosis», dijo Sir William al cabo de un momento. Ella suspiró, y él añadió: «Oh, ¿a dónde se fue tu mente en ese justo momento?»

«Se fue... bueno, podría, ¿no?»

«Sí, sí, en efecto», dijo él. «Pero se salvó de esa humillación, afortunadamente. Pero algunas personas creen, mi madre entre ellas, que la tisis es el resultado de una vida viciosa.»

«Yo no creo eso. Tanto mi madre como mi gorda...». Adela se interrumpió y se quedó mirando la brillante florecilla de oro que sostenía entre los dedos.

«Oh, pobre criatura», le oyó decir, con voz llena de dolor, «oh, no había pensado... pero... Lo siento, de verdad».

Se puso en pie y caminó hasta la orilla del agua. Arrojó el ranúnculo al agua y lo dejó flotar, intentando borrar las imágenes que habían surgido de repente en su cabeza.

De repente, sintió que él la abrazaba y pudo apretar la cara húmeda contra su piel desnuda y ocultar las lágrimas.

No supo cuánto tiempo permanecieron allí, pero al final él se separó tiernamente. Era fresco y cuidadoso, un recordatorio, como las brisas repentinas que susurraban entre los árboles, o el sol tapado por una nube, de que el verano y la felicidad eran sólo ilusiones. Se estremeció ante la pérdida, pero al mismo tiempo supo que era mejor alejarse.

Aguardó con la mirada perdida mientras él volvía a vestirse.

«Sobre lo que hablamos esta mañana», dijo él rompiendo el silencio. «No creo que deba hacerte mi amante además de mi esposa. No estaría bien. Tu curiosidad tendrá que esperar a un candidato más digno».

Ella se dio la vuelta y le miró fijamente. Se estaba poniendo el chaleco.

«Dame un año o dos -continuó- y me encontraré una tumba tranquila. Un poco de vida imprudente bastará. Últimamente me he portado muy bien. Eso se acabará pronto. Recibirás una carta con bordes negros y entonces serás una mujer libre. Una mujer muy rica y libre. Es lo menos que puedo ofrecerte».

«¿Se supone que esto debe divertirme?»

«Puedes divertirte si lo deseas», dijo, anudándose su pañuelo rojo. «Me divertiré intensamente. Extraeré hasta la última gota de placer de la botella de la vida, y beberé tanto que me matará».

«Creo que tienes fiebre por esa agua de nuevo», dijo ella. Intentó tocarle la frente, pero él le agarró la muñeca antes de que pudiera. La soltó un momento después y retrocedió uno o dos pasos.

«Fuera de aquí, mi señora. No me tienta. Deseo dejarle intacto, sin estropear - lista para alguien que la merezca. Eso es algo bueno que puedo hacer, ¿no?»

«¡Cállate!» dijo ella. «¡Son tonterías, horribles tonterías! ¿Cómo te atreves a hablar así de mí, como si fuera un objeto, una caja que se puede cerrar o abrir? ¿No se te ha ocurrido que puedo decidir por mí misma? Así como tomé una decisión esta mañana. No puedes protegerme muriendo. No soy tuya para que me protejas o me salves, Sir William. Puedo ser su esposa, ¡pero soy mi propia persona!»

Silbó y luego se inclinó ante ella, en un horrible simulacro de urbanidad.

«¡Eres un monstruo!» dijo ella, ahora provocada. «Tu madre tenía razón».

A lo que él se tocó el ala del sombrero y se inclinó de nuevo, sonriendo ampliamente.

Ella se volvió y corrió hacia la casa, que era, sin duda, exactamente lo que él había pretendido.

Capítulo Veinticuatro

Adela regresó a la casa y, al entrar en el vestíbulo, encontró a John, el portero, clasificando el correo recién llegado.

«Una para usted, milady», le dijo y se la entregó con gran ceremonia.

Ella la abrió, sin reconocer la letra, y descubrió que era del señor Christie. Presentaba sus felicitaciones y adjuntaba una carta de sus hermanas. Con el corazón oprimido, Adela fue a sentarse en una de las sillas del vestíbulo para leerla. Estaba escrita por Carrie.

Queridísima Addie,

Apenas sé cómo iniciar esta misiva, hay tantos pensamientos revueltos en mi cabeza. Tu partida me impresionó y me dolió. Adiviné enseguida adónde habías ido, pero luego leí tu carta y vi tus argumentos.

Por supuesto, lo expones todo con tanto sentido común y con tanto espíritu práctico. Si no te conociera, pensaría que tienes un corazón frío, y es ahí donde radica mi confusión. Sé que has hecho un sacrificio grande y bondadoso por nosotros y creo que siempre estaremos en deuda contigo por habernos asegurado ese futuro inesperado, estableciendo una relación tan drástica con un hombre que no es más que un desconocido.

Ojalá no lo hubieras hecho. Temo mucho por ti. Perdóname, debo ser franca. Sé que estás segura de que todo irá bien, que todo puede arreglarse, pero no puedo dejar de lado el terror de que seas gravemente desdichada. El dinero, como tú misma dices, será un bálsamo, ciertamente hay suficiente.

Fue fácil imaginar a Carrie calibrando cada palabra en su mente, y luego con su mano pulcra y cuidadosa escribiéndola, a pesar de todo el miedo que estaba sintiendo. ¿Cómo iba a responder a aquella carta? Adela sabía que no podía abrirle su corazón. Carrie ya estaba muy dolida, y ¿cómo iba a explicarle una situación que cada vez tenía menos sentido? Tendrían que ser más mentiras, pensó con un suspiro.

Levantó la vista de la carta, consciente de que no estaba sola. La señora Urquhart había entrado en el vestíbulo.

«¿Hay alguna carta para mí?», le preguntó a John.

«Estaba a punto de traérselas, señora.»

«Las recibiré ahora, por favor», dijo ella. Mientras él se afanaba en encontrarlas, la señora Urquhart le dirigió una mirada inquisitiva. Se las entregó y luego partió con la bandeja de cartas para Sir William.

«¿Noticias desagradables?», dijo la señora Urquhart.

«No», dijo Adela.

«Suspiraste», dijo ella.

«No fue nada», dijo Adela, doblando cuidadosamente su carta.

«¿No era una carta de reproche arrepentido de algún amable amigo?». Prosiguió la señora Urquhart. «Me imagino que si yo fuera tu amiga no dudaría en dar a conocer mi decepción».

«No», dijo Adela, poniéndose de pie, preguntándose cuán pronto podría escapar de esta conversación.

«Pero tal vez estoy tomando el punto de vista equivocado de la misma. Probablemente sea una carta de felicitación. Después de todo, en sus círculos, cualesquiera que sean, usted ha ganado el mayor de los premios». Señaló a su alrededor. «Su empresa, no, su poca astucia, debe ser motivo de admiración. Y aun así suspiras, ¡oh querida, suspiras!»

Caminó hacia ella, y Adela se encontró llevando las manos a la espalda para esconder la carta. Había algo en los modales de la señora Urquhart que le hacía temer que intentara

arrebatársela.

«Eso me sugiere que tienes conciencia», continuó la señora Urquhart. «De hecho, lo que ha dicho antes indica que no está tan tranquila con esto como le gustaría. Por lo cual debo darle un poco de crédito». Esbozó una sonrisa muy poco sincera. «Ahora creo que es hora de vestirse para la cena, ¿no?» Y se marchó, para alivio de Adela.

Adela se retiró al dormitorio azul y leyó el resto de la carta. Hubo un cambio de mano pocas líneas después. Posiblemente abrumada por sus temores, Carrie había cedido la pluma a Sophie.

El Señor Christie llamó y nos llevó a la nueva casa. Carrie y Jacobina por supuesto piensan que la casa es demasiado grande. No puedo estar de acuerdo. ¡El salón es simplemente impactante! Es indignante que debamos soportar un salón donde sólo media docena de parejas pueden estar de pie a la vez. ¿Qué se va a hacer?

Sophie no hizo ningún comentario directo, sino que soltó una sarta de tonterías que hicieron que Adela sonriera y se sintiera desgraciada a la vez.

Tal vez debería marcharme ahora, pensó, y volver con ellas. Después de todo, Sir William le había dicho que era libre de irse cuando quisiera. Pero en la práctica, no sería posible irse hasta la mañana siguiente. Tendría que aguantar hasta la cena.

Llamaron a la puerta y Margaret entró con agua caliente.

«Espero que no le importe, milady. Es hora de vestirse. ¿Qué se pondrá esta noche?»

Adela se vio a sí misma en el cristal: la cara sonrojada, el pelo suelto y enmarañado, el viejo vestido estampado arrugado y polvoriento. Tuvo que admirar la cortesía de Margaret. No parecía respetable, y mucho menos la dueña de la casa. No era de extrañar que la señora Urquhart se hubiera mostrado tan despectiva.

«La seda marrón», dijo. «¿Y puede hacer algo con mi pelo?»

«Por supuesto, milady. Oh, y Sir William dijo que le diera esto, milady,» dijo, sacando una llave de su bolsillo. «Es la llave de la caja que está sobre la mesa de vestir. Dijo que pensaba que podría haber algunas perlas allí. Las perlas de Lady Urquhart».

Margaret estaba evidentemente ansiosa por ver si era así.

«¿Cuándo te dio eso?»

«Justo ahora. Iba a vestirse. Se le cayó en el bolsillo de mi delantal!», añadió con una risita.

Adela dirigió una mirada a la puerta del vestidor.

«Será mejor que la abra», dijo.

«¿Si está segura de que no quiere hacerlo, milady?».

«Tengo las manos sucias», dijo ella, dirigiéndose al lavabo y desabrochándose el corpiño mientras lo hacía.

Margaret permaneció de pie, dividida entre su deber y su curiosidad.

«Puedo arreglármelas bastante bien», dijo Adela. «Por favor, ábrela». Dejó el corpiño y la falda sobre una silla y vertió un poco de agua en el cuenco. Oyó a Margaret girar la llave en la cerradura.

« Oh, Dios mío», dijo Margaret.

Adela introdujo las manos en el agua, se agachó y se salpicó la cara.

No soy una caja que se pueda cerrar o abrir. Eso era lo que ella le había dicho, y aquí estaba él enviándole una llave.

«Quedarían bonitas en el pelo, milady», dijo Margaret.

Se volvió, con la cara aún húmeda. Margaret sostenía un collar de perlas gordas que brillaban bajo el sol de la tarde.

«No lo sé», dijo Adela. «No estoy segura de si debo ponérmelas».

«Mi señora, por supuesto que debe. El señor se sentiría decepcionado, estoy segura. ¿Por

qué me habría dado la llave si no quisiera que se las pusiera? Y con esa seda marrón, lucirá muy guapa, desde luego. Nadie podrá oponerse, milady».

Llamaron a la puerta del vestuario y se abrió una rendija.

«¿Me permite pasar?» dijo Sir William, como si estuviera preparado. Margaret sonrió a Adela con un poco de descaro y dejó las perlas con cuidado sobre el tocador.

«Sí», dijo Adela al cabo de un momento. Estuvo tentada de prohibírselo. Tomó una toalla y se secó la cara.

Parecía que no había avanzado mucho en vestirse para la cena. Llevaba puesta la vieja bata de su hermano y aparentemente muy poco más. Se quedó descalzo y se apoyó en el marco de la puerta.

«Son preciosas, señor,» dijo Margaret. «A mi señora le sentarán de maravilla».

Sir William no dijo nada, pero la miró de tal manera que se sintió desnuda, a pesar de sus medias, chemise y corpiño. La había visto en su escaso camisón, se recordó a sí misma, pero no se había sentido así. Era una mirada diferente.

«Margaret, si nos disculpas», dijo.

«Sí, por supuesto, señor», y salió corriendo de la habitación.

«Hubiera sido mejor que se quedara», alcanzó a decir Adela, volviéndose hacia el lavabo. Empezó a soltarse el pelo.

«¿Para protegerte de mí?», dijo.

«Para protegerte de mí», dijo ella. «Eso es lo que querías».

«Y no es lo que querías», dijo, «dado que saliste corriendo tan enfadada».

«¿Qué voy a hacer con una persona que en un momento discute una cosa y luego discute otra? Y se supone que las mujeres son volubles». Se sacudió el pelo y cogió un peine.

«Por lo que me disculpo profundamente. Por todo ello. Por cada palabra que he dicho hoy».

«¿Cada palabra?»

«He sido abominable. Desde el amanecer hasta el anochecer. Lo lamento. Y especialmente la última parte. Tenía la cabeza nublada. Hiciste algo valiente y me lo tomé demasiado a la ligera».

Se pasó el peine por el pelo, haciendo una mueca de dolor.

«¿Y eso qué significa exactamente?», dijo.

«No lo sé. Creo que te presioné demasiado y muy deprisa. Fue injusto por mi parte. Y decir que no lo entendiste bien fue el golpe fatal, ¿no? ¿Aceptaste porque no querías que pensara que eras cobarde o tonta? ¿Sí?»

Se dio cuenta de que le estaba dando la oportunidad de salvar la cara, de retirarse si lo deseaba.

Si quería. ¿Lo deseaba?

Prudencia y curiosidad: las dos estaban perfectamente en guerra dentro de ella. La carta de Carrie y Sophie estaba a su alcance, llamándola a ellas y a una nueva y extraña vida que, por sí misma, sería muy amena y divertida. No se perdía absolutamente nada simplemente retrocediendo a un estado de perfecta sensatez. Lo que había aceptado aquella mañana era una barbaridad, se mirase por donde se mirase.

Sin embargo, ahora, estando a solas con él, descubrió que la curiosidad volvía a hacerla vacilar. Fingió distraerse peinándose, pero en realidad su presencia la llenaba de un anhelo animal. Quería besarle, incluso ahora. Dio unos pasos hasta sus brazos, pasó los dedos por su pelo y apretó la mejilla contra la suya. Su barbilla estaba oscura por la barba incipiente. Quería sentir la aspereza contra su piel y oler el aroma sutil y fascinante que emanaba de él. Se sintió

débil de deseo por él, lo suficiente como para apartar por completo el sentido común.

No creo que deba hacerte mi amante además de mi esposa, había dicho él. Pero ahora pensaba: Estaría encantada de ser su amante, sólo para ver, sólo para saber, sólo para satisfacer ese dolor abrumador que parecía poseerla.

Pasó el peine por una maraña particularmente resistente.

«¡Ay!», exclamó. Echó la cabeza hacia atrás, irritada, un gesto descuidado, pero que pensó que podría lucir coqueto, y se sonrojó. Parecería que lo estaba seduciendo. Desde luego, era consciente de que él la miraba y de la extraña atmósfera de tentación que parecía flotar en el aire de forma casi tan tangible como el olor a sábanas limpias, cera de abeja y popurrí. Oyó el crujido de la tarima cuando él cambió ligeramente de pie.

« Tal vez deberíamos traer a Margaret de vuelta», dijo, en voz baja, como si tuviera la garganta seca.

«Tal vez», consiguió decir ella, igualmente en voz baja.

Ella lo vio asentir con la cabeza, un poco bruscamente, y luego se dio la vuelta y se fue sin mencionar otra palabra, cerrando cuidadosamente la puerta del vestidor tras de sí...

Capítulo Veinticinco

No en vano había trabajo que hacer, y mucho.

Elliot le había enviado una gran pila de documentos áridos para leer y mapas para estudiar. Will había permanecido despierto hasta tarde, solo en la espléndida biblioteca, intentando concentrarse pero sin conseguirlo.

Después de cenar bebió una copa de oporto y luego se reunió con su esposa y su madre para tomar una educada taza de té en el salón. La señora Urquhart se retiró casi de inmediato y quedaron a solas con Adela, pero solo por un momento. Ella había presentado sus excusas y se había marchado, aunque en el momento en que ella se había levantado de la silla él había contemplado la posibilidad de ir y apoyarse en la puerta para que ella no pudiera escapar. En lugar de eso, le había abierto la puerta y la había dejado escapar.

Era mejor no caer en tentaciones.

Tenía que recordárselo una y otra vez. Aquella noche estaba tan atractiva, vestida con el traje color jerez que había llevado aquella noche a la ópera. Sus modales eran discretos, pero sus mejillas sonrojadas y sus miradas inquietas contaban otra historia.

Percibió su propio deseo y su lucha contra él. Eso era lo más tentador de todo: saber que ella estaba atormentada por ese sentimiento, a pesar de toda su inocencia.

Por fin se metió en su propia cama, sin haberse dado cuenta de que había estudiado, con la mente y el cuerpo demasiado llenos de pensamientos lujuriosos sobre la mujer que yacía en la habitación de al lado. ¿Se preguntaba si estaría durmiendo o si estaría allí tumbada, pensando en él?

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no levantarse de la cama e ir a verla, sólo por el placer de disfrutar unos minutos de su compañía, aunque no consiguiera nada. Ella tenía la calidad de un buen vino: él quería más de ella y, sin embargo, sabía que debía contenerse.

Sabía que Robert no habría dudado en hacerla suya. No la habría llevado a pasear por el jardín después de que ella le hubiera confesado su curiosidad. Se habría dedicado al asunto allí mismo. De hecho, probablemente lo habría hecho aquella noche en Dunkeld. Podía imaginarse fácilmente el relato de la historia más tarde, con una botella de vino. La conclusión inevitable sería que la mujer estaba mortalmente enamorada de él. Como la pobre Annie Macdonald hace tantos años.

Annie... no se permitía pensar mucho en ella. Era demasiado doloroso.

La había conocido cuando tenía diecinueve años y aún era estudiante en Edimburgo. Robert estaba en Oxford. Su tío no había creído que Will mereciera el gasto de una educación en Oxford y había sido una dolorosa separación de tres años.

Annie Macdonald era criada en su casa. Era campesina y no se hacía ilusiones sobre los hombres y lo que querían. Ella no era inocente, aunque él sí lo había sido. Ella le había permitido tantas libertades como él había querido, y él había perdido su virginidad con ella. También le había dado un tipo de afecto áspero, un tipo de amor que era completamente nuevo para él. Era amable con él sin condiciones y se complacía en sus atenciones poco sofisticadas. Recordarlo ahora le hacía estremecerse. Apenas era un niño, un niño solitario, que ansiaba tanto el calor y el consuelo como los placeres más peligrosos que ella le ofrecía.

Entonces Robert había regresado de Oxford, inesperadamente pronto. Lo habían expulsado por comportamiento salvaje: se había endeudado y no trabajaba. Prometió fielmente a su madre y al tío Archibald que se reformaría y le dieron una segunda oportunidad, perdonándole los

pecados y saldando las deudas. Iba a estudiar Derecho y a convertirse en abogado, pero pronto quedó claro que no tenía intenciones de establecerse en Edimburgo.

Robert no había necesitado mucho tiempo para hacer girar la cabeza de Annie. No había sido evidente de inmediato, pero muy pronto ella había empezado a sucumbir a sus encantos. No se trataba simplemente de que tuviera más dinero y más lustre que Will, no: era una especie de encanto sutil lo que la atraía. Robert tenía un poder que Will comprendía muy bien. Había estado bajo su dominio toda su vida. No fue ninguna sorpresa que su propia amante se enamorara de él, y eso que era una chica poco dada a los sentimientos o a las fantasías románticas. Pero Robert la lanzó a un estado de pasión violenta con muy poco estímulo.

Se convirtió en su modelo. Aunque se suponía que estaba estudiando derecho, su verdadera carrera había sido la pintura, y se instaló en un piso con estudio, mirando al norte sobre el estuario del Forth. Annie no necesitó mucha persuasión para posar para él.

Pronto Annie se convirtió en ama de llaves, musa y amante. Will, desesperado por no ofender a ninguno de los dos, incapaz de contemplar la posibilidad de perder su patrocinio, se sometió al acuerdo. Dormía en la cocina e intentaba seguir estudiando. Consiguió terminar la carrera a duras penas, a pesar de verse reducido a la condición de un spaniel doméstico, alimentado con las sobras de su sociedad que le permitían. A veces lo acariciaban, a menudo lo ignoraban.

Inevitablemente, Robert se hartó de Annie. Dirigió su atención a la esposa de un oficial que era tan malvada como hermosa. Annie lloró en los brazos de Will, pero no le permitió consolarla de ninguna otra manera. Estaba perdida para Robert: sería el único hombre al que amaría. Decía que era un privilegio que él le hiciera daño. Mejor que la empalagosa constancia, le había dicho Robert.

Y entonces ella había contraído una enfermedad insignificante, que se agravó, y había muerto. En la muerte, el ardor de Robert se había reavivado. Se habían unido en su miseria y dolor.

Fue entonces cuando comenzaron los rumores. La esposa del oficial, despreciada por una mujer muerta, estaba furiosa. Se vengó confesándosele todo a su marido. Éste, aspirante a político, no buscó satisfacción de la forma habitual, retando a Robert a un duelo. En su lugar, él y su esposa alimentaron la fábrica de rumores del pueblo con historias más destructivas que los disparos de pistola.

Robert y Will habían decidido probar fortuna en el extranjero, dejando a Annie enterrada en Greyfriars Kirkyard en una tumba costosa y culposa, por casualidad a menos de una docena de metros de donde había visto a Adela Ross hacía una semana. Había estado allí para visitar su tumba. Robert le había pedido que lo hiciera, si alguna vez regresaba a Edimburgo.

Ahora, en la quietud de la noche, permitía que esos fantasmas lo atormentaran, azotándose con las visiones de todo lo que se había ido y el dolor que vino después. Recordó cómo había arrojado flores a las tumbas abiertas de aquellas dos frágiles y hermosas criaturas: una en la gris Edimburgo, la otra en la brillante Roma. ¡Cómo las había amado y perdonado a ambas! Sin embargo, su amor no bastaba para mantenerlas en el mundo. Su amor no había cambiado nada en la marea de destrucción que había en el corazón de la existencia. No, había hecho peor, mucho más difícil, dejarlas ir. No había defensa contra ello, excepto encerrar el corazón para siempre.

Capítulo Veintiséis

Margaret había hecho un bonito trabajo con el encaje y el vestido de seda dorada. Lo trajo para mostrárselo a Adela mientras desayunaba en su habitación.

«Aún me queda un poco por hacer, como puede ver, milady, pero me he quedado sin lumbre. Pero esta mañana lo tendré todo hecho. Ahora, milady, debemos pensar en cómo peinarla para esta noche». Estaba claramente satisfecha con su nueva posición.

Adela había estado tumbada en la cama preguntándose cuándo sería decente partir hacia Edimburgo. Parecería la mejor solución, pero la burbuja de ilusión que habían creado se pincharía a conciencia.

La cena y el baile para los vecinos estaba todo preparado para esa noche, y si seguían adelante con ello, fingiendo que todo era como debía ser, y luego ella se marchaba, se produciría un ruido terrible.

Sin embargo, se dio cuenta de que habría ruido hicieran lo que hicieran. Cuando Sir William se marchara a Italia, dejando atrás a su nueva esposa sin ningún pretexto razonable de negocios, se comentaría mucho.

Pero tú lo has empeorado, pensó, levantándose de la cama, avergonzada de estar allí tumbada mientras Margaret estaba tan ocupada.

Se había dejado llevar por la idea de ser lady Urquhart y tener una gran casa a su disposición. No había sido necesario actuar, y sus argumentos para hacerlo habían sido falsos, motivados por su propio y tonto deseo de excitación. Podía haberse ido a otra habitación mientras Sir William tomaba vino con los vecinos. Pero no lo hizo. Había insistido en que se le diera su lugar como Lady Urquhart. Era una criatura estúpida y vanidosa.

Y ahora, si se marchaba, el ruido sería ensordecedor.

Demasiado para un enfoque lúcido, pensó, yendo hacia la ventana. Demasiado para un comportamiento racional. Una mujer más sensata habría manejado mucho mejor la situación, en lugar de implicarse tanto.

Habría sido de gran ayuda si Sir William hubiera sido feo y aburrido. Entonces, ella simplemente habría hecho su parte y habría huido. Pero no lo era. Era posiblemente la persona más fascinante que había conocido. Estar en su compañía era como estar embriagada con bebidas alcohólicas fuertes. Le hacía comportarse como una desquiciada. ¿No se había ofrecido alegremente a entregarle su virtud?

Dio un gran suspiro y se apartó de la ventana.

«¿Mi señora?» dijo Margaret, con preocupación.

«Sir William salió temprano esta mañana», dijo. Había escuchado el portazo de la puerta de su habitación, la había despertado.

«Volverá pronto, milady», dijo Margaret. «¿Qué se pondrá esta mañana? Le he preparado su preciosa muselina blanca. Parece que va a ser otro día caluroso. ¿Iré a buscarla?»

«Sí, gracias, Margaret», dijo Adela.

Adela se habría puesto otra vez su viejo vestido estampado y se habría ido a buscar algún rincón secreto donde esconderse. Se sentía derrotada por su propio engaño. No le hacía ninguna gracia aparentar ante gente amable, buena y honesta como Margaret. Cuando todo saliera a la luz, parecería tan mercenaria, tan intrigante, tan falsa.

Lo que por supuesto era. Podía haberse conformado con aceptar sus veinte guineas y mejorar su situación inconmensurablemente. No había necesidad de aceptar su escandalosa

propuesta. Ninguna persona decente lo habría hecho.

Pero yo no soy decente, pensó cuando Margaret regresó y la ayudó a vestirse con aquella costosa muselina blanca. Luego se sentó y le permitió arreglarse el pelo con sumo cuidado. Estaba disfrutando mucho con ello. Estaba claro que hacía tiempo que ambicionaba ser doncella de una dama. ¿En qué momento le diría que todo había terminado?

Cuando Margaret hubo terminado, se sentó ante la mesita de escribir con la intención de escribir una carta completa y franca a Carrie. Aunque nunca la enviara, le aliviaría un poco los sentimientos.

Mientras lo hacía, se abrió la puerta de la vieja guardería y, para su sorpresa, entró la señora Urquhart. La señora Urquhart pareció igualmente incómoda al encontrarla allí.

«Perdone, no tenía ni idea...» dijo, y se dio la vuelta rápidamente. Sonaba ahogada por la emoción.

Adela, compadecida, la siguió por el pasillo.

«¡Señora, está usted afligida!», dijo, siguiéndola hasta la habitación de los niños. «¿Puedo ayudarla?»

La señora Urquhart se volvió hacia ella. Adela vio que sostenía un pequeño cuadro enmarcado contra ella.

«Fui a buscar reliquias. Fue una tontería de mi parte», dijo, tragándose un sollozo. «Pero no es fácil soportar la pérdida de un hijo. Me libré de esa miseria común durante muchos años». Echó un vistazo a la habitación y tocó la espada de madera con la que Sir William había practicado esgrima el día anterior.

«¿No desea sentarse, señora?» Dijo Adela. «¿Quiere un poco de agua? El aire aquí está muy cargado».

«Sí, tal vez», dijo ella, y fue a sentarse en una silla. Miró el retrato mientras Adela iba a abrir la ventana.

«Una mujer siempre tiene un sentimiento especial por su primogénito», dijo la señora Urquhart con un gran suspiro. «Cuando nació Robert, fue...» Se interrumpió y se inclinó sobre el cuadro, sollozando abiertamente.

«Me marcharé», dijo Adela, segura de que la señora Urquhart no desearía que la vieran en ese estado.

«¡No!» dijo la señora Urquhart, no como una súplica, sino como una orden. «¡Quédate!»

«Si está usted segura, señora», dijo Adela.

«Completamente», dijo la señora Urquhart, con algo de su crudeza habitual. Se levantó, caminó hacia Adela y le tendió el retrato. «Toma. Éste es Robert».

Adela lo cogió tímidamente, casi esperando que ella intentara arrebatárselo. En lugar de eso, la señora Urquhart se secó las lágrimas mientras Adela contemplaba un rostro que le resultaba a la vez familiar y desconocido. Un muchacho apuesto que compartía la misma nariz afilada y el mismo pelo oscuro con su hermano menor, los mismos ojos penetrantes e inteligentes. Sin embargo, había algo en sus labios, en su expresión, que la inquietaba. No era un rostro que pudiera gustarle, por muy guapo que fuera. Se sorprendió de lo incómoda que la hacía sentir.

«Es un retrato excelente», dijo la señora Urquhart. «Había olvidado que existía. Fue tomada justo antes de que se fuera a Oxford».

Se la devolvió a la Sra. Urquhart, pero ella no la aceptó.

«Debe enseñársela a su marido», dijo con frialdad. «Me interesaría ver qué efecto le causa».

Adela dejó el cuadro sobre la mesa, cerca del libro de acuarelas que Sir William había desechado como basura.

«Señora», dijo, «no creo que sea justo hablar mal de él. Sé que debe sentir terriblemente la pérdida de Robert, pero culpar a Sir William es...»

«No pretendas adivinar lo que siento», dijo la señora Urquhart. «Usted no es madre, al menos no todavía. No puede saberlo. Y Robert era...» Se interrumpió de nuevo, torciendo la boca. «Como he dicho, un hijo primogénito es siempre muypreciado para una madre. Y William tiene la culpa, y no dejes que él te diga lo contrario. Desde el momento en que nació -no, incluso antes- nos causó a todos desdicha. Estuve muy enferma con él y fue un bebé horrible, enfermizo y llorón. A todos nos sorprendió que sobreviviera».

Volvió a tomar el cuadro y se sentó. Siguió hablando, mirando la imagen, casi como si se dirigiera a ella y no a Adela. «Estaba preparada para los problemas. Había oído que el hijo mayor a veces se resiente del siguiente, pero ése nunca fue el caso de Robert. Siempre estuvo fascinado por William, y nunca celoso, por lo que pude ver. Y Robert fue su esclavo, para siempre. Todo lo que William quería, Robert lo conseguía, y a menudo a un gran coste para él. No había fin de travesuras en las que William llevaba a Robert. Ese era el patrón que se había establecido».

Adela se dio la vuelta, sintiendo un profundo frío en su interior.

«No habrían ido a Francia de no haber sido por William,» continuó la señora Urquhart. «¡Si se hubiera portado bien, no habría sido necesario! Robert estaba destinado a ser abogado. William obtuvo su título por los pelos. No tengo ni idea de cómo aprobó, la verdad, dado que estaba hasta las orejas de escándalos: mujeres de bajo nivel y apuestas, y bebida. Robert decidió sacrificar su futuro en Edimburgo y se llevó a su hermano a París, para evitarme la humillación de ver su desgracia pública. Y después de eso, bueno... William lo puso en mi contra, y lo llevó a tal estado de disipación».

«¿Está usted segura?» dijo Adela.

«Por supuesto que te pondrás de su parte», dijo la señora Urquhart. «Te ha cambiado la cabeza. Qué desgracia».

Se levantó y dejó el retrato cuidadosamente sobre la repisa de la chimenea.

«Y por un tiempo pensé que la muerte de Robert había tenido un efecto saludable en él y que podría haber cambiado de rumbo. Cuando murió mi cuñado, y toda la propiedad pasó a William por defecto, vi atisbos de esperanza para su carácter. Con una esposa sensata, puede que no todo estuviera perdido. Puede que hubiera perdido a mi querido hijo, ¡pero al menos podría salvar algo con el otro! Al principio parecía feliz de dejarme encontrar una esposa. Pero fui una tonta al pensar que cambiaría. Estaba muy equivocada», terminó, posando su mirada en Adela. «Siempre ha querido engañarme. Así es él con las mujeres, y lo descubrirás más pronto que tarde».

Adela trató de responder, pero se quedó sin palabras. La señora Urquhart aparentemente no.

«Siento mucha lástima por ti», continuó. «Estarás cómoda, pero no serás feliz. Pronto se avergonzará de ti y de lo que ha hecho. Te ignorará, cuando esperabas disfrutar de su amor para siempre. ¿Sí?»

Adela no tuvo oportunidad de responder. Después de soltar su golpe, la señora Urquhart se marchó.

Adela se quedó mirando la puerta unos instantes, con la mente llena de réplicas y refutaciones que debería haber pronunciado mientras la mujer seguía en la habitación. Pero las palabras de la señora Urquhart la habían paralizado.

Regresó al dormitorio azul y trató de encontrar alguna ocupación con la que distraerse.

No estaba vestida para trabajar con su muselina blanca, y se sentía incómoda, porque todo el mundo estaba trabajando en la gran casa. La señora Hay había contratado personal adicional, y

los salones, que habían estado cerrados y tapados, empezaban a mostrar sus verdaderos y relucientes colores, a medida que se retiraban las fundas de lana de los muebles y se levantaban las persianas, permitiendo que todos los tesoros de las habitaciones brillaran bajo el sol del mediodía. Toda la vajilla de plata se había colocado sobre el enorme aparador del comedor, junto con legiones de copas de cristal, mientras que todos los apliques y candelabros se habían puesto con largas velas de cera de abeja de dulce aroma.

Al encontrarla mirando la plata, la señora Hay aprovechó la oportunidad para consultarle sobre el servicio de postres.

«¿Debería ser el Worcester o el Sèvres? Sir William no me dio ninguna indicación en particular».

«¿Cuál le gusta más, señora Hay?», dijo Adela.

«El Worcester es más bonito, siempre lo he pensado, pero el Sèvres es ciertamente muy grandioso».

«El Worcester», dijo Adela, pensando que la habitación no podía soportar mucha más grandeza.

«Si está segura, señora. Pensé que debía preguntar, ya que vienen sus Altezas».

«¿Sus Altezas?» Dijo Adela.

«Oh sí, milady, la nota llegó esta mañana. ¿No se lo mencionó la señora Urquhart?»

«¿Mencionar qué?»

«Que había escrito al Castillo. Es amiga de la Duquesa, creo, y sabía que estaban allí, así que les invitó a cenar. La carta llegó esta mañana. Se unirán a la fiesta. Es un gran honor para la casa, ¿verdad, milady? Y por supuesto, para usted y Sir William».

«Sí, desde luego», dijo Adela, no muy segura de que fuera un honor. Parecía más bien una prueba. ¿Qué podría haber dicho la Sra. Urquhart de ella en su carta a su amiga la Duquesa?

«¿Y aún está segura de lo del Worcester, milady?».

«Sí», dijo Adela, a pesar de sentirse un poco nerviosa al respecto. Después de todo, la señora Hay conocía este mundo mejor que ella, y no debía ignorar un consejo tan bien intencionado. La Sra. Hay sabía que la nueva Lady Urquhart sería juzgada por tales decisiones, tanto por la Sra. Urquhart como por las demás mujeres allí presentes. Pero a Adela se le ocurrió que, si quería pasar por alguien que pertenecía a la familia Urquhart, que merecía ser Lady Urquhart, lo mejor era optar por una simplicidad elegante en lugar de un vulgar desparpajo. Incluso a medio poner, la mesa lucía sobrecargada, especialmente cuando el viejo Jock se había tambaleado con un par de platos de plata dorada en forma de conchas sostenidas por sirenas retorciéndose. «Y tal vez, señora Hay, ¿podríamos guardar esas piezas doradas? Creo que la plata lisa queda mucho mejor».

«Como desee, milady», dijo la señora Hay, «le diré al viejo Jock que las retire».

«¿Retirar qué, señora Hay?», dijo Sir William detrás de ellos.

Adela se volvió.

Evidentemente acababa de regresar de su cabalgata, y por su aspecto había sido larga y vigorosa. Se había despojado del abrigo y el chaleco, y estaba en calzoncillos, con la camisa medio desabrochada. Tenía la cara enrojecida y su rebelde cabello oscuro parecía más alborotado que de costumbre. Por un momento, Adela sólo pudo pensar en lo hermoso que era, incluso con todo su desorden, su cuerpo largo, delgado y relajado, enmarcado por el umbral de la puerta, tentando a sus pensamientos a desviarse hacia lugares insospechados. Quería acercarse a él y apretarse contra él, como una gata, y luego peinarle el pelo liso con sus dedos, no para arreglárselo, sino por el simple placer de sentirlo.

«Los hombres que sostienen los proyectiles», consiguió decir.

«Una buena idea», dijo Sir William, entrando y escrutando la mesa. «Son unas espantosas excrecencias».

«Mi señora piensa que el Worcester y no el Sèvres, para el postre, señor», dijo la señora Hay.

«Mi señora piensa muy correctamente,» dijo Sir William.

«¿Aunque tengamos un Duque y una Duquesa honrándonos esta noche?» preguntó Adela.

«¿»Lo hemos hecho«?», dijo Sir William. «Eso es información fresca para mí. ¿Algún Duque o Duquesa en particular?»

«Sus Altezas del Castillo, por supuesto, señor», dijo la señora Hay. «La señora Urquhart les preguntó. ¿No mencionó...?» La señora Hay se interrumpió, un poco avergonzada, mientras Sir William negaba con la cabeza. «Discúlpeme, milady, señor. Será mejor que vaya a ver cómo va todo en la cocina». Y se apresuró a salir, dejándolos solos en el comedor.

«No me sorprendería», dijo Sir William, acercándose a ella. Su rostro estaba bañado en sudor. «Qué connivencia. Ella pretende... bueno, creo que debes saber cuál es su intención». Adela asintió. «Es insoportable. Tienes todo el derecho a negarte a tener nada que ver con esto. Recuerda que puedes irte cuando quieras».

Había una parte de ella que quería huir y protegerse, y esa parte de ella podría haber prevalecido, si él no hubiera estado allí, de pie tan cerca de ella que era imposible pensar con claridad.

«He sobrevivido a Macreadie», dijo Adela. «Creo que puedo con un Duque».

Él sonrió, le tomó la mano y se la llevó brevemente a los labios, antes de soltarla de nuevo. Sus ojos la miraron mientras lo hacía, con una intensidad abrasadora, como si quisiera abrasar su corazón hasta la sumisión. Pero el frío eco de las palabras de su madre la hizo retroceder:

«Estará cómoda pero no será feliz. Pronto se avergonzará de ti y de lo que ha hecho. Te ignorará, cuando esperabas disfrutar de su amor para siempre».

Capítulo Veintisiete

Poco después de las siete, Will estaba esperando en la galería de los cuadros la llegada de sus invitados.

Nunca se había imaginado en Balnagowan asumiendo el rol de anfitrión y señor de la casa, pero allí estaba, desempeñando su parte y preguntándole al mayordomo si el champán estaba bien frío y el clarete bien decantado.

De nuevo solo, se dirigió al espejo para comprobar que su corbata estuviera impecable y que no se le notaran los nervios. Por supuesto, no esperaba que se produjera ningún desastre doméstico: era una casa bien llevada y no le habría importado que la sopa se hubiera estropeado por exceso de sal o que el fricasé se hubiera derramado en el regazo de algún desafortunado invitado.

También sabía que Adela no lo deshonraría, pero le preocupaba que pudiera sufrir a manos de su madre. Haber invitado al duque y a la duquesa era una terrible crueldad. Sólo los había visto una o dos veces y sólo podía recordar su aburrida formalidad y cómo su madre los adulaba.

Se sirvió una copa de jerez y se preguntó dónde estaría Adela.

Recordó que esa mañana la había descubierto en el comedor, muy elegante e impecable con su muselina blanca. Dando instrucciones a los sirvientes, tenía los modales de la dueña de una gran casa. Estaba claro que se había negado a dejarse intimidar por la ocasión.

Pero, al mismo tiempo, le hizo pensar en un tipo muy distinto de señora, el tipo de mujer que se adentra en la intimidad del tocador y el dormitorio, y eso le hizo sentir un deseo intenso por ella.

Había pasado toda la mañana con Elliot revisando los asuntos de la finca. Aquello le había mantenido útilmente ocupado. Luego, cuando Elliot se había marchado a casa y a sus comodidades domésticas, él había llevado su propio caballo de vuelta al parque y había salido a dar un largo y temerario galope, esperando que el ejercicio lo distrajera de los lascivos deseos que habían surgido en cuanto se quedó nuevamente solo. Se sentía como un muchacho de dieciséis años que nunca hubiera conocido el placer en brazos de una mujer. Ahora la esperaba con impaciencia, paseándose por la habitación.

Finalmente se abrió la puerta. Desafortunadamente, era su madre.

Vestida con seda plateada y cascadas de encaje negro, llevaba un collar de diamantes muy elaborado, con pendientes a juego y una media luna brillando en el pelo. Se dio cuenta, sobresaltado, de que esas joyas eran las reliquias de la familia. No sabía que estuvieran en Balnagowan. Había supuesto que estaban guardadas en el banco.

«¿Dónde las encontraste?», dijo mientras ella permanecía de pie ante él, presumiblemente esperando a que la complaciera por su aspecto.

«En el cuarto de la vajilla».

«¿Le pediste permiso a mi esposa para ponértelos?».

La señora Urquhart se encogió de hombros.

«Ya que ha entregado imprudentemente las perlas a su consorte», dijo, «pensé que era mejor ponerlas bajo mi custodia. Nunca se sabe lo que puede pasar con un hijo de dudosa procedencia. He oído historias terribles de herencias de las que se han deshecho personas despiadadas. Podría huir con ellas».

«¡Yo te obligaría a quitártelas de inmediato!», exclamó Will. «¿Dudoso? ¿Cómo te atreves?»

«Calla, calla, me parece oír un carruaje. Sus invitados llegarán en cualquier momento.

¿Dónde está el equipaje? ¿Ha perdido los nervios?»

«Debería encerrarla en su habitación, señora», dijo. «Usted no es apta para la compañía civil».

Por supuesto, ella se rió y se puso a jugar con el gran jarrón de rosas que había sobre la mesa, como si su disposición le disgustara.

Will se dirigió al otro extremo de la galería, tratando de dominar su temperamento. Tal vez era eso lo que realmente le ponía nervioso: que ella le provocara otra vergonzosa muestra de ira.

«Ya está», dijo por fin, dando un paso atrás y observando su obra. «Y aquí está, por fin, tu esposa».

Él se giró.

Adela, resplandeciente en seda dorada y encaje, con perlas en la garganta y en el pelo, parecía una modelo de Van Dyck. Avanzaba por la galería hacia él, y él se fijó en el arrebatador rubor de sus mejillas y el tentador enrojecimiento de sus labios. Le entraron ganas de poner sus manos en aquellas mejillas y besarla en los labios. No quería hacer otra cosa que llevársela y estar a solas con ella. Aunque había jurado que no la besaría, su mente imaginó todo lo que podía hacer para darle placer.

Tomó su mano y la besó brevemente, sintiendo tristeza en el momento en que la soltó. Ella tenía razón, no debía complicar las cosas más de lo necesario. Pero, ¿cómo iba a resistirse a una tentación tan extraordinaria?

«Está usted espléndida, Lady Urquhart», le dijo.

Ella inclino la cabeza graciosamente.

«¿No es cierto?» Will lanzó la pregunta a su madre, que había estado examinando a Adela con lo que parecía ser una terrible minuciosidad.

«Espero que sea suficiente para halagar a nuestros invitados», dijo Adela, volviéndose hacia la señora Urquhart. «No puedo expresar lo encantada -no, lo conmovida- que estoy, señora, de que considere oportuno presentarme a sus Altezas. Es un gran honor, que sé que no debe tomarse a la ligera». Ante lo cual hizo una pequeña reverencia a la señora Urquhart.

Lo dijo con total sinceridad y humildad. Will quería estallar en aplausos ante la elegante audacia de su estrategia.

La señora Urquhart frunció el ceño un momento y luego dijo: -Fue una mera casualidad que estuvieran en el castillo. Suelen estar en Dumfrieshire en esta época del año. Y me parece que estarán muy interesados en conocerte».

Interesado, como se interesa uno por la mujer barbuda en una feria, pensó Will, con el corazón abatido.

Afortunadamente, en ese momento se anunciaron los primeros invitados -el coronel Milson y su sobrina- y se levantó el telón de la obra en serio.

~

Si Adela no hubiera sabido que la pareja de mediana edad que llegó después de los demás invitados eran el Duque y la Duquesa de Dumfries, nunca lo habría adivinado.

El Duque aparentaba tener una tienda de paños en una de las mejores calles de Edimburgo, mientras que la Duquesa vivía en el piso de arriba y se enorgullecía de su repostería. Eran de rostro sencillo y complexión robusta. Venían acompañados de dos de sus hijas, las señoritas Jean y Anne. Ambas se autoproclamaban solteronas, vestían gorros de muselina y llevaban bolsas de

trabajo. Las tres damas llevaban vestidos de hermosa seda gruesa, pero de colores muy apagados, como si los hubieran elegido cuidadosamente para que no favorecieran a su tez.

En comparación, las señoritas MacDonald, hermanas solteras de Roderick Macdonald, el anciano terrateniente de Dalzean, le parecieron a Adela mucho más guapas y atractivas. Pasaban de los sesenta, pero se mostraban alegres tanto en el vestir como en el andar, evidentemente deseosas de estar allí y sumamente complacidas de tener a nuevas adiciones en su vecindario. Contemplaron el esplendor de la casa y se declararon encantadas de volver a verla. Entonces la mayor de ellas le dijo a la señora Urquhart que jamás había visto a un hombre tan apuesto como Sir William ahora que había crecido.

«Menos mal que no regresó antes de tener a su esposa, Sir William,» dijo, volviéndose hacia él, «o mi hermana y yo le habríamos lanzado nuestros gorros, ¡con toda seguridad!»

Sir William respondió a esto con una gran muestra de galantería, besándoles las manos y diciendo: «Pido disculpas, señoras, pero Cupido intervino antes de que yo llegara. Si lo hubiera sabido...» y besó a la más joven, la señorita Grizel, en la mejilla, provocando gran hilaridad.

«Váyase, señor, no malgaste su tiempo conmigo», dijo la señorita Macdonald, empujándolo, mientras él se movía para besarla también en la mejilla. «¡ Vaya y bese a su novia, por el amor de Dios!»

Así que, obedientemente, lo hizo y se acercó a Adela. Antes de que ella pudiera detenerlo, él le puso las manos en las mejillas y la besó en los labios delante de todos.

Adela pensó por un momento que se desmayaría. El beso fue todo un espectáculo, sí, pero al mismo tiempo no lo fue. La conmoción, el carácter intencionado del abrazo y su propio placer, a pesar de todo, amenazaron con sacarle el aire de los pulmones y hacer que se desplomara en el suelo. Tuvo que agarrarse a sus hombros para estabilizarse.

Podría haber resultado muy extravagante, pero aquel beso no duró más que un instante, por lo que se sintió aliviada. Ya casi no se fiaba de sí misma cuando él estaba tan cerca. Sentía que podría haberse aferrado a él para toda la eternidad, tal era la dulzura de sus labios contra los suyos, a pesar de la vergüenza. *Se suponía que sólo era una actuación*, se recordó a sí misma con dureza, cuando él se separó de ella, *no significa nada con eso, y tú tampoco debes imaginar que significa algo*.

Pero no le quitó el anhelo de que fuera verdad, mientras la tomaba de la mano y la conducía hasta el Duque, a quien debía llevar a cenar.

«Apenas puedo separarme de ti», dijo el Duque con una sonrisa, tomándola del brazo y acariciándolo.

La cena fue anunciada inmediatamente después, y comenzaron su procesión desde la galería de cuadros hasta el comedor, Adela a la cabeza con el Duque, y Sir William en la retaguardia con la Duquesa. Adela era muy consciente de las miradas de todas las damas de la compañía, y se alegró de las lecciones de educación y modales que su padre le había inculcado. «Nunca se sabe cuándo pueden ser útiles», le había dicho, pero no podía imaginar la situación en la que se encontraba ahora. ¿Le habría hecho gracia y se habría sentido orgulloso de su ingenio, o se habría horrorizado de su presunción y pragmatismo? Temió que fuera lo último y, por un momento, sus nervios amenazaron con fallarle por completo mientras se disponían alrededor de la gran mesa. ¿Cómo saldría de ésta?

Echó un vistazo a través de la extensión de velas incandescentes y plata reluciente, y captó la mirada de Sir William. Le dirigió una sonrisa maliciosa, como si la desafiara a hacer lo mejor y lo peor a la vez, lo que provocó en ella una vertiginosa mezcla de pensamientos. ¿Por qué, pensó ella, dirigiendo cuidadosamente su atención al sencillo, corpulento y aburrido Duque a su

derecha, como debería hacer una buena anfitriona, Sir William no podría ser igualmente sencillo, corpulento y aburrido?

Trajeron el primer plato, con todos los platos puestos en la mesa a la vez, obligando a los comensales a ayudarse unos a otros. Para Adela, eso significó que le pusieron delante una gran soperá con la que tuvo que abastecerse en su extremo de la mesa.

«Me alegra mucho ver que sirve la cena a la antigua usanza, Lady Urquhart», dijo el Duque. «Esta moda de docenas de sirvientes... ¡no puedo soportarla! ¡Sin mencionar el gasto!»

Que el Duque, que aparentemente era uno de los hombres más ricos del país, se preocupara por el coste de sus sirvientes, hizo sonreír a Adela.

«¡Excelente, excelente sopa!», exclamó el duque tras unos cuantos bocados. «Tiene un genio en su cocina, señora».

«Creo que la sopa es la mejor prueba para un cocinero», comentó el coronel Milson.

«Así es, coronel», dijo el duque.

«Sí, el arte de hacer mucho con muy poco», dijo Adela, hablando por experiencia. No se trataba de una sopa de pobres, sino que estaba enriquecida con mantequilla y vino, como nunca lo habían estado sus caldos más bien desesperados. También estaba suave como la seda, después de haber sido tamizada por alguna chica trabajadora del piso de abajo, a la que después le habrían dolido los brazos.

«¡Muy bien dicho, milady, muy bien dicho!», dijo el Duque. «¿Has oído eso, Jeanie?», añadió, dirigiéndose a su hija, que estaba sentada cerca. «¡Lady Urquhart afirma que la sopa es el arte de hacer mucho con muy poco! Qué inteligente».

La señora Urquhart, que estaba sentada al otro lado del Duque, dijo: «Creo que es una máxima que mi nuera aplica a todo en su vida. Tiene un gran talento para ello». Lo dijo a la ligera, pero la malicia de su voz era suficientemente clara para Adela.

«Entonces su hijo es el más afortunado de los maridos», dijo el coronel, como si él también hubiera escuchado la puya, y Adela se sintió agradecida con él. Pero él no sabía, como la señora Urquhart, que era una don nadie sin dinero que sabía más de hacer sopa que de entablar conversación con un Duque. Él no sabía que ella estaba actuando y que el futuro feliz que la compañía tan amablemente les deseaba no era más que un cuento infantil. Sintió que se sonrojaba de vergüenza por el engaño en el que estaba envuelta, debido a su propia debilidad. Apartó la mirada y decidió hablar con el coronel de algún tema nuevo e inofensivo, pero sabía que los ojos de la señora Urquhart estaban clavados en ella, brillando con malicia, por encima de sus diamantes.

La comida transcurrió sin incidentes, y fue con cierto alivio que Adela vio que retiraban el mantel y servían el postre, todo colocado en el servicio de Worcester, que era extremadamente bonito, tal como había dicho la señora Hay.

Pequeñas tartas heladas, tazas con tapa de natillas y la mejor fruta de la huerta, así como algunos quesos de excelente aspecto, conformaban un delicioso surtido que pareció encantar a todos, al igual que el champán que se sirvió en generosas cantidades.

Cuando todos se hubieron servido, Sir William se levantó y alzó su copa.

«¿Me permiten que proponga un brindis, damas y caballeros? Por la Reina».

«Oh, nunca brindamos por su majestad, Sir William», exclamó la señorita Grizel. «Ojalá pudiéramos, porque es encantadora, pero no tiene ni una gota de sangre Estuardo. Es una lástima».

«¡Entonces al Rey sobre el agua!» dijo Sir William. «¿Y la Reina? Tal vez puedan hacer una pareja».

«¡Oh, si eso fuera posible!», exclamó la señorita Grizel, tomando su copa y poniéndose en pie. Todos los demás se pusieron de pie, y Sir William dijo, con una gran floritura: «¡Por la Reina y por el Rey sobre el agua!», a lo que todos se hicieron eco cortésmente.

«¿Te vas a dedicar a la política, Urquhart?» preguntó el Duque, cuando todos volvieron a sentarse.

«Eso depende de mi esposa», dijo Sir William. «Puede que a ella no le interese».

«¿Ha conocido a Su Majestad, Excelencia?» preguntó Adela al Duque, ansiosa por cambiar de tema.

«Sí», dijo el Duque. «Es una cosita bonita, pero voluble. Necesita un marido, pero no me gusta la idea de ese alemán del que hablan».

«¿Con quién debería desposarse, entonces?» Preguntó Sir William.

«He oído mencionar, Duquesa», dijo la señora Urquhart, «que su propio hijo, Galloway, estaba siendo considerado».

«Lo estuvo, durante un tiempo,» dijo la Duquesa.

«¡Ja!» dijo el Duque. «Es sólo un año mayor que ella. Pero, aunque sería un gran honor, les dije que pensaba que él podría hacerlo mejor».

«¿Que ser marido de una reina?», dijo la señorita Macdonald. «¿Seguro que uno no podría?»

«Un hombre no puede ser amo en su propia casa si está casado con una dama que es soberana», dijo el duque, «y yo no le desearía eso a mi muchacho».

«Pero querido Duque,» dijo Lady Urquhart, «podrías haber sido abuelo de un futuro Rey. ¿No te tienta eso un poco? ¿Duquesa?»

«Galloway es muy joven y muy voluntarioso», replicó Lady Jean, «por desgracia».

«Puede ser, Jeanie», dijo el Duque. «Pero ya se le pasará. Y entonces deberá elegir a su manera», añadió, «como hice yo. Es el derecho de cualquier caballero británico. Creo que hará exactamente lo que se espera de él sin que nosotros interfiramos demasiado. Después de todo, señora -dijo, haciendo un gesto con la cabeza a la señora Urquhart-, estamos aquí para celebrar precisamente ese hecho, en el caso de su propio hijo y de esta excelente joven. Permítame», continuó, levantándose de su asiento, «proponer que el siguiente brindis sea por nuestra encantadora anfitriona, la nueva Lady Urquhart».

~

«Por supuesto que el Duque fue encantador contigo, así es con todo el mundo. No deberías hacerte ilusiones», dijo la Sra. Urquhart.

Sola en el salón después de la cena, con las otras damas, Adela sabía que éste era el pasaje más peligroso que ofrecería la velada. No se equivocaba. La señora Urquhart había insistido en permanecer junto a ella mientras preparaba el té, y aprovechó la oportunidad para dejarle en claro sus sentimientos ahora que estaban solas.

«Yo no», consiguió decir Adela.

«Ha sido toda una exhibición», continuó. «En general, un esfuerzo encomiable para alguien de tu pasado. Pero no debes dejar que se te suba a la cabeza. No hay nada que enajene antes a un hombre que una mujer que cree tener más consecuencias de las que merece, sobre todo cuando las consecuencias que tiene vienen de él en primer lugar. Será mejor que tengas cuidado, o será más pronto que tarde cuando pierdas su afecto».

«Qué consejo más encantador, señora», dijo Adela, removiendo cuidadosamente el té. Deseó poder llamar a una de las otras para que la rescatara, tal vez a la señora Elliot. Pero la señora Elliot estaba mirando el contenido del maletín de Lady Jean.

«Puede que seas capaz de hacer un bonito y reluciente espectáculo en un salón», continuó la señora Urquhart. «Y complacerle con ello. Eres nueva a sus ojos y aún no se ha aburrido de ti. Por el momento no ve tus defectos. Tu figura y tu cara, obviamente, han hecho su trabajo en él, pero como te dije antes, se despertará una mañana y lamentará amargamente lo que ha hecho.

«Sí, y la primera vez la escuché perfectamente, señora», respondió ella. «Y me gustaría poder decir que es la bondad la que le hace decir estas cosas, pero me temo que no es así.»

«Me atrevo a decir que irá muy tosca, en la madurez. Así son las personas que no tienen buena sangre: florecen pronto y luego... nada. Mira a la señorita Macdonald y a la señorita Grizel, ¡qué guapas están todavía!»

Adela habría tirado la tetera a la señora Urquhart en ese momento. No había consuelo ni distracción en servir las pequeñas tazas de té de porcelana. Afortunadamente, la Duquesa se acercó entonces, con una amable sonrisa en su plácido rostro que parecía dirigida especialmente a Adela.

«Debo pedirle la receta de su sopa, Lady Urquhart,» dijo. «¿Tal vez podría enviar a su cocinero al castillo para instruir a nuestro hombre?»

«Creo que Lady Urquhart estaría encantada de enseñar a su hombre ella misma,» dijo la señora Urquhart. «Ella se siente como en casa en una cocina, según tengo entendido.»

«¡Oh, eso no será necesario, estoy segura!» dijo la Duquesa con una risa nerviosa. «¿Es cierto que vamos a bailar esta noche?», continuó. «Me ha parecido oír a algunos músicos afinando».

«Sí. Sir William insistió», dijo Adela. «Se encuentran en el gran salón de al lado».

«Es realmente encantador, tal atención a las viejas costumbres», mencionó la Duquesa. Se volvió hacia la señora Urquhart. «Sir William debe ser un gran consuelo para usted, después de haber perdido a su otro hijo... ¡y tener además una nueva hija! Todavía no nos hemos casado. Me pregunto cuándo veré un nieto. Pronto será más afortunada que yo, creo, señora», añadió, poniendo su mano en el brazo de la señora Urquhart. «¡Dios lo quiera!»

Afortunadamente, antes de que la señora Urquhart pudiera responder, las puertas se abrieron y entraron Sir William y sus hombres. Sir William se frotaba las manos y sonreía.

«¿Bailamos, mesdames?» dijo, dirigiéndose a todas las damas. «¿Un reel o un vals? ¿Qué les apetece?»

«¡Reels!», exclamó la señorita Grizel, saltando de su sitio y aplaudiendo. «¿Sí?»

«¿Me hace el honor, señorita Grizel?», dijo Sir William, ofreciéndole la mano. Ella estaba a punto de aceptar, pero la señorita Macdonald intervino.

«¡Calla!», dijo. «¡No puede abrir el baile contigo, Grizel! Qué vergüenza. Debe bailar primero con Lady Urquhart. La costumbre y el honor lo exigen, señor», añadió.

«Desgraciadamente, tu hermana tiene razón», dijo Sir William con un suspiro y encogiéndose de hombros. «¿La segunda tanda, entonces, señora?».

La señorita Grizel asintió amablemente y Sir William se volvió y extendió las manos hacia Adela.

«Costumbre y honor, nada menos», dijo.

Adela sintió que todas las miradas se posaban en ella cuando atravesó la sala en dirección a él. No pudo resistirse a hacer una reverencia, y vio la diversión en sus ojos cuando lo hizo. Eso la hizo sonreír. Era como acercarse al fuego en un día frío, había algo tan agradable y verdadero en

su buen humor.

«Sí, señor», dijo ella al levantarse de nuevo. «Pero no debería ser un carrete o un vals. Debe ser un...» vaciló un momento. Luego, sonriendo, dijo: «Un strathspey».

Capítulo Veintiocho

Adela había acertado al elegir el Great Parlour para su baile, y al elegir un strathspey.

Will había visto muchos salones de baile espléndidos, llenos de compañías brillantes, pero en su opinión no había nada mejor que el Great Parlour de Balnagowan aquella noche. El salón, que a la luz del día lucía descolorido y algo triste por su largo abandono, resplandecía ahora a la luz de muchas velas mezcladas con la mágica luz pálida del crepúsculo de un verano escocés.

Llevaba tanto tiempo viajando por Europa que había olvidado la belleza de su propio país. Mientras se movía entre las figuras de aquel primer baile, vislumbró las colinas a través de las ventanas, y la visión le dio un tirón en el corazón, haciéndole sentir inesperadamente vulnerable y frágil. Entonces volteó y vio a su pareja, su esposa, la extraña e impresionante criatura con la que había establecido aquella extraordinaria asociación.

Adela bailaba maravillosamente, con gracia natural. Su alegría se reflejaba claramente en su rostro mientras ejecutaba a la perfección cada intrincado paso del strathspey. Era como si la danza hubiera sido creada expresamente para mostrar las facetas de su carácter. Era juguetona y delicada, compleja y melancólica, y sugerente de profundidad y virtud.

Naturalmente, era muy solicitada como compañera. Después de abrir el baile con ella, tuvo que cederla al Duque. Su Alteza estaba verdaderamente impaciente por divertirse, y pidió que se tocaran reels. Después de eso fue solo cuestión de encontrarla y pasarla en las etapas del baile, girarla y luego dejarla ir, mientras ella regresaba a su lugar en el conjunto. No podía pertenecerle en el baile, como no le pertenecía en vida, a pesar de la letra de la ley. No tenía derecho a reclamarla, a imponérsele, aunque sentía toda la tentación de hacerlo, viéndola en el centro del círculo, aceptando que todos los demás la homenajearan. Quería tomarla de la mano y fugarse con ella.

Pero tras el vigoroso ejercicio de dos reels, y una pausa para tomar helados, se propuso un vals, y decidió que no podría soportar que ella bailara el vals con nadie más. Se apoderó de él un sentimiento de propiedad que le perturbó, pero no pudo evitar complacerlo y se acercó a pedirle la mano.

Estaban solos en la pista; nadie parecía querer verlos bailar juntos. Cuando él le puso la mano en la espalda y ella se la tomó, fue casi como si les volvieran a pedir que hicieran sus votos. Tuvo la sensación de que les estaban poniendo a prueba. Se sorprendió de sí mismo por permitirlo. No debía obligar a Adela a disimular, si es que disimulaba. En ese instante había demasiada sinceridad en su rostro.

Debería haber puesto fin a aquella farsa en cuanto vieron al coronel Milson llegar a caballo. Su voluntad de complacerlo, envuelta en inteligentes argumentos, había nublado por completo su juicio, y esa voluntad era lo más peligroso de todo. Le alarmaba haber despertado eso en ella. Todo aquello le resultaba mucho más que divertido o curioso, y algo más que el calor de la habitación le coloreaba las mejillas. La mirada que le dirigió, la sonrisa en sus labios mientras giraban por el suelo al son de los suaves acordes de un solitario violín... fue casi demasiado para él.

~

Adela despidió a Margaret y se sentó sola ante su espejo, vestida sólo con su camisa, trenzándose el pelo.

Oyó abrirse la puerta del camerino.

«¿Puedo?» Dijo la voz de Sir William.

Ella dudó un momento y luego contestó: «Sí».

Él entró con su vieja bata, descalzo. Su aspecto era totalmente desaliñado, como el de un muchacho que hubiera estado en una trifulca.

«Un triunfo, Lady Urquhart», dijo.

«Quizás.»

«Oh, no lo niegue. Todos te adoraban».

«Con una notable excepción».

«Nadie podrá nunca complacer a mi madre. Y ése no era el objeto del ejercicio». Bostezó. «Espero que no te duelan mucho los pies», dijo señalando sus pies descalzos.

«No, no mucho.

«Los míos sí», dijo. «Pero no soy tan delicada de pies como tú».

«¿Querías algo?», dijo ella, levantándose rápidamente, deseosa de poner un poco de distancia entre él y ella. Cogió su vieja tela escocesa y se la envolvió, aunque no tenía frío. Más bien tenía fiebre. Tragó saliva y preguntó: «¿En particular?».

Lo observó fijamente: sus mejillas sonrosadas por el vino y el baile, su cabello desordenado y su postura perezosa, y al mismo tiempo sintió cómo sus ojos la recorrían, haciéndola imaginar sus caricias, haciéndola imaginar demasiado.

Se dio la vuelta y fingió estudiar la pared de miniaturas, tratando de distraerse con los intrincados patrones del damasco azul que cubría la pared, tratando de ignorar el estado temerario que amenazaba con abrumarla.

«No, nada. Sólo he venido a felicitarte».

«Gracias», dijo ella.

«¿Tu primer baile?»

«Sí.»

«Espero que no sea el último», dijo él, acercándose por detrás y tomándole la mano. Le dio un breve beso y la soltó.

«Es más que probable que así sea», dijo, volviendo a meter cuidadosamente la mano entre los pliegues de su tela escocesa. «Después de todo, como he dicho, viviré muy tranquila».

«Entonces será una gran pena».

«¿Para quién?», dijo ella, alejándose y sentándose en la silla de la ventana, ciñéndose cuidadosamente el tartán y bajándose la camisa por encima de las rodillas.

«Para ti», dijo él. «Estás hecha para bailar».

«Fui cuidadosamente enseñada. Eso es todo», dijo ella.

«¡Te encantaba! Cada paso, cada set, incluso cuando tenías que ser pareja de Su Alteza el zoquete».

«No es un zoquete. Es un poco torpe, pero es entusiasta».

«Perdonarías al mismísimo demonio por pisarte. Eres la criatura más misericordiosa jamás vista en un salón de baile. Tu placer en el baile lava toda pizca de resentimiento humano y te convierte en una especie de divinidad.»

«No lo creo», dijo ella. «Estoy segura de que si me dieras una pareja realmente mala...».

Él negó con la cabeza y arrastró una silla hasta donde ella estaba sentada.

«¿Puedo?», dijo. «Mis pies, como he dicho -»

Ella dudó un momento. Sabía que debería haberlo echado de inmediato, pero eso habría sido descortés. Y mientras sólo fueran palabras, no habría nada malo.

Negó con la cabeza. Para él, la luna era de queso.

Frunció el ceño.

«Perdóname», dijo, levantando las manos y dando un paso atrás como si fuera a marcharse.

«No, no, no te estaba sacudiendo la cabeza», dijo. «Estaba... ¡Oh, por favor, siéntate!»

«¿Estás segura?»

«Sí», dijo ella.

Así que se sentó y, de repente, se hizo un silencio extraño e incómodo, como si se hubieran quedado solos por primera vez y no supieran cómo comportarse.

Sus ojos se encontraron con los de ella y le dedicó una sonrisa que parecía sugerir que estaba pensando exactamente lo mismo, y ella se vio obligada a devolverle la sonrisa, ruborizándose al mismo tiempo por lo absurdo de la situación. Vio que le temblaban los hombros y sintió que su propia diversión bullía en su interior, como gachas de avena en la sartén, susceptibles de desbordarse en cualquier momento.

Era imposible mantener la compostura, y pronto ambos aullaron de risa impotente, sin motivo aparente.

Era ridículo. Ambos primorosamente sentados en sus sillas, invadidos por la histeria, y la propia situación les hacía reír aún más.

Con la cara empapada en lágrimas, ella intentaba recomponerse y recuperar el aliento. Se secó los ojos y descubrió que, en ese mismo instante, él también había dejado de reír y la miraba fijamente.

En la repentina quietud, sintió que algo en su interior se quebraba, su voluntad, supuso. O más bien, otra voluntad, más antigua, más primitiva y más ingobernable, se había apoderado de ella. La hizo ponerse en pie. Él también se levantó en el mismo momento, impulsado, ella lo sabía, por la misma fuerza mágica, y cada uno dio un paso hacia el otro. Era como si siguieran el patrón de un conocido baile: la forma en que los brazos de él rodeaban la cintura de ella, la forma en que ella colocaba las manos sobre los hombros de él... parecía predestinado. Cuando sus labios se encontraron en un largo y lento beso y sus cuerpos se estrecharon, ella sintió que el corazón le daba un vuelco. Sintió que entonces se lo habría dado todo, sin importarle nada a cambio, sólo por sentir sus brazos a su alrededor y sus labios contra los suyos: era suficiente pago por toda una vida de amor y devoción. Arriesgaría su corazón y su alma por él. En aquel momento estaba claro como el agua, y su decisión estaba tomada.

Se separó de él con suavidad y, tomándole de la mano, le condujo a través de la habitación hasta la cama, de nuevo como ejecutando los pasos de un baile. Ella se quedó de pie junto a la cama, con su mano en la de él, esperando, imaginando que él sabía mejor cómo debía continuar. Permanecieron juntos un largo rato y luego ella vio que él negaba con la cabeza.

Le soltó la mano, suspiró y ella sintió que se derrumbaba por dentro.

«No sé cómo voy a conseguir resistirme a ti», dijo, apartando aún más la ropa de cama y acariciando el espacio vacío. «Pero lo haré».

«No... no tienes que hacerlo», dijo ella. «No importa. No me importa. Soy tu mujer y puedes...». Se sonrojó.

Él negó con la cabeza.

«Vaya a la cama y duerma, Lady Urquhart,» dijo. «No haré más daño del que ya he hecho. Váyase a dormir».

Y al instante se había ido. Ella escuchó la puerta cerrarse tras él.

Capítulo Veintinueve

«El amo me dijo que la dejara acostada», dijo Margaret, «pero tiene visitas, milady. La señorita Macdonald y la señorita Grizel».

«Entonces será mejor que me levante enseguida», dijo Adela, sorprendida al ver que eran más de las diez. Se sorprendió de haber dormido. Había permanecido despierta durante horas que le parecieron interminables, muy agitada, después de que él cerrara la puerta. Había estado a punto de enloquecer, y sólo sus escrúpulos la habían salvado. Sin embargo, sus acciones no habían disminuido ni un ápice ese chocante pero irresistible sentimiento de deseo por él que la había inundado. Tenía que alejarse de él y de la tentación que representaba. Era la única manera. Era hora de poner fin al juego, sin duda.

Pero al despertarse, después de haber planeado hacer las maletas y prepararse de inmediato, se encontró con que había visitantes a quienes no podía ignorar. El juego tenía que continuar.

Adela encontró a la señorita Macdonald y a la señorita Grizel instaladas en la sala de desayunos, donde la siempre eficiente señora Hay les había servido jerez y bizcochos. No perdieron tiempo y le regalaron una cesta de delicados pelargonios escarlata, el orgullo de su pequeño invernadero.

«Una pequeña muestra de nuestro agradecimiento», dijo la señorita Grizel.

«¡Qué bonito! Siento haberles hecho esperar», dijo Adela, admirando los pelargonios.

«No, no, deberíamos disculparnos por haber llamado tan temprano», dijo la señorita Macdonald. «Es simplemente que no podíamos quedarnos fuera ni un momento más. Esto es lo más agradable que ha ocurrido en el vecindario desde hace al menos...»

«¡Una década!», dijo la señorita Grizel.

«Grizel, exageras.»

«Oh Nan, qué chocante eres. Anoche, cuando nos estábamos peinando, dijiste eso mismo. Estuvimos como un torbellino durante algún tiempo, debo decir, Lady Urquhart. Apenas pegué ojo. ¡El Duque y la Duquesa, nada menos! Y usted estuvo perfecta, absolutamente perfecta - terminó la señorita Grizel, tomando la mano de Adela y dándole unas palmaditas.

«Sir William es un hombre muy afortunado», dijo la señorita Macdonald. «Y no debes dejar que las púas de la señora Urquhart te piquen».

«¿Las notaste?» dijo Adela coloreándose. La señorita Macdonald asintió.

«Creo que es bastante común cuando los hombres se casan, que sus madres lo encuentren difícil», dijo.

«Es más que eso», contestó Adela. Eran tan amables y sinceros que no podía disimular con ellos. «Es porque no soy en absoluto lo que ella quisiera. Mi familia no es acomodada ni tiene buenas relaciones. Mi padre era sólo un maestro de baile. Un buen hombre honesto, pero no lo suficiente para ella». Y probablemente no lo bastante bueno para usted, pensó, preguntándose cómo se tomarían esta revelación. «Lo siento, tal vez debería haber...»

Hubo un silencio breve y, para Adela, doloroso, antes de que la señorita Macdonald exclamara, con una risa seca: «¡Ja, bueno, ése es un comportamiento muy fino!».

«Lo siento...» Adela empezó a levantarse de la silla.

«No de ti, niña», dijo la señorita Macdonald extendiendo la mano y obligándola a sentarse de nuevo. «De tu suegra. Teniendo en cuenta quién es».

«¡Oh, Dios, sí!», dijo la señorita Grizel.

«¡La conmoción que causó en el vecindario que el señor John Urquhart, el padre de Sir

William, se casara con ella! Su padre no era más que un tendero en Perth, así que ella no tiene derecho a hacerte sentir avergonzada.»

«Un pañero, si mal no recuerdo», dijo la señorita Grizel. «Una tienda agradable y gentil, sin embargo. No se le podía reprochar nada. No como en algunos lugares donde tratan de hacerte pasar con cosas con las que ni se te ocurriría envolver un queso».

«Pero una tienda al fin y al cabo», dijo la señorita Macdonald. «Así que no dejes que te fastidie, querida.»

«Lo era», dijo Adela, «aunque desafortunado en los negocios. Aprendió de mi abuelo, que tenía bastante reputación entre la alta burguesía, o eso decía siempre mi padre».

«¿Quién era tu abuelo?»

«Se hacía llamar Signor Alessandro Ross».

«¡No!», exclamó la señorita Grizel. «¡Qué maravilla! Fuimos a sus clases en Edimburgo, nos enviaron a pulirnos un poco cuando éramos niñas, y vivíamos con nuestra tía, la anciana Lady Mackail, ¡y él era considerado lo último en maestros de baile en aquella época!»

«¡Era muy estricto!», dijo la señorita Macdonald. «Solía quedarme temblando por si cometía un error. Tenía ojos de halcón. Si tu pie no estaba torcido exactamente así, o tenías las manos mal, entonces ¡ay de ti!».

«Sí, sí, ¿y recuerdas cómo le pegaba en las orejas a lord Abercrombie cuando no atendía bien a la lección?», dijo la señorita Grizel. «Todos nos quedamos estupefactos, y todos nos alegramos mucho en aquel momento, porque era un desgraciado, que siempre nos pellizcaba cuando tenía ocasión.

«Y robando besos», dijo la señorita Macdonald. «¡También tuve que pegarle en las orejas por eso!»

«¡Dios mío!», dijo la señorita Grizel. «Nunca me habías contado eso».

«Lo mantuve en secreto. ¿Qué habría pasado si la tía Mackail se hubiera enterado de que le había encajado las orejas a un chico con un rollo de renta tan largo como el de Abercrombie?».

«No se divirtió mucho encontrándonos maridos, ¿verdad?», dijo la señorita Grizel con una risita.

«No, y no lo lamento ni por un momento», dijo la señorita Macdonald. «Pero no deberíamos hablar así delante de una novia, ¿verdad?».

«¡Todos los caminos que debemos recorrer las mujeres son peligrosos, casadas o no!», dijo la señorita Grizel. «Y por eso debemos ser amigas. Y estoy encantada, Lady Urquhart, de haber tenido el honor de que su estimado abuelo me enseñara a bailar». Levantó su copa e hizo un brindis con ella, antes de beber un sorbo. «¡Y aún más encantada de que su nieta sea ahora un ornamento para la cañada!»

«Y si necesita algún consejo sobre la limpieza de la casa», dijo la señorita Macdonald, «no deje de pedirnoslo. Puede que seamos unas viejas tontas, pero entre las dos sabemos algo de eso».

«¡Si tiene algún problema con sus aves, mi hermana tiene un toque de genio con ellas!»

«La señora Elliot dijo eso», comentó Adela.

«La señora Elliot es muy, amable», dijo la señorita Macdonald. «Sus huevos de pato son espléndidos. Yo no puedo igualarlos, aunque me gustaría poder, porque a mi querido hermano no hay nada que le guste más que un buen huevo de pato mimado.»

«Es un buen plato para templar el mal humor de un hombre», dijo la señorita Grizel. «Con unas tostadas secas. Nunca falla, ¿verdad, Nan?».

«Nunca», dijo la señorita Macdonald, y Adela deseó que todas las dificultades de la vida se

resolvieran comiendo huevos escalfados y tostadas secas.

~

Will había concertado una cita a primera hora del día siguiente con Elliot y el coronel Milson para hablar de unos caballos.

«Espero que no sea demasiado temprano para ti», dijo Elliot al verlo bostezar. Sin duda se imaginaba que Will acababa de desprenderse de los brazos de Adela con gran desgana.

«No, en absoluto. Dormí mal. Demasiado vino anoche, creo. Me alegro de haberme levantado».

Elliot asintió, y luego dijo: «No tuve oportunidad de decir esto anoche - sobre el otro día, lo que ocurrió con la señora Urquhart en el jardín: bueno, puede estar seguro, Sir William, que la señora Elliot y yo no repetiremos ni una palabra al respecto.»

«Gracias.»

«Las peleas familiares son fácilmente malinterpretadas por los de fuera. Sólo podemos esperar que surjan caminos más suaves para todos ustedes, si puedo expresarlo de esa manera...»

«Lo has dicho muy bien. Me alegra saber que tengo amigos aquí. Y también Lady Urquhart».

«La señora Urquhart entrará en razón tarde o temprano», dijo Elliot. «Cómo no iba a hacerlo, si Lady Urquhart es tan... anoche estaba bastante, bien...» Se rió. «Tendré que tener cuidado con lo que digo o Jean se pondrá celosa».

«Sí, ten cuidado», dijo Will, logrando sonreír. «O tendré que noquearte».

«Exactamente como debe ser», dijo Elliot con satisfacción cuando entraron en el patio del establo. «¡Ah, aquí está el coronel! Buenos días, señor».

El coronel deseaba vender dos caballos. Los había adquirido en un momento de precipitación, explicó; eran una propuesta irresistible, pero realmente no los necesitaba y su sobrina le reprochaba el gasto de su estabulación.

«Tiene toda la razón», dijo con un suspiro. «Pero tiene el corazón duro. Iba a enviarlos a subasta en Perth, pero se me ocurrió que ya que usted estaba montando su establecimiento, podrían ser de su interés. Estoy seguro de que el señor Elliot dará fe de que son de la mejor calidad. Me ha visto con ambos».

«Oh, sí, sin duda. La yegua alazana también es un caballo excelente para una dama. He visto a la señorita Milson montarla también. Debo decir que se veía muy bien en ella».

«Lo sé», dijo el coronel con otro suspiro, «y todavía tiene un corazón de piedra».

«¿Y el semental gris?» dijo Will, mirando a Elliot repasar los puntos.

«No para una dama, creo, a menos que Lady Urquhart sea una amazona», dijo el coronel Milson.

«No», dijo Will.

«Me sorprende. Tiene la figura y el porte adecuados», prosiguió el coronel, frotando el cuello de la caña. «Pero tal vez las esposas jóvenes no deberían ser alentadas demasiado en esa dirección. Caballos tranquilos para quienes deben cargar con el futuro, ¿eh, Sir William? Pero podría montar este usted mismo y contentarse. Héctor es un excelente compañero».

«Puedo verlo.»

«Debería probarlo usted mismo», añadió el coronel Milson.

Will se preguntó si no iba a ser puesto a prueba tanto como el caballo. El coronel Milson

estaba intentando tomarle la medida, sin duda. Will era un jinete razonable. Había cabalgado mucho por la campiña italiana, pero no se consideraba un experto. El gris era guapo, pero quizá no respondiera bien a un adiestrador menos decidido que el coronel Milson. Miró a Elliot, y su mirada debió de delatar su desconfianza.

«Tiene buenos modales, Sir William», dijo Elliot.

«Los necesitaré para tolerarme», dijo Will. «Sí, lo probaré si me lo permite, coronel».

No pudo evitar recordar a Robert mientras cabalgaba. Le habría causado mucha gracia el coronel de espalda rígida, con su debilidad confesa por los caballos hermosos, y habría hecho un gran alarde de su seguridad como jinete. El papel de caballero principal del vecindario le habría encantado. A veces se burlaba del día en que recibiera la gran herencia. Había planeado escandalizar y fascinar a los vecinos de Balnagowan. «Volveré con dos amantes, además de una esposa extranjera (probablemente una católica romana) y un puñado de bastardos. Todos tendrán mucho de qué hablar. Eso es lo que hay que hacer en un aburrido barrio rural: darles a todos algo que admirar y despreciar al mismo tiempo».

En cambio, aquí estoy yo, pensó Will, mientras guiaba al caballo a través de la gran entrada arqueada del patio de cuadras y salía al parque.

El caballo estaba ansioso por ejercitarse, y Will se sorprendió al descubrir que podía perderse por un rato en el placer de montar a una criatura tan hermosa y enérgica. No tardaron en avanzar alegremente, en compañía de Elliot, que montaba a la yegua baya, y del coronel, que montaba a su impresionante bestia negra.

Will se dejó embriagar por el momento: la sensación de comandar un gran animal a través de un paisaje que, se dio cuenta, había atesorado en su memoria. Al redescubrir las exuberantes bellezas del parque y las tierras salvajes de la cañada, se dio cuenta de que aquel lugar había acechado sus sueños.

Continuó cabalgando, sintiéndose inconmensurablemente mejor. Emprendió el galope, como Héctor parecía desear hacer. Juntos avanzaron a toda velocidad por el sendero de hierba que atravesaba los brezales. Él deliraba con la velocidad y la fuerza de su avance. Héctor también se contagió de su espíritu y siguió adelante, decidido a demostrar que podía superar al ganador del Derby de aquel año.

Entonces, repentinamente, de entre la maleza y el brezo, un joven ciervo aterrorizado se cruzó en su camino, despertado por el sonido de los caballos que se acercaban. Al hacerlo, levantó una gran bandada de cuervos, que graznaron y se lanzaron en picado, haciendo que Héctor se sobresaltara y se espantara, tirando a Will al suelo.

Se quedó allí jadeando, sin aliento, sintiéndose como un saco de huesos desechado, mientras el caballo se cernía sobre él, sin avanzar y permitir que Will se pusiera a salvo, sino retrocediendo con un terror total y ciego ante los cuervos atormentadores, que hacían el ruido más insoportable.

Intentó desesperadamente rodar para apartarse, pero había una gran roca detrás de él y quedó atrapado mientras los cascos de Héctor crujían sobre él.

No fue por mucho tiempo, pero sí lo suficiente.

Se dio cuenta de que el coronel arrastraba al caballo y entonces Elliot se agachó junto a él y le tomó la mano.

«No te muevas, por el amor de Dios», le dijo.

«No puedo...» Will dijo, pero eso fue todo lo que pudo decir.

Deseaba el placer y luego la muerte, pensó, pero entonces llegó la oscuridad.

Volvió en sí con un gran aullido. Intentaban moverle. Sólo podía protestar. Quería que lo

dejaran quieto, que lo dejaran morir al abrigo de aquella roca. Era lo único en lo que podía pensar. El dolor era insoportable. Alguien le había metido un fajo de tela en la boca para que pudiera morderlo. No creía que su mandíbula pudiera soportar la presión de sus mordiscos, cuando unas manos invisibles -no podía abrir los ojos y mirar- lo tomaron y lo subieron a un obstáculo. Allí yacía, recuperándose, gimoteando como un niño al que han pegado.

Capítulo Treinta

Lo habían trasladado a uno de los dormitorios de la planta baja: un aposento grande pero bastante espartano que tenía el aspecto de ser destinado a huéspedes intrascendentes. La cama había perdido sus colgaduras y la alfombra sobre las banderas de piedra estaba raída.

Sir William yacía tumbado en la cama, con la parte inferior del cuerpo bajo una especie de jaula, tapada con una sábana. No llevaba camisa, y Adela pensó inmediatamente en lo anguloso y demacrado que lucía su cuerpo, en la poca carne que había para protegerlo. El señor Robertson, el cirujano, le había dicho que, además de la pierna rota, tenía las costillas rotas, y al ver cómo subía y bajaba la caja torácica, cada vez con una lucha alarmante, se sorprendió de no ver los huesos rotos asomando. Su piel se veía roja y sensible, y era de suponer que pronto estaría negra y amarilla por los hematomas. Parecía un santo moribundo en uno de los viejos cuadros religiosos que había visto en la galería de imágenes.

Lo habían apoyado sobre unas almohadas para que pudiera respirar mejor, pero los jadeos y los ruidos de succión que emitía no eran nada tranquilizadores. Estaba claro, además, que la fiebre de la noche anterior le estaba haciendo mella. Estaba bañado en sudor y tenía la cara enrojecida donde no era gris.

La señora Hay la vio cuando se acercó. Llevaba un paño húmedo que le dio a Adela.

«Tenemos que mantenerlo fresco», dijo. «Usted será su mejor medicina».

«No lo sé. No creo que me reconozca».

«La conocerá, milady», dijo la señora Hay. «Estoy segura de ello».

Así que hizo lo que le indicaban y se dispuso a hacer lo que podía, que no le parecía nada. Aquellos inefectivos toques con un paño húmedo no parecían hacer mella en sus mejillas abrasadas. Estaba furiosamente caliente.

En ese momento el señor Robertson se preocupó y pidió hielo. Como se había pedido para la fiesta de la noche anterior, aún quedaba algo a mano. Pronto le aplicaron en la espalda una gran funda de almohada llena de hielo picado, un procedimiento incómodo que le obligó a sentarse, apoyado contra el quirófano. El choque de esta cataplasma helada le hizo recobrar la conciencia tosiendo y balbuceando. Abrió los ojos y miró a su alrededor parpadeando. Al mismo tiempo empezó a temblar de frío.

«Así está mejor, señor», dijo Robertson.

William parecía intentar hablar mientras Robertson le dejaba descansar suavemente sobre las almohadas. Con el brazo que no estaba herido alargó el brazo y agarró, con bastante desesperación, la tela entera de su manga.

«Todo a su debido momento, señor», dijo Robertson, desatando suavemente su mano y depositándola de nuevo en la cama. «Ya está bastante cerca por ahora». Se volvió hacia la señora Hay. «Un cuadrado de franela, si tiene algo así. Póngaselo sobre el pecho y probaremos con un poco de brandy y agua caliente. ¿Sí? Eso le hará bien. ¿Quizás mi señora quiera mezclarlo por usted?»

«Sí, por supuesto», dijo Adela, contenta de que le dieran algo que hacer. Se acercó a la mesa, donde había una tetera sobre una lámpara de alcohol y una jarra.

Mientras mezclaba los licores, se dijo a sí misma que el hecho de que él la cogiera de la manga no significaba nada, aunque Robertson lo había interpretado, como es natural, como un marido que tiende la mano a su ser más querido. No debes interpretarlo como algo más que un hombre enfermo buscando algo, cualquier cosa que le reconforte.

Pero al decirse eso a sí misma, se dio cuenta de que deseaba que significara algo más. Ahora que se enfrentaba a la angustiosa y cruda realidad del accidente, al ver su cuerpo destrozado y maltrecho tendido en la cama, su quebranto la hizo sentir miedo.

No era sólo compasión por un alma en gran angustia y dolor. Era más que eso. Era un terror egoísta: no quería perderlo, cuando aún no había empezado a desentrañar el rompecabezas que él era.

Capítulo Treinta y Uno

En una neblina de láudano, con la pierna aprisionada en una caja construida a su alrededor para que no tuviera la tentación de moverla, a Will le costaba mantenerse alegre.

Era consciente de que debía estar agradecido. Que no debería estar vivo y que los que luchaban por su vida a su alrededor estaban en una búsqueda heroica. Sabía que se suponía que quería unirse a la lucha, pero a menudo se sentía deseando el final.

A veces, para sentirse un poco más agradecido, se imaginaba tumbado en alguna sucia habitación de posada en el campo, cerca de Roma. Se imaginaba a las pulgas en el colchón mordisqueándole ávidamente, mientras algún incompetente colocador de huesos rural, habiéndole visto entrar en fiebre alta, había mandado llamar a un colega fuertemente armado para que le ayudara a amputar. Le habrían matado en el acto. Estaría muerto si eso hubiera ocurrido en Italia.

Podría estar muerto aquí si el señor Robertson hubiera optado por amputar. El shock mató a todos, excepto a los cuerpos más fuertes. Pero en vez de eso, estaba atrapado en esta interminable agonía de aprisionamiento corporal. Robertson era un jugador, eso estaba claro, y estaba decidido a seguir su línea de inmovilización.

«No amputo a menos que no haya otra opción. Usted es joven y sano, señor; sus huesos se curarán solos, con el tiempo y con buenos cuidados», le había dicho a Will.

Will no estaba convencido. A veces sentía que no era más que un experimento encantador para él: un cliente ilusorio salvado sería labrarse una reputación. A veces deseaba morir para demostrar que Robertson y su caja de horror estaban completamente equivocados. Después de todo, su cuerpo se estaba descomponiendo; ¿cómo podía estar sanando su pierna cuando sentía que su cuerpo y su mente se disolvían?

Lo peor ocurría por la noche. Dormía, gracias al láudano, pero con dificultad, porque no había nada que lo agotara. Estaba plagado de pesadillas de la más vil descripción. A menudo se despertaba jadeando y sudando, con vergonzosas lágrimas de terror corriendo por su rostro, desesperado por perderse para siempre antes que enfrentarse de nuevo a los mundos de la miseria. No podía olvidar aquellas visiones, ni siquiera cuando su enfermera venía, le lavaba la cara y le susurraba palabras tranquilizadoras. Su corazón seguía latiendo con fuerza, tenía la garganta seca y los dedos fríos como el hielo. Todo su impulso era saltar de la cama, moverse para, agarrarse a cualquier distracción normal, pero debía permanecer allí, tendido, con la pierna en su ataúd, todo su ser un miserable prisionero.

Se repetían noche tras noche: cien variantes de un mismo tema. Era un esqueleto viviente, la carne le colgaba por partes, pero la mayor parte del tiempo estaba reducido a sus huesos. En ese horrible estado, se dejaba llevar por la lujuria de un simple animal. Iba en busca de mujeres: no de cualquier mujer, sino de mujeres jóvenes e inocentes que aún no habían sido tocadas por los hombres. Y las poseía, aunque ellas le gritaban e intentaban luchar contra él, pero él tenía una gran fuerza y siempre obtenía su premio. Y al final, tras la vil lucha, se apartaban de él.

Noche tras noche, se despertaba, su mente bullendo con la misma imagen: un rostro reprobador y lloroso que se apartaba rápidamente de él, muy angustiado. Su rostro. El rostro de Adela. Siempre Adela.

«No luce usted bien esta mañana, Lady Urquhart,» dijo el señor Robertson, cuando entraron en la pequeña sala del pasillo, después de su examen matutino de la paciente. «Debería descansar y tomar el aire. ¿No le parece, señora?», le dijo a la Sra. Urquhart, que estaba sentada a la mesa del té. «Se está esforzando demasiado».

La señora Urquhart no replicó y se dedicó a servir el té al señor Robertson. Rápidamente se había establecido una rutina. Le gustaba una taza de té de la India, dulce y fuerte, con dos rebanadas de pan y mantequilla.

Robertson tomó la mano de Adela por la muñeca y la acercó a la ventana. Le examinó la cara.

«Muy pálida, y su pulso es débil». Frunció el ceño. «¿Cuándo fue la última vez que tomó sus cursos, milady?»

«Sr. Robertson, si es tan amable», dijo Lady Urquhart.

«Si su señoría está embarazada, que bien podría estarlo, entonces no es poca cosa. Especialmente dada la condición de Balnagowan».

La señora Urquhart dejó de preparar el té y estudió a Adela durante un largo momento.

«Tienes razón», dijo. «Mi hijo mayor fue concebido en el viaje de bodas, y tengo razones para creer que Sir William y Lady Urquhart pueden haberse adelantado a los acontecimientos. Estabas parlotando sobre guarderías, ¿verdad, niña?», terminó.

Hace una semana, a Adela le habría resultado muy difícil aceptarlo. Pero ahora no le sorprendía nada de lo que la señora Urquhart le decía o decía de ella. Desde luego, no tenía fuerzas para defenderse. Había pasado toda la noche sentada con Sir William, y no había sido una noche agradable.

Sus pesadillas nocturnas parecían ir a peor, y no ayudaba el hecho de que verla a ella pareciera alarmarle aún más. Anoche la había apartado, hasta el punto de que la señora Hay le había dicho que se ocupara en otra cosa. «No hace más que angustiarle, milady. Su presencia aquí no le hace ningún bien».

Ahora se sentó en la silla junto a la ventana, invadida por un repentino hastío.

«¿Mi señora?» Robertson dijo de nuevo. «¿Es posible?»

Ella sólo pudo negar con la cabeza.

Había una parte de ella que quería decir que era posible. Tener un hijo creciendo en sus entrañas, a pesar de todo, habría hecho que su corazón saltara de alegría. Pero dadas las circunstancias, se recordó a sí misma, habría sido lo peor. Se estaba dejando llevar por esperanzas de cuento de hadas, evocando un país de ensueño de sueños estúpidos en el que esperaba feliz el nacimiento de un hijo con un hombre que la amaba y al que ella amaba. Sí, estaba cansada. El señor Robertson tenía razón.

«Es una lástima», dijo la señora Urquhart, con su frialdad habitual.

«Le pido disculpas, señora», dijo Adela, levantándose de la silla. «Me gustaría tanto poder ofrecerle un heredero garantizado de la propiedad. Incluso intentaría complacerla muriendo en el parto. Eso sería muy satisfactorio, ¿no?»

El señor Robertson la miró fijamente.

«Debe descansar, sea como sea, milady», dijo. «Parece que el estado de Sir William es demasiado para que usted lo soporte».

«Supongo que no hay ninguna mejora notable esta mañana», se lamentó la señora Urquhart.

«Todavía queda mucho trabajo por hacer», dijo Robertson, «por desgracia».

«¿Y todavía no considera que una amputación sea un curso más preferible?»

«No, definitivamente no. Sería demasiado para su constitución en este momento».

Adela se agarró a la barandilla de su silla. De repente se sintió inestable. La idea de una amputación era insoportable.

«Quizá debería haber actuado en esas primeras horas», continuó la Sra. Urquhart.

«No, conservaré un miembro si puedo, señora. Ya le he explicado antes por qué».

La Sra. Urquhart se levantó y colocó el té del Sr. Robertson junto al pan y la mantequilla.

«Sólo puedo rezar para que tenga razón», dijo, dirigiéndose a la puerta. «En mi niñez, los cirujanos hacían lo que se les decía y tomaban el té con el ama de llaves, Robertson. No jugaban con teorías sobre sus clientes ricos, sino sobre sus casos de caridad».

Se marchó y Robertson se volvió hacia Adela.

«Usted, milady, ¡creo que entiende lo que intento hacer!»

«Sí», dijo Adela.

«Sé que es un largo y tortuoso camino», dijo, «pero verán un mejor resultado. Puede que quede cojo -no creo que le devolvamos el movimiento completo a la rodilla-, pero no será un tullido miserable. Y con el tiempo -añadió dándole unas palmaditas en el antebrazo-, tendrá muchos hijos».

Adela sonrió.

«Me iré a descansar», dijo. «Y usted debe beberse el té».

Él le hizo una pequeña reverencia e insistió en abrirle la puerta cuando se marchó.

Capítulo Treinta y Dos

Transcurrió otra larga semana en la que Sir William empezó a mostrar signos de mejoría. La fiebre pasó, y aunque continuaba débil, parecía que por el momento el mayor peligro había pasado. Estaba lúcido, y el señor Robertson declaró que ver a su joven esposa podría ser un tónico.

Pero Adela vaciló. El recuerdo de su angustia al verla en la niebla de su delirio era algo muy crudo como para dejarlo de lado. Y las cartas de Edimburgo no traían consuelo. Jacobina había entrado en escena. No podía imaginar por qué Adela seguía en Balnagowan. «*Si está en libertad de volver, no entiendo por qué no lo hace*».

Recogiendo algunas flores del jardín con las que alegrar su habitación, Adela se preguntó por qué seguía allí. Él estaba fuera de peligro y ella no podía hacer nada por él. A él le daría igual que ella estuviera allí o no. Esa era la verdad.

Se tomó un tiempo arreglando su pequeño ramillete de rosas y pimpollos y luego se dirigió a la habitación del paciente.

Estaba recostado sobre sus almohadas. La señora Hay le había puesto una camisa e Innes acababa de afeitarse. Estaba pálido, con los labios enrojecidos por el contraste. Se volvió y la vio de pie en la puerta.

«Ahora le dejo, señor, milady», dijo la señora Hay, dándole un último meneo a las almohadas.

Era la primera vez que estaban a solas desde hacía casi quince días, se dio cuenta. La última vez que había hablado con él había sido cuando entró desde su dormitorio aquella noche antes del accidente.

«Oh, flores», dijo él, mientras ella dejaba el ramillete sobre la encimera.

«¿Te importan?», preguntó ella. Sonaba poco entusiasmada.

«No, no...» dijo él. «Son... eres muy amable». Sonaba muy débil.

Ella deseó no haberlas traído. Sentía que lo estaba ofendiendo.

«El olor, tal vez es demasiado...»

«¡Déjalas!» dijo él. «Por favor. Permítame verlas».

Ella se las dio. Él se las llevó a la cara y las olió profundamente.

«Muy dulce», dijo. «Y hecho con mucho esmero». Las dejó en el suelo.

«Tengo algo más para ti», dijo, introduciendo la mano en el bolsillo de su delantal. «Encontré esto en la antigua enfermería». Era una caja de lápices de dibujo. «Pensé que te ayudaría distraerte mientras te recuperas. Algo para pasar el tiempo. Son tuyos, creo, y están apenas usados».

«Te dije que había una razón para eso», dijo.

«No estoy sugiriendo que te sometas a la Real Academia», dijo ella. «Se trataba simplemente de que pudieras encontrar algún placer en ello. Está claro que ya lo hiciste una vez. Es sólo una sugerencia. Puedes aceptarla o no, según te apetezca».

Él torció la boca, claramente considerándolo.

«Un débil garabato para pasar el tiempo», dijo.

«Tendrás tiempo de sobra», dijo Adela. «El señor Robertson dice...»

«Sí, al menos dos meses», dijo. «Mi sentencia por mis pecados».

«Fue un accidente.»

«No», dijo. «Es mi castigo por haberte encerrado. Sin embargo, no hay necesidad de

castigarte a ti también. De hecho, me alegro de tener la oportunidad de hablar contigo esta mañana. Me remuerde la conciencia que todavía estés aquí. No hay absolutamente ninguna razón para que estés aquí. Todo esto es demasiado desagradable para que lo soporte un extraño».

Quería protestar por ser descrita como una extraña, pero había algo de verdad en ello.

«Me parece que ya es hora de que empaques tus cajas y vuelvas con tus hermanas», dijo él. «¿No crees?» Ella no pudo responder. «¿Seguro?» Ella seguía sin contestar. Él continuó: «Fuimos tontos. Nos dejamos distraer. Jugando. Te pido disculpas por haberte desviado».

«En eso soy tan culpable como tú», dijo ella, encontrando por fin la voz. «Y gracias».

«¿Por qué?»

«Por tomar esa decisión por mí. He estado luchando con ella».

«Me preguntaba si lo estarías. Pero permanecer por deber en este caso sería un falso sentimiento, y no me importan esos. Creo que a ti tampoco».

Él la miraba fijamente, con sus ojos grises.

«No», admitió ella. Se miró las manos. «¿Y nos comunicaremos a través de nuestros abogados, como habíamos planeado?»

«Sí, exactamente como habíamos planeado».

Ella asintió, y después de un pequeño silencio, él continuó: «Le diré a todo el mundo que te he echado. Que no soporto verte. Parecerá un capricho malvado por mi parte, provocado por una fiebre cerebral. Puedes ser la parte inocente y agraviada, ¿sí?».

«Sí, si quieres», dijo ella.

«Con un poco de suerte, no tardarás en recibir noticias desagradables... o agradables, según se mire».

«Eso es una tontería, y no deberías hablar así. El señor Robertson piensa...»

«Sí, pero los buenos médicos siempre están alegres ante el desastre, para eso les pagamos. Pero realmente no se sabe lo que puede pasar. Otra fiebre podría alcanzarme, golpeándome hasta la sumisión esta vez. Es un juego de azar».

«No debes pensar en eso. Por tu propio bien...»

«¿Debo luchar? ¿Para qué, sinceramente? Sería mucho mejor para todos si yo estuviera muerto».

«Pero no para ti», dijo ella.

«No temo a la muerte. Puedo enfrentarme al juicio», dijo. «Ya he probado los tormentos del infierno. Satanás debería estar tomando notas. Y, por supuesto, es muy poco probable que exista. Lo que yo imagino que es la muerte, es el olvido - y eso, créeme, podría abrazarlo felizmente».

«Creo que todavía tienes fiebre», dijo ella, «para estar hablando así».

«Tal vez. Debes tomar de mí el sentido que puedas y desechar el resto. Y luego, ¡haz las maletas y emprende el vuelo! Eres una mujer sensata, después de todo».

«Muy bien», dijo ella. «Estamos decididos, entonces».

«Sí, creo que sí», dijo él.

Cuando salió de la habitación, permaneció unos instantes en el pasillo, respirando hondo y tratando de comprender lo que acababa de ocurrir. Le entraron unas ganas terribles de volver a entrar corriendo. Quería decirle que no se iría, quisiera él lo que quisiera, pero al mismo tiempo sabía que debía protegerse a toda costa y retirarse. Si se quedaba a la batalla, la herirían irremediabilmente. Era demasiado peligroso quedarse y amarle. Era mejor marcharse antes de haber perdido completamente el corazón.

Pero en el carruaje, mientras se alejaba, se encontró llorando como una niña.

Capítulo Treinta y tres

Octubre

La intención de Will no era ir a Venecia porque sí. No pensaba quedarse allí mucho tiempo. Tenía un plan impreciso de ir más al este, quizá a Grecia a pasar el invierno. Venecia parecía un lugar tan bueno como cualquier otro para emprender semejante viaje, y había ido allí con ese propósito.

A Robert nunca le había gustado Venecia. «Meretricia, llamativa, completamente falsa». Le había ofendido. Prefería la austeridad patricia de Roma. Sin embargo, las caprichosas ambigüedades de Venecia habían encantado a Will, dejándole siempre deseoso de más. Siempre le había entristecido marcharse, y ahora que se encontraba aquí, a fuerza de un viaje más incómodo y agotador que cualquier otro que hubiera experimentado antes, en el abrazo de un apacible octubre, no se sentía inclinado a moverse más. La góndola era el medio de transporte perfecto para un hombre cuya pierna ya no doblaba la rodilla. Le permitía holgazanear y no sufría las angustiosas sacudidas de un carruaje.

Había cruzado los empinados pasos alpinos en una silla de carruaje. Había sido una fuente de vergüenza y agonía para él, ser llevado como una mujer, cuando antes había caminado o montado uno de los robustos ponis alpinos. Venecia y sus suaves y deslizantes góndolas eran como una mano fría pasada sobre una frente febril. Quizá la mano de una mujer.

Venecia tenía fama de ser una ciudad de mujeres hermosas, un lugar donde un hombre podía descubrir un placer sin fin. Su casera, una delicada y anciana Condesa que le cedió el piano nobile de su ruinoso palazzo por una ridícula miseria, así se lo había dado a entender. Estaba claro que esperaba que una mujer apareciera en su cama tan pronto como él hubiera instalado su caballete en el gran salón. Decía que se acordaba de Lord Byron, pero él lo dudaba. Lord Byron no tenía problemas para atraer la atención de las damas, dijo. «Las damas venecianas siempre sentirán afecto por un milord escocés, especialmente por uno que habla tan bien italiano».

Había desempacado sus cuadernos de bocetos, obra de su tortuosa convalecencia, y los ojeaba mientras bebía una jarra del ligero vino tinto del Véneto. A la lustrosa luz del gran salón, con su suelo de mármol plateado, sus bocetos lucían endeble. Se asomó al balcón que daba al Gran Canal, preguntándose si sería presuntuoso intentar dibujar en Venecia, y si tendría la competencia necesaria, por no hablar de la habilidad.

Había dibujado interminables interiores en Balnagowan, y los paisajes visibles desde sus ventanas. Había hecho sentarse para él a las criadas y a su madre, cuyas distinguidas facciones eran una dura prueba para sus habilidades. Había llamado a un maestro de dibujo, que le había dado algunas lecciones de acuarela, y había empezado a experimentar con tintas y aguadas. Se había convertido en una obsesión necesaria, un intento de dominar algo con las manos cuando la pierna le había fallado de forma tan espectacular. Pensó que le había salvado. Ella tenía razón.

Ella...

No se permitió pronunciar su nombre, pero allí de pie, en el balcón del Palazzo, contemplando la brillante escena, le vino a la mente, como una de las blancas aves marinas que se mecen en el canal: Adela. Un nombre que pertenecía a Venecia.

Suspiró y volvió al salón. La Condesa había entrado de nuevo.

«Voy a llevar a mi sobrina a la ópera esta noche», dijo. «¿Le gustaría acompañarnos,

signor? Van a representar Lucrecia Borgia».

«¡Por supuesto!», dijo Will. «Gracias, será un honor».

«Tengo un palco», dijo la Condesa, mientras salía de la habitación.

Conseguiré que se siente para mí, pensó Will, dándose cuenta de que lo que más le gustaba dibujar eran personas y no caparazones. Su maestro de dibujo se lo había dicho. «Tiene usted un gran talento para el rostro humano, Sir William», le había dicho, e incluso la señora Urquhart no había fruncido mucho el ceño ante su retrato de ella.

No es que la hubiese consolado mucho. Había habido algunas discusiones absurdas cuando él anunció que partía de nuevo hacia Italia. Ella había amenazado con recabar la opinión contraria de media docena de los mejores médicos de Edimburgo para impedirle el viaje, aunque Robertson fue quien se lo recomendó.

«Y si descubro que has ido tras esa criatura...», comenzó.

«No, puedes estar tranquila a ese respecto, madre, y ahora puedes tener tu reino para ti sola. Con suerte, el Coronel Milson encontrará el valor para pedirte que te cases con él. Podrá perdonarse lo suficiente si me levanto y me voy de aquí».

Le había costado mucho manejar un tono tan ligero con ella y burlarse de los graves intentos de cortejo del coronel.

Por su mente había pasado la idea de hacer eso mismo y buscarla, pero no tenía ni idea de por dónde empezar. Christie mantenía la boca cerrada. Rookwood había intentado obtener información de él, pero fue en vano. Ella le había tomado la palabra, por supuesto que sí. Había hecho un corte limpio, como la amputación amenazada de su brazo.

Bueno, si no perdía el brazo, perdía el corazón. Ésa era la verdad.

No creía tener un corazón que perder, pero cuando ella se fue, sintió un terrible vacío, como si ella le hubiera arrancado el corazón del pecho y se lo hubiera llevado con ella.

Se había dicho a sí mismo que ya se le pasaría. Sólo había sido un síntoma.

Era un inválido recién salido del cascarón, drogado con lauda y lástima de sí mismo. Por supuesto que la deseaba, como cualquier estúpido desearía una cara bonita y unos modales amables. No significaba más que eso.

Pero el sentimiento no le abandonaba, esa sensación de pérdida que no se parecía a ninguna otra pérdida que hubiera sentido antes. Era enormemente desconcertante, y tenía que esforzarse mucho para apartarla. No era la añoranza que había sentido por la dulce presencia de Annie, ni la agonía visceral que había sentido por la muerte de Robert. Se sentía como un instrumento desafinado y necesitaba, no quería, que Adela...

No, se dijo a sí mismo con severidad. No pensaré en ella. Eso se acabó y, por su bien, es mejor que así sea. Hace bien en esconderse.

La ópera sería una excelente distracción. Tal vez podría, como sugirió la Condesa, encontrar alguna dama susceptible para entretenerse. Venecia y una amante. Sería una cura tan buena como cualquier otra.

Capítulo Treinta y Cuatro

Sophie prácticamente chillaba de emoción mientras ocupaban sus lugares en el palco. Adela también estaba emocionada, a su pesar.

Era difícil no estarlo, contemplando la brillante escena que se abría ante ellas: el enorme teatro en forma de herradura, con sus palcos apilados a una altura imposible. Estaban en el tercer piso, cerca del escenario, un lugar excelente para ver la ópera. Imaginó que para ver el escenario desde los palcos superiores o los del fondo se necesitarían unas gafas de ópera muy potentes. Los cantantes necesitarían una extraordinaria capacidad de proyección para llegar al fondo del gran espacio.

Y no sólo tendrían que cantar como dioses, pensó, sino que tendrían que competir con el público, que era un drama deslumbrante en sí mismo bajo las enormes lámparas de araña. Las mujeres iban vestidas con sedas y satenes de todos los colores del arco iris, pero todos sus efectos de moda quedaban eclipsados por los impresionantes uniformes de los oficiales austriacos.

«Me siento desaliñado», dijo el señor Henty. «¿Cómo se supone que un hombre puede competir con todo ese encaje de oro y plata? No debería estar permitido».

«Sí, es poco elegante», dijo Adela con una sonrisa, «cuando las damas se han tomado tantas molestias, ser tan eclipsadas por los hombres».

«Unos cuantos de nuestros soldados de las Altiplanicies los eclipsarían a todos», comentó la señora Henty.

«Quizá ayudarían a los venecianos a derrotar a los austriacos», dijo Sophie. «¡Y restaurar la República!»

«Es usted una revolucionaria escandalosa, señorita Sophie», dijo el señor Henty, con una sonrisa.

«Sí, desde luego que lo soy», dijo Sophie. «¡Y mire cómo nos miran esos tipos de ahí!».

Tenía razón. El palco de enfrente estaba lleno de oficiales que se deleitaban mirándoles.

«Quiero sacarles la lengua», dijo Sophie.

«Es tentador», dijo Adela. «El problema es que esta noche estamos demasiado guapas. Y usted, señor Henty... se están preguntando por usted. Parece distinguido. ¿Le tienen por el Ministro de Hacienda, quizás?»

«O Duque», dijo la señora Henty. «Siempre he pensado que deberías ser Duque, Edward».

«Y un gordo e inútil tonto habría sido», dijo el señor Henty, un bodeguero de Leith que había construido un extenso y rentable negocio por todo el continente. «Pero Ministro de Hacienda... bueno, podría ser interesante durante una legislatura, pero luego...», se encogió de hombros. «Me quedaría atrapado en Londres y, como sabes, no soporto estar mucho tiempo en ningún lugar. Soy demasiado intranquilo».

El señor y la señora Henty habían alquilado por un corto período la casa contigua a la suya, en Warriston Crescent, porque se proponían viajar en el transcurso del año. Sin hijos y de mediana edad, con un carácter abierto y hospitalario, les había complacido conocer a las hermanas de Adela. Cuando regresó de Balnagowan, descubrió que en poco tiempo se habían hecho muy amigas. Sophie, en particular, parecía haber despertado los instintos maternos de la señora Henty, y Sophie estaba encantada de ser madre. Con la señora Henty era como un gato tumbado frente al fuego.

Esto había reconfortado mucho a Adela. Le recordaba por qué había actuado así. Era algo

verdadero a lo que aferrarse. Alivió por un tiempo su sentimiento de culpa ver a Sophie recortando en papel los retratos del señor y la señora Henty y floreciendo bajo sus atenciones.

Y era imposible resistirse a los Henty. La señora Henty tenía tacto. No hacía preguntas incómodas sobre maridos ausentes o el origen de la riqueza de Adela. Le permitía guardar sus secretos y Adela se lo agradecía. El señor Henty era amable y divertido. Tenía una mente independiente, y sus historias nunca dejaban de ser divertidas.

Cuando sugirieron que Sophie y Adela fueran al continente con ellos en julio, había sido una verdadera lucha saber qué hacer. Sophie, por supuesto, no veía ninguna razón en contra. No podía ocultar su emoción, y negársela habría sido cruel. Adela pensó en dejar que se llevaran a Sophie y quedarse en Edimburgo con Carrie y Jacobina. Habría sido lo más decente y respetable. No era como si ella mereciera el placer de una excursión por el continente.

Jacobina, que aún no la había perdonado, se lo había dicho, y ella ni siquiera conocía todas las circunstancias. No sabía que casi todas las mañanas se despertaba en un estado de desesperación y de vergonzosa ansiedad, y que tenía que repetírselo a sí misma cien veces al día: Él me dijo que fuera. Me pidió que fuera. Él quería que fuera.

Al final fue Carrie quien lo decidió. Declaró que Adela se estaba poniendo pálida y enferma, y que debía irse, o moriría antes de fin de año, estaba segura de ello.

«No somos el tipo de cuerpos que se benefician de los viajes, Binnie», dijo. «Pero Addie y Sophie... bueno, deben ir».

Se mostró inusualmente firme al respecto.

«Puede que tengas razón, Carrie», dijo Jacobina. «No estás bien, Addie. Este asunto te ha pasado factura, puedo verlo. Y es todo lo que podemos hacer, dejarte ir, cuando has hecho todo esto por nosotros. Es tan agradable esta nueva vida, tengo que admitirlo».

Adela la besó entonces, y Sophie corrió a la puerta de al lado para dar la buena noticia antes de que Adela tuviera la oportunidad de objetar.

Mientras atravesaban Europa, de Burdeos a Lyon -el Sr. Henty mezclaba negocios con placer- y luego los Alpes hasta Suiza, para pasar el calor del verano en Chamonix, a menudo pensaba en romper su silencio y escribir una carta a Balnagowan. Sólo unas líneas de gratitud, expresadas formalmente, para hacerle saber que no le olvidaba.

A veces incluso se sentaba con la pluma en la mano e intentaba empezar la carta, pero las palabras siempre la abandonaban. Había dejado la pluma y se había sentado retorciéndose el anillo de boda en el dedo, esa insignificante y significativa muestra. El recuerdo vívido de él deslizándose en el dedo surgía en su imaginación y la dejaba enferma con una mezcla venenosa de vergüenza y deseo. Podía ver sus ojos grises, a través de sus largas pestañas, la comisura de sus ojos arrugada por la diversión. A menudo, cuando llegaban a un lugar nuevo y extraordinario, anhelaba escuchar su voz seca comentando lo que veían, señalando alguna belleza, nueva para ella, pero familiar para él. Se preguntaba todo el tiempo si estaba siguiendo sus pasos sin darse cuenta, y qué pensaría él de que ella estuviera allí.

Ojalá pudiera olvidarle, pensó, apartando la vista para evitar la mirada de uno de los oficiales austriacos, que ahora se estaba volviendo incómodamente franca. Bajó la mirada hacia sus manos enguantadas, que sostenían su abanico en el regazo de su nuevo vestido de seda azul grisáceo pálido (la seda comprada en Lyon a precios de mayorista gracias a los excelentes contactos de negocios del señor Henty).

«Deberíamos girar las sillas hacia el escenario», dijo la señora Henty. «Realmente son muy pesados. Sophie, cariño, echa tu silla un poco hacia atrás. Si te sientas aquí, el telón te ocultará pero aún podrás ver el escenario».

Ella hizo lo que le pedían y Adela se levantó con la intención de encontrar su lugar más seguro. Pero al girarse vio a los ocupantes de otro palco. Una anciana vestida a rayas negras y plateadas, con un impresionante tocado de encaje negro y diamantes aún más impresionantes en la garganta, estaba sentada con una jovencita vestida de seda rosa. En el fondo del palco, apoyado en un cayado de pastor, entre todas las cosas, estaba la figura de un caballero que se parecía a...

Sin embargo, estaba tan atrás que su rostro quedaba en la sombra. No estaba del todo segura, pero había algo tan familiar que la hizo estremecerse de asombro.

Dudó un instante, buscando entre las sombras todo el tiempo que le fue posible. No sabía qué era lo que quería ver. ¿Era su mente jugándole una mala pasada? ¿Simplemente veía lo que deseaba ver? ¿Por qué había atribuido ese nombre a una simple sombra? ¿Por qué siempre la perseguía así?

«Parece como si hubieras visto un fantasma», dijo Sophie observándola fijamente, mientras se sentaba a su lado.

«¿Estás bien?», le preguntó la señora Henty.

«Sólo hace un poco de calor», dijo Adela, y abrió su abanico.

Comenzó la obertura y, desde donde estaba sentada, no podía ver el interior del palco. Intentó prestar toda su atención a la música y calmar su trepidante corazón.

La pieza que iban a ver era Lucrecia Borgia, una tragedia basada en una obra de Victor Hugo. Unos acordes estruendosos y ominosos, acompañados por redobles de tambor, inundaron el gran auditorio. No había nada que la tranquilizara, sólo que aumentara su ansiedad.

¿Había visto un fantasma? Un gélido escalofrío de terror la invadió al levantarse el gran telón. Había escuchado viejas historias en las que, en el momento de la muerte, un espíritu se aparecía a los amigos ausentes, casi como un gesto de despedida. ¿Era eso lo que había visto? ¿Había conseguido la muerte que tan imprudentemente había deseado?

«Con suerte moriré pronto y te liberaré».

No sabía muy bien cómo había podido soportar el resto de la ópera. Se sentía como si la hubieran encerrado en una caja de cristal. Podía ver perfectamente fuera de ella, pero el sonido estaba amortiguado. Podía ver la actuación, oír el canto, pero no podía involucrarse con ellos. No podía perderse en la actuación como Sophie. Estaba totalmente perdida en el drama de todo aquello, tirando de su silla hacia delante, sin importarle la irrespetuosa mirada de los oficiales austriacos.

Al concluir el segundo acto, se atrevió a echar un vistazo al telón. Los dos laicos continuaban allí, pero la figura del fondo había desaparecido. Se sorprendió y no se tranquilizó lo más mínimo. Le pareció más bien una terrible visión. Verlo sólo por un momento seguramente demostraba que no era real.

No pudo evitar temblar y le castañetearon los dientes. Se envolvió en su chal.

«No creo que estés bien, Adela», dijo la señora Henty.

«Creo que tienes razón», dijo el señor Henty, mirándola.

La señora Henty extendió la mano y tocó la cabeza de Adela.

«Estás ardiendo», dijo. «Será mejor que volvamos al hotel».

«No, no, no hace falta», dijo Adela, sin darse cuenta de cómo se hundía la cara de Sophie. «Me repondré enseguida».

«Pareces sonrojada», dijo Sophie. «La señora Henty tiene razón. Deberíamos irnos».

«¿Si estáis del todo seguros?» dijo Adela, odiando la idea de ser responsable de arruinar el placer de la velada. Pero al mismo tiempo, era consciente de que empezaba a dolerle la cabeza y

tenía los pies helados. La idea de volver a la cama del hotel le resultaba agradable.

Y si estoy enferma, si he cogido una de esas fiebres por las que Venecia es famosa, entonces eso explicaría que haya visto esas imágenes, pensó, con cierto alivio, mientras bajaban hacia la entrada de agua del teatro. No había visto un fantasma, no lo permitiría.

Capítulo Treinta y Cinco

Will había bajado al Arsenale con la intención de dar un vistazo general, pero en lugar de eso llamó su atención un grupo de mujeres jóvenes sentadas haciendo encaje, con un apuesto gato dormido a sus pies. Por un puñado de monedas, estaban dispuestas a servirle de modelos. Se sentó en su taburete con la pizarra y la tiza, con la pierna mala estirada para estabilizarse.

Le había costado encontrar una buena posición para dibujar, pero ahora sentía que la había transformado a su favor. Cuando se dieron cuenta de que hablaba bien el italiano, los labradores sintieron curiosidad y le preguntaron por su bastón de pastor y su pierna coja.

«Scotsezze, ah», dijo la más joven y guapa, con un guiño seductor. Will lo pensó y luego recordó que era un hombre casado. Sus intentos de ser duro y despreocupado al respecto estaban resultando difíciles.

Mientras trabajaba, se dio cuenta de que todos estaban siendo observados por un caballero de mediana edad y una joven que, supuso, debía de ser su hija. Eran, a su manera, tan dignos de estudio como las encantadoras encajeras. Iban bien vestidos, pero con la soltura propia de Venecia, ambos de lino pálido.

La joven era de cabello oscuro y extremadamente bonita, y llevaba atada a la cintura del vestido una ancha faja a rayas que le daba un efecto pintoresco. También llevaba un gran ramo de flores. Parecía dispuesta a sentarse para su retrato, y Will se preguntó si podría robarles un boceto mientras miraban a las encajeras.

«Scusi, signor...» La chica se había arrastrado hasta él. «Possible es...» Tenía problemas con el italiano. Pero estaba claro que quería ver su boceto. «Oh, cielos», dijo, con un marcado acento escocés: Edimburgo, si no se equivocaba. No pudo evitar sonreír y se volvió para mirarla.

Y vio algo desconcertante y familiar.

«Sí, sí, claro», consiguió decir, intentando pensar de dónde la conocía.

«Ah, tú eres...», dijo ella, sonriendo.

«Sí», dijo él. «Lo soy.»

«¡Oh, el señor Henty, es escocés!», exclamó la chica.

El caballero se acercó.

«Pensé que tendríamos a un compatriota en el punto de mira», dijo el caballero, quitándose el sombrero ante Will. «Ese ladrón, señor... bueno, tengo una granja cerca de Peebles, y mi hombre Donald me hizo uno de esos. Edward Henty a su servicio, señor. Es un excelente dibujo, por cierto. Tienes a las chicas y al gato al natural - y los gatos son difíciles de dibujar, creo - la joven Sophie aquí presente me informa de ello, al menos.»

«Mientras duermen son manejables», concedió Will.

Sophie, recordó, ¿a quién sabía que se llamaba Sophie? ¿No era su hermana...? Desechó el pensamiento.

«Ni siquiera puedo dibujarlos cuando duermen», dijo Sophie.

«Necesitas una tiza blanda, esta roja es buena».

«Nunca lo he intentado», dijo Sophie. «Debo hacerlo».

«¿Da usted clases, señor?», preguntó el Sr. Henty. «Perdone la pregunta, pero sé que los jóvenes artistas a veces no están demasiado orgullosos de complementar sus gastos con un poco de enseñanza. No es la profesión más fácil para consolidarse, creo».

«Oh no, sólo me divierto», dijo Will. «No es mi profesión. Alguien me sugirió que volviera a dibujar para superar una convalecencia difícil. Una persona sabia».

Se interrumpió, incapaz de dejar de mirar a Sophie. ¿Qué tenía? ¿Era su nariz, que le recordaba tanto a Adela, pero eso era imposible? Sin embargo, su hermana pequeña era una Sophie.

Pero el mundo estaba lleno de Sophies. Edimburgo estaba lleno de Sophies, para el caso.

«Debería ser su profesión, señor», dijo Sophie. «Esto me gusta mucho. Y tiene razón, señor Henty, el gato es precioso. Y lo ha conseguido con sólo unos pequeños trazos. Eso es ingenioso».

«Estaré encantado de poner a su disposición mi poca experiencia, si quiere sentarse a mi lado», dijo Will. Metió la mano en el abrigo, sacó su tarjeta y se la entregó al señor Henty. No había hecho que se las imprimieran; su madre se las había encargado en mayo, cuando entró por primera vez en la herencia. «¿Si no es una idea desagradable?»

«Me encantaría sentarme para usted, señor», dijo Sophie. «Y a mi hermana también, ¿no cree, señor Henty? Eso la divertiría. Ha estado enferma y aún no ha visto nada de la ciudad. Es aburrida para ella».

«Sí, sí, eso creo», dijo Henty, entregándole la tarjeta a Sophie. «Sir William, sería un gran honor. Estamos en el Danieli", añadió, entregándole a Will su propia tarjeta.

~

Adela aún se sentía algo frágil. No se encontraba bien, tenía escalofríos, fiebre y un dolor de garganta que le impedía hablar. No había nada que requiriese la atención de un médico, pero había sido suficiente para mantenerla en cama y subsistir a base de caldo de pollo, té negro con miel y poco más.

Se había levantado y vestido por primera vez en tres días, y había estado sentada en el balcón observando la vida de la ciudad más allá, con una pieza de costura en las manos, pero sin dar una puntada.

«¿Ya puedes hablar?», preguntó Sophie, saliendo al balcón.

«Un poco. ¿Qué tal el paseo?»

«Encontramos esto para ti», dijo Sophie, poniendo las flores en su regazo.

«¡Oh, qué bonitas!»

«La última rosa del verano», cantó Sophie. «Será mejor que presemos algunas para Carrie, si podemos. Conocimos a un artista interesante, junto al Arsenale", continuó Sophie, sentándose a su lado, «que sabe dibujar gatos. Y quiere dibujarme a mí».

«Muy interesante», dijo Adela. «¿Y era guapo?»

«Sí, supongo que sí», dijo Sophie. «Tenía un báculo de pastor y es escocés. En realidad no es un artista, es un caballero viajero. Todo un nombre, según el señor Henty».

«¿Cuál es su nombre?»

«Urquhart», dijo Sophie, recogiendo las flores del regazo de Adela. «Estas necesitan un jarrón».

Afortunadamente, Adela se quedó sola para asimilar la información.

Se quedó mirando las ventanas arqueadas y con columnas de la casa de enfrente. Antes se había estado preguntando quién viviría detrás de aquellas ventanas enrejadas, qué historias habrían acumulado aquellos edificios a lo largo de los años.

Venecia parecía estar llena de susurros, donde el pasado perduraba más que en ningún otro lugar. Entonces, ¿debía sorprenderse de que su propio pasado la sorprendiera, del mismo modo que el agua de los canales parecía cubrir las aceras, haciéndolas peligrosas para caminar? Y ahora tenía que negociar un pasaje peligroso si quería preservarse.

Quería llamar a Sophie y averiguar más detalles de lo sucedido. ¿Se habría enterado de quién era Sophie? Una Sophie Ross que le resultaba vagamente familiar le haría preguntarse si

no era su Sophie. Había mencionado a Sophie más que a sus otras hermanas y, aunque tenían el pelo de distinto color, sus rasgos tenían un matiz similar.

Pero le dolía demasiado la voz para gritar y se sentía demasiado débil para levantarse y buscar las respuestas que necesitaba. Así que permaneció sentada, dándole vueltas a la información en su cabeza. ¿Qué demonios hacía Sir William en Venecia, si ese Urquhart era su Sir William?

Mi Sir William, pensó, ciertamente no es ese. Sin embargo, qué fácil era ser propietaria de él, el marido que no era su marido.

Se recostó en su silla y, en su fragilidad, permitió que su mente vagara por lugares insensatos. Se imaginó a sí misma sentada aquí, y a él descubriéndola, tomándole la mano y besándosela. Se lo imaginó haciéndole algunos comentarios sinceros y de amante distinguido, más bien en la forma de la novela que la señora Henty les había estado leyendo en voz alta. Pero estas visiones pronto se disiparon, como si los hilos de las marionetas que ella movía se hubieran cortado bruscamente y las marionetas yacieran desparramadas por el suelo, rotas y enredadas.

Porque Sir William no era el héroe ejemplar de una novela de tenedor de plata. Nunca podría serlo. No se podía esperar de él un comportamiento previsible, y mucho menos honorable. Se había casado con ella por su propio capricho, para salir de una complicada situación legal. Era un hombre que había sugerido seducirla para divertirse mutuamente, para recrearse íntimamente, al fin y al cabo. Era un hombre que había conseguido que ella aceptara tal plan.

¿Por qué, entonces, era tan tonta como para imaginarse que él había venido, como un caballero en un caballo blanco, para jugar al marido convencional y caminar de la mano con ella hacia un jardín soleado de sencillo matrimonio? Era ridículo pretender eso de él.

Capítulo Treinta y Seis

En el salón del segundo piso de la Casa Guerdicini, la Condesa Teresa celebraba una corte con otras damas de la nobleza veneciana. Mordisqueaban pequeñas galletas de almendra y bebían copitas de licor mientras discutían la última ronda de nacimientos, muertes y matrimonios.

Will había sido admitido en esta asamblea femenina pidiendo el favor de grabar la escena en un boceto. Al principio le trataron con una mezcla de curiosidad y lástima, pero al final parecieron olvidarse de él mientras se sentaba con su tiza y su tablero de dibujo en un taburete bajo en un rincón.

El boceto quedó muy bien y sería un excelente acompañamiento para las encajeras de la mañana. ¿Los convertiría en cuadros? Necesitaba algo serio en lo que trabajar. Dos grandes piezas como éstas -conversaciones venecianas, podría describirlas- le darían sin duda la oportunidad de poner a prueba sus habilidades como pintor al óleo hasta un punto en el que nunca antes las había puesto a prueba. La posibilidad de error era grande, por supuesto, pero era un reto interesante.

Y también una excelente distracción, pensó, mirando a las damas desde el otro lado de la habitación. La luz de la habitación era suficiente para mantener a un hombre trabajando durante años capturándola. Ecurridiza, hermosa luz veneciana...

La condesa se levantó y se acercó a él. Lo miró atentamente.

«Está usted pálido, signor», le dijo. «No debe trabajar tanto».

«No hay peligro alguno», dijo él, dejando su tabla.

«Venga y tome un poco de vino con nosotras», dijo ella.

Se levantó con dificultad y se acercó cojeando al grupo.

«Debe de tener muchos conocidos en Venecia, signor», dijo una de las damas, una matriarca de espaldas rectas cuyo distinguido perfil había sido especialmente difícil de dibujar. «No dejo de escuchar voces inglesas en este momento. Estamos invadidos por ellas».

«Prefiero a los ingleses que a los austriacos», dijo otra, con nudos de cinta roja en el pelo oscuro y ademanes ligeramente pícaros.

«Me sorprende que el signor no tenga a su esposa con él», comentó la matriarca.

«No creo que el signor tenga esposa todavía», dijo la condesa con una sonrisa.

«Entonces debe escribir a sus padres, signor, y decirles que le busquen una», dijo la matriarca, a quien claramente le gustaba expresar sus opiniones sin rodeos. «Es usted demasiado viejo para no estar casado. Y está claro que necesita una esposa que cuide de usted».

«Pero he escuchado que los ingleses y las inglesas eligen por sí mismos», dijo la dama de las cintas rojas. «¿No es cierto, signor?»

«Soy escocés», dijo Will, «pero sí, eso es lo habitual en Gran Bretaña».

«Un sistema muy imperfecto», dijo la primera dama. «¡A qué locuras debe conducir!»

«Creo que es romántico», dijo la dama de las cintas. «Tal vez el signor encuentre esposa entre los visitantes ingleses. Ayer vi unas chicas muy guapas en la plaza de San Marcos. Creo que tienen una forma de vestir muy diferente a la nuestra. Tan sencillas y tan elegantes. Me dan ganas de ir de compras a Londres».

Will pensó en su encuentro con la misteriosa señorita Sophie, de lino pálido y faja a rayas. Llevaba la tarjeta de su tutor, el señor Henty, en el bolsillo del chaleco. Podía ver su rostro muy claramente en su mente, o lo que él quería que fuera su rostro. Estaba seguro de que la asemejaba

a Adela en su imaginación porque una parte insensata de él deseaba desesperadamente creer que ella podría estar en Venecia.

Se despidió de las damas y bajó las escaleras hasta su inmenso y vacío salón. Se dirigió al balcón y se quedó mirando el Gran Canal durante unos minutos, tratando de decidir qué hacer, tocando con los dedos la tarjeta del señor Henty y preguntándose si debía arrojarla al agua y acabar con ella.

Debería hacer las maletas y abandonar Venecia de inmediato. Había amigos en Roma que se alegrarían de verle. También tendría diversiones sensuales sin complicaciones, y eso, a medida que recuperaba la fuerza corporal, había comenzado a desearlo nuevamente.

Pero si Adela estaba aquí, si había una mínima posibilidad de verla, de volver a hablar con ella... ¿cómo iba a poder separarse de ella?

Se volvió hacia el salón, y vio su ropa desparramada: los miserables escombros de un vagabundo desfigurando la majestuosa belleza de la habitación. ¿Por qué había vuelto a adoptar esta vida insensata? ¿Por qué no se había quedado en Balnagowan y había hecho algo bueno? Elliot se lo había dicho y, sin embargo, quedarse allí habría carecido de sentido. Ella había dado vida al lugar durante el breve tiempo que había estado allí, del mismo modo que había dado vida al mugriento escenario del Macreadie. Ahora se la imaginaba caminando por el salón, deteniéndose para examinar algún detalle, haciendo alguna observación aguda que no podía dejar de divertirse o estimularle.

Y la eché. La eché porque...

Ella había despertado en él lo que temía. No quería estar enamorado y, sin embargo, parecía que lo estaba. Porque, ¿qué otra cosa podría causar el imposible y seco anhelo que ahora le invadía?

¿Por qué si no veía su rostro en chicas extrañas?

¿Por qué esas mujeres que hablaban de matrimonio y esposas lo desconcertaban tanto y lo llenaban de vergüenza por lo que había hecho?

¿Por qué se sentía tan desdichado y vacío si no estaba enamorado?

Miró de nuevo la tarjeta de Henty. Era una pequeña muestra de Edimburgo, de Escocia, de todo lo que había dejado atrás.

Bueno, iría a visitarlos, para zanjar el asunto. Eso o quedarse allí y morir de auto tortura.

~

Eran más de las seis cuando el criado entró con su tarjeta. Adela estaba sola: los señores Henty y Sophie habían salido a hacer turismo.

Por un momento se preguntó si debía despedirlo, pero eso no respondería a ninguna de las preguntas que la habían estado atormentando toda la tarde. Así que le dijo que estaba en casa.

En un momento él estaba en el umbral, vestido de nuevo con su abrigo de lino blanco y su sombrero de paja maltrecho, ropa que parecía propia de Venecia.

Cruzó la habitación cojeando. Parecía como si toda su pierna fuera de madera, pero ella se asombró al verle caminar, y con un color en las mejillas que no era de fiebre.

Se puso en pie y se quedó mirándole. Se encontró entrelazando las manos. Tuvo el instinto de tomarle las manos y apretarlas, sólo por la alegría de ver que podía volver a andar. Pero se contuvo y apretó sus propias manos.

«Después de todo, el señor Robertson te salvó la pierna», se apresuró a decir.

«Sí, lo hizo. Algo así como un milagro».

«Tienes buen aspecto», dijo. Descubrió que sonreía de alivio. «Pero estás delgado».

«Siempre he sido delgado», dijo él. «Me alegra ver que tú también tienes buen aspecto. Tu

hermana dijo...»

«¿Adivinaste que era mi hermana?» Ella se sonrojó por su estupidez al decirlo cuando era obvio. «Por supuesto que lo hiciste.»

«Ella tiene una fuerte apariencia a ti. Pero fue un poco sorprendente encontrármela».

«¡ Le vi en la ópera!», estalló ella. «Fue asombroso».

«¿En serio?»

«Hace tres noches - en *Lucrecia Borgia*. Fue la noche en que enfermé. Pensé que eras una alucinación provocada por la fiebre. O un fantasma. Pensé...»

Se interrumpió.

«¿Dónde estabas sentada?», preguntó él.

«Justo enfrente menos uno. Estaba escondida detrás de una cortina con Sophie porque los oficiales del palco de al lado nos miraban demasiado».

«¿Y ya estás bien?»

«Creo que sí. Sí», dijo ella, aunque ahora apenas lo sentía. «¿ Quieres sentarte?»

«Gracias», dijo él, y tomó una silla frente a ella. Ella también se sentó y se alegró. Se sentía frágil y torpe.

«¿Por qué has venido a Venecia?», le preguntó.

«¿Por qué viene todo el mundo a Venecia?

«¿Por qué has venido?»

«Porque...» hizo un gesto vago con la mano hacia la ventana y la vista más allá.

«Por supuesto», dijo él. «Venecia es una seductora resplandeciente a la que ninguno de nosotros puede resistirse, al menos los que tenemos buen ojo para la belleza. Y sé que tú lo tienes».

«¿Lo tengo?»

«Sí. Estás llena de discernimiento».

«Tal vez.»

«No me sorprende encontrarte aquí. Es exactamente lo mismo que comprar una entrada para la ópera. Haciendo un excelente uso de mi dinero».

«Sí», dijo ella. «Ha sido agradable poder viajar. Te lo agradezco».

Inclinó la cabeza.

«¿Y por qué estás aquí?», volvió a preguntar ella.

«Para entretenerme», dijo él. «He pasado por un periodo bastante aburrido, como podrás imaginar. Estaba decidido a escapar lo antes posible. Mi madre amenazó con romperme la otra pierna cuando le dije que me iba».

«¿Seguro que no?»

«Seguramente», dijo. «Ella lo ha disfrutado mucho. Ahora es la primera dama del barrio y la dueña de una gran casa. Deberías haberte quedado, de verdad, porque se ha salido con la suya con demasiada facilidad. Se ha llevado todo el mérito de mi milagrosa recuperación, lo cual no es justo. Usted y la señora Hay fueron los verdaderos artífices».

«La señora Hay, sí, pero...»

«¿Recuerdas que me dijiste que empezara a dibujar para entretenerme?»

«Sí.»

«Te tomé la palabra. He estado trabajando en ello y me ha hecho más bien de lo que imaginas».

Sintió que se ruborizaba de nuevo y se enfureció consigo misma.

«Sophie dijo que podías dibujar gatos, y no puedo creer que sean fáciles de hacer».

«No lo son», dijo él. «Nada es fácil, pero me anima pensar que, con trabajo, puedo mejorar. E incluso si no mejoro, me mantengo tranquilo y contento. Me ha hecho un buen favor, Lady Urquhart».

«Por favor, preferiría que no me llamara así. No uso ese nombre».

«Supongo que no, ya que su hermana no reconoció mi nombre. ¿Qué les has dicho?»

«Sabe que estoy casada, pero no con quién. No quería avergonzar a nadie. Soy la señora Frazer».

«¿Y dónde está el misterioso Señor Frazer?»

«En América, por negocios.

«Es un destierro terrible. Pobre hombre.»

«Lo siento. Fue lo mejor que se me pudo ocurrir. No quería decir que era viuda todavía».

«Aunque podrías haberlo sido», dijo él.

«¡Por favor!», dijo ella, levantándose y cruzando la habitación, dándole la espalda. El implacable rasguño de su mirada sobre ella le hizo desear tener un biombo o una cortina tras la que esconderse. «La otra noche, al verte en la ópera, me llevé un buen susto. A decir verdad, pensé que habías sido un fantasma».

«¿Uno de esos fantasmas que vienen a la hora de la muerte?», dijo él en voz baja.

«Sí.

«Me siento halagado», dijo él.

«Tenía fiebre», dijo ella. «Creo que eso fue lo que me hizo pensar. Obviamente, usted estaba allí».

«Sí, estuve», dijo él. Tomó su bastón y se levantó. Dio unos pasos hasta donde estaba ella, junto al piano, y se acercó tanto que pudo tocarle la mejilla. «Y te arruiné una buena actuación».

«Estaba enferma. Tenía que irme de todos modos».

«Bueno, debes irte otra vez. Mañana dan La sonámbula de Bellini».

«No creo que podamos conseguir un palco. El Sr. Henty tuvo que tomarse muchas molestias para conseguirlo».

«Yo tengo un palco», dijo. «O mejor dicho, mi casera, la Condesa -es decir, la señora que viste sentada frente a mí- tiene un palco. Se ha encaprichado de mí y puedo usarla cuando quiera. Creo que a tus amigos y a tu hermana les encantará».

«Seguro que sí, pero...»

Él se había aproximado un poco más y ella no podía apartarse. La tenía atrapada en la curva del piano, pero ella sabía al mismo tiempo que se estaba dejando atrapar. Su cercanía era irresistible.

«Pero claro, los gatos tendrían que salir de las bolsas, ¿no?», continuó. «Sí, ¿qué vamos a hacer al respecto, señora Frazer, qué vamos a decir?»

«Ojalá lo supiera», dijo ella, sabiendo que debía pasar de largo. Pero se quedó.

«Hace falta una historia», dijo él.

«¿O la verdad?», aventuró ella. «Aunque no nos honrará a ninguno de los dos. Especialmente a mí. Pero me gustan demasiado los Henty y no puedo mentirle a Sophie, ¿verdad?».

«No», dijo él. «Ya lo veo. Ella es demasiado buena para eso. Tienes razón. No será fácil, por supuesto».

«Estoy cansada de mentir», dijo ella, «para ser franca. Estoy preparada para capear cualquier temporal».

Él asintió y fue a sentarse al piano. Empezó a componer una melodía, un poco triste. Luego

se interrumpió a mitad de la frase y dijo: «Entonces, ¿cómo vamos a decirlo? ¿Te casaste conmigo por mi dinero y yo te casé para conseguirlo?».

«Sí. Lo más sencillo es lo mejor».

«Como desee, milady», dijo, y repitió su frasecita. «¿Sin adornos en nuestra defensa?»

«No.»

Tocó un elaborado trino y la miró.

« Por supuesto, tienes razón», dijo. «Lady Urquhart. Me parece que le queda mejor que la simple señora Frazer. Al menos puedes tener el título que te corresponde. ¡Oh, pobre mítico Frazer! Estoy convencido de que, de haber existido, habría sido mejor esposo que yo».

«No era un dechado», dijo Adela. «Era bastante puntilloso con sus desayunos».

Él rió por eso.

«Entonces tendrás un mejor trato conmigo después de todo».

«Tal vez», dijo ella.

Se levantó del piano y se acercó a donde estaba ella.

«Eso parece casi coquetería», dijo. «Si no te conociera mejor...»

«No me conoces», dijo ella, sin mucha convicción. Era como si él hubiera captado la esencia de su ser hacía mucho tiempo, y por eso tenía tanto poder sobre ella. Su conocimiento derribaba todas sus defensas. Así que ella dijo, con tanto desafío como pudo: «La verdad es que no me conoces en absoluto».

«Sé lo suficiente», dijo él encogiéndose de hombros, y alargó la mano para agarrarla por la punta de los dedos. Ella iba a apartarla, pero rápidamente él se la llevó a los labios y le susurró un tenue beso, antes de que él mismo se la soltara. «Intentaré no ser un mal arreglo», continuó.

«Gracias».

«Un verdadero placer, Lady Urquhart,» dijo. «Complacerla siempre será mi mayor placer». Hizo una ligera reverencia y luego la miró con una sonrisa pícaro.

Ella se sintió sonrojada, avergonzada y excitada a la vez. Aquella sensación de anhelo por él, agitada y sin aliento, volvió a aflorar en su interior y alargó la mano para sostenerse sobre el piano. Aquellos ojos gris oscuro, lustrosos y de largas pestañas que la contemplaban, arrugados en las comisuras, llenos de picardía y pasión, eran exasperantemente irresistibles.

«¿ De cualquier manera?», se encontró a sí misma preguntando.

«Dijiste que tenías curiosidad», dijo él. «Hace tiempo, lo sé, pero...».

«Sí, lo hice», dijo ella. Era como si estuviera bajo la influencia de algún poder mágico. No podía parar de hablar.

Él extendió la mano y le pasó el dedo por un lado de la cara, y eso la hizo estremecerse de placer.

«Es Venecia. Transforma a un hombre en un sensualista. Y a una mujer», dijo. Ahora su mano acariciaba su cuello, y ella jadeó.

Apretó ambas manos contra sus mejillas y ella buscó sus hombros. Tenía que hacerlo. Sentía que, de lo contrario, no podría mantenerse en pie.

Él se inclinó hacia delante y le susurró al oído: «Entonces, tal vez, deberíamos, después de todo, tal como acordamos en Balnagowan».

Ella tragó saliva y asintió.

Él le besó en los labios, y ella le devolvió los besos, sintiendo que sus objeciones se diluían, como el hielo derritiéndose al sol. Se sintió intensamente viva, como si nunca antes lo hubiera estado. Quería resistirse, y sabía que debía hacerlo -el peligro de implicarse demasiado con él nunca se le iba de la cabeza- y, sin embargo, dejó que la besara y le devolvió el beso, como si

fuera imposible hacer otra cosa. Sentir el calor de su piel bajo las yemas de sus dedos, saber que él no era un fantasma...

Entonces, suavemente, pero sin avisar, se separó. Le besó las manos y volvió a sentarse al piano.

Capítulo Treinta y Siete

«Todo a su debido momento, Lady Urquhart», dijo.

Adela se sorprendió, como no podía ser de otra manera. Aún tenía los labios entreabiertos y la cara sonrojada; en resumen, tenía un aspecto exquisito, atrapada como estaba en el acto del deseo. Había sido difícil resistirse a ir más allá, porque ella era como un trozo de yesca seca, que explotaba al contacto de la llama. Podría haber hecho el amor con ella allí mismo, en el sofá, sin preocuparse de los riesgos de interrupción. Pero habría sido un desperdicio. Habría saciado su propio deseo, pero sólo de la forma más transitoria y vacía. Eso no lo quería. Quería saborearlo y disfrutar lentamente con el placer de ella.

Empezó a tocar el piano, sobre todo para distraerse de la tentación que ella representaba para él en ese momento.

Levantó la vista, viéndola alejarse por la habitación, hacia la ventana.

«¿Es esa The Braes of Balquhadder?», preguntó ella.

«Debería escribir una nueva melodía. The Braes of Balnagowan».

«La melodía que estabas tocando en Dunkeld», dijo ella. «¿Cómo te fue?»

«No lo recuerdo. »

Ella comenzó a tararearla.

«¿No fue ésa? Era una bonita chatarra», dijo. Tenía razón. La cantó de nuevo, con más confianza. «¿Sí?»

«Sí», respondió él. Ella se había dado la vuelta y miraba hacia él, su pálido cabello ardiendo a la luz dorada del crepúsculo que ahora llenaba la habitación con un resplandor neblinoso. «Me sorprende que lo recuerdes».

«No sé por qué lo recuerdo», dijo ella. «O tal vez porque...».

Se dio la vuelta de nuevo y salió al balcón.

Will se levantó y se acercó torpemente al balcón. Ella estaba de pie mirando el paisaje, con los brazos alrededor.

«El problema de este lugar», dijo, «es que te hace creer que lo imposible puede ser posible».

«Sí, pero no deberías reprender a La Serenissima por eso, dado que lo hace a la perfección. Es como una puesta en escena: uno cree en ella durante el tiempo que se le da. Tener tanto... bueno, es suficiente; es todo lo que podemos tener en la vida. Una sucesión de ilusiones maravillosamente creíbles, esa es nuestra mejor realidad».

«¿Y nada es real?»

«No, hay mucha realidad, pero la mayor parte es profundamente desagradable. Prefiero esto». Señaló hacia la laguna y la isla de San Giorgio. «¿Tú no?»

«No lo sé. De verdad que no lo sé. Tiene una manera de confundirme completamente, Sir William. Estoy totalmente a la deriva. Me has hecho aceptar ser tu amante cuando debería no querer tener nada más que ver contigo. Me llevas a lugares a los que no debería ir. No tengo tu armadura».

En aquel momento nunca se había sentido menos fuerte.

Estuvo a punto de arrodillarse y besarle los pies. Su discurso lo conmovió más allá de todo. Quería confesar en el acto que ella lo había capturado en cuerpo y alma, que era suyo para toda la vida. Quería hacer todas las declaraciones que había guardado bajo llave durante tanto tiempo, las declaraciones que se había dicho a sí mismo que nunca haría a nadie. La horrible y punitiva apuesta del amor parecía, en aquel balcón al atardecer, casi merecer la pena.

Sin embargo, se dio cuenta de que debía alejarse.

Tuvo una visión, no, una horrible imaginación. Estaba en el cementerio de Balnagowan, vestido de negro, siguiendo un ataúd. Le acompañaban dos niños que se agarraban a sus manos, incapaces de comprender por qué se llevaban a su madre, desesperados por las respuestas que él no podía darles.

«Se puede obtener fácilmente», dijo, y volvió a entrar en el salón. De repente, sintió la rodilla más rígida y dolorida que hacía días. Se sentía agotado y miserable, como un anciano. Tomó su cayado de pastor y se apoyó en él, preparando su discurso de despedida.

Sin embargo, en ese momento se abrió la puerta y el señor y la señora Henty, junto con la señorita Sophie, llegaban de su excursión.

Sophie saltó hacia él, como uno de los ansiosos spaniels de Elliot, y él no pudo evitar sonreírle. Miró a Adela mientras entraba por el balcón.

«Oh, Sir William, me alegro tanto de que haya venido», dijo Sophie. «¡Ahora conoces a mi hermana!»

«De hecho», dijo Adela. «Ya conozco a Sir William. Lo que pasa es que... él es... él es mi marido».

«Mi esposa...» dijo Will, en el mismo momento.

«Dios mío», dijo Henty, mirando de uno a otro. «Pero...»

«El señor Frazer - ¿quién es, entonces?» preguntó la señora Henty.

«No es nadie», dijo Will, inclinándose ante ella. «Lo siento mucho, señora, señor. La culpa, el engaño... puede culparme de todo. Yo obligué a Adela a aceptar esta falsedad, por mis propias y engañosas razones. Señorita Sophie, mis disculpas. No es bueno hacer que una hermana le mienta a su hermana».

«¿Tú?» Sophie dijo. «¿Tú eres él? El hombre - el marido. Oh, vaya. Pero esta mañana...»

«No hice la conexión. Bueno, lo supuse, por eso estoy aquí. No tenía ni idea de que estaban en Venecia. Verá, se supone que estoy en mi lecho de enfermo en Escocia, pero tengo este desagradable hábito de vagabundear, y me he entrometido en todo esto accidentalmente.»

«Pero... usted está casado, señor,» dijo la señora Henty. «¿Seguramente querría saber dónde está su esposa?»

«Desde luego», dijo Henty.

«Teníamos un acuerdo», dijo Adela.

«Por mi insistencia», dijo Will. «Yo la eché. La culpa es mía. Fui un desgraciado y un tonto y la mandé lejos».

«Pero...», empezó Sophie.

«Si Adela se saliera con la suya, estaría cosiéndome las camisas y ocupándose de mi cena y siendo la mejor de las esposas, pero yo... ¡Soy un malvado, caprichoso, idiota!»

Se interrumpió, consciente de que todas las miradas estaban puestas en él, excepto las de Adela. Ella se miraba las manos entrelazadas, con los dedos cubriendo su alianza, él no se dio cuenta. «Y ahora tiene todo el derecho a echarme».

«No», dijo Sophie. «¡No cuando has sido tan amable, tan buena con nosotras! No lo hará. No puede. Yo no estaría aquí si no fuera por usted, Sir William. No habría visto Burdeos, ni Chamonix, ni Venecia, ni nada. Todavía estaría en Edimburgo sin nada que soñar o esperar. Usted nos ha dado a mí y a mis hermanas nuestras vidas. No puede irse. Adela, no lo dejes ir».

Adela se acercó a Sophie y le tomó la mano.

«No lo haré», dijo.

«Disculpadme», dijo la señora Henty, sentándose en el sofá. «Me cuesta entender esto.

Estuvisteis casados y luego echaste a la pobre Adela y la obligaste a vivir con un nombre falso porque...»

«Porque soy un necio, señora», dijo Will. «Y el destino, al parecer, ha dispuesto que intente enmendarme».

«Parece sacado de un tonto argumento de ópera», dijo Henty, «si no le importa que se lo diga».

«No», dijo Will. «Parece extraño y absurdo, lo sé».

«La vida es a menudo imprevisible», dijo Henty. «Y usted hace bien, señor, en querer enmendarse. Adela es una joven espléndida con la que no se debe jugar. Es usted afortunado por haber tenido su oportunidad, y espero que ella encuentre en su corazón la forma de perdonarle. Estaría justificada en no perdonarle, creo, dadas las circunstancias. Discúlpeme por ser tan franco -añadió.

Adela se había sentado en el sofá junto a la señora Henty. Sophie se unió a ella. Sentadas allí, parecían hijas de alquiler. Se daba cuenta de que su dinero había permitido a Adela conocer a aquellas personas tan respetables y de corazón tan cálido, pero era su carácter lo que la había convertido en su íntima y su igual. Se sentían atraídos por ella, como él.

«No hay nada que disculpar, señor Henty, tiene usted toda la razón», dijo Will. «Y quizás sea mejor que me vaya por ahora. Estoy en el Palazzo Guerdicini».

«Pero deberías quedarte a cenar, al menos», dijo Sophie, levantándose de un salto.

Él negó con la cabeza.

«Pero vendréis todos a cenar conmigo», dijo. «¿Mañana, quizás? Y luego a la ópera. Tengo un palco en la Fenice. Van a dar La Sonnambula mañana por la tarde. ¿les parece bien?»

«¿Adela?» Dijo la Sra. Henty, suavemente.

«Por supuesto», dijo Adela, levantándose y acercándose a él. Lo miró audazmente, como si quisiera desafiarlo. «¡Por supuesto!»

Capítulo Treinta y Ocho

«Entonces», preguntó la señora Henty a Adela cuando se quedaron a solas, «¿qué pasó? ¿Os peleasteis?»

«No exactamente», dijo Adela. «No fue así. Se ha portado fatal. No sé muy bien por qué. Eso no fue lo que acordamos. Lo que pasa es que lo nuestro siempre fue un acuerdo. Nunca íbamos a ser marido y mujer a la manera convencional».

«Oh cielos», dijo la Sra. Henty. «Oh querida...»

«Sé que está mal», continuó Adela. «Estuvo mal, pero lo necesitaba. Quería la seguridad que él me ofrecía. Vivíamos del aire. Era una oportunidad demasiado buena para desperdiciarla. Él necesitaba casarse rápido, por su herencia y yo estaba allí, dispuesta y capaz, por así decirlo.»

«¿No habéis... bueno, perdona la pregunta... intimado entonces? ¿Como marido y mujer?» preguntó la señora Henty.

«No», dijo Adela. «Oh, no.» Se puso roja, lo que supuso que le daba un aspecto inocente.

«Entonces es un hombre honorable», dijo la señora Henty. «Cuando tiene todo el derecho...»

«Sí», dijo Adela. «Y decir que me echó no es cierto. Bueno, lo es, porque lo hizo, pero la cuestión es que siempre fui libre de irme. Nunca hubo ninguna expectativa de que yo fuera su esposa más que de nombre. Pero se hizo ver tan...» Ella suspiró. «No sé por qué.»

«Para evitarlo delante de sus amigos», dijo la señora Henty. «Fue muy galante y correcto por su parte. Me sorprende que no estés locamente enamorada de él. ¿No lo estás ni un poco?»

«No sé lo que siento. Estoy totalmente confundida con él».

«Tal vez estés enamorada, entonces. Incluso sin su fortuna y su título, sería difícil ignorarlo. Hay algo fascinante en él. Sophie ciertamente lo vio».

«No sé qué debemos hacer, señora Henty», dijo Adela. «Realmente no lo sé. Probablemente no deberíamos ir a cenar con él».

La señora Henty suspiró y reflexionó un momento.

«¿Cómo sería imaginar que no estuvieras casada con él, sino que él te pagara sus domicilios?», dijo. «¿De la manera ordinaria?»

«Pero no lo haría, porque entonces yo no sería nadie. No estaría aquí para que me invitaran a la ópera o a cenar. Él me ha convertido en esta persona».

«No creo que el dinero te haya convertido, Adela», dijo la señora Henty. «Eres quién eres, quien siempre has sido. No te ha estropeado. Es simplemente como una cinta nueva en un sombrero que ya es elegante».

«Es usted muy amable, pero no nos vio en nuestra miseria. No me viste en las condiciones en que me encontraba cuando le conocí, buscando peniques».

«Podría haberse casado con cualquiera, sí, en efecto, pero te eligió a ti, Adela. Aunque pienses que fue por pura conveniencia, no puedo creer que no hubiera un fuerte elemento de atracción. Te admira, ¿verdad?».

Adela vaciló en admitirlo, pensando en sus besos ardientes y su charla sobre recreaciones amorosas.

«Sí», respondió al fin, «pero no como un marido admira a su mujer. No es ese tipo de admiración, creo».

La señora Henty sonrió.

«Así comienza siempre. Vi todos los signos de un hombre enamorado - un hombre que era

bastante sincero.»

«Él no cree en el amor», dijo ella. «Al menos no en el sentido convencional. Tiene ideas que no son agradables, al menos para mí, y ha hecho cosas, hay cosas en su pasado de las que cualquier mujer sensata huiría a la legua. Pero yo no lo hice. No era sensata. Simplemente estaba desesperada». Se levantó y cruzó la habitación. «¡Y codiciosa!»

La señora Henty se acercó y puso suavemente la mano en el hombro de Adela.

«¿Y no crees que es capaz de reformarse? Muchos hombres hacen tonterías cuando son jóvenes. Tienen más libertad que nosotras para cometer tales errores. Creo que en su voz había verdadero arrepentimiento por la forma en que te trató».

«Es un buen actor. Cree que toda la vida es una especie de obra de teatro. Eso es lo peor de todo. Nada es real para él. Le gustan más las ilusiones que la verdad».

«Eso dice él», dijo la señora Henty. «Los hombres así hablan demasiado, los hombres inteligentes, quiero decir. Es una especie de garabato verbal de sus ideas. No siempre significa que defiendan todos los puntos. Después de haber visto a Sir William, tengo la impresión de un hombre que siente algo de afecto hacia la mujer con la que se casó precipitadamente, el tipo de afecto que puede formar un buen matrimonio.»

«¿De verdad?» preguntó Adela, volviéndose hacia la señora Henty.

«Sí, querida, de verdad», dijo ella, poniendo su otra mano sobre el hombro de Adela. «Y veo a una joven que le ha entregado su corazón sin siquiera saberlo».

«¿Lo he hecho?» Adela parpadeó. «Sí, en efecto, lo he hecho». Suspiró. «Oh, Dios.»

«No hay nada que lamentar», dijo la señora Henty. «Es una gran oportunidad. Tienes todo en tus manos».

Capítulo Treinta y Nueve

La Condesa se había superado a sí misma en la limpieza de la casa.

El gran comedor resplandecía, el suelo de mármol verde azulado brillaba como el mar. Las paredes estaban decoradas con paños de plata antigua, y viejos anteojos de baño dorados, con incrustaciones de conchas y remolinos, reflejaban las numerosas velas en sus humeantes portavelas de cristal. Grandes jarrones de flores perfumadas llenaban las habitaciones -las últimas rosas del verano, embriagadoras de almizcle mezclado con ramitas de jazmín- y ella había colocado pequeños platos con dulces y frutas confitadas por todas partes, como si se esperase una gran comitiva de niños.

«¿Y tú nos acompañarás?» preguntó Will al ver aquella fabulosa obra.

Ella negó con la cabeza.

«Ya hice mi parte», dijo, agitando las manos sobre su creación como una hechicera.

Se preguntó si él también debía retirarse. Había leído una vez sobre un noble solitario y excéntrico que invitaba a cenar a sus huéspedes pero nunca se reunía con ellos. Sospechaba que su ausencia permitiría a Adela pasárselo bien, pero no podía renunciar al placer de verla. Decidió que intentaría disfrutar al máximo del momento. El futuro podía colgarse solo.

«Oh, y usted sabe, Signor William,» dijo la Contessa, «hay un baile de máscaras después de la ópera. Es algo que sus amigos querrán ver. Pero necesitarán máscaras y capas, así que he dejado algunas en el saloncito, por si queréis ir. Pero es una pena que ya no pueda bailar».

«Hay cierto placer en ver bailar a una mujer hermosa», dijo él.

«Y esta hermosa mujer, ¿quién es? Creo que todo esto es en su honor».

«Tal vez.

Ella le señaló con el dedo.

«Hay una dama», dijo con una sonrisa. «¡Ya lo sé! Has seguido el consejo de mi amigo y estás buscando esposa. Estos amigos escoceses... hay una dama entre ellos a la que ha echado el ojo, signor, ¡estoy segura de ello!»

«Tal vez», volvió a decir.

Ella sonrió, pero añadió con típico pragmatismo aristocrático: «Espero que sea una pareja adecuada».

~

Se paró en lo alto de la escalera cuando llegaron a la entrada de agua de la casa. Sophie y los Henty llegaron primero, y luego Adela emergió la última de entre las sombras con un hermoso vestido azul grisáceo que brillaba como el agua de la laguna al amanecer. Se detuvo con elegancia al pie de la escalera, cada centímetro de ella a la altura de la extraordinaria belleza del palacio. Era como si Venecia misma la hubiera parido. Pero al mismo tiempo vio la frágil valentía que había presenciado aquella noche en el pequeño escenario de Macreadie. De nuevo se trataba de una actuación, fruto de la desesperación, y por un momento deseó no haberla obligado a venir aquí.

No debí molestarte, pensó con pena cuando ella miró hacia las escaleras y se encontró con su mirada. Ella no sonrió.

No estaba en condiciones de precipitarse y tomarla de la mano. Las escaleras seguían siendo un problema para él, sobre todo al bajarlas, y aquel tramo era traicionero. Ya había estado a punto de tener un par de percances en ellas.

Sin embargo, le rondaba por la cabeza arrojarse por ellas, sin importarle las consecuencias.

Un lisiado como él podría fácilmente romperse el cuello. Sería una especie de solución: una muerte rápida a sus pies. Era extrañamente tentador.

Pero no tuvo su oportunidad. Sophie ya estaba a su lado, mirando los murales de la escalera, los dioses y diosas retozando.

«¿Realmente vives aquí?», dijo asombrada.

«Me ha acogido una vieja y sabia hechicera», dijo Will. «Ve a ver lo que ha hecho». Le indicó el salón y Sophie echó a correr. La oyó exclamar al entrar.

«En Edimburgo no hay alojamientos como éste», dijo a los Henty.

«Oh Addie,» dijo Sophie saliendo de nuevo. «Tienes que ver esto - es... tan...»

Adela seguía subiendo las escaleras, mirando los murales mientras lo hacía, y por fin llegó al último peldaño. Extendió la mano, queriendo tomar su mano enguantada, pero sin esperar que ella se lo permitiera. Pero lo hizo, y él se inclinó y se la besó. Luego la soltó. No quería caer en más tentaciones de las necesarias. El mero hecho de estar a un metro de ella le hacía temblar de miedo.

Sophie acudió en su ayuda, tomó la mano de su hermana y la condujo al gran salón.

A modo de obertura para el comedor, la Condesa había dispuesto un extraordinario despliegue de velas y flores, mezclado con algunas grandes maquetas de barcos de plata dorada, con las velas blasonadas con el león de Venecia. Un sirviente esperaba con el vino: unos vasos de cristal de Murano increíblemente finos, llenos de prosecco espumoso y dorado. Era digno de un banquete nupcial. Sin embargo, a pesar de la cortesía de los Henty y el asombro de Sophie ante cada detalle, no se percibía la alegría de una ocasión como aquella. Adela no se sentía a gusto y él se odiaba por ello.

Permaneció de pie, bebiendo su vino, sintiendo cómo le temblaba la rodilla, como siempre que estaba ansioso, y observando cómo todos fingían mirar los cuadros.

«Aquí les gusta colgar muchos cuadros en las paredes», decía el señor Henty. «¿Cómo se supone que vas a ver los de arriba?».

«No se ven», dijo. «Son los débiles. ¿Has visto el rinoceronte? Es encantador».

«¿Dónde están sus cuadros, Sir William?» dijo Sophie, cuando hubo mirado el cuadro del rinoceronte. «Me encantaría ver sus cuadernos de dibujo».

«Sólo si me enseñas los tuyos», dijo él.

Capítulo Cuarenta

Al terminar la cena, y cuando se dirigían a la ópera, la señora Henty parecía decidida a que sir William y Adela se quedasen solos en una góndola. Insistió en que ella, su marido y Sophie tomaran la primera góndola, mientras Sir William y Adela iban en la segunda.

Era una buena intención, pero Adela se sintió aterrorizada. No es que tuviera miedo de él. Tenía miedo de sí misma. No confiaba en estar a solas con él en la sensual penumbra de una góndola cubierta que se deslizaba seductora y silenciosamente entre las olas, meciendo suavemente a sus ocupantes hasta casi embriagarlos.

Hubiera preferido caminar a paso ligero. Su cabeza estaba nublada después de la rica cena y las flores perfumadas.

Y Sir William, a pesar de su pulida elegancia habitual, estaba claro que no se encontraba a gusto.

Se sentaron en silencio.

«Estaba pensando... ¿quizás preferirías no ir a la ópera?», dijo, rompiendo por fin el silencio.

«No lo sé», consiguió decir ella. «Quizá no».

«Yo tampoco», dijo. «Estaba pensando que podría enviar un mensaje a los demás. ¿Te duele la cabeza? Podría ser un poco difícil para ti, pensé, y mi pierna...»

«Entonces no vayamos. No creo que el señor y la señora Henty se sorprendan si no vamos. Creo que tal vez la intención era que no lo hiciéramos -»

«Sí, también lo creo», dijo él. «Eso pensé, de hecho le dije al señor Henty que te llevaría a casa. No vamos hacia la Fenice en absoluto».

«Oh. ¿Entonces volvemos a casa de los Danieli?»

«No. En realidad, Giorgio nos llevará a otro lugar. Perdona el engaño. Quería un poco de aire. Pensé que te gustaría un poco también. ¿Sí?»

«Sí», dijo ella, y suspiró. Él la había leído hábilmente otra vez. «Sí.»

Todo está en tus manos. El consejo de la señora Henty parecía suspendido en el aire como la frase de una canción que se estuviera cantando en algún rincón lejano de la ciudad.

Por desgracia, no había dado detalles. Tal vez era algo que una mujer debía saber: cómo convertir la fantasía romántica de un hombre en algo concreto. ¿Qué acciones y qué palabras eran necesarias para convertir esta extraña situación en algo real y duradero? La señora Henty lo había hecho parecer fácil y posible, pero en aquel momento, Adela sintió que no sabía qué decir o hacer. ¿Y tendría razón la señora Henty? ¿De verdad sentía eso por ella?

«Bien», dijo él, después de un silencio. «Siento lo de esta noche. No era exactamente lo que tenía en mente».

«Fue hermoso», dijo.

«Consideré dejaros a todos para que lo disfrutarais sin mí. Tal vez hubiera sido mejor».

«No», dijo ella después de un momento. «No creo que hubiera sido lo mismo».

«Habría sido más fácil para ti, ¿verdad?».

«Sí, pero solamente porque aún no estamos acostumbrados a esta situación. Fue un placer ver...», se interrumpió. «No soy infeliz», dijo, esperando ser vaga y sugerente al mismo tiempo.

«Pero no eres feliz», replicó él.

«¿Y lo eres?»

«No tengo ni idea de lo que es la felicidad. ¿Qué se siente?»

«¿Por qué imaginas que yo lo sabría, si tú no lo sabes?».

«Porque sospecho que es un estado que el paciente y el bondadoso pueden alcanzar», dijo. «Una especie de tranquilo contentamiento que supera a los virtuosos. La gente como el señor y la señora Elliot, y tus Henty, lo saben, creo. Y usted es como ellos. Debe saberlo».

«Bueno, no lo sé.»

«Pero dices que no eres infeliz.»

«Quise decir que me dio cierto gusto verte», dijo ella. Se sintió provocada y cambió el tono. «Todavía estoy encantada de descubrir que no estás muerto, ¡recuerda! Aunque mi alegría parece fuera de lugar si vas a pincharme así».

Él se rió.

«¡Perdóname!», dijo él.

«Nunca», respondió ella.

Él volvió a reír y dijo: «Viniendo de ti, es una terrible amenaza. Pero sé que nunca la cumplirías. Eres la personificación de la tolerancia. Es una de las muchas cosas maravillosas que tienes».

Lo dijo a la ligera, pero tenía tanto estilo de cumplido convencional que ella se sintió desconcertada. ¿Estaba intentando hacerle el amor? Y si era así, ¿por qué, por el amor de Dios? ¿Tal vez él también había recibido algún consejo? ¿Quizás su fiel condesa -que, después de todo, había encargado un cenador de hadas para su cena- había observado algo en él que sugería a un hombre enamorado que necesitaba ayuda?

Pero entonces sólo estaría adivinando, como todos ellos sólo podían adivinar lo que él podía sentir. Solo él podía decir con seguridad lo que sentiría, y entonces probablemente tendría las mayores dificultades para decir lo que pensaba. Para ser un hombre voluble, había una reticencia que no se podía penetrar fácilmente.

«¿Adónde vamos?»

«San Michael. Perfecto para un paseo en una noche de luna. Puede que incluso intente hacer un boceto en acuarela, si no le importa».

«No, claro que no.»

«Pintar y dibujar se han convertido en algo necesario para mí. Pensar en mi trabajo es una buena distracción. Puede que no consiga nada meritorio, pero me permite respirar».

«Su pierna - que debe seguir doliendo.»

«No sólo eso», dijo. «No es más que un tormento físico - sí, muy incómodo a veces, pero eso no es lo que me hace - » se interrumpió. «Eso no provoca la aparición de mis fantasmas», dijo por fin en voz bastante baja.

Ella lo miró. La celosía de la ventana lateral de la cabaña proyectaba un intrincado encaje de ventanas sobre su rostro.

«Tal vez los fantasmas siempre están ahí, pero el trabajo te permite mantenerlos a distancia. Entonces, después de un tiempo, puede que los veas de otra manera», dijo ella.

Él no respondió, pero le tomó la mano y se la llevó a los labios.

Ella sintió que el gesto la estremecía un poco. Fue un beso largo y lento en la palma de la mano, y se sintió increíblemente íntimo, como si le estuviera besando el alma. Jadeó un poco. Su dedo empezó a acariciarle el brazo desnudo. Se había acercado un poco más a ella.

«Para esto es Venecia», continuó. «Amor y placer». Ahora le había plantado un beso en el pliegue del brazo.

Ella se ahogaba en la confusión. Sus nervios gritaban de deseo: deseaba que él fuera más allá, que la tomara de la mano y la iniciara en los solemnes misterios del templo del amor, y sin

embargo...

Si permito que sea mi marido, estaré perdida, perdida para siempre. Mi corazón le pertenecerá para siempre, y nunca tendré un momento de paz porque tengo miedo de que él no quiera, no pueda amarme así. Hay un corazón de hielo en su interior.

¿Y soy yo quien puede derretirlo?

Todo queda en tus manos, dijo la señora Henty. Si se sometía ahora -y qué fácil sería- no estaría sometiéndose en absoluto, sino teniéndolo a su merced. Un hombre apasionado era sumamente vulnerable. Podría convertirse en su esclavo. Pero eso era lo último que ella quería. La sola idea le repugnaba.

Apartó la mano y avanzó un poco más por el banco de terciopelo, arrinconándose en su esquina, respirando con dificultad, mientras intentaba componer unas palabras coherentes.

«Ojalá fuese tan sencillo», dijo. «Pero no puedo. No debo hacerlo. Tengo que protegerme».

«¿De qué?», dijo él.

«De ti. Ya te quiero demasiado. No puedo descuidarme. Me importas demasiado...» Su voz se entrecortó. «Un paso más y... y...»

Y ahí estaba. Había salido. Lo había dicho.

«Lo siento mucho», continuó, roja de vergüenza e incomodidad. «No es lo que pretendíamos. No es lo que yo pretendía, pero tienes el efecto más... indescriptible sobre mí. No sé cómo puedes esperar que una mujer no te ame. Lo he intentado, Dios lo sabe, pero todo vuelve a esto: este sentimiento de que has atado mi corazón con cintas y luego le has clavado alfileres. Y cada beso, cada tentación, ¡oh, tan fácil para ti, pero no es fácil para mí! Es como ser arrastrada al infierno, pasando por el cielo, y luego de vuelta al infierno».

Entonces se hizo el silencio, un horrible silencio amargo, como si ambos estuvieran tragando dosis de alguna medicina asquerosa. Ella sintió que las lágrimas le corrían por la cara.

Entonces Sir William se dio la vuelta, abrió el pequeño postigo y llamó al gondolero, dándole unas rápidas órdenes.

La góndola empezó a cambiar de rumbo.

«Voy a llevarla de vuelta a su hotel, Lady Urquhart», dijo Sir William. «Creo que será lo mejor».

Capítulo Cuarenta y Uno

«Has atado mi corazón con cintas y luego le has clavado alfileres».

Ella había dejado sus cartas clara y dolorosamente sobre la mesa. Su sinceridad le hizo estremecerse. Todo lo que había temido se había hecho realidad. Su delicado acuerdo se había convertido en un caos. Él había observado desde la góndola cómo ella saltaba a las escaleras del Danieli, como una cierva huyendo del sonido de un disparo. Ella no miró atrás.

Giorgio hizo girar la góndola y emprendieron el viaje de regreso al Palazzo Guerdicino. Bien podrían haber ido a la deriva hacia las puertas del infierno.

Su avance se vio interrumpido por el sonido de gritos y chillidos delante de ellos. La góndola se detiene.

«Algún problema, señor», dijo Giorgio. «No puedo pasar... Estamos atascados».

Will se subió a la proa y se encaramó en el pequeño banco, mirando hacia delante, tratando de ver qué causaba la conmoción. Se encendían luces y la gente gritaba. Una mujer comenzó a gritar histéricamente.

Luego hubo una gran salpicadura de agua y lo vio: el cadáver de una mujer con un vestido azul que sacaban del agua y depositaban en el muelle.

Se levantó, sin poder evitar quedarse mirándola.

Una mujer de pelo castaño vestida de seda azul mojada yacía muerta en el muelle. Una mujer joven, alta y hermosa, y durante casi un segundo -pero le pareció una hora- creyó conocerla. Pensó que era...

Y fue como si él mismo estuviera muerto, como si lo hubieran petrificado.

Pero entonces, cuando se dio cuenta de que la mujer no era Adela, de hecho se parecía muy poco a ella, le pareció que lo que veía delante de él, aquel horrible drama, no era real en absoluto, sino una visión conjurada por su mente enferma para advertirle de que así era el mundo y cómo debía acabar y acabaría siempre.

Giorgio empezó a hablar con uno de sus hermanos gondoleros, en su rápido dialecto veneciano. Will se esforzó un poco por comprender los detalles. Pero la historia que surgió era bastante clara. La chica pertenecía a una familia muy conocida y llevaba desaparecida uno o dos días. Lo más probable era que se hubiera suicidado: había discutido con sus padres por su matrimonio.

Will se sentó de nuevo, como si le hubieran dado un golpe.

Lo peor estaba por llegar: seguían atrapados en el tumulto de botes. Will se retiró de nuevo al camarote, incapaz de soportar por más tiempo la visión de todo aquello.

Al final, la maraña de pequeñas embarcaciones se arregló y Giorgio pudo continuar. Pero mientras pasaban, Will vislumbró a través de la ventana enrejada un último y desgarrador cuadro, en el que el padre de la niña, de rodillas con el cadáver de su hija en brazos, lloraba desconsoladamente.

«Santa Madre de Dios, ruega por ellos», entonó Giorgio en voz baja mientras pasaban.

Will pensó en todas las bellas Madonas que miraban desde marcos y pedestales por toda Venecia, con expresiones tan benignas y cariñosas. Deseó que estuviese en su poder aliviar el sufrimiento de aquel pobre hombre. Perder un hijo en tales circunstancias sería insoportable, el dolor inimaginable. Y la muchacha: ¿qué la había llevado a hacer eso? ¿El amor?

Sí, el amor. Era un cruel tirano, tal como él siempre había imaginado, decidido a engañar a los humanos para luego destruirlos.

Con la amarga satisfacción de un profeta, regresó al Palazzo Guerdicini.

Mientras salía torpemente de la góndola, se dio cuenta de que, en su prisa por partir, a Adela se le había caído el chal de rayas. Era una prenda poco llamativa pero eficaz, que habría costado unos pocos chelines como mucho. Recordó que se lo había puesto aquella noche en la ópera de Edimburgo con su vestido color jerez, y cómo Sophie lo había llevado atado alegremente a la cintura a modo de fajín.

Lo recogió, suponiendo que tendría que enviar a Giorgio de vuelta a casa de los Danieli con él. Lo echaría de menos, sin duda. Pero en lugar de eso, se lo llevó a la nariz y lo olió.

Había algo reconfortante en ella, a la vista de lo que acababa de presenciar. Aquel humilde trozo de tela parecía hablar de ella con tanta elocuencia que no se atrevió a soltarlo. La subió con él. Se lo devolvería por la mañana.

No se acostó. Abrió las ventanas de su habitación y se sentó en un sillón con un vaso de Grappa, dejando que la noche veneciana lo bañara y esperando encontrar algo de paz.

Sin embargo, el chal yacía en el brazo de la silla y él volvió a pasárselo por las manos, dejando que le atormentara. En aquel momento, sintió dolor por ella, más ferozmente de lo que nunca había sentido por nadie. Intentó protegerse de la tortura imaginando que, después de todo, había sido ella la que había sacado el cadáver del canal, y que lloraba sobre su cuerpo. Pero para llorar así, uno debe haber permitido que su corazón se abra a la posibilidad del amor.

Aquel hombre, aquel padre desdichado, había amado a su hija. No hacía falta decirlo. Aunque hubiera habido una disputa, sus actos no admitían equívocos. Después de todo, Will había visto a su propia madre, un rosal lleno de espinas, pero una rosa al fin y al cabo, cuidándolo como si su vida dependiera de ello. Una apuesta tonta, entonces, amar así, porque tarde o temprano, la muerte llegaría.

Anhelaba que Adela estuviera allí para discutir el asunto. Deseaba hablar con ella. Pensó que sólo el sonido de su voz lo habría calmado. Cuando ella estaba allí, la vida parecía tener una calidad completamente diferente. Era como estar en un lugar más tranquilo y dulce, donde, aunque todo seguía siendo complejo y doloroso, en su compañía existía la posibilidad de soportarlo, de estar contento.

Pensó en sus palabras una y otra vez. No podía escapar de ellas.

«Has atado mi corazón con cintas».

Se sorprendió de su valor. Declararle algo así, sin saber cómo se lo tomaría, era correr un riesgo enorme y doloroso. Que una mujer declarara tan claramente sus sentimientos por un hombre no era cosa fácil. Vivía valerosamente.

Pero así era Adela, trama y urdimbre. Valiente, frente a la adversidad. Una diosa del coraje. Adela, con un vestido de satén rosa mal ajustado, cantando por su vida en un vil comedor lleno de hombres lascivos; Adela, aceptando la propuesta de un extraño porque quería una vida mejor para sus hermanas y para ella; Adela, comprando una entrada para la ópera.

Adela, confesándote que te ama, a pesar de todo. Dispuesta a correr el riesgo de amarte, porque cree que vales la pena.

Luego recordó cómo se había sentido de niño cuando, durante el primer día soleado después de un largo y lúgubre invierno escocés, había visto las primeras campanillas de invierno entre las tumbas de un cementerio, decididas a vivir y florecer a pesar de la compañía de los muertos. Ella era como una de esas campanillas de invierno, y entonces la recordó, con su vestido verde, de pie en Greyfriars, entre las tumbas, sorprendiéndole con su presencia.

Si ella no hubiera estado allí, él nunca le habría propuesto matrimonio. Puede que jamás la hubiera vuelto a ver. Algún gran poder del destino los había llevado a ambos a aquel lugar, para

hacer aquel absurdo trato, que ya no parecía absurdo, porque él sentía que la había amado desde aquel preciso instante. Había abierto los ojos y ella estaba allí: la solución a su problema.

Pero se había equivocado de problema. El problema -su problema- no era la necesidad de encontrar una esposa que cumpliera las áridas condiciones de un documento legal. No, el problema había sido su corazón destrozado, para el que se había negado voluntariamente a buscar una cura. Pero había una cura.

Adela era la cura. Ella había atado su corazón con cintas y él sintió entonces que podía repararse, que bajo su tierna guía podría aprender a amar y a confiar de nuevo. Al igual que la desdichada caja de madera con la que Robertson le había salvado la pierna, el amor de Adela podía salvar su corazón de la desintegración, pero esta cura no tenía nada de desdichada.

Nada miserable en absoluto.

Capítulo Cuarenta y Dos

Adela fingió que le dolía la cabeza y se escondió en su habitación, como un animal en su guarida. Les dejó una nota sobre la mesa del salón.

Les oyó volver, claramente animados. El señor Henty incluso cantaba imperfectamente un fragmento de la ópera. Tal vez, pensó, ni siquiera esperan que yo esté aquí, sino con mi marido. Eso sería lo que todos querrían, excepto el propio marido.

Se hizo un ovillo y se tumbó en la cama, envuelta en las sábanas, con la cabeza hundida en las almohadas, decidida a no volver a llorar. Estaba harta de su estupidez por llorar tanto.

Se hizo el silencio en la otra habitación: alguien había leído su nota. Se dispersaron entre susurros. Sophie llegó a golpear suavemente la puerta y decir un suave «buenas noches» a través del ojo de la cerradura antes de marcharse de nuevo. Adela les agradeció el tacto, pero eso la hizo sentirse aún más abatida.

Debió dormir poco, porque se despertó hacia las seis y no pudo permanecer más tiempo en la cama. Se lavó y vistió rápidamente, con la intención de salir a respirar un poco de aire fresco para despejar la mente. Era una mañana fresca y soleada, fría en los bordes, y se puso su vieja tela escocesa sobre el vestido de muselina, mientras su mente se agitaba con resoluciones sobre cómo llevaría el resto de su vida.

Pero incluso mientras abandonaba sus habitaciones y recorría los grandes pasillos del hotel, su valentía se derrumbó. ¿Cómo podía una dejar de estar enamorada, cuando ese amor parecía tan parecido a la respiración, cuando parecía darle sentido a todo?

Al doblar la esquina del vestíbulo de la gran escalera, se detuvo en seco. Una figura familiar subía la escalera de mármol, o más bien hacía un laborioso intento por subirla, con su cayado de pastor y su pierna rígida.

Pobre, querido y dulce Will.

Las palabras le brotaron del corazón. Subir las escaleras aún no le resultaba fácil. Había un indicio de dolor. Era imposible distanciarse mental o físicamente de él. No podía curarse, se dio cuenta, mientras bajaba corriendo a su encuentro.

Entonces se detuvo en el escalón superior, con la boca seca, incapaz de saber qué debía decir o hacer a continuación.

Apoyado en su bastón, tiró con una mano del pañuelo a rayas que llevaba anudado al cuello. «Anoche se te cayó», dijo. «Pensé que sería mejor devolvértelo».

«Oh...» Naturalmente. Eso era todo. Una simple llamada de cortesía. «Podrías haberlo enviado».

«Bueno, sí, podría haberlo hecho», dijo, «pero pensé que sería mejor si lo traía en persona». Es curioso que estés levantada a estas horas de la mañana", continuó, sin desenredar la bufanda. «O quizás no. Supongo que no has dormido mucho».

«No.

«¿Estuviste llorando toda la noche?»

«Muy posiblemente», admitió ella.

«Eso parece», dijo él.

«Gracias», dijo ella, algo cortante.

Una expresión de dolor cruzó su rostro.

«Tenme paciencia, Adela, por favor", dijo él. «Sé que no es fácil».

«Ojalá lo hubieras enviado tú», dijo ella, ahora exasperada. Se inclinó hacia delante y

terminó de deshacer el nudo de la bufanda. Casi se la había arrancado del cuello, pero él la agarró.

«Creo que podría quedármela», dijo, «ahora que lo pienso. Como rehén. Sé que te gusta».

«¡De qué estás hablando!», exclamó ella levantando las manos. «¿Por qué estás aquí, entonces?»

«Para decirte que te amo, por supuesto», dijo él.

Ella se quedó tan sorprendida que se dio la vuelta.

«¿Qué has dicho?», dijo al fin.

«¿Nos sentamos?», dijo él. «Me gustaría sentarme».

Así que se sentaron en los escalones de mármol, uno al lado del otro, a medio metro de distancia. Al final, él empezó a hablar.

«Igual que tú», dijo. «Estuve llorando casi toda la noche, sentado allí en un charco de autocompasión, imaginándome a mí mismo atando tu corazón con cintas y clavándole alfileres, como el hombre tonto, torpe y egoísta que soy. Estaba aterrado, como un niño pequeño, porque todo lo que he amado se ha convertido en polvo en mis manos, y no podía soportar la idea de que tú te convirtieras en polvo. Perderte ahora sería la peor tragedia imaginable. El dolor me rompería en cien mil pedazos. ¿Y qué hombre no temería eso? La aniquilación del dolor. Eso es lo que me ha alejado de ti. Ese temor».

Continuó un momento después.

«Y aun así debo aceptarlo. Lo aceptaré. Aceptaré que te amo como nunca he amado a nadie en mi vida. Y correré el riesgo: las lágrimas, el dolor, la inevitable despedida final, porque nadie, nadie me ha hecho sentir como tú, Adela Ross. Nadie ha visto dentro de mi corazón y me ha perdonado mis pecados y me ha amado como sé que me amas tú».

Tomó su mano y la apretó.

«Si no fueras ya mi esposa, estaría de rodillas pidiéndote que te casaras conmigo».

«Incómodo en una escalera en las mejores circunstancias», consiguió decir ella, «y en estas...».

«Algún día estas circunstancias nos parecerán perfectas. En los anales del amor romántico, parecerán perfectas», dijo. «Así les parecerá a nuestros nietos y a nuestros bisnietos. Les contaremos una leyenda dorada, Adela. Viviremos nuestras vidas tan bien juntos que cuando llegue la muerte no tendremos miedo. ¿Sí?»

Envolvió sus manos con el pañuelo y se inclinó para besarle la mano a través de la tela.

«Te lo prometo», murmuró. «¿Lo prometes?»

«Sí», dijo ella. «Lo prometo».

Entonces la besó en los labios, larga y cariñosamente.

Y allí podrían haber permanecido, indefinidamente, si el sonido de una tos avergonzada en las escaleras sobre ellos no los hubiera devuelto al mundo.

Adela se dio la vuelta y levantó la vista para ver a un caballero joven, ridículamente apuesto, vestido con ropa de montar, de pie al final de la escalera. Miraba atentamente hacia el otro lado, mostrando su perfil clásico con cierta ventaja y golpeando su bota pulida con el látigo.

«Oh Señor,» murmuró Will. «Le conozco».

Empezó a levantarse tambaleándose, una operación nada fácil, y Adela se vio obligada a ayudarlo. Al mismo tiempo, el bastón cayó estrepitosamente por la escalera.

«Milord», alcanzó a decir Will, con una cortés inclinación de cabeza, cuando el caballero bajó las escaleras. «Es un placer volver a verle».

«¿Sr. Urquhart?» dijo el caballero. «¿No nos conocimos en Roma?»

«Sí», dijo Will. «En el estudio de mi hermano».

«Usted me ayudó a autenticar ese pequeño boceto de Guido, ¿verdad?»

«¿Lo hice?» Dijo Will. «Oh sí, lo hice, lo había olvidado. Le presento a mi esposa, milord».

«¿Su esposa, señor?», dijo el caballero.

«Viaje de bodas,» dijo Will, con una sonrisa explicativa. «Lady Urquhart, milord. Adela, este es Lord Galloway».

«Milord», dijo Adela, con su mejor sonrisa modesta y de esposa. Pero quería sonreír tan ampliamente como Will. Su corazón latía de alegría. La mano de él seguía aferrada a la suya, como si nunca fuera a soltarla.

«Es un honor, señora», dijo Lord Galloway. Sus penetrantes ojos azules se dirigieron a Will para preguntarle. «¿Lady Urquhart?»

«Mi viejo tío, Sir Archibald, falleció», dijo Will.

«Felicidades. Por su matrimonio, quiero decir, señor. No por la muerte...» Lord Galloway golpeó su látigo contra su bota, claramente avergonzado.

«Debe disculparnos, Lord Galloway», dijo Adela, «debemos seguir nuestro camino».

«¡Claro que sí!», replicó Will. «¡Buenos días, milord!»

Lord Galloway hizo otra reverencia bastante solemne y se apresuró a continuar su camino sin mirar atrás, dejando a Adela y Will reprimiendo penosamente su diversión hasta que estuvo fuera del alcance de su vista y oído.

«Qué infortunio», dijo Will, como si no fuera infortunio en absoluto. «Es hora de hacer las maletas, Lady Urquhart», continuó. «¡Vuelve a casa!»

Capítulo Cuarenta y Tres

«Todos los días deberían empezar así», murmuró Will, hundiendo su rostro en el cabello suelto de ella, mientras yacían juntos en la gran cama con dosel del Palazzo Guerdicino, a última hora de la mañana siguiente. «Con las campanas de Venecia y el olor de tu pelo». Sus brazos se estrecharon un poco más, apretándose contra ella.

«Entonces, nunca podremos irnos de Venecia», dijo Adela, besándole las yemas de los dedos.

«Nunca. De hecho, estoy muy tentado de no salir nunca más de esta cama», dijo Will. «Podemos recibir aquí a nuestros invitados. Incluso al Duque y la Duquesa de Dumfries, si es necesario».

«¿Crees que están aquí?»

«Es posible.»

«No puedo creer que Lord Galloway pueda estar emparentado con el Duque y la Duquesa. Es tan manitas».

«Vamos, vamos, Lady Urquhart,» dijo Will. «Ahora no hay hombres guapos en el mundo para usted, excepto su marido. No me gusta nada hablar de jóvenes marqueses apuestos. Puedes decir que es tolerablemente apuesto, como mucho, pero si tuvieras alguna consideración por mis sentimientos, ni siquiera dirías eso.»

«Es extraordinariamente guapo», dijo Adela, sonriendo y tocándole la nariz con la punta de un dedo juguetón. «Pero no me gustan los hombres guapos». Le pasó el dedo por el pómulo. «Me gusta el carácter y la barba incipiente», añadió, sintiendo el pinchazo de su barba incipiente.

William se frotó la barbilla y dijo: «Supongo que Galloway aún no se ha familiarizado mucho con la maquinilla de afeitar».

«Apenas», dijo Adela, y apretó su frente contra la de él. Se besaron durante unos minutos antes de que Will se separara suavemente de ella y rodara sobre su espalda.

«No, hay muy poco parecido, ¿verdad?», dijo. «Pero no podemos sospechar de la Duquesa de cualquier tipo de impropiedad, ¿verdad?»

«No, no podéis», dijo Adela, dándole un toque de reproche con el dedo. «Es muy chocante que puedas siquiera pensar eso».

«Oh, ¿y no pensaste eso cuando sacaste el tema?» dijo Will, riendo. «No me convence en absoluto que se escandalice, Lady Urquhart.»

«Estaba pensando que podría ser un mutante. Sustituido por el Rey de las Hadas. El verdadero joven marqués atrapado en otro mundo».

«O cambiado en un cerdo, o algo así», dijo Will.

«¿Es eso lo que se supone que hacen?»

«Creo que mi nodriza me contó algún extraño cuento en ese sentido».

«¿Un cerdo de hadas o un cerdo de verdad?».

Will se rió a carcajadas y dijo: «No lo sé. Uno espera que sea un cerdo de verdad, porque un cerdo de hadas suena a cola y nada de tocino, y a mí me gusta el tocino. Hablando de eso, tengo hambre. ¿Tiene hambre, milady?»

«Sí».

La besó, salió de la cama y buscó su bata. Observando cómo se envolvía en su descolorida grandeza, Adela dijo: «¿te importaría que te hiciera una bata nueva? ¿Te ofendería?» Él la miró extrañado. «El señor Henty tiene un magnífico ejemplar hecho por la señora Henty con retazos

de seda y cosas así. Acabo de empezar a juntar algunos retazos; ella me enseñó cómo, y ahora me pregunto si podría hacerle una a usted».

Will sonrió y se sentó en el extremo de la cama.

«No estoy seguro de ser digno de un acto de tanta devoción conyugal», dijo.

«Llevaría años», dijo Adela. «Y años. Podrías ganártela. Para cuando lo haya terminado serás digno de ello».

«Y de bigote blanco».

«Muy posiblemente».

Sonrió, le tomó la mano y se la besó. «Espero no ser un tipo demasiado aburrido. Debes decirme si me vuelvo aburrido y estúpido».

«Sí, lo haré. Y tú me lo dirás si me enfado y busco defectos».

«Sí, pero nunca seremos así», dijo él.

«Aunque llueva», dijo ella con dulzura, rodeándole las manos con las suyas. «Y el techo de la vida tiene goteras de vez en cuando».

Él asintió y dijo: « Para eso hay cubos. Y hombres que reparan tejados. Mantendremos nuestro tejado en buen estado. Lo juro».

Puso su mano sobre la de ella.

«Yo también», dijo Adela.

Permanecieron sentados unos instantes, mirándose el uno al otro, sintiendo la humildad y la sinceridad de aquella promesa silenciosa.

«Desayuno», dijo él, rompiendo el silencio, pero sin soltarle las manos.

«Desayuno», coincidió Adela.

Al final le soltó las manos, pero se acercó, le puso las palmas en la cara y la besó en los labios.

«Todos los días deberían empezar así, y lo harán», dijo.

~ FIN ~

Acerca de la Autora

Harriet Smart nació y creció en Birmingham. Estudió Historia del Arte en la Universidad de Saint Andrews y se casó con un compañero de estudios. En la actualidad vive con su esposo en una casa del siglo XVIII en Northumberland.

Harriet es licenciada en escritura de guiones. Ha publicado veinte novelas y colaborado en el diseño del programa informático de escritura creativa Writer's Café y del editor de libros electrónicos Jutoh.

Desde 2010 escribe los Misterios de Northminster.

Puede seguir a Harriet a través de la página web www.harrietsmart.com y BookBub.

Copyright

© Harriet Smart 2015

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, marcas, medios de comunicación e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. La autora reconoce la condición de marca registrada y a los propietarios de las marcas registradas de varios productos a los que se hace referencia en esta obra de ficción, que se han utilizado sin permiso.

La publicación/utilización de estas marcas no está autorizada, asociada ni patrocinada por los propietarios de las mismas.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos o transmitida, en cualquier forma o por cualquier medio, sin el consentimiento previo por escrito del editor.